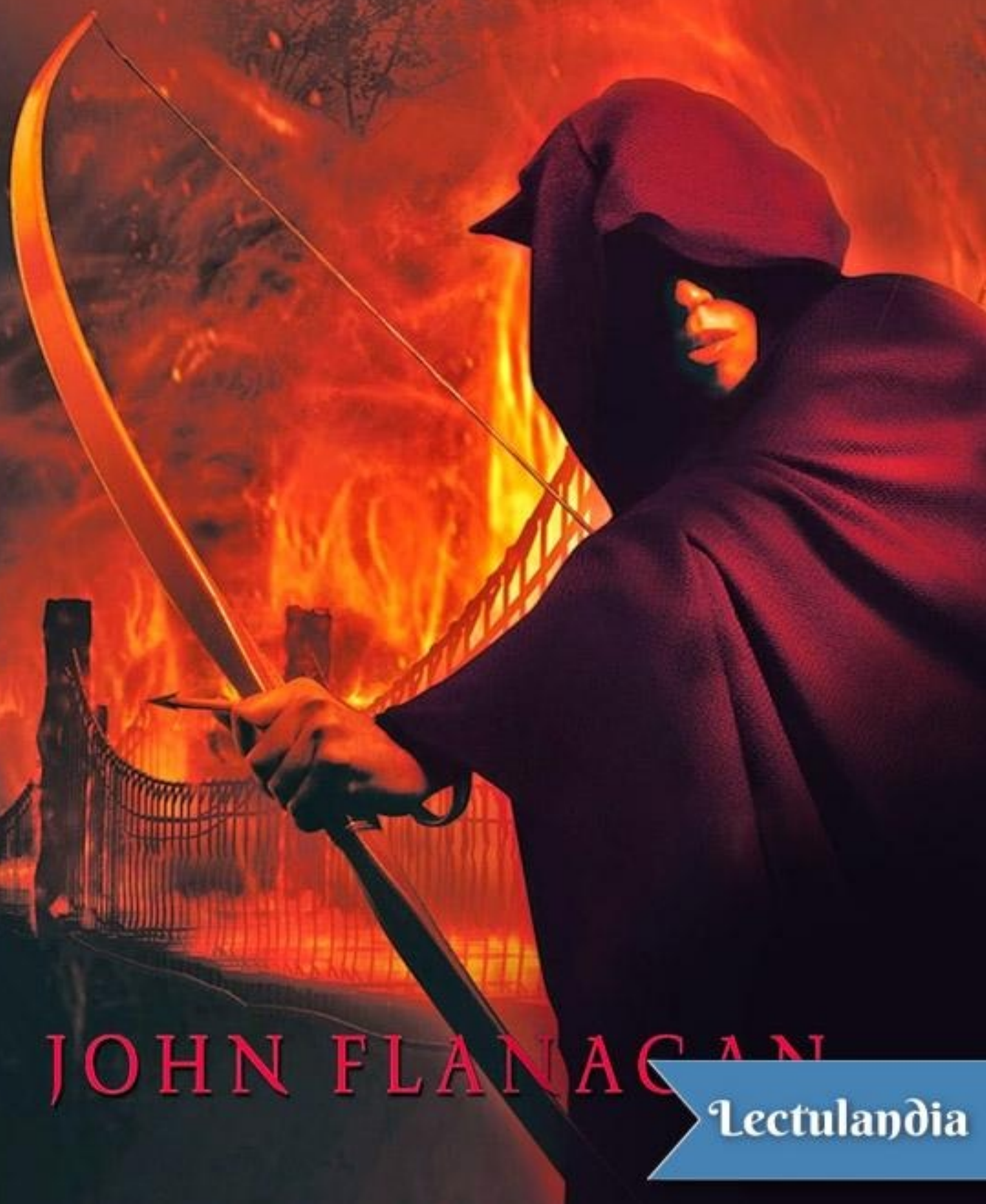


# MONTARACES

EL PUENTE EN LLAMAS



JOHN FLANAGAN

Lectulandia

Mientras el reino de Araluen se prepara para la guerra contra Morgarath, Will y Horace acompañan al montaraz Gilan en una misión a Céltica.

Pero las aldeas y minas están desiertas. Sólo Evanlyn, una muchacha hambrienta y agotada, les puede contar por qué: Morgarath ha enviado a sus repugnantes criaturas, los wargals, a esclavizar a los celtas.

Al tiempo que Gilan cabalga de vuelta para llevar las noticias al rey, Will, Horace y Evanlyn descubren los verdaderos motivos que hay detrás de los actos de Morgarath. El reino de Araluen caerá sin duda derrotado bajo un triple ataque por sorpresa, a menos que ellos encuentren un modo de evitarlo.

**Lectulandia**

John Flanagan

# **El puente en llamas**

**Montaraces - 02**

ePub r1.0

Titivillus 26.02.15

Título original: *The Burning Bridge*  
John Flanagan, 2005  
Traducción: Julio Hermoso  
Diseño de cubierta: John Blackford

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Éste es para Katy.*

# Arhuen, Picta y Celtaica

Año 643 de la Era Común





## Prólogo

**H**alt y Will llevaban tres días siguiendo la pista de los wargals. Las cuatro corpulentas y brutales criaturas, soldados de infantería del caudillo rebelde Morgarath, habían sido avistadas cruzando el feudo de Redmont en dirección al norte. En cuanto la noticia llegó al montaraz, éste partió a interceptarlos acompañado de su joven aprendiz.

—¿De dónde pueden haber salido, Halt? —preguntó Will durante una de sus breves pausas de descanso—. Seguro que por ahora mantenemos el Paso de los Tres Escalones bajo control, ¿no?

El Paso de los Tres Escalones proporcionaba el único acceso como tal al reino de Araluen desde las Montañas de la Lluvia y la Noche, donde Morgarath tenía su cuartel general. Ahora que el reino se estaba preparando para la inminente guerra con Morgarath, se había enviado una compañía de infantería y arqueros para reforzar la pequeña guarnición permanente en el estrecho paso hasta que se lograra reunir el grueso del ejército.

—Ése es el único lugar por el que pueden acceder en grupos numerosos —afirmó Halt—. Aunque una partida pequeña como ésta podría haberse introducido en el reino a través de la barrera de precipicios.

Los dominios de Morgarath se asentaban en una meseta montañosa que se elevaba sobre la zona sur del reino. Desde el Paso de los Tres Escalones, un despeñadero escarpado, vertical, discurría en una línea más o menos recta hacia el oeste, actuando como frontera entre la meseta y Araluen. Conforme la escarpadura giraba hacia el suroeste, se precipitaba por otro obstáculo llamado la Fisura: una enorme grieta en la tierra que se alargaba hasta el mar y separaba los dominios de Morgarath del reino de los celtas.

Eran estas fortificaciones naturales las que habían mantenido a Araluen, y a su vecina Céltica, a salvo de los ejércitos de Morgarath durante los últimos dieciséis años. A la inversa, también le proporcionaban al caudillo rebelde protección ante las fuerzas de Araluen.

—Pensaba que esos acantilados eran infranqueables, ¿no? —dijo Will.

Halt se permitió el lujo de esbozar una sonrisa adusta.

—Ningún lugar es infranqueable eternamente. En especial si no sientes respeto alguno por la cantidad de vidas que malogres en el intento por demostrar tal hecho. Mi sospecha es que utilizaron cuerdas y rezones y aguardaron a una noche sin luna y con mal tiempo. De esa forma, consiguieron pasar sin que los vieran las patrullas fronterizas.

Se puso en pie, dando a entender que se había acabado la parada de descanso; Will se levantó con él y se dirigieron hacia los caballos. Halt soltó un leve gruñido al subirse a la silla: la herida que había sufrido en la batalla contra los dos kalkara aún le causaba alguna pequeña molestia.

—Mi principal preocupación no es saber de dónde han salido —continuó Halt—, sino adonde se dirigen y qué es lo que pretenden.

Apenas acababa de decir estas palabras cuando oyeron un grito que provenía de algún lugar delante de ellos, seguido de un alboroto de gruñidos y, por último, el sonido del choque de unas armas.

—¡Y puede que estemos a punto de descubrirlo! —Finalizó Halt.

Espoleó a *Abelard hasta*, el galope, controlando el caballo con las rodillas mientras sus manos, sin esfuerzo, seleccionaban una flecha y la engarzaban en la cuerda de su enorme arco. Will se subió a duras penas a la silla de *Tirón* y salió al galope tras él. No era capaz de igualar la habilidad de Halt en la monta sin manos: necesitaba la derecha para las riendas mientras sujetaba su arco, preparado, con la izquierda.

Cabalgaban a través de un bosque poco denso, dejando que el paso firme de sus caballos escogiese la mejor senda. De pronto, salieron de entre los árboles al espacio abierto, a una amplia pradera. *Abelard*, a una orden de su jinete, patinó hasta detenerse, y *Tirón* hizo lo mismo a su lado. La mano derecha de Will dejó caer las riendas sobre el cuello de *Tirón*, alcanzó una flecha del carcaj de forma instintiva y la engarzó, lista para ser disparada.

Una gran higuera crecía en el medio del claro, y al pie había un pequeño campamento. Aún ascendía una voluta de humo de la hoguera y en el suelo, junto a ésta, se hallaban una mochila y una manta enrollada. Los cuatro wargals a los que habían estado siguiendo la pista rodeaban a un hombre que se encontraba solo y con la espalda contra el árbol. Por el momento, su largo acero los mantenía a raya, pero los wargals le hacían pequeños amagos en un intento por hallar alguna ventaja. Iban armados con espadas cortas y hachas, y uno de ellos portaba una pesada pica de hierro.

Will tomó aire con brusquedad ante la visión de las criaturas. Tras seguir su rastro durante tanto tiempo, asustaba encontrarse con ellos tan de improviso. Tenían la constitución física de un oso, un hocico largo y enormes colmillos caninos amarillentos que ahora quedaban expuestos al gruñir a su presa. Los cubría un pelo enmarañado y vestían armaduras de cuero negro. El hombre llevaba una vestimenta



similar y su voz temblaba de miedo al repeler sus tentativas de ataque.

—¡Atrás! ¡Estoy en una misión para lord Morgarath! ¡Atrás, os lo ordeno! ¡En nombre de lord Morgarath, os lo ordeno!

Haltladeó a *Abelard* con un gesto suave para hacerse espacio y tensar el arco con la flecha que ya tenía preparada.

—¡Tirad las armas! ¡Todos! —gritó.

Cinco pares de ojos se volvieron hacia él cuando los cuatro wargals y su presa se giraron sorprendidos. El wargal que llevaba la pica fue el primero en recuperarse. Al advertir que el hombre de la espada estaba distraído, se lanzó de frente y clavó la pica en su torso. Un segundo después, la flecha de Halt se hundía en el corazón del wargal y éste caía muerto junto a su víctima. Al mismo tiempo que el hombre de la espada se doblaba sobre sus rodillas, el resto de los wargals cargó contra los dos montaraces.

Por muy desgarrados que fueran y por mucha apariencia de oso que tuviesen, ganaban terreno a una velocidad increíble.

El segundo tiro de Halt derribó al wargal de la izquierda. Will disparó al de la derecha y se dio cuenta al instante de que había calculado mal la velocidad de la bestia. La flecha atravesó siseando el espacio que el wargal había ocupado justo un segundo antes. Su mano voló al carcaj en busca de otra flecha y oyó un gruñido ronco de dolor cuando el tercer disparo de Halt se hundió en el pecho de la criatura del centro. Entonces liberó Will su segunda flecha en dirección al wargal que quedaba vivo y que ya se encontraba aterradoramente cerca.

Presadel pánico que le infundían esos ojos salvajes y esos colmillos amarillentos, se agarró con fuerza a la silla nada más soltar la flecha y darse cuenta de que ésta pasaría de largo y de que la bestia ya estaba casi sobre él.

Mientras el wargal gruñía triunfal, *Tirón* salió en ayuda de su amo. El pequeño caballo se encabritó y sacudió con violencia las patas delanteras ante la horrible criatura que se hallaba frente a él. De manera inesperada, también ganó unos pocos pasos hacia delante, en dirección a la amenaza, en lugar de retroceder. Will, sorprendido, se asió a la perilla de su montura.

Al wargal le había cogido igualmente por sorpresa. Como todos los de su especie, tenía un temor instintivo y muy arraigado a los caballos, un temor surgido de la batalla del monte Hackham, dieciséis años atrás, donde el primer ejército de wargals de Morgarath había sido diezmado por la caballería de Araluen. Dudó entonces durante un segundo fatal, retrocediendo ante aquellos cascos centelleantes.

La cuarta flecha de Halt lo alcanzó en la garganta. A una distancia tan corta, la flecha lo atravesó limpiamente a gran velocidad y el wargal, con un fuerte gruñido final, cayó muerto sobre la hierba.

Pálido, Will se deslizó a tierra y las rodillas casi le fallaron. Se apoyó en el costado de *Tirón* para mantenerse erguido. Halt desmontó con rapidez y se aproximó al muchacho. Le rodeó con el brazo.

—Está bien, Will —su voz profunda atravesó los temores que llenaban la mente

del chico—. Ya se ha acabado.

Will sacudió la cabeza, horrorizado por la veloz cadena de sucesos.

—Halt, he fallado... ¡dos veces! ¡Me he muerto de miedo y he fallado!

Tenía una profunda sensación de vergüenza por haber decepcionado a su maestro de una forma tan grave. El brazo de Halt se tensó alrededor de él y el muchacho levantó la mirada hacia el rostro barbudo y los ojos profundos y oscuros.

—Hay una gran diferencia entre disparar a un blanco y disparar a un wargal a la carga. Un blanco no suele intentar matarte.

Halt añadió las breves palabras finales en un tono más amable. Era capaz de ver que Will se hallaba en estado de *shock*. Y no era para menos, pensó circunspecto.

—Pero... fallé...

—Y has aprendido de ello. La próxima vez no fallarás. Ahora sabes que es mejor disparar una buena flecha que dos a toda prisa —dijo Halt con firmeza. Cogió entonces a Will por el brazo y le hizo girarse hacia el campamento bajo la higuera—. Vamos a ver qué tenemos aquí —dijo, dando el tema por zanjado.

El hombre de negro y el wargal yacían muertos el uno al lado del otro. Halt se arrodilló junto al primero y le dio la vuelta, emitiendo a continuación un leve silbido de sorpresa.

—Es Dirk Reacher —dijo, casi para sus adentros—. La última persona que hubiera esperado encontrar aquí.

—¿Le conoces? —preguntó Will.

Su insaciable curiosidad ya le estaba ayudando a dejar a un lado el horror de los minutos previos, tal y como Halt sabía que ocurriría.

—Le obligué a huir del reino hace unos cinco o seis años —le contó el montaraz—. Era un cobarde y un asesino. Desertó del ejército y se hizo un hueco junto a Morgarath —hizo una pausa—. Parece que Morgarath se especializa en reclutar gente como él. Pero ¿qué estaba haciendo aquí?...

—Ha dicho que se encontraba en una misión para Morgarath —le sugirió Will, aunque Halt negó con la cabeza.

—No es probable. Los wargals le estaban persiguiendo, sólo Morgarath les podría haber ordenado que lo hicieran, y es difícil que hubiera hecho tal cosa si Reacher de verdad estuviese trabajando para él. Lo que me imagino es que estaría desertando de nuevo. Habría abandonado a Morgarath y éste envió a los wargals tras él.

—¿Desertar? —preguntó Will—. ¿Por qué desertar?

Halt se encogió de hombros.

—Se avecina una guerra. La gente como Dirk intenta evitar esa clase de incomodidades.

Alcanzó la mochila que había junto a la hoguera y comenzó a rebuscar en ella.

—¿Estás buscando algo en particular? —preguntó Will.

Halt frunció el ceño cuando se cansó de hurgar y volcó el contenido de la mochila en el suelo.

—Bueno, se me ocurre que, si estaba desertando del lado de Morgarath y regresando a Araluen, tendría que llevar consigo algo con lo que negociar por su libertad, así que...

Su voz se apagó al dar con un pergamino cuidadosamente doblado entre las mudas de ropa y los utensilios para comer. Lo recorrió velozmente con la vista. Levantó ligeramente una ceja. Después de casi un año con el montaraz entrecano, Will sabía que aquello era el equivalente a un grito de asombro. Sabía también que si interrumpía a Halt antes de que hubiese terminado de leer, su mentor simplemente le ignoraría. Esperó hasta que Halt dobló el pergamino, se puso en pie con calma y le miró, viendo la interrogación en los ojos del muchacho.

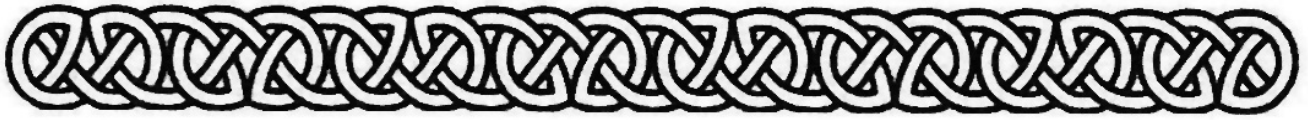
—¿Es importante? —preguntó Will.

—Bueno, se podría decir que sí —le dijo Halt—. Parece que hemos tropezado con el plan de batalla de Morgarath para la guerra que se avecina. Creo que será mejor que lo llevemos de vuelta a Redmont.

Silbó con suavidad y *Abelard* y *Tirón* se dirigieron al trote hasta donde aguardaban sus amos.

Desde los árboles, a varios cientos de metros de distancia, unos ojos hostiles les seguían, cuidadosamente apostados en la dirección en que soplaba el viento para que los caballos de los montaraces no percibiesen rastro alguno de un intruso. El dueño de aquellos ojos observó mientras los dos montaraces se alejaban del lugar de la pequeña batalla. A continuación, tomó rumbo sur, hacia los despeñaderos.

Era hora de informar a Morgarath de que su plan había sido un éxito.



## Uno

**E**ra cerca de la medianoche cuando un jinete solitario detuvo su montura ante la pequeña cabaña situada entre los árboles bajo el castillo de Redmont. El poni cargado que seguía los pasos del caballo ensillado se detuvo también con parsimonia. El jinete, un hombre alto que se movía con la fácil elegancia de la juventud, se bajó de la silla y ascendió a la estrecha veranda, agachando la cabeza para evitar la baja altura de los aleros. El sonido de un relincho suave y amistoso surgió del cobertizo adosado al lateral de la casa, y el caballo del hombre alzó la cabeza y respondió al saludo.

El jinete había levantado el puño para llamar a la puerta cuando vio una luz acercarse tras las cortinas de las ventanas. Vaciló, la luz se desplazó por la estancia y, más o menos un segundo después, la puerta se abrió ante él.

—Gilan —dijo Halt sin el menor atisbo de sorpresa en su voz—. ¿Qué haces aquí?

El joven montaraz rió incrédulo al encontrarse frente a su antiguo maestro.

—¿Cómo lo haces, Halt? —le preguntó—. ¿Cómo es posible que supieras que era yo quien llegaba en medio de la noche, antes incluso de abrir la puerta?

Halt se encogió de hombros y le hizo un gesto a Gilan para que entrase en la casa. Cerró la puerta tras él, se dirigió a la pequeña e impoluta cocina y abrió la trampilla de ventilación del hornillo, resucitando el destello incandescente del carbón vegetal en su interior. Introdujo un puñado de astillas de madera en el hornillo y, sobre la rejilla situada encima del fuego, puso una tetera de cobre que había agitado antes para asegurarse de que estaba llena de agua.

—Oí a tu caballo hace unos minutos —dijo por fin—. Después, cuando *Abelard* saludó, supe que había de ser el caballo de un montaraz.

Halt se encogió de hombros otra vez. «Parece simple cuando te lo explican», daba a entender su gesto. Gilan volvió a reír en respuesta.

—Bueno, eso reducía las posibilidades a cincuenta personas, ¿no? —dijo.

Halt ladeó la cabeza con una mirada desdeñosa.

—Gilan, debo de haberte oído tropezar con ese escalón unas mil veces cuando

eras mi aprendiz —dijo—. Admite que he reconocido el sonido una vez más.

El montaraz más joven abrió las manos en señal de derrota. Se desabrochó la capa, la colgó del respaldo de una silla y se aproximó un tanto al hornillo, pues era una noche fría; observó a Halt medir el café con cuidado y ponerlo en una cafetera. La puerta de la habitación trasera de la casa se abrió y Will entró en el pequeño salón con la ropa puesta de forma apresurada sobre el camisón y el pelo aún despeinado.

—¿Qué hay, Gilan —dijo de manera informal—. ¿Qué te trae por aquí?

Gilan miró al uno y al otro con algo de desesperación.

—¿Es que nadie se sorprende aquí cuando aparezco en medio de la noche? —preguntó, aunque a ninguno de los dos en particular.

Halt, ocupado junto al hornillo, se volvió para ocultar una sonrisa. Pocos minutos antes, había oído cómo Will corría a la ventana según el caballo se acercaba a la cabaña. Obviamente, el aprendiz había escuchado su conversación con Gilan y estaba poniendo todo de su parte para emular su propia interpretación despreocupada de la inesperada visita. No obstante, conociendo a Will como lo conocía, Halt estaba seguro de que el muchacho se moría de curiosidad por conocer el motivo de la repentina aparición de Gilan. Decidió dejarle al descubierto.

—Es tarde, Will —dijo—. Más vale que regreses a la cama. Mañana tenemos un día muy ajetreado.

Al instante, la expresión desenfadada de Will se vio sustituida por una mirada de abatimiento. La sugerencia de su maestro equivalía a una orden. Todo el cuidado por aparentar despreocupación se esfumó de inmediato.

—¡Vamos, Halt, por favor! —exclamó el muchacho—. ¡Quiero saber qué pasa!

Gilan y Halt intercambiaron una rápida sonrisa. Will daba pequeños saltitos de un pie al otro mientras aguardaba a que Halt retirase la sugerencia de que se marchase a la cama. El montaraz entrecano mantuvo el rostro serio al tiempo que servía tres tazas de humeante café en la mesa de la cocina.

—En ese caso, menos mal que he preparado tres tazas, ¿no crees? —dijo Halt, y Will se percató de que le habían estado tomando el pelo. Encogió los hombros con una sonrisa y se sentó junto a sus dos superiores—. Muy bien, Gilan, antes de que mi aprendiz reviente de curiosidad, ¿cuál es el motivo de esta inesperada visita?

—Bueno, tiene que ver con esos planes de batalla que hallasteis la semana pasada. Ahora que sabemos lo que pretende Morgarath, el rey quiere al ejército preparado en las llanuras de Uthal antes de que llegue la oscuridad de la próxima luna nueva. Es entonces cuando Morgarath pretende irrumpir a través del Paso de los Tres Escalones.

El documento interceptado les había ofrecido mucha información. El plan de Morgarath necesitaba de quinientos mercenarios de Skandia que se abrieran paso a través de las marismas de la tierra de las ciénagas y atacasen la guarnición de Araluen en el Paso de los Tres Escalones. Con el Paso sin defensa, el principal ejército de wargals de Morgarath podría salir y desplegarse en las llanuras en orden de combate.

—De modo que Duncan tiene intención de ganarle por la mano —dijo Halt mientras asentía despacio—. Bien pensado. De esa forma nosotros controlamos el campo de batalla.

Will asintió a su vez y dijo con una voz igualmente grave:

—Y mantendremos al ejército de Morgarath encerrado en el Paso.

Gilan se volvió ligeramente para ocultar la sonrisa. Se preguntaba si él había intentado copiar las peculiaridades de Halt cuando era un aprendiz y admitió que probablemente lo había hecho.

—Al contrario —dijo—, una vez que se ha situado el ejército, Duncan planea retirar la guarnición, retrasarse hasta unas posiciones establecidas con antelación y permitir que Morgarath salga a las llanuras.

—¿Dejarle salir? —El tono de la voz de Will se elevó con la sorpresa—. ¿El rey está loco? ¿Por qué habría...?

Cayó en la cuenta de que ambos montaraces le estaban mirando, Halt con una ceja levantada y Gilan con una sonrisa burlona en la comisura de los labios.

—Quiero decir que... —vaciló, inseguro por si poner en cuestión la cordura del rey constituía un acto de traición—. No pretendo ofender ni nada parecido, sólo...

—Bueno, estoy seguro de que el rey no se ofendería al oír que un simple aprendiz del cuerpo de montaraces piensa que está loco —dijo Halt—. A los reyes les suele encantar oír esa clase de cosas.

—Pero, Halt... ¿dejarle salir, después de todos estos años? Parece de... —estaba a punto de decir «locos» otra vez, pero se lo pensó mejor. Había recordado de golpe su reciente encuentro con los wargals y la idea de un río de miles de aquellas bestias infames saliendo del Paso sin oposición le helaba la sangre.

Fue Halt quien le respondió primero.

—Ésa es justo la cuestión, Will: después de todos estos años. Hemos pasado dieciséis años mirando de reojo a Morgarath, preguntándonos qué tramaba. En todo ese tiempo hemos tenido muchas de nuestras fuerzas condenadas a patrullar la base de los despeñaderos y a mantener la vigilancia sobre los Tres Escalones. Y él ha dispuesto de plena libertad para atacarnos en el momento que ha querido. Los kalkara fueron el último ejemplo, como tú bien sabes.

Gilan observó con admiración a su antiguo maestro. Halt había visto al instante el razonamiento tras los planes del rey y, no por vez primera, comprendió por qué Halt era uno de los consejeros más respetados del rey.

—Halt tiene razón, Will —dijo—, y hay otro motivo. Tras dieciséis años de relativa paz, la gente se está volviendo confiada. No los montaraces, por supuesto, sino la gente del pueblo de la que provienen los soldados para nuestro ejército e incluso algunos de los barones y maestros de combate de los feudos más lejanos hacia el norte.

—Has visto con tus propios ojos lo reacias que son algunas personas a abandonar sus granjas e ir a la guerra —interrumpió Halt.

Will asintió. Halt y él habían pasado la semana anterior viajando por los pueblos de la periferia del feudo de Redmont para llamar a filas a los hombres que habían de formar el grueso del ejército. En más de una ocasión los habían recibido con abierta hostilidad; una hostilidad que se disipaba según Halt ejercía toda la fuerza de su personalidad y reputación.

—En lo que respecta al rey Duncan, ahora es el momento de solucionar esto —prosiguió Gilan—. Somos más fuertes que nunca y lo único que hará cualquier retraso será debilitarnos. Ésta es la mejor oportunidad que tendremos de librarnos de Morgarath de una vez por todas.

—Todo lo cual deja todavía en el aire mi primera pregunta —dijo Halt—. ¿Qué te ha traído aquí en mitad de la noche?

—Las órdenes de Crowley —dijo Gilan de manera resuelta.

Depositó sobre la mesa un despacho escrito y Halt, tras una mirada inquisitiva a Gilan, lo desenrolló y lo leyó. Will sabía que Crowley era el comandante de los montaraces, el de mayor rango de los cincuenta que había en el Cuerpo. Halt leyó y después volvió a enrollar las órdenes.

—Así que llevas despachos para el rey Swyddned de los celtas —dijo—. Entiendo que vas a invocar el tratado de defensa mutua que Duncan firmó con él hace unos años, ¿no?

Gilan asintió al tiempo que daba agradecidos sorbos al aromático café.

—El rey tiene la sensación de que vamos a necesitar todas las tropas que seamos capaces de congregarnos.

Halt asintió pensativo.

—No le veo ningún punto flaco a lo que piensa —dijo en voz baja—, pero...

Abrió las manos en un gesto interrogativo. Si Gilan estaba llevando unos despachos a Céltica, cuanto antes siguiese su camino, mejor, parecía querer decir aquel gesto.

—Bueno —dijo Gilan—, se trata de una embajada oficial a *Céltica*.

Gilan hizo un leve hincapié en aquella última palabra y Halt enseguida asintió al haberlo comprendido.

—Por supuesto —dijo—. La vieja tradición céltica.

—Superstición, más bien —respondió Gilan, negando con la cabeza—. En lo que a mí respecta, es una pérdida de tiempo ridícula.

Will miraba de Halt a Gilan y vuelta otra vez. Los dos montaraces parecían entender de qué hablaban, pero, para él, bien podrían estar hablando en la lengua de Iberion.

—Está muy bien cuando la situación es normal —dijo Gilan—, pero con todos esos preparativos para la guerra, estamos al límite en todas las áreas. No nos sobra gente, así de simple, de forma que Crowley pensó que...

—Creo que sé por dónde vas —le dijo Halt, y, finalmente, Will no pudo seguir aguantándose.

—¡Vale, y yo me he quedado bien atrás! —reventó—. ¿Se puede saber de qué habláis? Se supone que estáis hablando en araluense, y no en algún idioma extranjero que suena parecido pero que no hay quien lo entienda, ¿no?





## Dos

Halt se volvió despacio para mirar de frente a su joven e impulsivo aprendiz y arqueó las cejas ante tal arrebato. Will, calmándose, dijo entre dientes:  
—Lo siento, Halt.

Y el experto montaraz asintió.

—Ya lo creo que sí. Es más que obvio que Gilan me está preguntando si te libero aquí para que le acompañes a Céltica.

Gilan asintió confirmando el hecho y Will arrugó la frente, confuso por el repentino giro de los acontecimientos.

—¿Yo? —dijo con incredulidad—. ¿Por qué yo? ¿Qué puedo hacer yo en Céltica?

Lamentó haber pronunciado esas palabras al instante. Para aquel entonces, ya debería haber aprendido a no darle nunca a Halt ese tipo de oportunidades. Halt frunció la boca mientras valoraba la pregunta.

—No mucho, probablemente. La verdadera cuestión es si se te puede apartar de tu deber aquí, y la respuesta a eso es «sin duda».

—Entonces, ¿por qué...? —Will se detuvo.

Podrían explicárselo o no, y por muchas preguntas que hiciese no conseguiría que Halt le ofreciera una explicación ni un solo segundo antes de lo que él hubiese decidido. De hecho, estaba empezando a pensar que, en realidad, cuantas más preguntas le hacía más disfrutaba Halt manteniendo el suspense. Fue Gilan quien se apiadó de él, quizás porque recordaba lo reservado que podía ser Halt cuando quería.

—Will, te necesito para que hagas bulto —dijo Gilan—. Siguiendo la tradición, los celtas insisten en que una embajada oficial ha de estar compuesta por tres personas, y, para ser sinceros, Halt tiene razón. Tú eres el único a quien se puede apartar de las labores principales aquí, en Araluen —sonrió un poco afectado—. Si te sirve de consuelo, a mí me han encargado la misión porque soy el montaraz con menos experiencia de todo el Cuerpo.

—Pero ¿por qué tres personas? —preguntó Will al ver que al menos Gilan parecía dispuesto a responder preguntas—. ¿No puede entregar el mensaje uno solo?

Gilan suspiró.

—Como estábamos diciendo, se trata de una superstición entre los celtas. Se remonta a los días antiguos del Concilio Céltico, cuando los celtas, los scotti y los hibernians formaban una alianza. Adoptaron entonces el triunvirato como forma de gobierno.

—La cuestión es —interrumpió Halt— que Gilan puede sin duda llevarles el mensaje, pero, al ser un único mensajero, le harán esperar y le darán largas durante días, o incluso semanas, mientras ellos dudan sobre las formas y el protocolo. Y nosotros no tenemos tiempo que perder. Hay un viejo refrán céltico que dice: «Un hombre puede ser un engaño. Dos pueden ser una conspiración. Tres es el número en que confío».

—De modo que me envías porque os las podéis arreglar sin mí, ¿no? —dijo Will sintiéndose en cierta forma insultado por la idea.

Halt decidió que era el momento de alimentar un poco su joven ego; pero sólo un poco.

—Bueno, en realidad sí podemos, pero lo que no se puede es enviar a cualquiera en esas embajadas. Los tres miembros han de tener algún tipo de estatus oficial o una posición en la vida. No pueden ser simples soldados rasos, por ejemplo.

—Y tú, Will —añadió Gilan—, eres un miembro del Cuerpo de Montaraces. Eso ya supone un cierto peso ante los celtas.

—Sólo soy un aprendiz —dijo Will, y se sorprendió al ver a ambos hombres mostrar su desacuerdo negándolo con la cabeza.

—Llevas la Hoja de Roble —le dijo Halt con firmeza—. Ya sea de bronce o de plata, eso no importa. Eres uno de los nuestros.

Will brillaba de manera ostensible ante la afirmación de su maestro.

—Bueno —dijo el muchacho—, viéndolo así como vosotros decís, será un placer unirme a ti, Gilan.

Halt le hizo un seco gesto de reconocimiento. Era obvio que se había acabado el tiempo dedicado al ego, pensó. Con toda la intención, se volvió hacia Gilan.

—Entonces —dijo—, ¿se te ocurre alguien más que sea totalmente innecesario para que haga de tercer miembro?

Gilan se encogió de hombros y sonrió al ver que Will se relajaba.

—Ésa es la otra razón por la que Crowley me envió aquí —dijo—. Dado que Redmont es uno de los feudos más grandes, pensó que serías capaz de sacar de aquí a alguien más. ¿Alguna sugerencia?

Halt se rascó pensativo la barbilla mientras le daba vueltas a una idea.

—Creo que podríamos tener justo a la persona que necesitas —dijo.

Se volvió hacia Will.

—Quizás sería mejor que durmieses un poco. Yo le echaré una mano a Gilan con los caballos y después subiremos al castillo.

Will asintió. Ahora que Halt había hablado de dormir, sentía una necesidad

irresistible de bostezar. Se puso en pie y se dirigió a su pequeña habitación.

—Nos vemos por la mañana, Gilan.

—Y bien tempranito —sonrió Gilan, y Will levantó la mirada con una expresión de horror.

—Sabía que dirías eso —respondió.

Gilan y Halt llevaron los dos caballos a descansar y se marcharon dando un paseo en cordial silencio a través de los campos hacia el castillo de Redmont. Gilan, acostumbrado a la forma de ser de su viejo maestro, presentía que Halt tenía algo que deseaba discutir con él, y no mucho tiempo después el veterano montaraz decidió romper su mutismo.

—Esta embajada a Céltica podría ser justo lo que Will necesita —dijo—. Me tiene un poco preocupado.

Gilan frunció el ceño. Apreciaba al joven e incontenible aprendiz.

—¿Cuál es el problema? —preguntó.

—Lo pasó mal cuando caímos sobre aquellos wargals la semana pasada —dijo Halt—. Cree que ha perdido el valor.

—¿Y lo ha hecho?

Halt negó con la cabeza de manera contundente.

—Por supuesto que no. Tiene más coraje que la mayoría de los hombres adultos, pero cuando los wargals cargaron contra nosotros, se precipitó en el tiro y erró.

Gilan se encogió de hombros.

—No hay nada en ello de lo que avergonzarse, ¿no crees? Al fin y al cabo, no ha cumplido aún los dieciséis. No huyó, eso lo doy por sentado.

—No, desde luego que no. Mantuvo su posición. Incluso llegó a lanzar otra flecha. Entonces *Tirón* intervino e hizo retroceder al wargal, de forma que yo pude acabar con él. Buen caballo ése, sí.

—Tiene un buen amo —dijo Gilan, y Halt asintió.

—Eso es cierto. De todas formas, creo que unas pocas semanas lejos de todos estos preparativos de guerra serán buenas para el muchacho. Podría quitarse los problemas de la cabeza si pasase un tiempo con Horace y contigo.

—¿Horace? —preguntó Gilan.

—Es el tercer miembro que propongo. Uno de los aprendices de la Escuela de Combate y uno de los amigos de Will —Halt se quedó pensando unos instantes y luego hizo para sí un gesto de asentimiento—. Sí. Unas pocas semanas con gente de una edad próxima a la suya le harán bien. Después de todo, dicen que de vez en cuando puedo ser un poco adusto.

—¿Tú, Halt? ¿Adusto? ¿Quién podría decir tal cosa? —dijo Gilan.

Halt le dedicó una mirada de desconfianza. Gilan, de la manera más obvia, apenas era capaz de mantener la seriedad en el rostro.

—¿Sabes, Gilan? —dijo Halt—. El sarcasmo no es la peor forma de ingenio. Ni siquiera llega a ser ingenio.

Aunque ya era pasada la medianoche, aún había luz en el despacho del barón Arald cuando Gilan y Halt llegaron al castillo. El barón y sir Rodney, el maestro de combate de Redmont, tenían una gran cantidad de cosas que planificar para la preparación de la marcha hacia las llanuras de Uthal, donde se unirían al resto del ejército del reino. Cuando Halt explicó la necesidad de Gilan, sir Rodney vio enseguida hacia dónde iban encaminadas las ideas del montaraz.

—¿Horace? —le dijo a Halt, y el barbudo montaraz de corta estatura asintió de manera casi imperceptible—. Sí, no es mala idea, desde luego —prosiguió el maestro de combate, caminando por la estancia mientras lo meditaba—. Tiene el estatus que hace falta para la tarea: es un miembro de la Escuela de Combate, aunque sea sólo un recluta. Podemos sacarle del grueso de las fuerzas que partirá de aquí a finales de esta semana y... —se detuvo aquí y miró a Gilan de manera significativa—. Es posible incluso que te parezca una persona útil a quien tener a tu lado.

El joven montaraz le miró con curiosidad y sir Rodney entró en detalles.

—Es uno de mis mejores reclutas, tiene un auténtico don innato para la espada. Ya es mejor que la mayoría de miembros de la Escuela de Combate, aunque tiende a ser algo formal e inflexible en su forma de ver la vida. Una misión con dos montaraces indisciplinados quizás le enseñe a soltarse un poco.

Sonrió brevemente para mostrar que en la broma no había ninguna intención de ofender y entonces observó la espada que Gilan portaba en la cadera. Era un arma poco usual para un montaraz.

—Tú eres el que estudió con MacNeil, ¿no es así?

Gilan asintió.

—El maestro de esgrima. Sí, ése era yo.

—Mmm... —masculló sir Rodney, considerando al joven y alto montaraz con un renovado interés—. Bueno, podrías tomarte la libertad de hacerle algunas indicaciones a Horace durante el camino. Yo lo interpretaré como un favor y tú verás que aprende rápido.

—Será un placer —replicó Gilan.

Pensó que le agradaría ver al aprendiz de guerrero, pues ya sabía, desde su época en Redmont como aprendiz de Halt, que sir Rodney no era muy dado a las alabanzas exageradas hacia cualquiera de los estudiantes de la Escuela de Combate.

—Bien, queda acordado pues —dijo el barón Arald, impaciente por volver a la planificación de los mil y un detalles de la marcha a Uthal—. ¿A qué hora partiréis, Gilan?

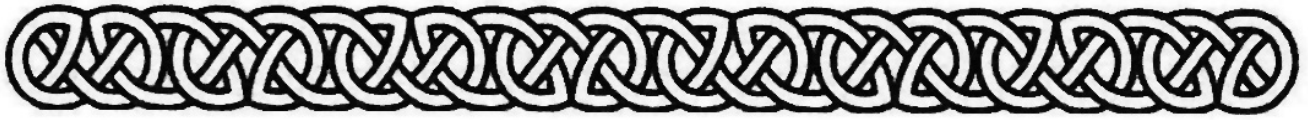
—En cuanto amanezca, tan pronto como sea posible —respondió Gilan.

—Haré que Horace se presente ante ti antes de la primera luz del alba —le dijo

Rodney, y Gilan asintió, con la sensación de que la reunión se había terminado.

Las siguientes palabras del barón se lo confirmaron:

—Ahora, si nos disculpáis, nosotros volveremos a la relativamente sencilla tarea de planificar una guerra.



## Tres

**E**l cielo estaba plumizo, con unas sombrías nubes de lluvia. El sol podía haber salido por algún lugar, pero no había rastro de él, sólo una triste luz grisácea que se filtraba a través de las nubes y que, gradualmente y de mala gana, llenaba el cielo.

Cuando la pequeña partida coronó la última loma, dejando tras de sí la silueta maciza del castillo de Redmont, el nuevo día se rindió por fin ante las nubes y comenzó a llover; una fría lluvia de primavera. Fina y neblinosa, aunque persistente. Al principio, resbalaba por las capas de lana tratada de los jinetes, pero, con el paso del tiempo, comenzó a empapar las fibras. A los veinte minutos, más o menos, los tres se encontraban encorvados sobre la silla de montar, en un intento por retener el máximo calor corporal que pudiesen.

Gilan se volvió hacia sus dos compañeros mientras marchaban de forma lenta y pesada, con la mirada baja, inclinados sobre el cuello de sus caballos. Sonrió y después se dirigió a Horace, que mantenía una posición ligeramente atrasada junto al poni de carga que guiaba Gilan.

—Y bien, Horace —dijo—, ¿te estamos ofreciendo la suficiente aventura de momento?

Horace se quitó la llovizna del rostro e hizo una mueca de lamento.

—Menos de lo que esperaba, señor —le respondió—, pero aun así es mejor que la instrucción en formación cerrada.

Gilan asintió y le sonrió.

—Imagino que es una pesadez —dijo. Y entonces añadió con simpatía—: Oye, no es necesario que te quedes ahí atrás. Los montaraces no somos demasiado ceremoniosos. Ven y únete a nosotros.

Le dio un toque a *Blaze* con la rodilla y la yegua zaina se apartó para dejarle espacio. Horace espoleó con entusiasmo a su caballo, que se adelantó para cabalgar junto a los dos montaraces.

—Gracias, señor —dijo agradecido.

Gilan miró a Will con una ceja levantada.

—Educado, ¿verdad? —se preguntó—. Es obvio que hoy en día les enseñan modales en la Escuela de Combate. Está bien que te llamen *señor* todo el rato.

Will sonrió ante la amable bondad de la burla. Luego la sonrisa se le borró de la cara cuando Gilan, pensativo, prosiguió:

—No es mala idea mostrar un poco de respeto. Quizás podrías llamarme *señor* tú también —dijo, volviendo el rostro a un lado para estudiar una arboleda de modo que Will no pudiese percibir el rastro apenas visible de una sonrisa que insistía en abrirse paso.

Horrorizado, a Will se le atragantó la respuesta. No podía creer lo que oía.

—¿*Señor*? —dijo por fin—. ¿De verdad quieres que te llame *señor*, Gilan? —Entonces, mientras Gilan le miraba con el ceño ligeramente fruncido, corrigió a toda prisa y bastante confundido—. Es decir, señor; ¿de verdad quieres que te llame *señor*... señor?

Gilan negó con la cabeza.

—No. No me parece que *señor-señor* sea apropiado. Ni tampoco *señor Gilan*. Creo que con un simple *señor* irá de maravilla, ¿no te parece?

Will no era capaz de expresar lo que estaba pensando. Y realizó un gesto de impotencia con las manos. Gilan prosiguió.

—Al fin y al cabo nos vendrá muy bien a todos tener presente quién está al mando en este grupo, ¿no?

Finalmente, Will recuperó la voz.

—Bueno, supongo que sí, Gil... o sea, señor.

Meneó la cabeza, sorprendido ante la repentina exigencia de formalidad por parte de su amigo. Cabalgó en silencio unos minutos y entonces oyó a su lado el ruido explosivo de un bufido, conforme Horace intentaba, sin éxito, aplacar la risa. Will se quedó mirándole y después se giró con desconfianza hacia Gilan.

El joven montaraz tenía en el rostro una sonrisa de oreja a oreja cuando sus ojos se encontraron con los del aprendiz. Sacudió la cabeza con un disgusto fingido.

—Es broma, Will, es broma.

Éste asumió que le habían estado tomando el pelo de nuevo, y esta vez con pleno conocimiento por parte de Horace.

—Ya lo sa-bí-a —replicó de mal humor dividiendo la palabra en tres sílabas para dejar patente su desdén. Horace rió a carcajadas y, esta vez, se le unió Gilan.

Viajaron rumbo al sur todo el día, acampando por fin en la primera línea de colinas en el camino a Céltica. Hacia la media tarde, la lluvia había comenzado a amainar lentamente, pero el suelo a su alrededor estaba aún empapado.

Buscaron leña seca bajo los árboles de follaje más espeso y poco a poco recogieron la suficiente para una fogata. Gilan se unió a los dos aprendices para repartir el trabajo entre los tres, y así cenaron en un ambiente de amistad y

experiencia compartida.

Sin embargo, Horace aún se sentía un poco intimidado por el alto y joven montaraz. Will se fue dando cuenta de que, por medio de las bromas que le gastaba, Gilan hacía cuanto estaba en su mano para conseguir que Horace se sintiese cómodo, se aseguraba de que no se viese apartado. También se percató de que, a él mismo, el antiguo aprendiz de Halt le caía ahora incluso más simpático que antes. Reflexionó a conciencia sobre lo mucho que aún le quedaba por aprender sobre el trato con la gente.

Sabía que se enfrentaba al menos a otros cuatro años de entrenamiento antes de que finalizase su aprendizaje, y luego suponía, se esperaba de él que llevase a cabo misiones clandestinas, que reuniese información sobre los enemigos del reino y, quizás, que guiase algunas unidades del ejército, exactamente igual que había hecho Halt. La idea de que algún día tendría que depender tan sólo de su propio ingenio y habilidades resultaba intimidatoria. Will se sentía seguro en la compañía de montaraces experimentados como Halt y Gilan, sus conocimientos y capacidades los envolvían en un aura tranquilizadora de invencibilidad, y se preguntaba si alguna vez sería verdaderamente capaz de ocupar su lugar junto a ellos. Justo ahora, se decía sombrío, lo dudaba.

Suspiró. A veces daba la impresión de que la vida estaba decidida a ser confusa. Menos de un año atrás, él era un huérfano desconocido y sin nombre en la Sala del castillo de Redmont. Desde entonces, había comenzado a aprender las habilidades de un montaraz y había disfrutado de la admiración y los elogios de todo el mundo en el feudo de Redmont cuando ayudó al barón, a sir Rodney y a Halt a derrotar a las aterradoras bestias conocidas como los kalkara.

Cruzó la mirada hasta Horace, el enemigo de su infancia que se había convertido en su amigo, y se preguntó si él sentiría ese mismo desconcertante conflicto de emociones. El recuerdo de sus días juntos en la Sala le traía a la mente a sus otros amigos: George, Jenny y Alyss, destinados ahora como aprendices de sus propios maestros de oficios. Desearía haber dispuesto de tiempo para decirles adiós antes de partir hacia Céltica, en particular a Alyss. Empezó a sentirse incómodo al pensar en ella. Alyss le había besado al final de aquella noche en la posada y él aún recordaba el tacto suave de sus labios.

Sí, pensó, especialmente a Alyss.

Al otro lado de la fogata, Gilan observaba a Will con los ojos entornados. No resultaba sencillo ser el aprendiz de Halt, él lo sabía. Halt era un personaje casi legendario y aquello suponía una pesada carga para cualquier aprendiz que se le asignase. Resultaba muy difícil estar a la altura. Decidió que Will necesitaba un poco de distracción.

—¡Muy bien! —dijo, poniéndose en pie de un ágil salto—. ¡Lecciones!

Horace y Will se miraron el uno al otro.

—¿Lecciones? —dijo Will en tono de súplica. Tras un día en la silla de montar,



tenía el pensamiento puesto más bien en el saco de dormir.

—Eso es —dijo Gilan con alegría—. Aunque estemos en una misión, es cosa mía mantener la instrucción de los dos.

Le tocó entonces a Horace el turno de estar confundido.

—¿La mía? —preguntó—. ¿Por qué habría yo de aprender ninguna de las técnicas de un montaraz?

Gilan tomó su espada y la vaina del lugar en el que reposaban junto a su silla de montar y extrajo la delgada y brillante hoja de su receptáculo plano de cuero. Silbó ligeramente al ser liberada y pareció bailar al son del cambiante fuego de la hoguera.

—Técnicas de montaraz no, muchachito. Técnicas de combate. Bien cierto es que las necesitaremos tan a punto como podamos dentro de no mucho tiempo. Ya sabes que se avecina una guerra —observó al corpulento muchacho que tenía ante sí con una mirada crítica—. Venga, vamos a ver qué sabes hacer con ese mondadientes que llevas.

—Ah, claro —dijo Horace, un poco más complacido ante este cambio en la situación. A él nunca le molestaba un poco de práctica con la espada, y sabía que no se trataba de una habilidad propia de un montaraz. Desenvainó su hoja con confianza y se situó ante Gilan con la punta hacia el suelo en señal de cortesía. Gilan clavó la punta de la suya en el terreno blando y extendió la mano hacia la espada de Horace.

—¿Puedo verla, por favor? —le preguntó.

Horace asintió y le ofreció la empuñadura. Gilan calculó su peso, la sacudió ligeramente y la blandió unas pocas veces a modo de prueba.

—¿Ves esto, Will? Esto es lo que se busca en una espada.

Will observó la espada sin inmutarse. A él le parecía simple. La hoja era recta y sencilla. La empuñadura consistía en una envoltura de cuero alrededor de la espiga de acero y la guarda era una pieza gruesa de latón. Se encogió de hombros.

—No parece especial —dijo en tono de disculpa, sin intención de herir los sentimientos de Horace.

—Lo que cuenta no es la apariencia —dijo Gilan—, sino la sensación que produce. Ésta, por ejemplo, está tan bien equilibrada que la puedes blandir durante todo el día sin agotarte, y la hoja es ligera pero resistente. He visto hojas con el doble de grosor que ésta partidas por la mitad por un buen golpe de porra. Y también bonitas —añadió con una sonrisa—, con grabados e incrustaciones y joyas.

—Sir Rodney dice que las joyas en la empuñadura no son más que un peso innecesario —afirmó Horace.

Gilan hizo un gesto de asentimiento.

—Es más, producen el efecto de animar a la gente a atacarte y robarte —dijo.

Entonces, completamente serio de nuevo, le devolvió su espada a Horace y tomó la suya propia.

—Muy bien, Horace, ya hemos visto que la espada es de buena calidad. Veamos cómo es su dueño.

Horace dudó, no estaba seguro de las intenciones de Gilan.

—¿Señor? —dijo con torpeza.

Gilan le hizo un gesto hacia sí con la mano izquierda.

—Atácame —dijo alegremente—. Suelta el brazo. Dame un mandoble. Siégame la cabeza.

Horace aún permanecía en pie con aire vacilante. La espada de Gilan no se encontraba en posición de guardia. La sostenía de manera negligente con la mano derecha, la punta hacia abajo. Horace hizo un gesto de impotencia.

—Vamos, Horace —dijo Gilan—. No me hagas esperar toda la noche. Veamos lo que eres capaz de hacer.

Horace clavó la punta de su espada en el suelo.

—Usted ya lo sabe, señor, soy un guerrero adiestrado —dijo.

Gilan pensó sobre aquello y asintió.

—Cierto —respondió—, pero llevas menos de un año recibiendo adiestramiento. No creo que vayas a descuartizarme.

Horace miró a Will en busca de apoyo y éste tan sólo pudo encogerse de hombros. Daba por sentado que Gilan sabía lo que estaba haciendo, aunque no le conocía de mucho tiempo atrás y jamás le había visto más que desenvainar la espada, ni hablar ya de verle practicar con ella. Gilan realizó con la cabeza un gesto de fingida desesperación.

—Vamos, Horace —le dijo—, que yo ya tengo una ligera idea de en qué consiste todo esto.

A regañadientes, Horace lanzó a Gilan un golpe un tanto desganado. Obviamente, le preocupaba que, si traspasaba la guardia del montaraz, él mismo no tenía la experiencia suficiente para frenar el golpe y evitar herirle. Gilan ni siquiera levantó la espada para defenderse. En cambio, se hizo a un lado con facilidad y la hoja de la espada de Horace pasó de largo sin alcanzarle.

—¡Vamos! —dijo—. ¡Hazlo como si de verdad tuvieses ganas!

Horace respiró profundamente y le soltó un buen golpe, describiendo un amplio círculo con el brazo para coger fuerza.

Parecía poesía, pensaba Will. Como una danza. Como el movimiento del agua que corre sobre las rocas lisas. De repente, la espada de Gilan, impulsada en apariencia tan sólo por los dedos y la muñeca, describió un arco para interceptar el golpe de Horace. El acero resonó y Horace se detuvo, sorprendido. El quite de Gilan le había sacudido el brazo desde la mano hasta el codo. El montaraz le miró enarcando las cejas.

—Eso está mejor —dijo—. Inténtalo otra vez.

Y Horace lo hizo: reveses, golpes descendentes, embates en círculo.

Cada vez, la espada de Gilan cambiaba veloz de posición para bloquear el ataque con un golpe sonoro. Según pasaba el tiempo, Horace iba golpeando más fuerte y más rápido. El sudor apareció en su frente y la camisa se le empapó. Ahora no

pensaba en absoluto en no herir a Gilan, daba golpes A diestro y siniestro con total libertad, en un intento por vencer aquella impenetrable defensa.

Finalmente, cuando la respiración de Horace comenzó a convertirse en suspiros irregulares, Gilan varió el movimiento de bloqueo que tan efectivo le había resultado contra los golpes más fuertes de Horace. Su espada resonó al chocar contra la del muchacho y la rodeó con rapidez, con un pequeño movimiento circular, de forma que quedó sobre ella. Luego, con un sonido metálico, el montaraz deslizó hacia abajo la hoja de su espada por la de Horace obligando al aprendiz a llevar la punta de su arma hasta el suelo. Cuando ésta alcanzó el terreno embarrado, Gilan avanzó un pie de un salto sobre ella para mantenerla en esa posición.

—Muy bien, con eso vale —dijo con calma, los ojos clavados en los de Horace, para asegurarse de que el muchacho entendía que la sesión práctica había terminado. A veces, sabía Gilan, en el calor del momento, el contendiente derrotado podía intentar un último golpe, justo en el punto en el que su oponente había dado la lucha por finalizada.

Y entonces, con bastante frecuencia, sí que acababa todo.

Vio que Horace se había dado cuenta. Se separó de él ligeramente, moviéndose con rapidez fuera del alcance de su espada.

—No está mal —dijo Gilan en tono aprobatorio.

Horace, avergonzado, dejó caer su espada en la hierba.

—¿No está mal? —exclamó—. ¡Ha sido terrible! Yo jamás había parecido tan... —vaciló.

En cierto modo, no creía que fuese educado admitir que, durante los tres o cuatro últimos minutos, había estado intentando arrancarle la cabeza de los hombros. Por fin, consiguió transigir diciendo:

—En ningún momento he conseguido romper su guardia.

—Bueno —dijo Gilan con algo de modestia—, ya había hecho antes este tipo de cosas.

—Sí —dijo Horace entre jadeos—, pero usted es un montaraz. Todo el mundo sabe que los montaraces no usan espadas.

—Pues parece que éste sí la usa —dijo Will sonriendo.

Horace, sea dicho en su favor, le devolvió cansino la sonrisa.

—Ni que lo digas —dijo volviéndose y mostrando respeto hacia Gilan—. ¿Puedo preguntarle dónde aprendió usted su esgrima, señor? Nunca he visto nada igual.

Gilan negó con la cabeza, fingiendo reprobación.

—Ya estás otra vez con el *señor* —dijo, y a continuación le respondió—: Mi maestro de esgrima fue un anciano. Un hombre del norte llamado MacNeil.

—¿MacNeil! —dijo Horace, asombrado—. No te refieres a *MacNeil*, ¿no? ¿MacNeil de Bannock?

Gilan asintió.

—El mismo —replicó—. Entonces, ¿has oído hablar de él?

Horace asintió de un modo reverencial.

—¿Quién no ha oído hablar de MacNeil?

Y en ese momento, Will, cansado de no saber lo que estaba pasando, decidió intervenir.

—Pues yo, por ejemplo —dijo—. Pero me pondré a hacer té si alguien decide contarme algo sobre él.



## Cuatro

—Hábladme de ese tal Neil —dijo Will, al tiempo que los tres se sentaban de manera confortable junto a la hoguera con unas tazas de humeante infusión entre sus manos ahuecadas.

—MacNeil —le corrigió Horace—. Es una leyenda.

—Bueno, es bastante real —dijo Gilan—. Lo sé bien. Me adiestré con él durante cinco años. Comencé cuando tenía once y después, a los catorce, fui asignado a Halt como aprendiz, pero él me dio siempre plena libertad para ausentarme y proseguir mi preparación con el maestro de esgrima.

—Pero ¿por qué continuaste aprendiendo con la espada tras iniciar tu formación como montaraz? —preguntó Horace.

Gilan se encogió de hombros.

—Puede que pensaran que era una lástima echar a perder todo ese adiestramiento previo. Yo, sin duda, deseaba continuar y, al ser mi padre sir David de Caraway, supongo que me dejaron algo de libertad en la cuestión.

Horace enderezó su postura ante la mención de aquel nombre.

—¿El maestro de combate David? —dijo, algo más que impresionado—. ¿El nuevo comandante supremo?

Gilan hizo un gesto de asentimiento ante el entusiasmo del muchacho.

—El mismo —admitió.

Al ver entonces que Will seguía aún sin enterarse, se explicó con mayor detalle.

—Mi padre ha sido nombrado comandante supremo de los ejércitos del rey tras el asesinato de lord Northolt. Estaba al mando de la caballería durante la batalla del monte Hackham.

Los ojos de Will se abrieron de par en par.

—Cuando Morgarath fue derrotado y empujado a las montañas.

Ambos, Horace y Gilan, asintieron. Horace prosiguió entusiasmado con la explicación.

—Sir Rodney dice que la coordinación que llevó a cabo entre la caballería y los arqueros de los flancos en la fase final de la batalla es todo un clásico. Él aún lo

enseña como un ejemplo de táctica perfecta. No es de extrañar que hayan elegido a tu padre para reemplazar a lord Northolt.

Will se dio cuenta de que la conversación se había desviado de su planteamiento original.

—Entonces, ¿qué tuvo que ver tu padre con este tal MacNeil? —preguntó, volviendo al tema.

—Bueno —dijo Gilan—, mi padre fue también un antiguo alumno suyo. Es natural que MacNeil ejerciese influencia en su Escuela de Combate, ¿no?

—Supongo que sí —admitió Will.

—Y resultaba lógico asimismo que yo acudiese bajo su tutela en cuanto fuera capaz de blandir una espada. Al fin y al cabo, yo era el hijo del maestro de combate.

—Entonces, ¿cómo es que te convertiste en un montaraz? —preguntó Horace—. ¿No te aceptaron como caballero?

Los dos montaraces le miraron un poco sorprendidos ante su suposición de que alguien sólo se convertía en montaraz después de no haber conseguido ser un caballero o un guerrero. A decir verdad, no había transcurrido demasiado tiempo desde que Will pensase de la misma forma, pero ahora, casualmente, se le había pasado por alto el hecho. Horace se dio cuenta de la dilatada pausa que se había producido en la conversación y, después, de las miradas que le estaban dedicando. De repente, se percató de su pifia e intentó arreglarlo.

—Quiero decir... ya sabéis. La mayoría de nosotros quiere ser un caballero, ¿no?

Will y Gilan intercambiaron miradas. Gilan levantó una ceja. Horace siguió metiendo la pata.

—Quiero decir que... sin ofender ni nada... toda la gente que yo conozco quiere ser un guerrero —el bochorno se suavizó cuando señaló a Will con el dedo—. ¡Tú mismo querías serlo, Will! Me acuerdo de cuando éramos pequeños. Siempre solías decir que ibas a ir a la Escuela de Combate y que serías un caballero famoso.

Ahora le tocaba a Will el turno de sentirse incómodo.

—Y tú siempre te burlabas de mí y decías que era demasiado bajo, ¿verdad? —dijo.

—Pero ¡es que lo eras! —dijo Horace acalorándose un poco.

—No está mal —replicó Will, enfadado—. ¿A que no se te había ocurrido que es posible que Halt ya hubiese hablado con sir Rodney y le hubiese dicho que me quería a mí como su aprendiz, y que ésa fuera la razón por la que no me eligieron para la Escuela de Combate? Di, ¿se te había ocurrido alguna vez?

Gilan los interrumpió en ese momento y detuvo con calma la discusión antes de que pasara a mayores y se fuera de las manos.

—Creo que ya hemos tenido suficiente riña de críos —dijo con firmeza.

Ambos muchachos, cada uno con otra pulla verbal preparada, recobraron la compostura con algo de torpeza.

—Ah... claro, sí —farfulló Will—. Lo siento.

Horace asintió varias veces, avergonzado por la escenita que acababa de suceder.

—Yo también —dijo, y después, picado por la curiosidad, añadió—: ¿Es así como ocurrió, Will? ¿Le dijo Halt a sir Rodney que no te escogiese porque quería que fueras un montaraz?

Will bajó la mirada y se puso a jugar con un hilo suelto de su camisa.

—Bueno... no exactamente —dijo, y a continuación admitió—: Y tienes razón. De pequeño siempre había querido convertirme en caballero —después, volviéndose rápidamente hacia Gilan, añadió—. ¡Pero ahora no lo cambiaría por nada!

Gilan sonrió a ambos.

—A mí me pasó al contrario —dijo—. Recuerdo que crecí en la Escuela de Combate. Puede que mi adiestramiento con MacNeil comenzase a los once años, pero mi formación básica se inició alrededor de los nueve.

—Eso debió de ser increíble —dijo Horace con un suspiro.

De manera sorprendente, Gilan lo negó con la cabeza.

—No para mí. ¿Sabéis aquello que se dice de que la hierba que está lejos de uno siempre parece más verde?

Los dos muchachos se miraron desconcertados ante aquello.

—Significa que uno siempre desea justo lo que no tiene —les dijo, y ambos hicieron gestos de entenderlo—. Pues así es como era yo. A los doce años ya estaba hasta las narices de la disciplina, la instrucción y los desfiles —miró a Horace de reojo—. En la Escuela de Combate hay un poco de ese rollo, ¿verdad?

El corpulento muchacho suspiró.

—Ya te digo —asintió—, aunque la equitación y los combates de entrenamiento son divertidos.

—Puede —dijo Gilan—, pero a mí me interesaba más la vida que llevaban los montaraces. Tras lo del monte Hackham, mi padre y Halt se habían convertido en buenos amigos y Halt solía visitarnos. Le veía entrar y salir, tan misterioso, tan audaz. Empecé a pensar que aquello podía ser como ir y venir a tu antojo. Vivir en los bosques. La gente sabía tan poco de los montaraces que a mí me parecía lo más emocionante del mundo.

Horace le miró dubitativo.

—Halt siempre me ha asustado un poco —dijo—. Solía pensar que era alguna clase de brujo.

Will resopló incrédulo.

—¿Halt? ¿Un brujo? —dijo—. No tiene nada de eso.

Horace le volvió a mirar afligido.

—Pero tú pensabas lo mismo —dijo.

—Bueno... supongo que sí, pero sólo era un niño entonces.

—¡Y yo! —replicó Horace, con una lógica aplastante.

Gilan les mostró una sonrisa a los dos. Ambos eran aún unos críos y Halt había acertado, era bueno para Will pasar algún tiempo con alguien de su misma edad.

Will se volvió al montaraz.

—Entonces, ¿le pediste tú a Halt que te aceptara como aprendiz? —le preguntó, y, antes de recibir respuesta, prosiguió—: ¿Qué te dijo él?

Gilan lo negó meneando la cabeza.

—Yo no le pregunté nada. Le seguí un día cuando salió de nuestro castillo y se dirigió al bosque.

—¿Le seguiste? ¿A un montaraz? ¿Seguiste a un montaraz al interior del bosque? —dijo Horace, que no sabía si sentirse impresionado por el valor de Gilan u horrorizado por su insensatez.

Will saltó en defensa de Gilan.

—Gil es uno de los mejores de todo el Cuerpo a la hora de moverse sin que le vean —dijo rápidamente—. El mejor, probablemente.

—No lo era en aquel momento —dijo Gilan, atribulado—. Pero, claro, yo pensaba que algo sabía sobre desplazarme sin ser visto. Y descubrí lo poco que sabía en realidad al intentar acercarme a Halt con sigilo cuando él se detuvo a almorzar. Lo primero que sentí fue cómo su mano me cogía por el cogote y me lanzaba a un riachuelo.

Se sonrió al recordarlo.

—Supongo que entonces te enviaría a casa avergonzado, ¿no? —le preguntó Horace.

Pero Gilan volvió a negar con la cabeza, con una lejana sonrisa aún en su rostro mientras recordaba aquel día.

—Al contrario, me mantuvo con él una semana. Me dijo que no se me daba del todo mal merodear por el bosque y que podría tener algún talento para moverme sin ser visto. Comenzó a hablarme sobre ser un montaraz y, para el final de la semana, era su aprendiz.

—¿Cómo se lo tomó tu padre cuando se lo contaste? —preguntó Will—. Seguramente deseaba que fueras un caballero como él, ¿no? Me imagino que le decepcionaría.

—No del todo —dijo Gilan—. Lo raro fue que Halt le había contado que era probable que yo le siguiera al bosque. Mi padre ya había aceptado que yo sirviera como aprendiz de Halt antes incluso de que yo mismo supiese que quería hacerlo.

Horace frunció el ceño.

—¿Cómo pudo Halt saber aquello?

Gilan se encogió de hombros y miró a Will de manera significativa.

—Halt tiene su forma de saber las cosas, ¿verdad, Will? —le preguntó con una sonrisa.

Will recordó la oscura noche en el despacho del barón y la mano que salió disparada de las sombras para agarrarle la muñeca. Aquella noche Halt le había estado esperando, justo de la misma forma en que resultaba obvio que había esperado a que Gilan le siguiese.



Hundió la mirada en la profundidad de las brasas de la hoguera antes de responder.

—Es posible que, a su manera, tenga algo de brujo —dijo.

Los tres compañeros permanecieron sentados en un confortable silencio durante unos minutos, pensando en lo que habían estado discutiendo. Luego, Gilan se estiró y bostezó.

—Bueno, yo me voy a dormir —dijo—. Estamos en época de guerra, así que haremos guardias. Will, tú eres el primero, después va Horace y más tarde yo. Buenas noches a los dos.

Y según decía aquello, se envolvió en su capa verde y gris y al poco tiempo respiraba de manera profunda y uniforme.



## Cinco

**S**e encontraban de nuevo en camino antes de que el sol hubiese terminado de aparecer en el horizonte. Un viento fresco del sur había despejado el cielo de nubes, y el aire se tornaba frío y vigorizante según la senda ascendía serpenteando por las estribaciones rocosas camino de la frontera con Céltica.

Los árboles eran más raquíuticos y retorcidos. La hierba era basta y la espesura del bosque se veía reemplazada por maleza baja azotada por el viento.

Se trataba ésta de una parte del reino donde los vientos soplaban de forma ininterrumpida, y el propio terreno reflejaba la acción de su azote constante. Las pocas casas que vieron en la distancia se apiñaban en las laderas de las colinas, construidas con muros de piedra y desiguales tejados de paja. Era una de las zonas de clima frío y duro del reino y, tal y como les había contado Gilan, se iría endureciendo más según se adentrasen en Céltica.

Aquella tarde, mientras se relajaban alrededor del fuego, Gilan continuó con el adiestramiento de esgrima de Horace.

—La esencia de todo esto es la sincronización —le dijo al sudoroso aprendiz—. ¿No ves cómo haces los quites con el brazo bloqueado y rígido?

Horace se miró el brazo derecho. Sin duda, estaba bloqueado, tieso como un palo. Se mostró afectado.

—Pero es que debo estar preparado para detener tu golpe —se explicó.

Gilan asintió con paciencia y a continuación se lo enseñó con su propia espada.

—Mira... ¿ves cómo lo hago yo? Según viene tu golpe, mi mano y mi brazo están relajados. Entonces, justo antes de que tu espada alcance el punto en el que yo quiero detenerla, hago una ligera oscilación en sentido contrario. ¿Lo ves?

Lo hizo, utilizando la mano y la muñeca para desplazar la hoja de su espada y que ésta describiese un pequeño arco.

—La agarro con más tensión en el último momento, y la mayor parte de la energía de tu golpe se ve absorbida por el propio movimiento de mi espada.

Horace asintió dubitativo. Parecía resultarle muy fácil a Gilan.

—Pero... ¿y si fallo al sincronizarlo?

Gilan mostró una amplia sonrisa.

—Bueno, en ese caso, lo más probable es que te siegue la cabeza —hizo una pausa. Horace no parecía muy complacido con aquella respuesta—. La idea es no fallar al sincronizarlo —añadió Gilan con calma.

—Pero... —comenzó el muchacho.

—Y la forma de desarrollar tu capacidad de sincronización es... —interrumpió Gilan.

Horace asintió de un modo cansino.

—Lo sé, lo sé. La práctica.

Gilan le sonrió de nuevo.

—Eso es. ¿Listo, entonces? Uno y dos y tres y cuatro, eso está mejor, y tres y cuatro... ¡No! ¡No! Sólo un leve movimiento de la muñeca... Y uno y dos...

El tañido de sus hojas resonaba en el campamento. Will miraba con un cierto interés, intensificado por el hecho de que no era él quien estaba rompiendo a sudar.

Después de unos pocos días así, Gilan notó que Will parecía algo relajado. Estaba sentado y pasaba una piedra por la hoja de su espada tras una sesión de práctica con Horace, cuando le dirigió una mirada de burla al aprendiz de montaraz.

—¿Te ha enseñado ya Halt la defensa del doble puñal frente a una espada? —le preguntó de repente.

Will le miró sorprendido.

—¿La defensa del doble... qué? —le preguntó con inseguridad.

Gilan suspiró profundamente.

—Doble puñal frente a una espada. ¡Maldita sea! Tenía que haberme dado cuenta de lo mucho que me tocaría hacer. Me está bien empleado por llevar conmigo a dos aprendices —se puso en pie con un suspiro exagerado y le hizo una señal a Will para que le siguiese.

Desconcertado, el muchacho lo hizo.

Gilan le guió hasta el claro donde Horace y él habían estado practicando esgrima. Horace aún se encontraba allí, realizando embestidas y tajos a un contrincante imaginario mientras iba contando el tiempo en voz baja, entre respiración y respiración. El sudor le caía por el rostro y le empapaba la camisa.

—Está bien, Horace —ordenó Gilan—. Tómame unos minutos de descanso.

Horace, agradecido, obedeció. Bajó la espada y se dejó caer sobre el tronco de un árbol caído.

—Creo que le estoy cogiendo el tranquilo —dijo, y Gilan asintió en aprobación.

—Bien hecho. Otros tres o cuatro años más y puede que entonces lo tengas dominado —afirmó en tono alegre, aunque Horace bajó la cabeza conforme la perspectiva de largos años de agotadoras prácticas se extendía ante él—. Míralo por el lado bueno, Horace —dijo Gilan—. Para entonces, no habrá más que unos pocos espadachines en el reino que puedan vencerte en un duelo.

El rostro de Horace recuperó algo de brillo. Después, volvió a decaer según Gilan

decía:

—La única cuestión es saber quiénes son esos pocos. Sería de lo más incómodo retar a alguno de ellos por accidente y descubrirlo después, ¿no crees?

No esperaba una respuesta, así que se volvió al más pequeño de los dos.

—Bien, Will —dijo—. Vamos a ver esos dos puñales tuyos.

—¿Los dos? —vaciló Will, y Gilan elevó la mirada al cielo.

La expresión era notablemente parecida a la que Halt adoptaba cuando él hacía una pregunta de más.

—Lo siento —farfulló Will desenvainando sus dos puñales y ofreciéndoselos a Gilan. El montaraz no los cogió. Inspeccionó con rapidez su filo y comprobó que se veía en ellos una fina capa de aceite contra el óxido. Realizó un gesto de asentimiento cuando vio que todo se encontraba como debía.

—Bien —dijo—, el cuchillo saxe va en la mano derecha, porque es el que utilizas para detener el tajo de una espada...

Will frunció el ceño.

—¿Por qué me iba a hacer falta a mí detener el tajo de una espada?

Gilan se inclinó hacia delante y le propinó un golpe no demasiado amable con los nudillos en lo alto de la cabeza.

—Bueno, evitar que te arranquen el cráneo quizás sea una buena razón —le sugirió.

—Pero Halt dice que los montaraces no luchan cuerpo a cuerpo —protestó Will.

Gilan mostró estar de acuerdo.

—Ciertamente, no es lo nuestro. Pero si se da la situación en la que tengamos que hacerlo, es una buena idea saber cómo arreglárselas.

Mientras hablaban, Horace se había levantado de su sitio en el tronco y se había acercado para observarlos. Interrumpió con una pizca de desdén.

—No pensarás que un cuchillo tan pequeño como ése va a detener una espada en condiciones, ¿verdad? —preguntó.

Gilan le miró y arqueó una ceja.

—Mira ese «cuchillo tan pequeño» con un poco más de atención antes de hablar con tanta seguridad —le invitó.

Horace extendió la mano para coger el puñal. Will, de inmediato, le dio la vuelta y puso la empuñadura en la mano de Horace.

Will no podía evitar estar de acuerdo con Horace. El saxe era un cuchillo largo, de hecho era casi una espada corta; pero, en comparación con verdaderas espadas como la de Horace o la de Gilan, parecía lamentablemente inapropiado.

Horace blandió el cuchillo a modo de prueba, valorando su equilibrio.

—Pesa —dijo por fin.

—Y es duro. Muy, muy duro —le contó Gilan—. Los puñales de un montaraz están hechos por artesanos que han perfeccionado el arte del endurecimiento del acero hasta un nivel asombroso. Mellarías el filo de tu espada contra uno de ellos y

apenas le harías una muesca.

Horace frunció la boca.

—Aun así, me has estado enseñando la noción del movimiento y la técnica de palanca durante toda la semana. Hay una capacidad mucho menor de hacer palanca en una hoja corta como ésta.

—Es cierto —admitió Gilan—, de forma que tendremos que encontrar otra manera de hacer palanca, ¿no? Y he aquí el puñal más corto, el que lanzamos.

—No lo entiendo —dijo Horace con unas arrugas entre las cejas que se iban haciendo más profundas.

Will tampoco lo entendía, pero estaba encantado con el hecho de que el otro muchacho hubiese admitido antes su ignorancia. Adoptó una mirada que daba a entender que lo sabía y aguardó a que Gilan lo explicara. Se lo debía haber imaginado, nada había escapado a los atentos ojos del montaraz.

—Bien, quizás Will te lo pueda explicar, ¿verdad? —dijo Gilan con simpatía.

Ladeó expectante la cabeza en dirección a Will, que vaciló.

—Claro... es... esto, bueno... pues... la defensa de los dos puñales —tartamudeó.

Se produjo una larga pausa y, dado que Gilan no decía nada, Will añadió, tan sólo un poco dubitativo:

—¿No es así?

—¡Ya lo creo que sí! —replicó Gilan—. Ahora, ¿querrías mostrárnosla? —Ni siquiera esperó a la respuesta de Will, sino que prosiguió sin apenas detenerse—. Creo que no, así que, por favor, permíteme.

Tomó el saxe de Will y extrajo de la vaina su propio puñal corto. Dedicó entonces un gesto con él hacia la espada de Horace.

—Muy bien —dijo todo serio—. Coge tu espada.

Horace, inseguro, lo hizo. Gilan le indicó que se dirigiera al centro del área de prácticas y, a continuación, se puso en guardia.

Horace hizo lo mismo, con la punta de la espada levantada.

—Ahora —dijo Gilan—, intenta darme un tajo por encima de la cabeza.

—Pero... —Horace señaló con mala cara las dos armas pequeñas en poder de Gilan y éste, exasperado, puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo aprenderéis los dos? —preguntó—. Sé lo que hago. ¡Ahora, continúa!

Le dijo las últimas palabras a Horace dando verdaderos gritos. El corpulento aprendiz, acostumbrado a obedecer al instante las órdenes dadas a gritos durante los meses que había pasado en el campo de instrucción, blandió su espada en un tajo mortal descendente hacia la cabeza de Gilan.

Se produjo un sonoro tañido de acero y la hoja se detuvo en seco en el aire. Gilan había cruzado los dos puñales de montaraz, con el corto haciendo de soporte de la hoja del saxe, y había bloqueado el tajo con facilidad. Horace dio un paso atrás, un poco sorprendido.

—¿Lo ves? —dijo Gilan—. El cuchillo pequeño hace de apoyo del grande, o de palanca extra.

Había realizado aquellos comentarios dirigiéndose a Will, principalmente, quien observaba con gran interés. Luego, habló de nuevo a Horace:

—Muy bien. Un tajo ascendente, por favor.

Horace blandió la espada de abajo hacia arriba. De nuevo, Gilan juntó las dos hojas y detuvo el golpe. Miró a Will, que asentía al haberlo comprendido.

—Ahora, un tajo lateral —ordenó Gilan.

De nuevo, Horace blandió su espada. De nuevo, la espada se detuvo en seco.

—¿Captas la idea? —le preguntó Gilan a Will.

—Sí. ¿Qué pasa con una estocada directa? —preguntó, y Gilan hizo un gesto aprobatorio de asentimiento.

—Buena pregunta. Eso es un poco distinto.

Se volvió de nuevo hacia Horace:

—Por cierto, si alguna vez te enfrentas a un hombre con dos puñales, las estocadas son la forma más segura y efectiva de ataque. Ahora, una estocada, por favor.

Horace atacó con la punta de su espada, avanzando con el pie derecho con un paso marcado y alto para proporcionar mayor fuerza al golpe. Esta vez, Gilan utilizó sólo el saxe para desviar la hoja y hacerla pasar deslizándose a su costado.

—Éste no lo podemos detener —instruyó a Will—, de manera que, simplemente, lo desviamos. Lo bueno que tiene es que, como una estocada lleva una fuerza menor, podemos usar sólo el saxe.

Horace, al no encontrar una verdadera resistencia a la estocada, se había abalanzado hacia delante conforme la hoja se desviaba. Al instante, la mano izquierda de Gilan le agarraba de la camisa y tiraba de él hacia sí, hasta que sus hombros casi se tocaron. Ocurrió de una forma tan rápida y natural que la sorpresa hizo que a Horace se le abrieran los ojos de par en par.

—Y aquí es donde una hoja corta se convierte en algo verdaderamente útil —señaló Gilan.

Simuló una estocada ascendente con el saxe en el costado expuesto de Horace. Los ojos del muchacho se abrieron aún más cuando se percató de todas las implicaciones que aquello conllevaba. Su inquietud creció conforme Gilan proseguía con su demostración.

—Y, por supuesto, si no quieres matarle, o si lleva puesta una cota de malla, siempre puedes utilizar el filo del saxe para dejarle lisiado.

Simuló un movimiento corto hacia una de las corvas de Horace y detuvo la afilada hoja a unos centímetros de la pierna.

Horace tragó saliva, pero la lección no había concluido aún.

—Ah, recuerda —añadió Gilan en tono alegre—, esta mano izquierda que le sujeta por el cuello sigue teniendo cogido un cuchillo bastante afilado y sumamente

desagradable.

Movió ligeramente el puñal de hoja corta y ancha que los montaraces solían lanzar para atraer la atención sobre él.

—Una rápida estocada hacia arriba bajo su mandíbula y hasta luego, espadachín, ¿verdad?

Will meneó la cabeza con admiración.

—Es increíble, Gilan —musitó—. Nunca he visto nada parecido.

Gilan soltó la camisa de Horace y el muchacho retrocedió rápidamente, antes de que se pudiera producir cualquier otra demostración de su vulnerabilidad.

—No solemos contar estas cosas a bombo y platillo —admitió el montaraz—. Es preferible dar con un espadachín que no sepa de los peligros que envuelve la defensa del doble puñal —miró a Horace excusándose—. Como es natural, se enseña en las escuelas de combate del reino, pero es un tema del segundo año. Sir Rodney ya te lo habrá enseñado dentro de un año.

Will se metió en la zona de prácticas.

—¿Puedo intentarlo? —preguntó entusiasmado, desenvainando su puñal corto.

—Por supuesto —dijo Gilan—. Vosotros dos podéis practicar juntos por las tardes a partir de ahora, pero no con armas de verdad. Cortad unos bastones de entrenamiento que podáis emplear.

Horace hizo un gesto reconociendo la sabiduría de aquel consejo.

—Eso estará bien, Will —dijo—. Al fin y al cabo, estás empezando a aprenderlo y a mí no me gustaría herirte —se lo pensó un poco y, a continuación, añadió con una sonrisa—: Bueno, no demasiado, al menos.

Su sonrisa se difuminó conforme Gilan le corregía:

—Ésa es una de las razones, por supuesto —dijo el montaraz—, pero tampoco tenemos tiempo para que te pongas a arreglarle el filo a tu espada cada noche.

Miró de forma significativa hacia abajo, hacia la hoja del acero de Horace. El aprendiz siguió su mirada y dejó escapar un gemido apagado: había dos muescas profundas en el filo de su espada que, de manera obvia, procedían de los dos tajos, descendente y ascendente, que Gilan había bloqueado. Con un solo vistazo comprendió que habría de emplear al menos una hora afilando y puliendo para librarse de ellas. Horace observó con curiosidad el cuchillo saxe, con la esperanza de hallar el mismo resultado en él. Gilan negó alegre con la cabeza y levantó la pesada hoja para que la inspeccionase.

—Ni una marca —dijo sonriente—. Recuerda, te he dicho que los puñales de un montaraz están hechos de una forma especial.

De mala gana, Horace rebuscó en su mochila el acero de afilar y, tras sentarse sobre la arena compacta, comenzó a pasarlo arriba y abajo por el filo de la espada.

—Gilan —dijo Will—, estaba pensando...

Gilan levantó las cejas mientras miraba al cielo fingiendo desesperación. A Will, de nuevo, aquella expresión le recordó por fuerza a Halt.

—Siempre hay algún problema —dijo el montaraz—. ¿Y qué es lo que estabas pensando?

—Bueno —comenzó Will lentamente—, todo este tema del doble puñal *está* muy bien, sin duda, pero ¿no sería mejor disparar al espadachín antes de dejarle llegar al cuerpo a cuerpo y ya está?

—Sí, Will. Ciertamente lo sería —admitió Gilan con paciencia—. Pero ¿y si estuvieras a punto de hacerlo y se te rompiese la cuerda del arco?

—Podría correr y esconderme —sugirió, pero Gilan insistió.

—¿Y si no hubiera donde huir? Estás atrapado al borde de un precipicio. No hay donde ir. Se te acaba de romper la cuerda del arco y un espadachín furibundo viene hacia ti. Entonces, ¿qué?

Will negó con la cabeza.

—Supongo que tendría que luchar —admitió a regañadientes.

—Exacto —asintió Gilan—. Evitamos el combate cuerpo a cuerpo siempre que es posible, pero si llega el momento en que no hay otra elección, es una buena idea estar preparado, ¿no te parece?

—Supongo —dijo Will.

Entonces, Horace intervino con una pregunta.

—¿Y qué pasa si lleva un hacha? —dijo.

Gilan le miró, perplejo por un momento.

—¿Un hacha? —preguntó.

—Sí —dijo Horace, entusiasmándose con su pregunta—. ¿Qué pasa si te enfrentas a un enemigo con un hacha de combate? ¿Te valen entonces los puñales?

Gilan vaciló.

—Yo no le aconsejaría a nadie que se enfrentase a un hacha de combate tan sólo con dos puñales —dijo cauteloso.

—¿Qué haría yo entonces? —Se unió Will.

La mirada de Gilan saltaba de un muchacho al otro. Tenía la sensación de que le estaban tendiendo una trampa.

—Dispararle —dijo con sequedad.

Will meneó la cabeza, sonriendo.

—No puedo —dijo—, se me ha roto la cuerda del arco.

—Entonces huyes y te escondes —dijo Gilan, apretando los dientes.

—Pero hay un precipicio —señaló Horace—. Una caída al vacío a su espalda y un hombre furibundo con un hacha frente a él.

—¿Qué hago? —le urgió Will.

Gilan respiró profundamente y los miró a los ojos, uno detrás del otro.

—Saltar por el precipicio. Sería más fácil así.





## Seis

—¿**D**ónde demonios está todo el mundo? —dijo Gilan.  
Detuvo a *Blaze* y observó los alrededores del puesto fronterizo desierto. Había una pequeña caseta de guardia a un lado del camino, apenas lo suficientemente grande como para mantener a dos o tres hombres a resguardo del viento. Más atrás, un barracón un poco más grande. En condiciones normales, en un puesto fronterizo pequeño y remoto como aquél, debía haber un destacamento compuesto por una media docena de hombres, que vivirían en el barracón y que se turnarían en la caseta junto al camino.

Al igual que la mayoría de las edificaciones en Céltica, ambas estructuras estaban construidas con el aglomerado de piedra gris de la región, piedras planas fluviales que habían sido cortadas en láminas, con tejas del mismo material. La madera escaseaba en Céltica. Hasta en el fuego para calentarse utilizaban carbón o turba allá donde era posible. Toda viga de madera disponible era necesaria para apuntalar los túneles y galerías de las minas de hierro y carbón de Céltica.

Will miró intranquilo a su alrededor, escrutó el brezo achaparrado que cubría la colinas barridas por el viento como si esperase que una horda de celtas saliese de repente de entre los matorrales. Había algo inquietante en el silencio casi total del lugar: no había sonido alguno excepto el apagado quejido del viento a través de las colinas y el brezo.

—Quizás estén en un cambio de turno —sugirió con un elevado volumen en la voz que no resultaba natural.

Gilan negó con la cabeza.

—Es un puesto fronterizo; debería estar vigilado todo el tiempo.

Desmontó de su silla e hizo un gesto a Will y Horace para que permaneciesen sobre sus monturas. *Tirón*, que sentía la inquietud de Will, daba nerviosos pasos laterales en el camino. Will lo calmó con un golpecito suave en el cuello. Las orejas del pequeño caballo se levantaron al toque de su amo y sacudió la cabeza, como si quisiese negar que estuviera tenso en modo alguno.

—¿Es posible que hayan sido atacados y hayan huido? —preguntó Horace.

Su forma de pensar siempre se encaminaba hacia la lucha, lo cual suponía Will que no era sino algo natural en un aprendiz de la Escuela de Combate.

Gilan se encogió de hombros, empujó la puerta de la caseta hasta abrirla y observó detenidamente el interior.

—Puede ser —dijo mientras miraba dentro—, pero no parece haber signo alguno de lucha.

Se apoyó contra el marco de la puerta con el ceño fruncido. La caseta de guardia tenía una única estancia, con un escueto mobiliario que consistía en unos bancos y una mesa. Allí no había nada que pudiera proporcionarle pistas de adonde habían ido sus ocupantes.

—Sólo es un puesto menor —dijo pensativo—. Quizás los celtas lo hayan abandonado, simplemente. Al fin y al cabo, hay una tregua entre Céltica y Araluen desde hace más de treinta años.

Se alejó de la puerta y señaló el barracón.

—Puede que encontremos algo ahí abajo —añadió.

Los dos muchachos desmontaron. Horace ató su caballo y el poni de carga a la barrera, que tenía un contrapeso que podía bajarse para cerrar el camino. Will dejó caer sin más las riendas de *Tirón* al suelo. El caballo estaba adiestrado para no extraviarse. Tomó su arco de la vaina de cuero que llevaba detrás de la silla y se lo colgó cruzado. Como es natural, ya estaba encordado. Los montaraces siempre viajaban con el arco a punto para ser utilizado. Horace, que se percató del hecho, aflojó levemente su espada dentro de la vaina y salieron detrás de Gilan en dirección al barracón.

El pequeño edificio de piedra estaba cuidado, limpio y desierto, aunque allí, al menos, sí hallaron signos de que sus ocupantes lo habían abandonado a toda prisa. Había unos pocos platos sobre la mesa con restos secos de comida y unas cuantas puertas de los armarios se encontraban abiertas. Había prendas de vestir esparcidas por el suelo en el dormitorio, como si sus propietarios hubieran tenido que preparar sus mochilas de manera apresurada antes de marcharse. En algunas de las literas faltaban las mantas.

Gilan pasó un dedo por la superficie de la mesa del comedor trazando una línea ondulada en la capa de polvo que se había amontonado. Se inspeccionó la yema del dedo y frunció la boca.

—Su marcha no es reciente —dijo.

Horace, que había estado mirando con detenimiento en el interior de un pequeño cuarto de provisiones, se sobresaltó con el sonido de la voz del montaraz y se golpeó la cabeza con el bajo marco de la puerta.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó, más con la intención de tapar su propio bochorno que por verdadera curiosidad.

Gilan movió el brazo mostrando toda la habitación.

—Los celtas son gente limpia. Este polvo debe de haberse acumulado desde que

se marcharon. Haciendo un cálculo, diría que este lugar lleva vacío al menos un mes.

—Tal vez sea como tú dices —sugirió Will, que bajaba las escaleras de la sala de mando—. Tal vez decidieran que no necesitaban mantener por más tiempo este puesto acuartelado.

Gilan asintió varias veces, pero su expresión mostraba que no estaba convencido.

—Eso no explicaría por qué se marcharon a toda prisa —dijo. Volvió a señalar con el brazo alrededor suyo—. Mirad todo esto: la comida en la mesa, los armarios abiertos y la ropa esparcida por el suelo. Cuando alguien cierra un puesto como éste, lo limpia y se lleva sus pertenencias consigo. En particular los celtas. Como he dicho, son muy ordenados.

Salió de nuevo al exterior delante de los muchachos y barrió con la mirada el paisaje desierto, como si tuviera la esperanza de hallar alguna pista para resolver aquel enigma. Pero no había nada a la vista con la excepción de sus propios caballos, que pastaban junto a la caseta de guardia.

—Según el mapa, el pueblo más cercano es Pordellath —dijo—. Se encuentra un poco apartado de nuestra ruta pero quizás podamos descubrir qué ha pasado aquí.

Pordellath estaba solo a cinco kilómetros de distancia. Debido a la naturaleza empinada del terreno, el camino serpenteaba y zigzagueaba ascendiendo por las laderas. Por consiguiente, ya casi habían llegado al pueblo cuando aún ni siquiera había aparecido ante sus ojos. El día se acababa y tanto Will como Horace sentían punzadas de hambre. No se habían detenido para su habitual almuerzo a mediodía, en un principio porque tenían prisa por llegar al puesto fronterizo, y después porque habían seguido adelante hacia Pordellath. Habría alguna posada en el pueblo, y ambos muchachos pensaban de manera ingenua en una comida caliente y unas bebidas frías. Sumidos en sus pensamientos, se sorprendieron cuando Gilan tiró de las riendas y se detuvo al aparecer el pueblo a la vista, tras la ladera de una colina, apenas a doscientos metros de distancia.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó—. ¡Mirad eso!

Horace y Will miraron. Por más que quisiera, Will era incapaz de ver qué podía estar generando la preocupación del joven montaraz.

—No veo nada —admitió, y Gilan se volvió hacia él.

—¡Exacto! —asintió—. ¡Nada! No sale humo de las chimeneas, no hay gente en las calles. ¡Parece tan vacío como el puesto fronterizo!

Espoleó a *Blaze* y la yegua zaina arrancó al trote por el camino empedrado. Will le siguió y el caballo de Horace tardó un poco más en reaccionar. Se adentraron con estruendo en el pueblo, en una línea estirada, y se detuvieron en la pequeña plaza del mercado.

Pordellath no era gran cosa. Tan sólo la corta calle principal por la que habían entrado, con casas y comercios alineados a ambos lados, y que se ensanchaba al final

en la pequeña plaza. Se encontraba dominada por una construcción de mayor tamaño al más puro estilo céltico, la casa del riadhah, que era quien ostentaba el poder hereditario en el pueblo: una combinación de jefe de clan y alcalde. Su autoridad era absoluta y gobernaba a los aldeanos de manera incontestable.

Cuando había algún aldeano a quien gobernar. Allí no había riadhah. No había aldeanos. Únicamente el débil y agonizante eco de los cascos de los caballos sobre la superficie adoquinada de la plaza.

—¡Hola! —gritó Gilan, y el eco de su voz descendió por la estrecha calle principal dando saltos de un edificio a otro hasta que salió al espacio abierto de las colinas de los alrededores, perdiéndose de forma gradual hasta el silencio.

Los caballos se movían nerviosos de nuevo. Will no quería dar la apariencia de estar corrigiendo al montaraz, pero la manera en que Gilan estaba dando a conocer su presencia le hacía sentirse inquieto.

—Puede que no debamos hacer eso, ¿no? —le sugirió.

Gilan le miró desenfadado al percibir la razón del desasosiego de Will.

—¿Por qué? —le preguntó.

—Bueno —dijo Will observando nervioso la plaza desierta—, si alguien se ha llevado de aquí a la gente, puede que no queramos que sepan que hemos llegado.

Gilan hizo un gesto de indiferencia.

—Creo que es un poco tarde para eso —afirmó—. Hemos llegado hasta aquí al galope como si fuéramos la caballería del rey y hemos recorrido el camino sin ocultarnos lo más mínimo. Si hubiera alguien vigilando nuestra llegada, ya nos habría visto.

—Sí, supongo que sí —concedió Will, dubitativo.

Horace, entre tanto, había aproximado su caballo a una de las casas y se inclinaba desde la silla en un intento por observar el interior a través de las ventanas bajas. Gilan se percató de sus movimientos.

—Vamos a echar un vistazo —le dijo, y desmontó.

Horace no se moría de ganas por seguir su ejemplo.

—¿Y si se trata de algún tipo de peste o algo así? —dijo.

—¿Una peste? —preguntó Gilan.

Horace, nervioso, tragó saliva.

—Sí. Lo que quiero decir es que he oído hablar de una cosa así que pasó hace muchos años; ciudades enteras arrasadas por una peste que apareció y... algo así como... que la gente caía muerta en el sitio.

Conforme lo decía, iba alejando el caballo del edificio, hacia el centro de la plaza. Sin darse cuenta, Will le siguió. En cuanto Horace mencionó la posibilidad, le vinieron a la mente imágenes de ellos tres muertos sobre el suelo de la plaza con el rostro ennegrecido, la lengua fuera y los ojos que se les salían de las órbitas tras la agonía final.

—Así que esa peste podría salir de la nada, ¿no? —preguntó Gilan con calma.

Horace asintió varias veces.

—En realidad nadie sabe cómo se extiende —dijo—. He oído que es el aire de la noche el que transporta la peste. O el viento del oeste, a veces. Pero, fuera cual fuese su forma de extenderse, ataca tan rápido que no hay manera de huir. Simplemente, te deja muerto en el sitio.

—¿Todo hombre, mujer y niño que halle a su paso? —le apuntó Gilan.

De nuevo, la cabeza de Horace asintió con un movimiento frenético.

—Todo el mundo. Deja a todo el mundo tieso como un palo.

Will estaba empezando a sentir una sequedad pastosa en la garganta conforme hablaban los otros dos. Intentó tragar saliva y notó que la garganta le raspaba. Tuvo un momento de pánico al preguntarse si no sería aquél el primer síntoma del contagio de la peste. Se le aceleró tanto la respiración que casi no oyó la siguiente pregunta de Gilan.

—Y después, claro... hace que los cadáveres se volatilicen y desaparezcan en el aire, ¿verdad? —le dijo de un modo suave.

—¡Así es! —Comenzó a decir Horace, y entonces se dio cuenta de lo que acababa de decir el montaraz.

Vaciló, observó el pueblo desierto y no vio rastro alguno de gente que hubiese caído muerta, fulminada en el sitio. La garganta de Will, casualmente, perdió de pronto la sensación pastosa y áspera.

—Ah —dijo Horace, al darse cuenta del fallo de su teoría—. Vale, quizás se trate de una nueva variedad de peste. Puede que disuelva los cadáveres o algo así.

Gilan le dedicó una mirada escéptica, con la cabeza ladeada.

—O puede que hubiese una o dos personas inmunes y que hayan enterrado a todos los muertos, ¿no? —volvió a sugerir Horace.

—¿Y dónde están ahora? —preguntó Gilan.

Horace se encogió de hombros.

—Puede que se sintiesen muy tristes y que no soportasen seguir viviendo aquí —dijo, en un intento por mantener viva su teoría un poquito más.

Gilan negó con la cabeza.

—Horace, fuera lo que fuese lo que se llevó a la gente de aquí, no se trató de la peste —miró al cielo, que se oscurecía con rapidez—. Se está haciendo tarde. Echaremos un vistazo y después buscaremos un lugar para pasar la noche.

—¿Aquí? —dijo Will con la voz temblorosa por los nervios—. ¿En el pueblo?

Gilan asintió.

—A menos que quieras acampar fuera, en las colinas —le sugirió—. Son poquísimos los sitios donde refugiarse y en esta zona suele llover por la noche. Yo, personalmente, preferiría pasarla bajo techo, incluso aunque estuviera desierto.

—Pero... —arrancó Will, y no fue capaz de hallar una forma racional de continuar.

—Estoy seguro de que tu caballo preferiría también pasar la noche a cubierto en

vez de pasarla fuera bajo la lluvia —añadió Gilan en tono suave, y aquello, para Will, inclinó la balanza.

Su instinto fundamental era cuidar de *Tirón*, y no resultaba en absoluto justo condenar al poni a una húmeda e incómoda noche en las colinas tan sólo porque su amo tuviera miedo de unas pocas casas vacías. Hizo un gesto para mostrar su asentimiento y desmontó de la silla.



## Siete

**N**o había respuestas en Pordellath. Los tres compañeros atravesaron el pueblo y encontraron los mismos signos de marcha repentina que habían visto en el puesto fronterizo. Hallaron pruebas de que alguna gente había hecho el equipaje de manera apresurada, pero, en la mayoría de las casas, gran parte de las pertenencias de los ocupantes se encontraba aún en su sitio. Todo allí les hablaba de una población que había partido a la carrera y se había llevado consigo lo que cada uno era capaz de cargar a la espalda y poco más. Habían abandonado herramientas, utensilios, ropa, muebles y otros bienes de carácter personal. Sin embargo, no eran capaces de dar con ninguna pista de adonde se habían marchado las gentes de Pordellath, o de por qué habían partido.

Dado que empezaba a oscurecer, Gilan ordenó por fin detener la búsqueda. Regresaron a la casa del riadhah, donde desensillaron los caballos y los cepillaron al resguardo del pequeño porche en la parte frontal del edificio.

Pasaron una noche inquieta en aquella casa. Al menos, así la pasó Will, y asumió que Horace se sentiría tan incómodo como él. Gilan, por su parte, parecía relativamente impasible, se enrolló en su capa y cayó dormido al instante cuando Will le relevó tras la primera guardia. Pero la conducta de Gilan era más apagada de lo normal y Will imaginó que el montaraz estaba más preocupado de lo que daba a entender por aquel desconcertante giro de los acontecimientos.

Mientras estaba de guardia, Will se quedó asombrado por la cantidad de ruido que puede llegar a hacer una casa. Las puertas crujían, los suelos gruñían y el techo simulaba sollozos con cada sople de viento en el exterior. El propio pueblo parecía estar lleno de objetos sueltos que golpeaban y repicaban. Todo ello llevó a Will a un tenso estado de atención, los ojos bien abiertos, mientras permanecía sentado frente a la ventana sin cristales en la parte delantera de la casa, con las contraventanas de madera ancladas a conciencia para mantenerlas bien seguras.

La luna parecía también dispuesta a unirse a la pantomima; volaba alto sobre el pueblo y dibujaba profundas simas de sombra por entre las casas de la aldea, unas sombras que simulaban movimientos leves cuando las miraba con el rabillo del ojo,

pero que se detenían tan pronto como las miraba de lleno.

Y hubo más movimiento conforme las nubes volaron atravesando la faz de la luna y provocaron que la plaza se iluminara y después se sumiera en una oscuridad repentina.

Justo después de la medianoche, como Gilan había predicho, irrumpió una lluvia constante, y a todos los demás ruidos se unió el borboteo del agua al correr y el chapoteo de los goterones que caían desde los aleros sobre los charcos.

Will despertó a Horace para que le relevara en la guardia hacia las dos de la madrugada. Apiló un montón de cojines y colchas sobre el suelo de la estancia principal, se envolvió en su capa y se recostó.

Permaneció despierto durante otra hora y media escuchando los crujidos, los gruñidos, el borboteo y el chapoteo; se preguntaba si Horace se habría quedado dormido y si, en ese mismo momento, algún horror oculto estaría trepando por la casa, sediento de sangre e imparable.

Estaba aún sumido en aquellos pensamientos cuando por fin se quedó dormido.

Temprano, a la mañana siguiente, se encontraban en camino. La lluvia había cesado justo antes del amanecer y Gilan tenía mucho interés en continuar hacia Gwyntaleth, la primera ciudad grande en su camino, y dar con algunas respuestas a los rompecabezas con los que se habían encontrado hasta ahora en Céltica. Tomaron un desayuno frío y rápido, se lavaron con el agua gélida del pozo del pueblo, ensillaron los caballos y partieron.

Descendieron la revirada senda empedrada que salía del pueblo, tomándose su tiempo en el terreno irregular. Sin embargo, en cuanto accedieron de nuevo al camino principal, espolearon a sus caballos y los mantuvieron al trote durante veinte minutos. Dejaron después que descansaran cabalgando al paso durante los veinte siguientes. Continuaron toda la mañana con ese patrón alternativo y los kilómetros fueron pasando a ritmo constante.

Tomaron un almuerzo frugal a mediodía y continuaron cabalgando. Aquélla era la principal zona minera de Céltica y pasaron, al menos, por una docena de minas de carbón o de hierro: enormes agujeros negros horadados en las laderas de las colinas y las montañas, rodeados de apuntalamientos de vigas de madera y de construcciones de piedra. En ningún sitio vieron, no obstante, signo alguno de vida. Era como si los habitantes de Céltica simplemente hubieran desaparecido de la faz de la tierra.

—Pueden haber abandonado su puesto fronterizo, e incluso sus aldeas—masculló una vez Gilan, casi para sus adentros—, pero jamás he conocido a un celta capaz de abandonar una mina mientras aún le quedase un gramo de metal por extraer.

Finalmente, a media tarde, superaron un risco y allí, en un valle que descendía desde donde se encontraban ellos, se hallaban las ordenadas hileras de tejados de piedra que constituían la ciudad de Gwyntaleth. Un pequeño chapitel en el centro de la misma indicaba la situación del templo: los celtas profesaban su propia y única religión, que tenía que ver con los dioses del fuego y el hierro. Una torre más alta



formaba la principal posición defensiva de la ciudad.

Se encontraban demasiado lejos como para distinguir si había algún movimiento de gente por las calles, pero, al igual que antes, no había rastro de humo en las chimeneas y, más significativo aún, según Gilan, ningún ruido.

—¿Ruido? —preguntó Horace—. ¿Qué tipo de ruido?

—Golpes, martilleos, tañidos —le respondió Gilan con brevedad—. Recuerda, los celtas no sólo extraen el mineral de hierro, también lo trabajan. Con una brisa del suroeste como ésta, deberíamos ser capaces de oír las forjas trabajando, incluso a esta distancia.

—Bueno, vayamos a ver entonces —dijo Will, que comenzaba a espolear a *Tirón*. Gilan, sin embargo, levantó una mano para detenerle.

—Creo que quizás debería ir yo sólo por delante —dijo despacio y sin apartar los ojos de la ciudad.

Will le miró desconcertado.

—¿Solo? —le preguntó, y Gilan asintió.

—Ya viste ayer que no nos escondimos precisamente al entrar en Pordellath. Quizás sea hora de que nos volvamos un poco más cautos. Está pasando algo y me gustaría saber qué es.

Will tuvo que admitir que tenía bastante sentido que Gilan continuara solo. Al fin y al cabo, él era, posiblemente, el montaraz que mejor se movía sin ser visto de todo el Cuerpo. Y los montaraces eran los que mejor lo hacían de todo el reino.

Gilan les hizo una señal para que se replegaran y bajaran desde el risco en el que se encontraban, por la otra cara, hasta un punto donde un pequeño cauce seco formaba una zona de acampada protegida, a resguardo del viento.

—Instalad ahí el campamento —les dijo—. Nada de fuego. Tendremos que permanecer a base de raciones frías hasta que sepamos qué pasa. Yo debería estar de vuelta poco después de que anochezca.

Y con aquello, hizo girar a *Blaze* sobre sus cuartos traseros y se lanzó al trote de vuelta sobre el risco y de nuevo hacia abajo, a Gwyntaleth.

A Horace y a Will les llevó aproximadamente media hora plantar el campamento. Había poco que hacer. Ataron su lona impermeabilizada a unos arbustos achaparrados que crecían en la pared de piedra del cauce e hicieron peso sobre el otro extremo con unas rocas. De éstas, al menos, había de sobra. Aquello les proporcionaba un refugio triangular en caso de que la lluvia apareciese de nuevo. A continuación prepararon un lugar para una hoguera frente al refugio. Gilan les había dicho que no hicieran fuego, pero si llegaba en mitad de la noche y cambiaba aquellas órdenes, entonces ya estarían preparados.

Les llevó un tiempo considerablemente más largo apilar un montón de leña, cuya única procedencia era el brezo bajo que cubría las laderas de las colinas. Las raíces y las ramas del arbusto eran correosas aunque muy inflamables. Los dos muchachos se hicieron con un suministro razonable; Horace utilizó una hachuela pequeña que

llevaba en su mochila y Will usó el saxe. Una vez llevadas a cabo todas las tareas del hogar, se sentaron a ambos lados de la hoguera con la espalda apoyada en las piedras. Will empleó unos pocos minutos en pasar la piedra de afilar por la hoja del saxe para recuperar su increíble filo.

—Yo, sin duda, prefiero acampar en las zonas boscosas —dijo Horace mientras intentaba acomodar su espalda por décima vez contra la implacable roca que había detrás de él.

Will le respondió con un gruñido, pero Horace estaba aburrido y siguió hablando, más por tener algo que hacer que porque realmente quisiese.

—Por lo menos, en un bosque tienes montones de leña esperando que la cojas. Se cae de los árboles justo para ti.

—No mientras esperas —discrepó Will.

También él hablaba más por hablar que por cualquier otro motivo.

—No. No mientras esperas. Normalmente, eso es algo que ya ha ocurrido antes de que llegues —dijo Horace—. Además, en un bosque tienes hojas o la broza de los pinos en el suelo, que lo convierten en un lugar más blando para dormir. Y hay troncos y árboles en los que sentarse y apoyarse. Y tienen muchas menos aristas afiladas que las rocas.

De nuevo, movió la espalda para colocarla contra un lugar temporalmente más cómodo. Levantó la vista hacia Will, más bien con la esperanza de que el aprendiz de montaraz pudiera estar en desacuerdo con él. Entonces podría discutir para pasar el tiempo. Will, sin embargo, apenas si gruñó otra vez. Inspeccionó el filo de su cuchillo saxe, deslizó el puñal de vuelta al interior de su vaina y se tumbó boca arriba. Incómodo, volvió a sentarse, se desabrochó el cinto de los puñales y lo colocó sobre su mochila, junto con el arco y el carcaj. A continuación se tumbó de nuevo boca arriba, con la cabeza sobre una piedra plana. Cerró los ojos. El haber pasado la noche sin dormir le había dejado agotado y apagado.

Horace suspiró para sí, sacó su espada y comenzó a pulirle el filo, más por hacer algo que porque realmente lo necesitara, pues ya estaba muy afilada. Frotaba la hoja y miraba a Will de vez en cuando para ver si su amigo estaba dormido. Por un momento pensó que lo estaba, pero entonces el muchacho bajito se retorció de pronto, se sentó y se estiró en busca de su capa. La enrolló y la puso sobre la piedra plana que estaba utilizando de almohada. Se tumbó de nuevo.

—Tienes razón sobre los bosques —dijo malhumorado—. Unos lugares mucho más cómodos para acampar.

Horace no dijo nada. Decidió que su espada ya estaba lo bastante afilada y la deslizó de vuelta en su lubricada vaina de cuero, apoyando el arma envainada en la roca junto a él.

Observó a Will de nuevo, mientras trataba de encontrar una postura cómoda. Daba igual lo mucho que se girase y retorciese, siempre había un canto o una parte de la roca que se clavaba en la espalda o el costado. Pasaron cinco o diez minutos y

Horace dijo por fin:

—¿Quieres practicar? Hará que se pase el tiempo.

Will abrió los ojos y valoró la idea. De mala gana, admitió para sí mismo que nunca iba a conseguir dormir en esa superficie dura y pedregosa.

—¿Por qué no? —dijo, y revolvió en su mochila en busca de las armas de entrenamiento.

Después se unió a Horace en la parte más alejada de la tienda, allí donde estaba marcando un círculo para las prácticas en el suelo arenoso del cauce. Los dos muchachos tomaron sus posiciones; luego, a un gesto de Horace, comenzaron.

Will estaba mejorando, pero Horace era definitivamente un maestro en aquel ejercicio. Will no podía dejar de admirar la velocidad y el equilibrio que mostraba conforme liberaba centelleantes series de tajos a diestro y siniestro, laterales y descendentes. Además, cuando se dio cuenta de que había vencido la postura defensiva de Will, en el último momento, evitó atizarle. En su lugar, tocó levemente el punto sobre el que habría caído su golpe, a título demostrativo.

Tampoco lo hizo con aire de superioridad. El entrenamiento con armas, incluso de madera, era algo muy serio en la vida de Horace en aquel momento. No era algo de lo que jactarse cuando superaba a un oponente. A lo largo de docenas de luchas de práctica en la Escuela de Combate, Horace había aprendido bastante bien que subestimar a su contrincante nunca compensaba.

En cambio, utilizó su capacidad superior para ayudar a Will, le mostró cómo anticiparse a los golpes y le enseñó las combinaciones básicas que usaban todos los espadachines y la mejor forma de contrarrestarlas para vencerlos.

Tal y como Will reconocía a regañadientes, saber cómo hacerlo era una cosa, pero hacerlo de verdad era una cuestión completamente distinta. Se dio cuenta de lo mucho que había madurado su antiguo enemigo y se preguntó si se vería en él ese mismo tipo de cambios. Pensaba que no. Él no se sentía diferente y tampoco veía que tuviera una apariencia distinta cada vez que se miraba en un espejo.

—Tu mano izquierda baja demasiado —le indicó Horace en una pausa entre dos combates.

—Lo sé —dijo Will—. Es porque espero un tajo lateral y quiero estar preparado cuando llegue.

Horace hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Eso está muy bien, pero si la dejas caer tanto, para mí es muy fácil fintar el tajo lateral y a continuación cambiarlo hacia arriba en un golpe descendente. ¿Lo ves?

Le mostró a Will la acción que estaba describiendo: inició el movimiento de la espada en un amplio desplazamiento lateral y después, con un poderoso golpe de muñeca, la elevó para realizar un golpe descendente bien alto, por encima de la cabeza. Detuvo la hoja de madera a unos centímetros de la cabeza de Will y el aprendiz de montaraz vio que su movimiento para contrarrestarlo habría llegado muy tarde.

—A veces pienso que nunca aprenderé estas cosas —le dijo.

Horace le dio unos golpecitos de ánimo en el hombro.

—¿Estás de broma? —le preguntó—. Estás mejorando día a día y, además, yo jamás sería capaz de disparar una flecha o utilizar como tú esos puñales que lanzas.

Incluso mientras marchaban, Gilan le había insistido a Will para que practicara sus técnicas de montaraz tan a menudo como le fuese posible. Horace se había quedado impresionado, por no decir más, al ver lo hábil que se había vuelto el muchacho bajito. Varias veces se había parado a pensar en lo que podría pasar si se tuviese que enfrentar a un arquero como Will. Su precisión con el arco era asombrosa a los ojos de Horace. Sabía que Will era capaz de acertar con una flecha en todos y cada uno de los huecos de su armadura si se lo proponía. Incluso a través de la estrecha ranura, a modo de visor, cortada en su yelmo de justa.

Lo que no pudo apreciar fue que la precisión de Will no estaba más que en la media en lo que al nivel de los montaraces se refería.

—Intentémoslo otra vez —sugirió Will, cansado.

Sin embargo, otra voz los interrumpió.

—Mejor no, chavales. Dejemos nuestros bastones afilados y feos en el suelo y quedémonos muy quietos, ¿vale?

Los dos aprendices se volvieron de golpe al oír aquellas palabras. Allí, en la boca del cauce con forma de «u» donde habían levantado el campamento, se hallaban dos figuras de pie con aspecto harapiento. Los dos tenían una espesa barba e iban descuidados, y ambos vestían una extraña combinación de ropas: algunas estaban hechas jirones y raídas mientras que otros elementos eran nuevos y obviamente muy costosos. El más alto de los dos llevaba un chaleco de satén con abundante brocado, pero estaba lleno de suciedad. El otro lucía un sombrero escarlata con una desaliñada pluma. También cargaba con un garrote de madera con púas de hierro, que sostenía en una mano envuelta en un vendaje sucio. Su compañero tenía una espada larga, con picos y muescas a lo largo del filo. Realizó una fioritura con ella hacia los dos muchachos.

—Ahora venid, chicos. Los palos afilados son peligrosos para la gente de vuestra edad —dijo, y soltó una carcajada ronca y gutural.

La mano de Will descendió de manera automática en busca de su saxe, sin encontrar nada. Con una sensación pesarosa, se percató de que su cinto con los puñales, su arco y su carcaj se encontraban apilados en orden en la parte más alejada de la hoguera, donde él había estado sentado. Los dos intrusos le detendrían antes de que pudiera alcanzarlos. Se maldijo por sus descuidos. Halt estaría furioso, pensó. Después, mirando la espada y el garrote, se dio cuenta de que el enfado de Halt podría ser la menor de sus preocupaciones.



## Ocho

W

ill sintió la mano de Horace sobre su hombro cuando el muchacho más corpulento comenzó a tirar de él para alejarle de los dos bandidos.

—Atrás, Will —dijo Horace en voz baja.

El hombre del garrote se rió.

—Sí, Will, tú atrás. Y lejos de ese arquito tan feo que veo allí. No queremos saber nada de arcos, ¿verdad que no, Carney?

Carney sonrió a su compañero.

—Ya te digo, Bart, nada de arcos.

Volvió a mirar a los dos muchachos y arrugó la frente furioso.

—¿No os hemos dicho que tiréis esos bastones? —ordenó, elevando el volumen de su voz y en un tono muy, muy desagradable.

Juntos, los dos hombres comenzaron a avanzar por el claro.

Horace agarró a Will con más fuerza y lo lanzó a un lado, tirándolo al suelo. Conforme caía, vio a Horace volverse hacia las rocas que había detrás de él y coger su espada. La sacudió levemente y la vaina se soltó, liberando la hoja. Tan sólo la facilidad con que realizó aquella acción ya debería haber alertado a Bart y a Carney de que se estaban enfrentando a alguien que tenía algo más que una simple noción del manejo de las armas, pero ninguno de los dos poseía una brillantez extraordinaria. Veían simplemente a un muchacho que rondaba los dieciséis años. Corpulento, sí, pero seguía siendo un muchacho. Un crío en realidad, con un arma de adulto en la mano.

—Oh, cielos —dijo Carney—, ¿nos hemos traído la espada de papá?

Horace le miró con una gran calma repentina.

—Os voy a dar la oportunidad —dijo— de dar media vuelta y marcharos.

Bart y Carney se burlaron con un intercambio de fingidas miradas de horror.

—Oh, cielos, Bart —dijo Carney—. Es nuestra última oportunidad. ¿Qué vamos a hacer?

—Oh, cielos —dijo Bart—. Huyamos.

Comenzaron a avanzar hacia Horace y él observó sus movimientos. Tenía ahora

el bastón de entrenamiento en la mano izquierda y la espada en la derecha. Se puso en tensión, bien plantado en equilibrio mientras ellos avanzaban hacia él. Carney hacía oscilar la espada oxidada con el filo mellado delante de sí y Bart llevaba la porra pinchuda sobre el hombro, preparado para usarla.

Will se puso en pie y comenzó a moverse en dirección a sus armas. Carney, al verlo, cambió de posición para cortarle el camino. No había dado un paso cuando Horace atacó.

Salió disparado hacia delante y su espada centelleó en un tajo descendente hacia Carney. Éste, asustado por la impresionante velocidad del movimiento del aprendiz de guerrero, apenas tuvo tiempo de levantar su espada en un torpe quite. Desequilibrado y desprevenido ante la sorprendente fuerza y autoridad del golpe, tropezó hacia atrás y cayó a la arena.

En ese mismo instante, Bart, que vio a su compañero en apuros, dio un paso al frente y blandió el garrote macizo con un impetuoso movimiento en arco. Él esperaba que Horace intentase echarse hacia atrás para esquivar el golpe. En cambio, el aprendiz de guerrero se movió hacia delante. El bastón de entrenamiento, en su mano izquierda, se desplazó hacia arriba y hacia fuera para encontrarse con el garrote en su arco descendente y desviarlo de su trayectoria. La cabeza pinchuda del garrote golpeó con un ruido sordo el suelo de piedra y Bart dejó escapar un profundo bufido de sorpresa conforme el impacto le sacudía el brazo desde la muñeca hasta el hombro.

Horace, sin embargo, no había terminado aún. Continuó con su ataque hacia delante, y ahora Bart y él se encontraban hombro con hombro. Había muy poca distancia para que Horace usara la hoja de su espada. En su lugar, giró el puño de la mano derecha y le atizó a Bart en un lado de la cabeza con el pomo macizo de la empuñadura.

Al bandido se le vidriaron los ojos y cayó de rodillas, semiinconsciente, balanceando despacio la cabeza de un lado para otro.

Carney, apoyando los talones hacia atrás con furia sobre la arena, había recobrado la posición vertical. Permanecía ahora en pie, perplejo y enfadado, observando a Horace, incapaz de aceptar el hecho de que su compañero y él habían sido vencidos por un simple muchacho. «Suerte —pensó—. ¡Simple y asquerosa suerte!».

Sus labios trazaron la mueca de un gruñido, agarró con fuerza la espada y avanzó sobre el muchacho una vez más, recitando amenazas y maldiciones conforme iba. Horace mantuvo su posición, a la espera. Había algo en la mirada calmada del muchacho que le hacía dudar. Se debería haber marchado cuando su instinto se lo dijo y haber abandonado la pelea en aquel instante, pero la ira pudo con él y arrancó de nuevo.

Para ese momento, ya no le prestaba atención alguna a Will. El aprendiz de Halt se desplazó rápidamente por el campamento, alcanzó el arco y el carcaj y puso a toda prisa el pie derecho sobre el extremo recurvado del arco para asegurarlo contra el izquierdo mientras deslizaba la cuerda hasta introducirla en su ranura superior.

Escogió rápidamente una flecha y la situó en la cuerda. Estaba a punto de tensar el arco cuando una voz tranquila dijo a su espalda:

—No le dispaes. Creo que me gustará ver esto.

Asustado, se volvió para encontrarse a Gilan detrás de él, casi invisible entre los pliegues de su capa de montaraz, apoyado de forma despreocupada en su largo arco.

—¡Gilan! —empezó a decir, pero el montaraz le hizo un gesto para que guardase silencio.

—Déjale hacer —dijo en voz baja—. Le irá bien mientras no le distraigamos.

—Pero... —arrancó de manera desesperada, mirando al lugar en el que su amigo se enfrentaba a un hombre hecho y derecho, y furioso.

Sintiendo su preocupación, Gilan se apresuró a tranquilizarle.

—Horace se ocupará de él —aseguró—. Es realmente bueno, tú lo sabes. Ha nacido con ese don, si es que alguna vez alguien lo ha tenido. Esa parte del bastón de entrenamiento y el golpe con la empuñadura ha sido pura poesía. ¡Maravillosa improvisación!

Will sacudió la cabeza con incredulidad y se giró de nuevo hacia el lugar de la lucha. Carney atacaba ahora dando tajos, embestidas y cortes con una furia ciega y una fuerza terrible. Horace fue cediendo ante él de manera gradual, moviendo su propia espada en acciones cortas, semicirculares, que bloqueaban cada corte, cada tajo y cada estocada y sacudían la muñeca y el codo de Carney con la fortaleza y la impenetrabilidad de su defensa. Mientras tanto, Gilan iba susurrando comentarios de aprobación junto a Will.

—¡Buen chico! —dijo—. ¿Ves cómo está dejándole la iniciativa al otro? Le proporciona una idea de la destreza que puede tener. Dios mío, está consiguiendo una sincronización casi perfecta en el movimiento defensivo. ¡Mira eso! ¡Y eso! ¡Increíble!

Ahora parecía que Horace había decidido no ceder más terreno. Mantuvo su posición al tiempo que detenía cada golpe de Carney con una facilidad obvia, y dejó que el bandido malgastara su fuerza como el mar al romper contra las rocas. Y mientras él permanecía en el sitio, los golpes de Carney se iban volviendo más lentos e irregulares. El brazo estaba empezando a dolerle del esfuerzo de blandir la espada pesada y larga. En realidad, él estaba más acostumbrado a utilizar un cuchillo por la espalda de la mayoría de sus oponentes y en este combate no había buscado ir más allá de uno o dos tajos demoledores que rompiesen la guardia del muchacho antes de matarlo. Sin embargo, ese par de golpes tan devastadores habían sido desviados con un desprecio evidente.

Volvió a lanzar un golpe y acto seguido perdió el equilibrio. La espada de Horace detuvo la suya, la hizo girar en círculo y la dejó deslizar en toda su longitud, hasta que las guardas de ambas se engancharon.

Así se quedaron, cara a cara. El pecho de Carney se movía con su respiración agitada y Horace se encontraba en absoluta calma y totalmente bajo control. En el

estómago de Carney apareció el primer gusanillo de temor conforme se daba cuenta de que, muchacho o no, le había superado por completo en aquella contienda.

Y en ese momento, Horace pasó al ataque.

Golpeó con el hombro contra el pecho de Carney y así desenganchó las espadas e hizo que Carney se tambalease hacia atrás. Horace avanzó blandiendo su acero en una serie de combinaciones desconcertantes y aterradoras. Lateral, descendente, estocada. Lateral, lateral, revés, descendente. Estocada. Estocada. Estocada. Derecho. Revés. Cada combinación fluía con suavidad hacia la siguiente, y Carney luchaba con desesperación por situar su espada entre él y aquella implacable hoja que parecía tener una vida y una energía incombustible propias. Notó cómo se le cansaban la muñeca y el brazo según los golpes de Horace crecían en fuerza y firmeza hasta que, por fin, con un sordo y último golpe, Horace le arrebató la espada de su agarre entumecido.

Carney cayó de rodillas, con el sudor a borbotones metiéndosele en los ojos y la respiración agitada por el esfuerzo, a la espera del golpe final que acabase con todo.

—¡No le mates, Horace! —ordenó Gilan—. Me gustaría hacerle algunas preguntas.

Horace levantó la vista, sorprendido al ver al espigado montaraz allí de pie. Se encogió de hombros; de todas formas, él no era de los que matan a un oponente a sangre fría. Apartó a un lado la espada de Carney, bien lejos de su alcance. Después, puso una bota sobre el hombro del bandido derrotado y le empujó a un lado, a la arena.

Carney se quedó allí tumbado, sollozando, incapaz de moverse. Aterrorizado. Agotado. Vencido física y mentalmente.

—¿De dónde has salido? —le preguntó indignado Horace a Gilan—. ¿Y por qué no me has echado una mano?

Gilan le sonrió.

—Por lo que yo he podido ver, no parecía que la necesitaras —respondió.

Señaló entonces detrás de Horace, hacia el lugar donde Bart se estaba levantando despacio de su postura de rodillas, sacudiendo la cabeza, conforme se le iba pasando el efecto del golpe con la empuñadura.

—Creo que tu otro amigo requiere un poco de atención —le sugirió.

Horace se volvió y, con toda tranquilidad, levantó la espada y la dejó caer plana sobre el cráneo de Bart.

Otro leve gemido y Bart cayó de bruces sobre la arena.

—Pienso de veras que deberías haber dicho algo —dijo.

—Lo hubiera hecho si hubieses tenido problemas —respondió Gilan, que a continuación cruzó el claro hacia Carney.

Agarró al bandido por el brazo y tiró de él para levantarlo, lo llevó a la fuerza al otro lado del claro para acabar lanzándolo, sin demasiada amabilidad, contra la pared de roca. El cuerpo de Carney empezó a ceder hacia delante, pero se oyó el siseo del



acero contra el cuero y el saxe de Gilan apareció a la altura de su garganta, manteniéndolo erguido.

—Parece que estos dos os pillaron durmiendo la siesta, ¿eh? —preguntó Gilan a Will.

El muchacho asintió avergonzado. Después, cuando se convenció del verdadero alcance del comentario, preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Desde que llegaron —dijo Gilan—. No había ido demasiado lejos cuando los vi merodeando por las rocas, así que dejé a *Blaze* y volví hacia aquí, siguiéndolos. Está claro que no pretendían nada bueno.

—¿Por qué no dijiste nada entonces? —le preguntó Will, incrédulo.

Por un instante, la mirada de Gilan se endureció.

—Porque ambos necesitabais una lección. Os encontráis en un territorio peligroso, la población parece haber desaparecido de forma misteriosa y os ponéis a practicar la espada para que todo el mundo os vea y os oiga.

—Pero... —tartamudeó Will— pensé que se suponía que debíamos practicar, ¿no?

—No cuando no hay nadie más que esté con los ojos bien abiertos —le indicó Gilan de manera muy razonable—. En cuanto uno se pone a practicar de ese modo, la atención se le distrae por completo. Estos dos hicieron el ruido suficiente para alertar a una abuela sorda. Incluso *Tirón* llegó a darte dos avisos de advertencia y tú ni te enteraste.

Will se encontraba totalmente hundido.

—¿En serio? —dijo, y Gilan asintió.

Mantuvo por un momento la mirada de Will, hasta que estuvo seguro de que la lección había alcanzado su objetivo y que había sido asumida. Realizó entonces un leve gesto afirmativo que daba a entender que la cuestión quedaba zanjada. Will le devolvió el gesto. No volvería a ocurrir.

—Ahora —dijo Gilan—, vamos a ver qué sabe este par de monadas sobre lo que se está cocinando aquí.

Se volvió hacia Carney, que se estaba quedando bizco de vigilar el brillante saxe que le presionaba la garganta.

—¿Cuánto tiempo lleváis en Céltica? —le preguntó Gilan.

Carney levantó la vista hacia él y a continuación la bajó de nuevo al pesado cuchillo.

—D-d-d-diez u once días, milord —tartamudeó por fin.

Gilan puso cara de pena.

—No me llames *milord* —le dijo, y añadió como si fuera un aparte dirigido a los dos muchachos—: Esta gente siempre intenta halagarte cuando se da cuenta de que está en un lío. Bien... —volvió la mirada a Carney—, ¿qué os trajo hasta aquí?

Carney vaciló. Sus ojos esquivaban la mirada directa de Gilan, de modo que el

montaraz supo que el bandido iba a mentir incluso antes de que hablase.

—Sólo... queríamos ver los paisajes, mi... señor —corrigió, al recordar justo en el último instante la instrucción de Gilan de no llamarle *milord*.

Gilan suspiró y realizó un gesto negativo con la cabeza, exasperado.

—Mira, no me importaría rebanarte el pescuezo aquí mismo. En realidad, dudo que tengas algo útil que contarme. Pero te voy a dar una última oportunidad. Ahora, ¡quiero *la verdad*!

Gritó con ira las dos últimas palabras, acercando de pronto la cara a unos pocos centímetros de la de Carney. El cambio repentino de la conducta lánguida y jovial que había estado utilizando le produjo un sobresalto al bandido. Tan sólo durante unos pocos segundos, Gilan apartó su coraza de bondad y Carney pudo atisbar la ira incandescente que había justo bajo la superficie. En ese instante sintió temor. Como a la mayoría de la gente, le ponían nervioso los montaraces; no eran personas a las que se debiese enfadar. Y este montaraz parecía estar muy, muy enfadado.

—¡Oímos que había buenas ganancias por aquí! —le respondió de inmediato.

—¿Buenas ganancias? —preguntó Gilan, y Carney asintió, con los canales de la comunicación abiertos ahora de par en par y de verdad.

—Todas las aldeas y las ciudades desiertas y eso. Nadie que las vigile, y todo lo valioso abandonado por ahí, para nosotros, para que nos llevemos según nos parezca. Pero nosotros no le hemos hecho daño a nadie —concluyó, un poco a la defensiva.

—Ah, no. No le habéis hecho daño a nadie. Sólo habéis entrado a hurtadillas cuando no estaban y les habéis robado todos los objetos de valor que poseían —le dijo Gilan—. ¡Creo que deberían estar casi agradecidos por vuestra colaboración!

—Fue idea de Bart, no mía —intentó Carney, y Gilan meneó apenado la cabeza.

—Gilan —tanteó Will, y el montaraz se volvió hacia él—, ¿cómo oyeron ellos que las ciudades estaban desiertas? Nosotros no oímos nada.

—Rumores entre ladrones —dijo Gilan a los dos muchachos—. Es igual que la forma que tienen los buitres de reunirse siempre que hay un animal en peligro. La red de información entre ladrones, forajidos y rateros es increíblemente rápida. En cuanto un lugar tiene algún problema, el rumor se extiende como la pólvora y caen sobre él en manada. Imagino que hay un montón de ellos por esas colinas.

Se volvió a Carney mientras lo decía y pinchó un poco más fuerte el saxe en la piel del cuello, aguantando lo justo para que no sangrase.

—¿Los hay? —preguntó.

Carney fue a asentir pero se dio cuenta de lo que podría pasar si su cuello se movía, tragó saliva en su lugar y susurró:

—Sí, señor.

—Y supongo que tenéis una cueva en algún sitio, o un túnel en una mina abandonada, donde guardáis el botín que habéis robado hasta ahora, ¿verdad?

Liberó la presión sobre el cuchillo y esta vez Carney sí fue capaz de asentir. Sus dedos se agitaron en dirección a una bolsa que llevaba en la cintura y se detuvo

conforme se daba cuenta de lo que estaba haciendo. Pero Gilan había captado el movimiento. Con la mano libre, rasgó y abrió la bolsa y buscó a tientas en el interior. Finalmente, extrajo una hoja de papel mugriento, plegada en cuatro, y se la pasó a Will.

—Échale un vistazo —le dijo con brevedad, y Will desdobló el papel, que reveló un mapa torpemente dibujado, donde se indicaban puntos de referencia, direcciones y distancias.

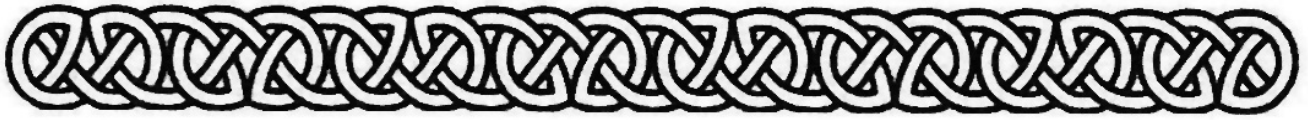
—Han enterrado el botín, a la vista de esto —dijo, y Gilan asintió con una leve sonrisa.

—Bien. Entonces, sin su mapa, no serán capaces de volver a encontrarlo —afirmó, y los ojos de Carney se abrieron como platos en señal de protesta.

—Pero eso es nuestro... —empezó a decir, y se detuvo al ver un destello peligroso en los ojos de Gilan.

—Fue robado —dijo el montaraz en una voz muy baja—. Merodeasteis como chacales y se lo robasteis a una gente que es obvio que se encuentra en graves problemas. No es vuestro. Es suyo. O de sus familias, si es que están vivos aún.

—Están vivos aún —dijo una nueva voz detrás de ellos—. Han huido de Morgarath: aquéllos a los que no ha capturado todavía.



## Nueve

**S**i no hubiera hablado, la habrían tomado por un chico. La delicadeza de su voz fue lo que la delató. Permaneció de pie al borde del campamento, una figura esbelta con el pelo rubio y corto —como el de un chico—, vestida con una túnica raída, pantalones de montar a caballo y botas de cuero blando atadas hasta la rodilla. Un chaleco de piel de oveja roto y con manchas era su única protección contra las noches en la fría montaña, pues no llevaba capa ni portaba mantas, sólo un pañuelo anudado en forma de hatillo que, presumiblemente, contenía todas sus pertenencias.

—¿De dónde demonios sales tú? —preguntó Gilan volviéndose para quedar frente a ella. Envainó el saxe según lo hacía y permitió a Carney caer agradecido de rodillas, exhausto.

La chica, que Will ahora podía ver que tenía más o menos su edad y que, bajo una generosa capa de suciedad, era bastante guapa, realizó un gesto vago.

—Bueno... —hizo una pausa, insegura, en un intento por ordenar sus pensamientos, y Will advirtió que se encontraba a punto de caer agotada—. Ya llevo varias semanas escondiéndome ahí fuera en las colinas —dijo por fin.

Will tuvo que admitir que de verdad parecía haberlo hecho.

—¿Y tienes nombre? —le preguntó Gilan sin mala intención, pues él también notaba que la muchacha estaba exhausta.

Vaciló. Daba una impresión insegura, como si no supiese si darles su nombre o no.

—Evanlyn Wheeler, del feudo de Greenfield —dijo; Greenfield era un pequeño feudo costero en Araluen—. Estábamos aquí visitando a unos amigos... —se detuvo y desvió la vista de Gilan, con la apariencia de estar pensando un segundo, justo antes de corregir su afirmación—. Más bien, mi señora estaba visitando a unos amigos cuando atacaron los wargals.

—¡Wargals! —dijo Will.

La palabra salió disparada de su boca y ella volvió sus imperturbables y brillantes ojos verdes hacia él. A la vez que Will miraba en ellos, se dio cuenta de que era más

que guapa. Mucho, mucho más. Era hermosa. El rubio rojizo de su pelo y sus ojos verdes se veían realzados por una nariz pequeña y recta y unos labios carnosos que Will pensó que tendrían un aspecto encantador si ella sonriese. Pero, en aquel preciso momento, sonreír era algo que se encontraba muy lejos de los pensamientos de la muchacha. Elevó ligeramente los hombros con tristeza y le contestó:

—¿Dónde crees que se ha ido todo el mundo? —le preguntó—. Los wargals llevan ya semanas atacando pueblos y ciudades a lo largo y ancho de esta zona de Célitica. Los celtas no pudieron resistir su acometida y tuvieron que huir de sus hogares. La mayoría escapó a la península del suroeste, pero capturaron a algunos. No sé qué ha sido de ellos.

Gilan y los dos chicos intercambiaron miradas. En el fondo de cada uno de ellos, todos estaban esperando oír algo así. Ahora había salido a la luz.

—Ya me imaginaba yo que la mano de Morgarath se encontraba detrás de todo esto —dijo Gilan en voz baja.

La muchacha asintió, con lágrimas que se formaban en sus ojos. Una de ellas se deslizó por su mejilla abriéndose paso a través de la mugre que allí había. Se llevó una mano a los ojos y comenzó a sacudir los hombros. Rápidamente, Gilan avanzó y la cogió justo antes de que se cayera. La bajó con delicadeza hasta el suelo y la apoyó contra una de las piedras que los chicos habían colocado alrededor de la hoguera. Su voz, ahora, se mostraba amable y compasiva.

—Está bien —le dijo—. Ahora estás a salvo. Descansa aquí y te traeremos algo de comer y de beber —lanzó una rápida mirada a Horace—. Enciende el fuego, pero que sea pequeño. Estamos bien protegidos aquí y creo que nos podemos arriesgar. Y Will —añadió en voz bien alta para que se entendiese con claridad—, si ese bandido hace otro movimiento para escapar, ¿te importaría atravesarle la pierna con una flecha?

Carney, que había aprovechado la oportunidad generada por la aparición repentina de Evanlyn para empezar a alejarse a rastras en dirección a las rocas de los alrededores, se quedó congelado en el sitio en que estaba. Gilan le dedicó una mirada furiosa y, a continuación, cambió las órdenes.

—Pensándolo mejor, haz tú el fuego, Will. Horace, ata bien a esos dos.

Los dos muchachos se pusieron enseguida a las tareas que les habían asignado. Satisfecho con que todo estuviera bajo control, Gilan se quitó entonces la capa y envolvió con ella a la chica, que se había tapado la cara con las dos manos y aún sacudía los hombros, aunque no hacía ruido alguno. La rodeó con los brazos y la tranquilizó de nuevo, susurrándole con afecto que se encontraba a salvo.

De forma gradual, sus sollozos convulsivos y mudos fueron disminuyendo y su respiración se tornó más regular. Will, ocupado calentando una cazuela con agua para preparar una bebida caliente, la miró y, con cierta sorpresa, se dio cuenta de que se había quedado dormida. Gilan ordenó silencio con un gesto y dijo en voz baja:

—Es obvio que ha estado bajo una gran presión. Lo mejor es dejarla dormir.

Podrías preparar uno de esos excelentes estofados que Halt te ha enseñado a hacer.

Will llevaba en su mochila una selección de ingredientes deshidratados con los cuales, mezclados a fuego lento en agua hirviendo, se obtenían unos estofados deliciosos. Se les podía añadir cualquier tipo de carne fresca o verduras que los viajeros recogiesen por el camino, pero, incluso sin ellos, constituían una comida mucho más sabrosa que las frías raciones que los tres habían tomado aquel día.

Colocó una cacerola grande de agua en la hoguera y al poco tiempo ya tenía un delicioso estofado de ternera hirviendo a fuego lento que llenaba el frío aire de la noche con su aroma. Al mismo tiempo, sacó su meneguante provisión de café y puso una cazuela de esmalte llena de agua sobre unas brasas junto al fuego. Cuando el agua borboteó y siseó al romper a hervir, levantó la tapa con un palo en forma de horquilla y echó en su interior un puñado de café molido. El olor aromático del café recién hecho comenzó enseguida a mezclarse con el del estofado y se les empezó a hacer la boca agua. Más o menos a la vez, los intensos olores debieron haberse adentrado en el conocimiento de Evanlyn. Su nariz se movió con delicadeza y, después, aquellos asombrosos ojos verdes parpadearon y se abrieron. Hubo una señal de alarma en ellos durante un segundo o dos, conforme intentaba recordar dónde estaba. Alcanzó a ver entonces el rostro tranquilizador de Gilan y se relajó un poco.

—Hay algo que huele terriblemente bien —dijo, y él le sonrió.

—Quizás podrías probar un buen cuenco y después contarnos lo que ha pasado por estos lares —le hizo una señal a Will para que colmase un cuenco con estofado. Will usó el suyo propio, pues no tenían utensilios de sobra para comer. El estómago le rugía según se daba cuenta de que tendría que esperar a que terminase Evanlyn para poder comer él. Horace y Gilan, sencillamente, se sirvieron por sí solos.

Evanlyn comenzó a devorar el sabroso estofado con un entusiasmo que dejaba bien a las claras que no había comido durante días. Gilan y Horace también se dedicaron a ello con bastante alegría. Una voz quejumbrosa se oyó desde la pared de piedra, donde Horace había atado a los dos bandidos, sentados en el suelo, espalda con espalda.

—¿Podemos comer algo nosotros? —preguntó Carney.

Gilan apenas si hizo una pausa entre cucharada y cucharada y les lanzó una mirada desdeñosa.

—Por supuesto que no —dijo, y volvió a disfrutar de su cena.

Evanlyn pareció caer en la cuenta de que, aparte de los bandidos, sólo Will no estaba comiendo. Bajó la mirada al cuenco y la cuchara que ella sostenía entre las manos, observó los idénticos utensilios que estaban empleando Gilan y Horace y se percató de lo que pasaba.

—Mmm —dijo, pidiéndole disculpas a Will con la mirada—. ¿Quieres...? —le ofreció el cuenco.

Will sintió la tentación de compartirlo con ella, pero pensó que la chica debía de estar casi muriéndose de hambre. A pesar de su oferta, podía ver que ella estaba

esperando que la rechazase. Decidió que había una gran diferencia entre estar hambriento, como estaba él, y estar muriéndose de hambre, como estaba ella, e hizo un gesto negativo con la cabeza mientras le sonreía.

—Sigue comiendo —le dijo—. Yo lo haré cuando tú termines.

Se quedó un poco molesto al ver que ella no insistía, sino que volvía a devorar grandes cucharones de estofado, haciendo pausas de vez en cuando para dar buenos tragos de café caliente y recién hecho. Conforme comía, daba la impresión de que sus mejillas recobraban algo de color. Dejó el cuenco limpio y le dedicó una deseosa mirada a la cacerola de estofado que pendía aún sobre el fuego. Will captó la indirecta, le sirvió otro cazo con una generosa ración y ella lo atacó de nuevo, sin pararse casi a respirar. Esta vez, cuando vació el cuenco, sonrió con timidez y se lo ofreció de vuelta a Will.

—Gracias —dijo a secas, y apartó incómoda la mirada.

—Está bien —masculló él mientras llenaba el cuenco de nuevo para sí mismo—. Supongo que tenías mucha hambre.

—La tenía —admitió—. Creo que no he comido en condiciones en una semana.

Gilan se acercó a una posición algo más confortable junto al pequeño fuego que mantenían vivo.

—¿Por qué no lo has hecho? —le preguntó—. Yo habría pensado que había quedado comida de sobra en las casas. Podías haberte llevado algo, ¿no?

Hizo un gesto negativo con la cabeza, mostrando en los ojos el temor que había hecho presa en ella durante las semanas previas.

—No quería arriesgarme —dijo—. No sabía si habría más patrullas de Morgarath por los alrededores, así que no me atreví a entrar en ninguna población. Encontré un poco de verdura y algún que otro pedazo de queso en alguna de las granjas, pero muy poco más.

—Creo que ya es hora de que nos cuentes lo que sabes sobre lo que ha sucedido aquí —le dijo Gilan, y ella mostró su conformidad.

—No es que yo sepa mucho. Como he dicho, estaba aquí con mi señora, de visita a... a unos amigos —otra vez se produjo una leve duda en sus palabras y Gilan, que lo percibió, frunció ligeramente el ceño.

—Asumo que tu señora es una dama de la nobleza, ¿no es así? La esposa de un caballero o, quizás, de un lord.

—Es la hija de... lord y lady Cameron, del feudo de Greenfield —se apresuró a decir, pero hubo de nuevo una duda fugaz.

Gilan frunció la boca, pensativo.

—He oído ese nombre —dijo—, pero no puedo decir que los conozca.

—Da igual, ella vino aquí a visitar a una dama de la corte del rey Swyddned, una vieja amiga, cuando atacaron las fuerzas de Morgarath.

Gilan arrugó la frente una vez más.

—¿Cómo consiguieron tal cosa? —Quería saber él—. Los acantilados y la Fisura

son infranqueables. No se puede hacer que un ejército baje por los despeñaderos, y no digamos ya que cruce la Fisura.

Los acantilados se elevaban sobre la parte más lejana de la Fisura para establecer la frontera entre Céltica y las Montañas de la Lluvia y la Noche. Estaban formados de granito escarpado, de varios cientos de metros de altura. No había pasos, ni subidas, ni bajadas, no desde luego para un número elevado de tropas.

—Halt dice que ningún sitio permanece realmente infranqueable para siempre —apostilló Will—, en particular, si no te importa que se pierdan vidas en el intento.

—Dimos con un pequeño grupo de celtas que escapaba hacia el sur —dijo la muchacha—. Ellos nos contaron cómo lo hicieron los wargals. Utilizaron cuerdas y escalas y bajaron por los despeñaderos por la noche y en pequeños grupos. Hallaron unas cornisas estrechas y entonces utilizaron las escalas para cruzar la Fisura. Escogieron el lugar más remoto que pudieron encontrar, de forma que pasaron sin que los detectasen. Durante el día, los que ya habían cruzado la Fisura se escondían entre las rocas y en los valles hasta que hubieron reunido todo el ejército. No habrían necesitado gran cosa, el rey Swyddned no mantiene un ejército estable grande.

Gilan hizo un gesto desaprobatorio y atrajo la mirada de Will.

—Debería. El tratado le obliga a hacerlo. ¿Recuerdas lo que decíamos de que la gente se estaba volviendo confiada? Los celtas prefieren horadar su suelo a defenderlo —y le hizo una señal a la muchacha para que prosiguiese.

—Los wargals invadieron las poblaciones y las minas; en particular, las minas. Por algún motivo, querían vivos a los mineros. A cualquier otro, lo mataban, si no escapaba a tiempo.

Gilan se rascó pensativo la barbilla.

—Pordellath y Gwyntaleth están las dos totalmente desiertas —dijo—. ¿Alguna idea de adonde ha ido la gente?

—Si están vivos, han ido al sur —le dijo ella—. Parece que los wargals los están conduciendo en esa dirección.

—Tiene sentido, supongo —comentó Gilan—. Mantenerlos atrapados en el sur evitaría que llegase la voz a Araluen.

—Eso es lo que dijo el capitán de nuestra escolta —admitió Evanlyn—. El rey Swyddned y la mayoría de los supervivientes de su ejército se retiraron a la costa suroeste para formar una línea defensiva. Todo celta que ha conseguido escapar de los wargals se ha unido allí a él.

—¿Y qué hay de vosotros? —Quiso saber Gilan.

—Estábamos intentando escapar de vuelta hacia la frontera cuando nos cortó el paso una partida de guerra —les contó—. Nuestros hombres resistieron mientras mi señora y yo escapábamos. Ya estábamos casi a salvo pero su caballo tropezó y la capturaron. Yo quise volver a por ella, pero me gritó que escapase. No pude... quería ayudarla pero... yo sólo...

Las lágrimas comenzaron a rodarle mejilla abajo una vez más, aunque ella no



parecía notar lo pues no hacía intento alguno por quitárselas, sólo miraba al fuego en silencio mientras el horror de todo aquello le volvía a la mente.

—Me puse a salvo y me giré para observar. Estaban... estaban... Pude ver cómo ellos... —la voz se le fue apagando.

Gilan le tomó la mano.

—No pienses en ello —le dijo con delicadeza, y la chica levantó la vista hacia él, con gratitud en los ojos—. Doy por sentado que tras... eso... escapaste a las colinas, ¿no es así?

Ella asintió varias veces, con el vivido recuerdo de las terribles escenas que había presenciado aún en su mente. Will y Horace estaban sentados en silencio. Will dirigió la vista a su amigo y se produjo entre ellos una mirada de mutuo entendimiento. Evanlyn había sido afortunada al escapar.

—He estado escondiéndome desde entonces —dijo en voz baja—. Mi caballo se quedó cojo hará unos diez días y lo solté. Desde entonces, me he estado desplazando de vuelta hacia el norte por la noche y escondiéndome durante el día —señaló a Bart y Carney, sentados y amarrados como dos pollos cautivos en la parte más alejada del claro—. Vi a esos dos alguna vez, y a otros como ellos. No dejé que me vieran, no creí que fuesen de fiar.

Carney adoptó una mirada herida. Bart estaba aún demasiado aturdido por el golpe que Horace le había propinado con la espada plana como para prestar atención alguna a la reunión.

—Entonces os vi hoy a los tres desde el otro lado de un valle y os reconocí como montaraces del rey, bueno, a dos de vosotros en realidad —corrigió—. Todo lo que me vino a la cabeza fue «Gracias a Dios».

En ese momento, Gilan levantó la mirada hacia ella, con una leve arruga de concentración que se plegaba en su frente. Ella no notó su reacción y continuó.

—Me costó la mayor parte del día seguiros. No es que estuviésteis lejos en línea recta, sino que no había forma de cruzar el valle que nos separaba. Tenía que dar toda la vuelta, bajar y después volver a subir. Me aterrorizaba la posibilidad de que os hubierais marchado para cuando yo llegase aquí. Pero, afortunadamente, no lo hicisteis —añadió de forma innecesaria.

Will se encontraba inclinado hacia delante, con el codo en la rodilla y la barbilla apoyada en la mano, intentando encajar todo lo que ella les había contado.

—¿Por qué querría mineros Morgarath? —preguntó, a nadie en particular—. Él no tiene minas, así que no tiene sentido.

—¿No será que ha encontrado alguna? —sugirió Horace—. Puede que haya encontrado oro allí arriba, en las Montañas de la Lluvia y la Noche, y que necesite esclavos para extraerlo.

Gilan se roía pensativo la uña del pulgar mientras valoraba lo que Horace acababa de decir.

—Podría ser eso —dijo por fin—. Va a necesitar oro para pagar a los skandians.

Es posible que esté extrayendo el suyo propio.

Evanlyn se había sentado un poquito más recta ante la mención de los carniceros del mar.

—¿Skandians? —preguntó—. ¿Se han aliado con Morgarath ahora?

Gilan hizo un gesto afirmativo.

—Se traen algo entre manos —le dijo—. Todo el reino se encuentra en alerta. Nosotros traíamos despachos del rey Duncan para el rey Swyddned.

—Tendréis que ir al suroeste para encontrarle —replicó Evanlyn, que, tal y como Will notó, había dado un leve respingo al oír el nombre del rey Duncan—. Aunque dudo que abandone sus posiciones defensivas allí.

Gilan ya estaba negándolo con la cabeza.

—Pienso que esto tiene una importancia mucho mayor que llevar unos despachos a Swyddned. Al fin y al cabo, el principal objetivo que tenían era contarle que Morgarath se estaba moviendo. Me imagino que eso, ahora, ya lo sabe.

Se puso en pie, se estiró y bostezó. Ya había oscurecido por completo.

—Os sugiero que intentemos coger un buen sueño esta noche —dijo—, y que partamos de vuelta al norte por la mañana. Yo haré la primera guardia, así que te puedes quedar mi capa, Evanlyn. Cogeré la de Will cuando él me releve.

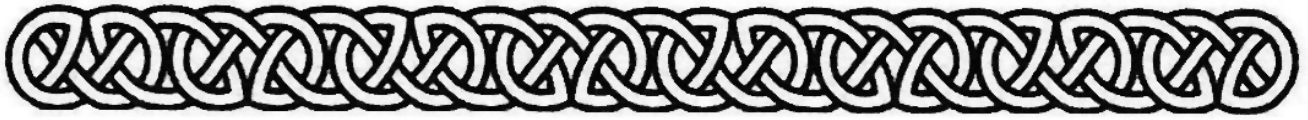
—Gracias —dijo Evanlyn, y los tres supieron que ella se refería a algo más que el simple uso de la capa.

Will y Horace fueron a sofocar el fuego mientras que Gilan tomaba su arco largo y se dirigía hacia un saliente de roca que le proporcionaba una buena visión de la senda que conducía a la zona en la que habían acampado.

Will estaba ayudando a Evanlyn a preparar un sitio para dormir cuando oyó la lastimera voz de Carney otra vez.

—Señor, por favor, ¿podría aflojar un poco estas cuerdas para dormir? Están apretadísimas...

—Por supuesto que no —se oyó al impertérrito Gilan según subía a las rocas para la primera guardia.



## Diez

**A** la mañana siguiente, por supuesto, tuvieron que hacer frente al problema de qué hacer con Bart y Carney.

Los dos bandidos habían pasado una noche increíblemente incómoda, atados espalda con espalda y así obligados a permanecer sentados sobre el suelo de piedra. Conforme cambiaban los turnos de guardia, Gilan les aflojaba un poco las ataduras por unos breves minutos para darles un descanso a sus anquilosados músculos. Llegó incluso a ceder finalmente y les dio una pequeña porción del alimento y el agua del grupo, pero aun así se trataba de una experiencia muy desagradable para ambos, algo que se acrecentaba por el hecho de que no tenían la menor idea de lo que Gilan planeaba hacer con ellos por la mañana.

Y, a decir verdad, tampoco él lo sabía. No tenía ningún deseo de llevárselos como prisioneros, de hecho sólo tenían cuatro monturas, contando con el poni de carga que había estado transportando todos los suministros para acampar y que ahora habría de llevar también a Evanlyn. Sintió que las noticias de la desconcertante incursión de Morgarath en Céltica debían ser llevadas hasta el rey Duncan lo antes posible, e ir arrastrando dos prisioneros a pie los ralentizaría en demasía. Además, ya estaba valorando la idea de ir tirando él delante a toda velocidad y permitir que los otros tres le siguieran a su propio paso. Sabía que el torpe poni de carga no alcanzaría nunca el paso largo con el que *Blaze* devoraba los kilómetros.

De forma que, viéndose enfrentado a estos dos problemas, mientras desayunaba a solas y torcía el gesto, se permitió el placer de una segunda taza de café de su menguante provisión. Al fin y al cabo, si él iba a marchar por delante, aquella era la última taza de café que vería durante algunos días. Pasado un rato, levantó la vista, llamó la atención de Will y le hizo una seña para que se acercase.

—Estoy pensando en adelantarme yo —dijo en voz baja.

Al instante vio la mirada de alarma en los ojos del chico.

—¿Quieres decir solo? —preguntó Will, y Gilan asintió.

—Estas noticias son vitales, Will, y necesito llevárselas al rey Duncan lo antes posible. Aparte de cualquier otra cosa, implican que no habrá refuerzos provenientes

de Céltica. Necesita saber eso.

—Pero... —vaciló y miró alrededor del reducido campamento como si buscara un argumento en contra de la idea de Gilan. El espigado montaraz era una presencia reconfortante. Como Halt, él siempre parecía saber lo que había que hacer. En aquel momento, la idea de que estuviese planeando dejarles creó una sensación cercana al pánico en la mente de Will, y Gilan reconoció las dudas que estaban atormentando al muchacho. Se levantó y le puso una mano en el hombro.

—Vamos a dar un paseo —le dijo, y comenzaron a caminar alejándose del lugar de la acampada.

*Blaze* y *Tirón* los miraron con curiosidad según pasaron y luego, al darse cuenta de que no se les requería, siguieron dedicándose a arrancar la escasa vegetación.

—Sé que estás preocupado por lo que ocurrió con aquellos cuatro wargals —dijo Gilan.

Will se detuvo y le miró.

—¿Te lo contó Halt? —dijo con un tono de duda en su voz.

Se preguntaba qué le habría dicho Halt sobre su comportamiento.

—Por supuesto que me lo contó. Will, no tienes nada por lo que estar avergonzado.

—Pero, Gil, me quedé aterrorizado. Se me olvidó todo mi adiestramiento y...

Gilan levantó una mano para contener el torrente de recriminaciones contra sí mismo que sintió que Will estaba a punto de liberar.

—Halt dice que mantuviste la posición —dijo con firmeza.

Will caminaba arrastrando los pies.

—Bueno... supongo que sí, pero...

—Estabas asustado y sin embargo no saliste corriendo. Will, eso no es cobardía. Eso es valor. Es la forma más elevada de valor. ¿No estabas asustado cuando mataste al kalkara?

—Claro que sí —dijo Will—, pero aquello fue distinto. Estaba a cuarenta metros de distancia y atacando a sir Rodney.

—Mientras que —finalizó Gilan por él— el wargal se hallaba a diez metros e iba directo hacia ti. Una gran diferencia.

Will no se convencía.

—Fue *Tirón* quien me salvó —dijo, y Gilan mostró una sonrisa.

—Es posible que pensara que tú valías el esfuerzo. Es un caballo listo. Y, aunque Halt y yo no somos tan listos como *Tirón*, también pensamos que tienes lo que hay que tener.

—Bueno, yo había empezado a dudar —dijo Will, si bien, por primera vez en algunas semanas, sintió que su confianza se elevaba un poco.

—Pues no lo hagas —dijo Gilan con energía—. Las dudas sobre uno mismo son una enfermedad, y si se va de las manos, acaba por convertirse en realidad; tienes que aprender de lo que pasó con esos wargals. Haz uso de la experiencia para fortalecerte.

Will pensó durante unos segundos en las palabras de Gilan. Después, respiró profundamente y cuadró los hombros.

—Muy bien —dijo—, ¿qué quieres que haga?

Gilan estudió a Will por un instante. Había una nueva determinación en la postura del muchacho.

—Voy a dejarte al mando —le dijo—. Ya no tiene ningún sentido continuar con la misión, así que sigue hacia Araluen detrás de mí tan rápido como podáis.

—¿A Redmont? —preguntó, y Gilan hizo un gesto negativo.

—A estas alturas, el ejército se estará desplazando a las llanuras de Uthal. Allí es donde me dirijo y allí es donde se encontrará Halt. Vamos a verlo en el mapa y a trazar la mejor ruta para ti.

—¿Y la chica? —preguntó Will—. ¿La llevo conmigo o la dejo en algún lugar seguro una vez que estemos de vuelta en Araluen?

Gilan valoró la cuestión por un momento.

—Llévala contigo. Es posible que el rey y sus consejeros quieran preguntarle algo más. Estará rodeada de todo el ejército de Araluen, así que se hallará tan a salvo como en cualquier otro sitio.

Vaciló y entonces decidió compartir sus sospechas con Will.

—Hay algo más acerca de ella, Will —empezó a decir.

—Piensas que su historia no es del todo cierta, ¿verdad? —le interrumpió Will—. No deja de dudar y detenerse al hablar, como si tuviese miedo de contarnos algo —se le ocurrió otra posibilidad y bajó la voz de manera instintiva, aunque el campamento estaba lejos y no podían oírles—. No creerás que es una espía, ¿no?

Gilan lo negó con la cabeza.

—No es tan terrible. ¿Recuerdas cuando dijo que nos vio y pensó «Gracias a Dios, son montaraces»? La gente común no piensa así de nosotros. Sólo los nobles se sienten cómodos entre montaraces.

Will frunció el entrecejo.

—Entonces, piensas que... —vaciló.

No estaba seguro de lo que pensaba Gilan.

—Creo que ella podría ser la dama y que ha adoptado la identidad de su doncella.

—Así que, por un lado, ella ve a los montaraces y se alegra, pero luego, ¿no confía lo suficiente en nosotros para contarnos la verdad? Eso no tiene sentido, Gil —dijo Will, y Gilan se encogió de hombros.

—Tal vez no se trate de falta de confianza en nosotros. Tal vez tenga otras razones para no decirnos quién es en verdad. No creo que vaya a ser un problema para ti, sólo pienso que deberías tenerlo presente.

Se dieron la vuelta y emprendieron el regreso hacia el campamento.

—No me gusta dejarte en la estacada —dijo Gilan—, pero no es que estés precisamente desarmado. Cuentas con tu arco y tus puñales, y, por supuesto, ahí está Horace.

Will levantó la vista hacia el lugar en el que el musculoso aprendiz se hallaba bromeando con Evanlyn. Al tiempo que ella echaba la cabeza hacia atrás y se reía, él sintió una pequeña punzada de celos, pero entonces se dio cuenta de que debería alegrarse de tener a Horace a su lado.

—No es malo con esa espada que lleva, ¿verdad? —dijo, y Gilan asintió con admiración.

—Yo nunca se lo diría, porque a un espadachín no le hace ningún bien tener una opinión exagerada de sí mismo, pero está muy por encima de no ser malo —miró a Will—, aunque eso no equivale a decirte que vayas por ahí metiéndote en líos. Aún podría haber wargals de aquí a la frontera, así que viaja de noche y escóndete entre las rocas durante el día.

—Gil —dijo el muchacho conforme le venía a la cabeza una cuestión delicada—. ¿Qué vamos a hacer con esos dos? —Y señaló a los dos bandidos, que permanecían atados espalda con espalda, aún intentando dormir y despertándose a empujones el uno al otro según lo conseguían.

—He ahí la cuestión, ¿verdad? —dijo el montaraz—. Supongo que podría colgarlos. Tengo autoridad para hacerlo. No en vano, han intentado entorpecer a unos oficiales al servicio del rey y andaban saqueando en tiempo de guerra. Ambos delitos se castigan con la pena capital.

Recorrió con la mirada las colinas rocosas en derredor.

—En realidad, la pregunta es si voy a poder hacerlo aquí —murmuró.

—¿Quieres decir —le preguntó Will, a quien no le estaba gustando el modo en que pensaba su amigo— que es posible que no tengas esa autoridad para ahorcarlos ahora que no estamos dentro del propio reino?

Gilan le sonrió.

—No había valorado tal cosa. Lo que estaba pensando es que resultaría un poco difícil cuando no hay un solo árbol de más de un metro de altura en un radio de cien kilómetros.

Will liberó un leve suspiro de alivio en su interior al darse cuenta de que Gilan no lo había dicho en serio. Entonces, la sonrisa del montaraz se borró de su rostro y dijo en tono de aviso:

—Lo único que sé es que no queremos que vayan de nuevo detrás de vosotros tres, de forma que no menciones ninguno de mis planes hasta que nos hayamos librado de ellos, ¿entendido?

Al final, la solución fue simple. En primer lugar, Gilan ordenó a Horace que rompiera la hoja de la espada de Carney haciendo palanca con fuerza entre dos rocas. A continuación, arrojó el garrote de Bart al barranco que había al borde del camino. Lo oyeron caer dando saltos por la pendiente rocosa durante varios segundos.

Una vez hecho esto, Gilan obligó a los dos hombres a que se desnudaran hasta quedarse en ropa interior.

—No hace falta que veas esto —le dijo a Evanlyn—. No será un espectáculo muy

bonito.

La muchacha se retiró al interior de la tienda con una sonrisa para sus adentros mientras los bandidos se desnudaban hasta quedarse solo con sus calzoncillos raídos. Los dos tiritaban por el frío aire de la montaña.

—Y las botas —ordenó Gilan.

Los dos hombres se sentaron con torpeza en el suelo rocoso y se quitaron las botas. Gilan le dio un empujoncito con el pie a los montones de ropa.

—Haced un fardo cada uno y atadlos con los cinturones formando una pelota —les ordenó, y vio cómo Bart y Carney obedecían.

Cuando todo estuvo listo, hizo que Horace se acercara y señaló con el pulgar en dirección a los dos fardos de ropa y botas.

—Horace, que sigan el mismo camino que el garrote —le ordenó.

Horace comenzó a sonreír conforme lo iba entendiendo. Bart y Carney lo empezaron a entender también e irrumpieron en un coro de protestas que paró cuando Gilan les lanzó una gélida mirada.

—Demasiado bien parados estáis saliendo —les dijo con frialdad—. Como le he dicho antes a Will, podría colgaros si lo decidiese.

Bart y Carney se callaron al instante, y Gilan le hizo una señal a Horace para que los atase de nuevo. Cedieron con docilidad y en unos minutos se encontraban otra vez espalda con espalda, tiritando debido al viento cortante que descendía por las colinas. Gilan permaneció mirándolos unos instantes.

—Échales una manta por encima —dijo a regañadientes—. Una de las mantas de los caballos.

Will obedeció, sonriendo. Se cuidó de no darles la manta de *Tirón*, sino que utilizó la del robusto poni de carga.

Gilan empezó a ensillar a *Blaze*, dirigiéndose al resto en voz alta, por encima del hombro.

—Voy a echar un vistazo por los alrededores de Gwyntaleth. Es posible que allí haya alguien que pueda arrojar algo más de luz sobre lo que pretende Morgarath —le dedicó una significativa mirada a Will y el aprendiz supo que Gilan estaba diciendo aquello para despistar a los dos bandidos.

Will le dedicó un leve gesto de asentimiento.

—Debería estar de vuelta hacia la puesta de sol —continuó Gilan a voces—. Intentad comer caliente mientras me esperáis.

Se subió a la silla y le hizo un gesto a Will para que se acercase. Se inclinó y susurró:

—Deja a esos dos atados y largaos al anochecer. Acabarán soltándose, pero entonces habrán de recuperar su ropa y sus botas. Sin ellas no irán a ninguna parte por estas montañas. Eso te dará un día de ventaja sobre ellos, lo cual debería manteneros a salvo.

Will asintió.

—Entiendo. Ve con cuidado, Gilan.

El montaraz le devolvió el gesto de asentimiento, luego pareció dudar un segundo y, después, haber tomado una decisión.

—Will —le dijo en voz baja—, pasamos momentos de incertidumbre y ninguno de nosotros sabe lo que le aguarda a la vuelta de la esquina. Podría ser una buena idea que le revelases a Horace la contraseña de *Tirón*.

Will torció el gesto. La contraseña era un secreto guardado con mucho celo y era reacio a dejar que nadie la conociese, incluso un camarada digno de confianza como Horace. Al ver sus dudas, Gilan prosiguió:

—Nunca se sabe lo que puede pasar. Podrían herirte o dejarte impedido y, sin la contraseña, Horace no sería capaz de conseguir que *Tirón* le obedeciese. Se trata sólo de una precaución —añadió.

Will vio que la idea tenía sentido y accedió.

—Se la diré esta noche —dijo—. Cuídate, Gilan.

El espigado montaraz se inclinó y apretó su mano con firmeza.

—Otra cosa. Tú estás al mando aquí, y el resto seguirá tu ejemplo. No les des ninguna muestra de inseguridad de ti mismo. Cree en ti y ellos también creerán en ti.

Dio un golpecito a *Blaze* con la rodilla y la yegua dio media vuelta hacia el camino. Gilan levantó una mano para despedirse de Horace y Evanlyn y se alejó al trote. El cortante viento dispersó rápidamente el polvo de su paso.

Y entonces Will se sintió muy insignificante. Y muy solo.





## Once

**C**abalaron todo cuanto pudieron aquella noche, frenados un tanto por el ritmo dócil que el poni de carga era capaz de aguantar.

La lluvia volvió a aparecer durante la noche para hacerles sentir aún más pesadumbre, hasta que, una hora antes del amanecer, se abrió el cielo y así los primeros rayos de luz en el este lo tiñeron de un pálido color perla. Con la luz creciente, Will empezó a buscar un sitio para acampar.

Horace se dio cuenta de ello.

—¿Por qué no seguimos durante un par de horas más? —sugirió—. Los caballos aún no están realmente cansados.

Will vaciló. No habían visto ni rastro de nadie más durante la noche, ni tampoco prueba alguna de la presencia de wargals en la zona; pero no le gustaba ir en contra del consejo de Gilan. En el pasado había descubierto que solía resultar rentable seguir los consejos que le daban los montaraces más expertos. Finalmente, la decisión estuvo clara para él cuando doblaron un recodo y vio un macizo de matorrales apartado unos treinta metros del camino. Los arbustos, aunque no tenían más de tres metros de altura en su punto más alto, les proporcionaban una espesa pantalla que servía de refugio tanto del viento como de cualquier mirada poco amistosa que pudiera caer por allí.

—Acamparemos aquí —dijo Will, indicando los arbustos—. Es el primer sitio de apariencia decente para acampar por el que hemos pasado en horas. ¿Quién sabe cuándo veremos otro?

Horace accedió sin problemas. Se sentía feliz dejando que Will tomase las decisiones, sólo había hecho una sugerencia, no intentaba usurparle en modo alguno su autoridad al aprendiz de montaraz. Horace era, en esencia, un alma cándida. Reaccionaba bien ante las órdenes y las decisiones que tomaban otros. Ahora cabalga. Detente aquí. Lucha allá. Mientras que confiase en la persona que tomaba las decisiones, se encontraba feliz acatándolas.

Y confiaba en el juicio de Will. Tenía una cierta idea de que el adiestramiento de los montaraces de algún modo hacía de ellos gente más decidida e inteligente. Y por

supuesto, tenía razón en aquello, en un grado bastante alto.

Después de que desmontaran y condujesen a sus caballos a través de los arbustos hasta un claro al otro lado, Will dio un pequeño suspiro de alivio. Se encontraba más agarrotado de lo que se había dado cuenta tras una noche entera en la silla de montar con sólo breves paradas. En aquel preciso momento, la idea de unas cuantas horas de buen sueño le parecía vital. Ayudó a Evanlyn a bajarse del poni de carga: al montar sobre los arreos de carga del poni, tal y como había tenido que hacerlo, desmontar le resultaba un poco difícil. A continuación, se puso a desatar la carga de víveres y desenrolló la pieza de lona que les servía de resguardo de la intemperie.

Evanlyn, sin dedicarle apenas una palabra, se estiró y caminó unos pasos para sentarse en una piedra plana.

Will, visiblemente contrariado, le echó uno de los paquetes de víveres a los pies.

—Puedes empezar a preparar la comida —dijo, de un modo más abrupto de lo que pretendía.

Le había molestado que la chica se sentase, se pusiese cómoda y les dejase el trabajo a Horace y a él. Ella miró el paquete y se sonrojó, enfadada.

—No tengo mucha hambre —le dijo.

Horace se acercó desde el lugar en el que estaba desensillando al caballo.

—Yo la haré —se ofreció, dispuesto a evitar cualquier conflicto entre los otros dos, pero Will levantó una mano para detenerle.

—No —le dijo—. Preferiría que tú montases la lona. Evanlyn puede sacar la comida.

Sus ojos se quedaron fijos en los de ella. Ambos estaban enfadados pero ella se dio cuenta de que estaba equivocada. Hizo un ligero gesto de indiferencia y se inclinó para coger el paquete.

—Si es tan importante para ti —farfulló, y luego preguntó—: ¿Puede Horace hacer el fuego por mí? Es capaz de hacerlo mucho más rápido que yo.

Will valoró la idea, pensativo, con la tensión en el rostro. Se sentía reacio a encender un fuego mientras se encontrasen aún en Céltica. No era muy lógico viajar de noche para evitar ser vistos y después encender un fuego cuyo humo sería visible a la luz del sol. Además, había otra consideración que Gilan le había indicado el día previo.

—Sin fuego —dijo con decisión, y Evanlyn dejó caer el paquete de comida con mal humor.

—¡No, otra vez comida fría no! —le espetó ella.

Will la miró sin alterarse.

—No hace mucho tiempo, habrías sido feliz comiendo cualquier cosa, fría o caliente, mientras fuese comestible —le recordó, y ella bajó los ojos—. Mira —añadió en un tono más tranquilizador—, Gilan sabe más de estas cosas que cualquiera de nosotros y nos dijo que nos asegurásemos de que nadie nos viese, ¿de acuerdo?

Ella masculló algo. Horace observaba a los dos con cara de preocupación por el

conflicto entre ambos. Ofreció una solución intermedia.

—Podría hacer un fuego pequeño para cocinar —sugirió—. Si lo preparamos debajo de esos arbustos, resultará bastante difícil ver el humo cuando se filtre a través de ellos.

—No se trata sólo de eso —le explicó Will, que se colgaba las cantimploras de agua de un hombro y tomaba su arco de un estuche en la silla de montar—. Gil dice que los wargals tienen un sentido del olfato extraordinariamente agudo. Si encendemos un fuego, el olor del humo permanecerá horas después de que lo hayamos apagado.

Horace asintió en reconocimiento de las razones. Antes de que nadie tuviese oportunidad de poner ninguna otra objeción, Will se dirigió a un montón de piedras que había detrás de la zona en que acamparon.

—Voy a echar un vistazo —anunció—. Veré si hay agua en esta zona y me aseguraré de que estamos solos.

Ignoró el «Como si no lo estamos» de la chica, dicho entre dientes lo bastante alto para que él lo oyese, y empezó a subir a duras penas por las rocas. Llevó a cabo un recorrido por la zona, mientras permanecía agachado y oculto, moviéndose de un pequeño escondite a otro con todo el cuidado que pudo. «Siempre que estés reconociendo un terreno —le había dicho una vez Halt—, muévete como si allí hubiera alguien que te pudiese ver. No des nunca por sentado que te encuentras solo».

No encontró rastro ni de wargals ni de celtas, pero sí dio con un pequeño y límpido riachuelo que lavaba un lecho de rocas con abundante agua. Corría lo bastante rápido como para que pareciese seguro beber, así que la probó y, satisfecho porque no estuviese contaminada, llenó las cantimploras hasta arriba. El agua fresca sabía particularmente bien después del sabor a cuero de la que había en los recipientes. Cuando el agua llevaba ya unas horas en su interior, empezaba a saber más a cantimplora y menos a agua.

De vuelta en el campamento, Horace y Evanlyn le estaban esperando. Ésta había dispuesto un plato de carne desecada y el bollo duro que llevaban un tiempo comiendo en lugar del pan. Él le había agradecido que le pusiera un poco de pepinillo a la carne; cualquier añadido a esa comida insípida era bienvenido. Se dio cuenta conforme comían de que en el plato de ella no había.

—¿No te gustan los pepinillos? —le preguntó con la boca llena de carne y bollo.

Ella hizo un gesto negativo sin mirarle a los ojos.

—No mucho —le respondió.

Pero Horace no estaba en condiciones de dejarlo ahí.

—Te ha puesto el último —le contó a Will.

Por un momento, Will dudó, avergonzado. Justo se acababa de meter en la boca la última esquina de bollo con pepinillos ácidos y se lo había tragado. Ya no había forma de ofrecerse a compartirlo.

—Vaya... —murmuró al caer en la cuenta de que ésa era su forma de hacer las

paces entre ellos—. Mmm... bueno, gracias, Evanlyn.

Ella ladeó la cabeza. Con un pelo tan corto como el que llevaba, el efecto resultaba un poco inútil, y se imaginó que probablemente estaba acostumbrada a hacer el gesto con largos mechones rubios que acentuaban el movimiento.

—Ya te lo he dicho —replicó—. No me gustan los pepinillos.

Ahora, sin embargo, había en su voz la sombra de una sonrisa, y el mal humor previo había desaparecido. Levantó la vista para mirarla y le sonrió en respuesta.

—Yo haré la primera guardia —dijo por fin.

Parecía una forma tan buena como la mejor de hacerle saber que no le guardaba rencor.

—Si haces además la segunda, te puedes tomar también mis pepinillos —le ofreció Horace, y los tres se rieron.

El ambiente en el pequeño campamento se hizo considerablemente más llevadero cuando Horace y Evanlyn se dedicaron a sacudir las mantas y capas y reunieron algunas de las ramas con más hojas de los arbustos de alrededor para que hicieran de camas.

Por su parte, Will cogió una de las botellas de agua y su capa y escaló a lo alto de una de las rocas más grandes que rodeaban el campamento. Se acomodó de la manera más confortable posible con una buena visión de las colinas rocosas a su espalda en una dirección y por encima de los arbustos que hacían de pantalla respecto del camino en la otra. Consciente, como siempre, de las enseñanzas de Halt, se situó en medio de un montón de rocas que tenían más o menos la forma de un nido natural y que le permitían ver entre ellas hacia ambos lados, sin levantar la cabeza por encima del nivel del horizonte; estuvo retorciéndose durante unos minutos con el deseo de no tener debajo de sí tantas piedras afiladas que se le clavaran. Después, se conformó una vez hubo decidido que, al menos, evitarían que se quedase dormido durante la guardia.

Se puso la capa y se cubrió con la capucha. Al sentarse allí, inmóvil entre las rocas grises, daba la impresión de que se hubiese fundido con el paisaje de fondo hasta el punto de ser casi invisible.

Lo primero que le alertó fue el sonido. Iba y venía de manera vaga con la brisa. Según ésta cobraba fuerza, así el sonido lo hacía igual. Luego, cuando amainó la brisa, ya no pudo oír nada más, así que pensó que se estaba imaginando cosas.

Entonces sonó de nuevo. Un sonido rítmico y profundo. Voces, quizás, pero no como ninguna que él hubiera oído. «Un cántico tal vez», pensó; a continuación, al tiempo que la brisa aumentaba su intensidad, volvió a oírlo. No era un cántico. No tenía melodía, sólo ritmo. Un ritmo constante e invariable.

La brisa amainó de nuevo y el sonido con ella. Will sintió que se le erizaba el pelo en la nuca. Había algo feo en aquel sonido, algo peligroso, lo sentía en cada fibra de

su cuerpo.

¡Ahí estaba de nuevo! Y esta vez lo había captado. Un cántico. Voces graves en un canto al unísono. Un cántico sin melodía que poseía un innegable carácter amenazador.

La brisa provenía del suroeste, de manera que el sonido venía del camino por el que ellos habían estado viajando. Se irguió lentamente, con precaución, y miró en la dirección del origen de la brisa con una mano sobre los ojos. Desde aquel sitio podía atisbar varios recodos y curvas del camino, aunque algunos desaparecían tras las rocas y las colinas. Calculó que era capaz de ver sectores del camino hasta un kilómetro de distancia, y no había signos de movimiento.

Bajó rápidamente de las rocas y se apresuró a despertar a los otros dos.

El cántico se hallaba ahora más cerca. Ya no se apagaba según la brisa iba y venía. Cada vez se oía más y con más nitidez. Evanlyn, Horace y Will se agazaparon entre los arbustos y escucharon mientras las voces se acercaban.

—Quizás deberíais retrasaros un poco vosotros dos —sugirió Will.

Sabía que, envuelto en su capa de montaraz, con la cara oculta en la profundidad de la capucha, era prácticamente invisible; pero no estaba muy seguro respecto del resto. Sin oponer resistencia, los dos se escabulleron hacia atrás, más adentro a cubierto en la espesura de los arbustos. La reacción de Horace fue una mezcla de curiosidad y nerviosismo. Evanlyn, se percató Will, estaba pálida de miedo.

Sólo por si los que producían el cántico habían desplegado exploradores, Will había levantado el campamento con rapidez y borrado cualquier rastro que pudiesen haber dejado. También había llevado los caballos a unos cientos de metros hacia atrás, entre las rocas, los había atado allí y había dejado con ellos todo el equipo para acampar. A continuación, con Evanlyn y Horace, buscó la protección de los espesos matorrales y se escondieron en la profundidad de los arbustos, aunque reservándose para sí una vista relativamente buena del camino.

—¿Quiénes son? —susurró Horace al tiempo que el cántico se oía aún más fuerte. Will calculó que provenía de algún sitio alrededor del recodo más cercano del camino, apenas a unos cientos de metros.

—¿No lo sabes? —replicó Evanlyn con la tensión del terror en la voz—. Son wargals.



## Doce

Horace y Will se volvieron hacia ella al instante.

—¿Wargals? ¿Cómo lo sabes? —le preguntó Will.

—Los he oído antes —dijo en voz baja, mordiéndose el labio—. Hacen el sonido de ese cántico cuando marchan.

Will frunció el ceño. Los cuatro wargals con los que Halt y él habían dado no habían entonado cántico alguno, pero entonces cayó en la cuenta de que aquéllos estaban siguiendo el rastro de su propia presa en aquel momento. Con el rabillo del ojo, Will observó un movimiento en el recodo del camino.

—¡Agachaos! —ordenó con un susurro—. ¡Bajad la cabeza! —Y Horace y Evanlyn agacharon la cabeza hasta la arena.

Will alcanzó la capucha y tiró de ella para que la profundidad de su sombra cubriera su rostro y a continuación mantuvo el antebrazo envuelto en la capa para oscurecerlo todo menos sus ojos.

El canto, entendió entonces, era una forma de cadencia pensada para mantener a los wargals desplazándose al mismo ritmo, del mismo modo en que un sargento puede marcar el paso de una tropa de infantería. Llegó a contar quizás hasta treinta en el grupo. Grandes y corpulentas figuras vestidas con chaquetas oscuras tachonadas de metal y pantalones bombachos de algún material pesado. Corrían a un trote continuo con el cántico de ese ritmo gutural y sin letra que él reconocía ahora que no era más que una serie de gruñidos.

Iban todos armados con una variedad de picas cortas, mazas y hachas de combate que transportaban listas para el uso.

Aún no era capaz de distinguir sus rasgos. Corrían en dos filas con un movimiento desgarrado. En ese momento advirtió que iban escoltando a otro grupo entre ambas filas: prisioneros.

El grupo estaba más cerca y pudo ver que los prisioneros, alrededor de una docena, iban tambaleándose en un desesperado intento por mantener el ritmo con los sonoros wargals. Los reconoció como celtas; mineros, a juzgar por los mandiles de cuero y el casquete que llevaban. Se encontraban exhaustos y, según observaba, pudo

ver que los wargals usaban látigos cortos para que avanzasen.

El cántico se oía más fuerte.

—¿Qué está pasando? —susurró Horace, y a Will le hubiese encantado estrangularle.

—¡Cállate! —le espetó—. ¡Ni una palabra más!

Los wargals se hallaban ahora más cerca y podía distinguir las caras. Sintió cómo se le erizaba el pelo en la nuca al ver aquellos gruesos y pesados carrillos que les colgaban y la nariz, que había crecido a lo largo y a lo ancho, casi hasta el tamaño de un hocico. Los ojos eran pequeños y salvajes y parecían tener un brillo rojo de odio cuando azotaban a los celtas con el látigo. En una ocasión, cuando uno de ellos gruñó a un prisionero que se había tropezado, Will observó por un instante el color amarillento de los colmillos. Sintió la tentación de esconderse más atrás, pero sabía que cualquier movimiento ahora significaría un riesgo de ser descubiertos. Tenía que confiar en el resguardo de su capa. Deseaba cerrar los ojos y no ver aquellos rostros animalescos, pero, por algún motivo, no podía. Permaneció mirando absorto por el horror mientras los terribles wargals, criaturas de pesadilla, pasaban trotando con su cántico incesante por delante del lugar en el que ellos se encontraban.

El minero celta no pudo haberse ido al suelo en peor sitio.

Azotado por uno de los wargals, se trastabilló, se tambaleó, cayó en el camino y tiró consigo a los prisioneros que llevaba a ambos lados. Will apreció entonces que iban atados unos a otros con una gruesa correa de cuero sin curtir.

La columna se detuvo en plena confusión y el cántico se transformó en una sucesión de gruñidos y bramidos de los wargals. Los dos prisioneros que habían caído en cadena se pusieron en pie bajo una lluvia de latigazos de sus captores. El minero que había causado la caída permanecía en el suelo a pesar del castigo salvaje con el látigo a manos de uno de los wargals.

A continuación, otro más se unió al primero y comenzó a golpear a la figura inmóvil con el extremo del mango de su pesada pica revestida de acero. No se produjo reacción alguna por parte del minero y Will, que observaba horrorizado, se dio cuenta de que estaba muerto. Por fin, los wargals llegaron a esa misma conclusión. A una orden ininteligible de uno de ellos, que debía de estar al mando, los dos wargals dejaron de darle golpes al hombre muerto y cortaron las ataduras que le unían a la correa central. Después levantaron el cuerpo sin vida y lo quitaron de en medio arrojándolo a los matorrales donde se encontraban escondidos Will y sus amigos.

El cuerpo cayó en los arbustos más cercanos al camino y Will oyó cómo a Evanlyn se le escapaba una pequeña exclamación de miedo. Mirando al suelo y sin saber lo que pasaba, estaba claro que el golpe repentino en los matorrales cercanos a ella había sido demasiado para poder soportarlo. Ahogó el sonido casi al instante de producirlo, pero llegó tarde por poco.

El líder de los wargals creyó haber escuchado algo, se giró y se quedó mirando

fijamente el lugar donde había caído el cuerpo, preguntándose si el ruido provenía del minero. Resultaba obvio que sospechaba que el muerto podía estar simplemente fingiendo, en un intento por escapar. Hizo una señal, gritó una orden y el wargal que llevaba la pica avanzó hasta el cuerpo y se la clavó como si nada.

Sin embargo, la desconfianza del mando no había quedado satisfecha. Siguió vigilando los arbustos durante un buen rato, justo en la dirección en que se encontraba Will, envuelto en el camuflaje protector de su capa de montaraz. El aprendiz se encontró mirando fijamente el profundo odio de los ojos rojos de aquella cosa salvaje que se encontraba allí fuera en el camino. Quiso bajar la vista, que sus ojos esquivasen aquella mirada, convencido de que la criatura podía verle. Pero todo el adiestramiento de Halt a lo largo del año anterior le decía que cualquier movimiento en ese instante sería fatal, y él sabía que bajar los ojos implicaba un mínimo e involuntario movimiento de la cabeza. El verdadero valor de las capas de camuflaje no residía en la magia, como tanta gente pensaba, sino en la capacidad del portador para permanecer inmóvil bajo una observación minuciosa.

Will se obligó a creer y permaneció inmóvil mirando al wargal. Tenía la boca seca. Su corazón latía a un ritmo que parecía el doble de lo normal. Escuchó el respirar bronco y pesado de la figura osuna y advirtió cómo se movían sus orificios nasales al explorar la leve brisa en busca de olores desconocidos.

Por fin, el wargal se dio la vuelta. Luego, de repente, volvió a girarse de golpe para mirar una vez más. Por fortuna, el adiestramiento de Will había contado ya con aquella treta en particular. No se movió. Esta vez, el wargal lanzó un resoplido y a continuación dio una orden al grupo.

De nuevo con su canto, se pusieron en marcha y abandonaron al minero muerto a un lado del camino.

Conforme el sonido se desvanecía y los wargals desaparecían tras el siguiente recodo del camino, Will notó que Horace se movía a su espalda.

—¡Estate quieto! —le susurró con fiereza.

Era posible que los wargals llevaran detrás algún rezagado: exploradores que se mueven en silencio a cierta distancia detrás del grupo y cogen desprevenidos a los fugitivos que creen que ya ha pasado el peligro.

Se obligó a contar hasta cien antes de permitir que se moviesen los demás, saliesen arrastrándose de los arbustos y estirasen los brazos y piernas, agarrotados y doloridos.

Will le hizo una seña a Horace para que se llevase a Evanlyn de vuelta a la zona del campamento y se dirigió con precaución hasta el camino para ver al celta. Tal y como había sospechado, aquel hombre estaba muerto. Era obvio que había recibido muchos golpes a lo largo de los días anteriores. En la cara tenía arañazos y cortes, obra de los látigos y los puños de los wargals.

No había nada que él pudiese hacer por aquel hombre, así que dejó el cuerpo allí donde estaba y se marchó a reunirse con los otros.



Evanlyn se encontraba sentada, llorando. Mientras se acercaba, ella levantó la vista hacia él con la cara llena de lágrimas y con sacudidas en los hombros producto de los fuertes sollozos. Horace estaba de pie a su lado con una expresión de impotencia en el rostro y hacía pequeños e inútiles movimientos con las manos.

—Lo siento —consiguió por fin decir Evanlyn—. Es sólo que... el cántico... esas voces... me ha recordado todo lo que...

—Está bien —le dijo Will con voz tranquila—. Dios mío, son unas criaturas horribles —añadió con un movimiento negativo de la cabeza en dirección a Horace.

El aprendiz de guerrero tragó saliva una o dos veces. Él no había visto a los wargals. Había estado allí todo el rato, boca abajo, con la cara presionada contra el suelo. En cierto modo, pensó Will, aquello debió de haber sido igual de horrible.

—¿Cómo son? —le preguntó Horace en voz baja.

Will repitió el gesto negativo con la cabeza. Era casi imposible describirlos.

—Como bestias —dijo—. Como osos... o un cruce entre un oso y un perro, pero caminan erguidos como si fueran hombres.

Evanlyn soltó otro llanto entre sacudidas.

—¡Son viles! —dijo con amargura—. Son criaturas viles y horribles. ¡Oh, Dios, espero no volver a verlas jamás!

Will se acercó a ella y le dio unos golpecitos torpes en el hombro.

—Ya se han ido —le dijo con calma, como si estuviese consolando a un niño pequeño—. Se han ido y no pueden hacerte nada.

La chica hizo un esfuerzo enorme y reunió coraje, le miró con una sonrisa asustada en la cara y alargó el brazo para coger la mano de Will en busca del consuelo que le proporcionaría el contacto.

Él dejó que le cogiera la mano durante un rato. Se preguntaba cómo les iba a contar lo que había decidido hacer.



## Trece

—¿Seguirlos? —exclamó Horace—. ¿Se te ha ido la cabeza?  
—**S** El muchacho miraba fijamente a la pequeña y decidida figura, incapaz de creer lo que estaba oyendo. Will no dijo nada, de forma que Horace lo intentó de nuevo.

—Will, acabamos de pasar media hora escondidos entre los arbustos con la esperanza de que esas cosas no nos vieran. ¿Y ahora tú quieres seguirlos y darles otra oportunidad?

Will miró a su alrededor para asegurarse de que los oídos de Evanlyn se encontraban aún fuera del alcance de sus voces. No deseaba alarmar a la muchacha de manera innecesaria.

—Baja la voz —advirtió a Horace, y su amigo habló más bajo, aunque de manera vehemente.

—¿Por qué? —le preguntó—. ¿Qué podemos ganar si los seguimos?

Will, inquieto, cambiaba el peso de su cuerpo de un pie al otro. A decir verdad, a él ya le atemorizaba la idea de seguir a los wargals, sentía que su pulso iba más rápido de lo normal. Se trataba de criaturas aterradoras y resultaba obvio que carecían por completo de cualquier sentimiento de misericordia o piedad tal y como el destino del prisionero había mostrado. Sin embargo, aún era capaz de ver que aquella era una oportunidad que no debería malgastarse.

—Mira —le dijo con calma—. Halt siempre me decía que conocer el motivo por el cual tu enemigo está haciendo algo es tan importante como saber lo que está haciendo. Y a veces más importante, de hecho.

Horace, testarudo, sacudió la cabeza.

—No lo entiendo —dijo.

Para él, esta idea de Will era un impulso alocado irresponsable y aterradoramente peligroso. Para ser sinceros, Will tampoco estaba del todo seguro de estar haciendo lo correcto, pero las palabras de despedida de Gilan acerca de no mostrar inseguridad resonaban en sus oídos y en su instinto, afinados por el adiestramiento de Halt, que le decían que ésa era una oportunidad que no debía dejar pasar.

—Sabemos que los wargals están capturando mineros celtas y se los están llevando —dijo—. Y sabemos que Morgarath no hace nada sin un motivo. Ésta podría ser una oportunidad de descubrir lo que pretende.

Horace se encogió de hombros.

—Quiere esclavos —dijo, y Will lo negó rápidamente con la cabeza.

—Pero ¿por qué? ¿Y por qué sólo mineros? Evanlyn dijo que sólo les interesaban los mineros. ¿Por qué? ¿No lo ves? —interpeló al muchachote—. Esto podría ser importante. Halt dice que las guerras a menudo dependen de la información más nimia.

Horace frunció la boca pensando en lo que Will le acababa de decir. Finalmente asintió despacio.

—Vale —admitió—. Supongo que podrías tener razón.

Horace no era un pensador rápido ni original, pero sí metódico y, a su manera, lógico. Will había visto de forma instintiva la necesidad de seguir a los wargals. Horace había tenido que abrirse camino hasta ella y, ahora que lo había hecho, veía que Will no actuaba sobre la base de algún alocado impulso aventurero. Confió en la línea de pensamiento del aprendiz de montaraz.

—Bien, si vamos a seguirlos será mejor que nos pongamos en marcha —añadió, y Will se quedó mirándole sorprendido, moviendo la cabeza.

—¿Nos? —dijo—. ¿Quién ha dicho nada de «nosotros»? Pretendo seguirlos solo. Tu trabajo es regresar con Evanlyn a salvo.

—¿Y quién lo dice? —preguntó el muchachote con cierta beligerancia—. Mi trabajo, tal y como Gilan me lo explicó a mí, es quedarme contigo y evitar que te metas en líos.

—Bien, pues yo estoy cambiando tus órdenes —le dijo Will, pero esta vez Horace se rió.

—¿Y de quién dices que has heredado el cargo de jefe? —Se mofó—. Tú no eres quién para cambiar mis órdenes. Gilan me las dio y él te supera en rango.

—¿Y qué pasa con la chica? —le retó Will.

Horace se quedó parado un instante buscando una respuesta.

—Le daremos comida y material, y que se lleve el poni de carga —dijo—. Puede hacer sola el camino de vuelta.

—Muy galante por tu parte —dijo Will de forma sarcástica.

Horace simplemente negó de nuevo con la cabeza, rechazando que le llevaran a una discusión en ese sentido.

—Fuiste tú quien dijo que esto era de una importancia terrible —le respondió—. Bueno, pues me temo que creo que tienes razón; de manera que Evanlyn tendrá que correr sus riesgos, justo igual que nosotros. De todas formas, ahora estamos cerca de la frontera y con una noche más a caballo se encontrará fuera de Céltica.

En realidad, a Horace no le gustaba la idea de dejar a Evanlyn a su suerte, le había cogido verdadero cariño a la muchacha. Era brillante, divertida y una buena

compañía, pero su etapa en la Escuela de Combate le había proporcionado un fuerte sentido del deber y los sentimientos personales quedaban en segundo plano.

Will lo intentó una vez más.

—Puedo ir mucho más deprisa sin ti —le indicó, pero Horace le cortó de inmediato.

—¿Y qué? La velocidad no nos hace falta si estamos siguiendo a los wargals. Contamos con caballos. No tendremos ningún problema para mantener el ritmo, más aún cuando ellos han de tirar de esos prisioneros.

Se encontró con que estaba disfrutando bastante de la experiencia de discutir con Will y llevar la razón en algunos puntos. Podría ser, decidió, que pasar un tiempo con los montaraces le hubiera hecho más bien del que había notado.

—Además, ¿y si descubrimos algo realmente importante? ¿Y si quieres seguir detrás de ellos y tenemos que hacerle llegar un mensaje al barón? Si somos dos, nos podemos dividir. Yo puedo llevar el mensaje de vuelta mientras que tú continúas siguiendo a los wargals.

Will valoró la idea. Horace tenía razón, debía admitirlo. Ahora que lo pensaba, tendría mucho sentido llevar a alguien más con él.

—Muy bien —dijo por fin—, pero vamos a tener que contárselo a Evanlyn.

—¿Contarme qué? —preguntó la chica.

Desapercibida, se había aproximado a unos metros del lugar en el que estaban discutiendo ellos en voz baja. Los chicos se miraron el uno al otro con cara de culpabilidad.

—Eeeeh... Will ha tenido una idea, bueno... —empezó a decir Horace, y se detuvo mirando a Will, por si su amigo quería continuar, pero no fue necesario.

—Estáis planeando seguir a los wargals —dijo la muchacha, de forma cansina, antes de que Will respondiese.

—¿Estabas escuchando? —la acusó.

Ella lo negó con un gesto.

—No. Es obvio que habría que hacerlo, ¿no? Es nuestra oportunidad de descubrir lo que pretenden y por qué están secuestrando a los mineros.

Por segunda vez en unos pocos minutos, Will se veía corrigiendo el uso del plural al hablar.

—¿Nuestra oportunidad? —le preguntó—. ¿Qué quieres decir exactamente con *nuestra* oportunidad?

Evanlyn se explicó.

—Está claro que si vosotros dos os vais tras ellos, yo me voy con vosotros. No me vais a dejar aquí, sola y en medio de la nada.

—Pero... —empezó a decir Horace, y ella se giró con calma hacia él—. Son wargals —dijo.

—Eso ya lo había deducido.

Horace miró a Will con impotencia. El aprendiz de montaraz se encogió de

hombros, así que Horace lo intentó de nuevo.

—Será peligroso, y tú...

Vaciló. No deseaba recordarle su temor hacia los wargals y sus razones para sentirlo. Evanlyn se dio cuenta de su apuro y le dedicó una sonrisa lánguida.

—Mira, me dan miedo esas cosas —dijo ella—, pero doy por sentado que lo que planeáis es seguirlos, no uniros a ellos.

—Ésa era la idea, en general —dijo Will, y ella volvió hacia él su mirada impertérrita.

—Bueno, con el ruido que hacen, no tendremos que acercarnos demasiado a ellos —le dijo—. Y, además, ésta puede ser una buena oportunidad de desbaratar cualquier plan que tengan. Me parece que disfrutaría con eso.

Will la consideró con renovado respeto. Ella tenía todas las razones del mundo para temer a los wargals, más que Horace y más que él mismo, y sin embargo estaba deseando apartar ese miedo para asestarle un golpe a Morgarath.

—¿Estás segura? —Acabó diciendo él, y ella lo negó con la cabeza.

—No. No estoy en absoluto segura. Me siento inquieta, sin duda, ante la perspectiva de acercarme de nuevo a un tiro de piedra de esas cosas, pero, del mismo modo, tampoco me gusta la idea de que me abandonen aquí sola.

—No te estábamos abandonando... —arrancó Horace, y ella se volvió hacia él.

—¿Cómo lo llamarías tú entonces? —le preguntó con una sonrisa forzada para quitarle hierro a sus palabras. Él vaciló.

—Abandonarte, supongo —admitió.

—Exacto —dijo ella—. Así que, ante la posibilidad de toparme con otro grupo de wargals o más bandidos, o seguir a estos wargals con vosotros dos, escojo lo segundo.

—Estamos solo a un día de la frontera —le señaló Will—. Una vez que la hubieses cruzado, estarías relativamente a salvo.

Pero ella hizo un gesto de rechazo con decisión.

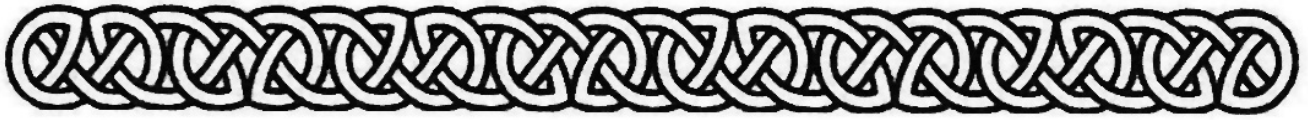
—Me siento más segura con vosotros dos —le dijo—. Además, podría resultaros útil tener a alguien más. Sería uno más para vigilar de noche. Eso significa que dormiríais más.

—Ésa es la primera razón sensata que le he oído decir hasta ahora —dijo Horace.

Como Will, él se había dado cuenta de que estaba decidida. Y ambos muchachos sabían de algún modo que cuando Evanlyn lo hacía, no había forma humana de que le hiciesen cambiar de idea. Ella le sonrió.

—Bueno —dijo—, ¿nos vamos a quedar aquí de charla todo el día? No vamos a ganarle terreno a esos wargals mientras lo hacemos.

Y, con una media vuelta sobre el talón, tomó la delantera camino del lugar en el que se encontraban atados los caballos.



## Catorce

**S**eguir a los wargals era más sencillo de lo que habían esperado. Las criaturas tenían una mente simple, se concentraban sólo en la tarea que estaban llevando a cabo, que era llevar a los mineros celtas a su destino. Al haber expulsado ya a sus habitantes, no temían ningún ataque en aquella zona, de manera que ni enviaban exploradores por delante, ni dejaban rezagados. Su constante cántico, tan inquietante al principio, servía también para ocultar cualquier sonido que hicieran sus perseguidores.

Por la noche, simplemente acampaban allá donde se encontrasen. Apostaban centinelas para vigilar a los mineros, que permanecían atados juntos, mientras el resto del grupo dormía.

Hacia el comienzo del segundo día, Will empezó a tener una idea de la dirección que llevaban los wargals. Había estado cabalgando unos treinta metros por delante, confiando en que *Tirón* sintiese cualquier peligro en el camino. Ralentizó un poco la marcha en espera de que Horace y Evanlyn llegasen a su altura.

—Parece que nos dirigimos a la Fisura —dijo, con algo más que un poco de perplejidad.

En la distancia ya se podían distinguir los altos e inquietantes acantilados que se elevaban desde el otro lado del tremendo corte en la tierra. La propia Céltica era un territorio montañoso, pero los dominios de Morgarath se encontraban cientos de metros por encima.

—Yo no tendría ningún problema en bajar por esos acantilados con cuerdas y escalas —afirmó Horace señalándolos con un gesto.

—Aunque lo hicieses, tendrías que encontrar una superficie plana desde la que cruzar al otro lado —indicó Will—. Y parece que las hay contadas. En la mayoría de las zonas, los acantilados caen verticales hasta el mismo fondo.

Evanlyn miró del uno al otro.

—Y sin embargo, Morgarath ya lo ha hecho una vez. Es posible que planee atacar Araluen de la misma forma.

Horace frenó su caballo, pensando en lo que había dicho la muchacha. Evanlyn y

Will se detuvieron a su lado. Se mordió los labios durante unos segundos mientras volvía mentalmente sobre las lecciones que los instructores de sir Rodney le habían repetido hasta la saciedad. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Es una situación diferente —dijo por fin—. El ataque a Céltica fue más una incursión que una invasión. No habría necesitado más de quinientos hombres para eso, y podían ir a marcha ligera. Para atacar Araluen necesitará un ejército, y no puede hacer que un ejército descienda por esos despeñaderos y cruce con unos pocos puentes de cuerda y escalas.

Will le miraba con interés. Esta faceta de Horace resultaba nueva para él. En apariencia, el aprendizaje de Horace en los siete u ocho meses anteriores había ido más allá de la simple habilidad con la espada.

—Pero, si tuviera el tiempo suficiente... —arrancó, pero Horace lo volvió a negar, esta vez con más decisión.

—Hombres, sí, o wargals en este caso. Con el tiempo suficiente puedes hacer que bajen y crucen. Te llevaría meses, pero puedes conseguirlo; aunque, cuanto más tiempo te llevase, mayores posibilidades habría de que se corriese la voz de lo que estás haciendo.

»Sin embargo, un ejército necesita equipamiento: armamento pesado, carros de suministros, provisiones, tiendas, armas de repuesto y todo lo que precisan los herreros para arreglarlas. Caballos y bueyes para tirar de los carros. Jamás conseguirías bajar todo eso por semejantes despeñaderos. Y aunque lo hicieras, ¿cómo los llevarías al otro lado? No es factible. Sir Karel solía decir que...

Cayó en la cuenta de que los otros dos le observaban con un cierto respeto y se puso colorado.

—Bueno, no pretendía aburrirlos —farfulló, y espoleó a su caballo para que continuase.

Will, sin embargo, estaba impresionado por los conocimientos que su amigo tenía del tema.

—En modo alguno —le dijo—. Tenía mucho sentido lo que decías.

—Lo cual aún nos deja la pregunta: ¿qué está tramando? —preguntó Evanlyn.

Will se encogió de hombros.

—Supongo que lo vamos a descubrir muy, muy pronto —dijo, y espoleó a *Tirón* para que recuperase una vez más la posición avanzada.

Lo descubrieron esa misma tarde.

Igual que la vez anterior, la pista de lo que estaba teniendo lugar llegó por medio del sonido: el tañido y golpeteo de martillos contra la piedra o la madera. Escucharon entonces un sonido más débil conforme se acercaban. Un chasquido irregular pero constante. Will les hizo una seña a los otros para que se detuviesen, desmontó y prosiguió con precaución a lo largo del último tramo del camino hasta el recodo final.

Envuelto en su capa y con cuidadosos movimientos de una zona cubierta a la siguiente, salió de la senda y cruzó campo a través hasta una posición estratégica desde la que se observaba el último trecho del camino. De forma casi inmediata, vio la parte alta de la inmensa estructura de madera que estaban construyendo: cuatro torres de madera unidas por unas sogas gruesas y una plataforma de tablones, que se alzaba sobre los campos de alrededor. Se le cayó el alma a los pies; ya sabía qué era lo que estaba viendo, pero se acercó más para asegurarse.

Era lo que se temía: un inmenso puente de madera que se encontraba en las etapas finales de su construcción. Al otro lado de la Fisura, Morgarath había descubierto uno de los pocos sitios en los que había una cornisa estrecha, casi al mismo nivel que el lado céltico. Habían excavado y ensanchado la cornisa natural hasta que hubo una buena porción de suelo plano. Las cuatro torres se alzaban, dos a cada lado de la Fisura, unidas por las gruesas sogas. Soportada por éstas, una plataforma de madera se hallaba a medio terminar, lo bastante ancha para permitir el paso de una columna de a seis a través de las mareantes profundidades de la Fisura.

Unas figuras que reconocía como prisioneros celtas pululaban por la estructura martilleando y aserrando. Los chasquidos los producían los látigos de los wargals capataces.

Detrás de ellos, el sonido de los martillos sobre la piedra provenía de la boca de un túnel que se abría hacia la cornisa, a unos cincuenta metros al sur del puente. Era poco más que una grieta en la pared del acantilado —apenas más ancha que los hombros de una persona—, pero, mientras observaba, los prisioneros celtas trabajaban con esfuerzo en la entrada, extraían la dura roca, ensanchaban y profundizaban la pequeña abertura.

Will elevó la mirada a los oscuros despeñaderos que se alzaban en el otro lado. No había rastro de cuerdas o escalas que bajasen hasta la cornisa. Dedujo que los wargals y sus prisioneros debían acceder a ella a través de la estrecha grieta en la roca.

El grupo al que habían estado siguiendo cruzaba ahora la Fisura. A la plataforma le faltaban quince metros por construir, los primeros en el sentido en que marchaba el grupo, y en su lugar sólo había una pasarela temporal de tablones. Apenas era lo bastante ancha para que cruzasen los celtas, atados en parejas como iban, pero los mineros de Céltica estaban acostumbrados a caminar por lugares difíciles y a alturas de vértigo, Y cruzaron sin incidentes.

Ya había visto lo suficiente por ahora, pensó. Era el momento de regresar. Serpenteó de vuelta al cobijo de las rocas fracturadas y a continuación corrió muy agachado hasta el lugar donde le esperaban los otros dos.

Cuando los alcanzó, se desplomó y se apoyó contra las rocas. La tensión de los últimos dos días estaba empezando a afectarle, junto con la presión de estar al mando. Se sorprendió un poco al darse cuenta de que se encontraba físicamente exhausto. No tenía ni idea de que la tensión mental pudiese minar de esa manera las fuerzas de una



persona.

—Y bien, ¿qué está pasando? ¿Has visto algo? —preguntó Horace.

Will levantó los ojos hacia él con cansancio.

—Un puente —le dijo—. Están construyendo un puente enorme.

Horace torció el gesto, confundido por todo aquello.

—¿Un puente? —repitió—. ¿Por qué querría Morgarath un puente?

—He dicho un puente enorme. Lo suficientemente grande para llevar un ejército al otro lado. Nosotros hemos estado discutiendo a este lado sobre la imposibilidad de que Morgarath pudiera trasladar un ejército y todo su equipamiento acantilados abajo y después atravesar la Fisura, y todo este tiempo él ha estado construyendo un puente para conseguirlo.

Evanlyn jugueteaba con un hilo suelto de su chaqueta.

—Por eso quería él a los celtas —dijo.

Cuando los dos muchachos se la quedaron mirando, ella se explicó.

—Son expertos en construcciones y en hacer túneles. Sus wargals no tendrían la habilidad necesaria para una empresa como ésta.

—También están haciendo un túnel —dijo Will—. Hay una grieta estrecha en la parte más lejana que están ensanchando, como la boca de una cueva.

—¿Y adónde conduce? —le preguntó Horace.

Will se encogió de hombros.

—No lo sé. Podría ser importante averiguarlo. Al fin y al cabo, la meseta que hay al otro lado aún se encuentra a cientos de metros por encima de ese punto, pero debe de haber algún tipo de acceso entre las dos porque no hay rastro de cuerdas o escalas.

Horace se puso en pie y comenzó a caminar de un lado a otro mientras evaluaba aquella nueva información. Pensativo, tenía el rostro tenso.

—No lo capto —dijo por fin.

—No es tan difícil de «captar», Horace —le dijo Will con cierta aspereza—. Hay un puente gigantesco en construcción de un lado al otro de la Fisura; lo bastante grande para que Morgarath y todos sus wargals y sus carros de suministros y sus herreros y sus bueyes hasta la banda de música pasen todos tan campantes.

Horace esperó a que Will hubiese finalizado su diatriba. Entonces ladeo la cabeza.

—¿Has terminado? —dijo con gentileza.

Will se dio cuenta de que se había excedido un poco e hizo un vago gesto de disculpa para que Horace prosiguiese.

—Lo que yo no capto —dijo Horace vocalizando con sumo cuidado— es por qué no se mencionaba esto en ninguna parte en esos planes que interceptasteis.

Evanlyn levantó la mirada con curiosidad.

—¿Planes? ¿Qué planes?

Pero Will, que cayó en la cuenta de que Horace había dado con una cuestión vital, le hizo un gesto para que esperase.

—Tienes razón —dijo en voz baja—. Los planes no mencionaban un puente

sobre la Fisura.

—Y no es que se trate de una tarea menor. Parece lógico pensar que apareciese ahí en algún sitio —dijo Horace.

Will asintió en señal de acuerdo. Evanlyn, a quien le picaba mucho la curiosidad, repitió su pregunta.

—¿Cuáles son esos planes de los que no dejáis de hablar?

A Horace le dio pena, pues se daba cuenta de lo frustrante que debía de resultar aquella conversación para ella.

—Will y Halt, su maestro de oficios, interceptaron una copia de los planes de guerra de Morgarath hace un par de semanas. Contenía una gran cantidad de detalles sobre cómo su ejército va a salir de las Montañas a través del Paso de los Tres Escalones. Estaba incluso la fecha en la que iba a hacerlo y cómo los mercenarios skandians iban a ayudarlo. Lo único que no había era una mención a este puente.

—¿Por qué no? —preguntó Evanlyn.

Will, sin embargo, estaba empezando a ver lo que Morgarath tenía en mente y su sensación de horror crecía segundo a segundo.

—A menos —dijo— que Morgarath *quisiese* que nosotros interceptásemos esos planes.

—Eso es una locura —replicó Horace al instante—. Después de todo, uno de sus hombres murió a consecuencia de aquello.

Will le miró impertérrito.

—¿Y eso detendría a Morgarath? A él no le importan las vidas de los demás. Vamos a estudiarlo detenidamente. Halt tiene un dicho: «Cuando no puedas ver las razones de algo, busca el posible resultado; pregúntate entonces quién se podría beneficiar de ello».

—Así que —dijo Evanlyn— ¿cuál es el resultado de que vosotros encontraseis aquellos planes?

—El rey Duncan ha trasladado su ejército a las llanuras de Uthal para bloquear el Paso de los Tres Escalones —se apresuró a decir Horace.

Evanlyn asintió y continuó con la segunda parte de la ecuación.

—¿Y quién podría beneficiarse de eso?

Will la miró. Podía ver que había llegado a la misma conclusión que él, y al mismo tiempo. Muy despacio, dijo:

—Morgarath. Si esos planes fueran falsos.

Evanlyn asintió. Horace no lo comprendió tan rápido.

—¿Falsos? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —respondió Will— que Morgarath quería que encontrásemos esos planes. Quería al ejército de Araluen concentrado en las llanuras de Uthal: el ejército al completo. Porque el Paso de los Tres Escalones no es el lugar por donde llegará el ataque. El verdadero ataque partirá de aquí, un ataque sorpresa por la retaguardia. Y nuestro ejército quedará atrapado y será aniquilado.

Los ojos de Horace se abrieron de horror. Podía imaginar el resultado de un ataque masivo por la retaguardia. Los araluenses se verían atrapados entre los skandians y los wargals por el frente y otro ejército de wargals por detrás. Era la receta del desastre, el tipo de desastre que todo general temía.

—Entonces tenemos que contárselo —dijo—. Ahora mismo.

Will asintió.

—Tenemos que contárselo. Pero hay una cosa más que quiero ver: ese túnel que están excavando. No sabemos si está terminado o a medio terminar, o hacia dónde va. Quiero echarle un vistazo esta noche.

Horace, sin embargo, negaba con la cabeza antes incluso de que hubiese acabado.

—Will, tenemos que ir *ahora* —dijo—. No nos podemos quedar por aquí solo para satisfacer tu curiosidad.

Fue Evanlyn quien resolvió la disputa.

—Tienes razón, Horace —dijo—. El rey debe estar al tanto de esto lo antes posible, pero hemos de estar seguros de que no le estamos llevando otra pista falsa. Al túnel del que habla Will le podrían faltar aún semanas para su finalización, o podría no tener salida. Todo esto podría ser otra artimaña para convencer al ejército de que divida sus fuerzas para defender la retaguardia. Tenemos que descubrir todo cuanto sea posible. Si eso significa esperar unas horas más, entonces yo digo que esperemos.

Will observó a la chica con curiosidad. Ciertamente, parecía tener más aire de autoridad y decisión del que uno podría esperar en la doncella de una dama. Decidió que la teoría de Gilan era correcta.

—Horace, oscurecerá dentro de una hora. Cruzaremos esta noche y miraremos más de cerca.

La mirada de Horace iba de uno al otro de sus compañeros. No le hacía feliz. Su instinto le decía que cabalgase ahora tan rápido como pudiese y que difundiese la noticia de aquel puente, pero le habían superado en votos y aún creía en la capacidad de deducción de Will más que en la suya propia. Él estaba adiestrado para la acción, no para esa forma retorcida de pensar. Se dejó convencer a regañadientes.

—Muy bien —dijo—, lo miramos esta noche, pero mañana nos vamos.

Will regresó a su posición estratégica envuelto en su capa y con sumo cuidado en sus movimientos. Estudió el puente con detenimiento, en la idea de que Halt esperaba de él que fuese capaz de dibujar un plano preciso de la estructura.

No llevaba en posición más de diez minutos cuando se oyó el estridente bramido de un cuerno.

Se quedó petrificado, aterrorizado. Por un momento pensó que se trataba de una alarma y que un centinela le había visto moviéndose entre las rocas. Entonces oyó más restallidos de látigos y los gruñidos más fuertes de los wargals y, tras levantar la

cabeza, vio que estaban conduciendo a los celtas fuera del puente, de vuelta hacia el túnel a medio terminar. Los prisioneros, según marchaban, dejaban sus herramientas en montones en el suelo. Los wargals comenzaron a atarlos de nuevo a una correa central.

Al mirar hacia el oeste, Will vio el último arco del sol que desaparecería tras las colinas, y cayó en la cuenta de que el cuerno, simplemente, marcaba el final de la jornada de trabajo y ahora guiaban a los prisioneros a dondequiera que fuese el lugar en el que los retenían.

Sólo se produjo un breve altercado a unos pocos metros de distancia de la boca del túnel, cuando dos de los prisioneros celtas se detuvieron para intentar levantar una figura que yacía allí en el suelo. Los guardias, furiosos, avanzaron sobre los mineros y los golpearon con los látigos para obligarlos a dejar la figura inmóvil donde estaba.

Entonces, uno detrás de otro, pasaron en fila por la estrecha entrada de túnel y desaparecieron.

Las sombras del enorme puente se alargaban sobre la ladera de la colina. Will permaneció quieto durante otros diez minutos a la espera de ver si algún wargal volvía a salir del túnel, pero no se produjo ningún sonido, ni rastro de nadie que reapareciese. Sólo quedaba aquella forma inmóvil tumbada junto a la boca del túnel. Debido a que la intensidad de la luz disminuía con rapidez, Will no podía distinguirla de forma clara. Parecía el cuerpo de un minero, pero no podía estar seguro.

Entonces, la figura se movió y él se percató de que, quienquiera que fuese, estaba vivo.



## Quince

**P**isando con cuidado, Will y Horace atravesaron la estrecha pasarela que cruzaba los primeros quince metros de la Fisura. Will, con su excelente aplomo para las alturas, podría haberla cruzado a paso ligero sin problemas, pero fue despacio en consideración a su amigo, más corpulento y menos ágil.

Cuando por fin alcanzaron la parte terminada de la plataforma, Horace dejó escapar un suspiro de alivio. Se tomaron entonces un momento para examinar la estructura: estaba construida con toda la meticulosidad por la que los celtas eran famosos. Como pueblo, habían desarrollado el arte de excavar túneles y tender puentes a lo largo de los siglos, y ésta era una de sus típicas estructuras robustas.

El olor de los tablones de pino recién cortado inundaba el aire frío de la noche y, superpuesto a éste, se podía apreciar otro olor dulzón y aromático. Se miraron el uno al otro, confusos, durante un segundo. Entonces Horace lo reconoció.

—Brea —dijo.

Miraron a su alrededor y vieron las pesadas sogas que hacían las veces de cables y las cuerdas de sustentación embadurnadas con esa sustancia. Will tocó una con la mano y se le quedó pegajosa.

—Imagino que evita que se deshilachen y que se pudran.

Dijo aquello al ver que las sogas principales estaban fabricadas de tres cuerdas gruesas retorcidas que juntas formaban una trenza y después se habían untado con brea para protegerlas. Además, conforme la brea se endureciese pegaría las tres cuerdas juntas de una forma más permanente.

Horace miró a su alrededor.

—¿No hay guardias? —comentó con desaprobación.

—O son muy confiados o muy descuidados —admitió Will.

Ya era noche cerrada y la luna estaba por salir. Will se dirigió a la pared oriental de la Fisura. Horace aflojó su espada en el interior de la vaina y le siguió.

La silueta junto a la boca del túnel yacía tal cual Will la había visto por última vez. No se habían producido más señales de movimiento. Los dos muchachos se aproximaron al hombre y se arrodillaron después junto a él, pues en ese momento ya

podieron ver que se trataba de un minero celta. Su pecho subió y bajó, sin apenas moverse.

—Aún está vivo —susurró Will.

—Por los pelos —respondió Horace.

Colocó su dedo índice en el cuello del celta para medirle allí el pulso. Con el roce, el hombre abrió despacio los ojos y levantó la vista a los chicos, atónito.

—¿Quiénes... vosotros? —Consiguió decir con la voz ronca.

Will se descolgó la cantimplora del hombro y le humedeció los labios al minero. El hombre movió la lengua con avidez por la zona húmeda, intentó incorporarse sobre un codo y volvió a decir con la misma voz:

—Más.

Con delicadeza, Will le obligó a permanecer inmóvil y le dio un poco más de agua.

—Descansa tranquilo, amigo —le dijo en voz baja—. No vamos a hacerte daño.

Resultaba obvio que alguien se lo había hecho, y mucho. Tenía la cara moteada con la sangre seca que había manado de una docena de cortes de látigo. Su jubón de cuero estaba hecho jirones y el torso desnudo bajo él mostraba signos de más latigazos, tanto recientes como de un tiempo atrás.

—¿Quién eres? —le preguntó Will en voz baja.

—Glendyss —sollozó el minero, que parecía maravillado de su propio nombre.

Luego tosió; una tos agarrada con estertores que le sacudieron el pecho. Horace y Will intercambiaron miradas de tristeza. A Glendyss no le quedaba mucho, los dos lo percibieron.

—¿Cuándo llegaste aquí? —le preguntó Will al hombre mientras dejaba con cuidado que unas gotas de agua corriesen por sus labios resecos y agrietados.

—Meses... —respondió Glendyss con una voz que les resultaba casi inaudible—. Meses y meses llevo aquí... trabajando en el túnel.

Los dos muchachos se miraron de nuevo. Era posible que la mente de aquel hombre estuviese desvariando.

—¿Meses? —insistió Will—. Pero el ataque de los wargals empezó hace sólo un mes, ¿no es así?

Glendyss, sin embargo, lo negaba con la cabeza. Intentó hablar, tosió y cedió para reunir sus exiguas fuerzas. A continuación habló, tan bajo que Horace y Will tuvieron que inclinarse para oírle.

—Nos cogieron hace casi un año... de todas partes. En secreto... un hombre aquí, dos allí... cincuenta en total. Los demás... la mayoría... muertos... ya. Yo pronto —se detuvo, jadeando, para respirar de nuevo.

El esfuerzo de hablar era casi demasiado para él. Horace y Will se miraron, confusos ante esta nueva información.

—¿Cómo fue que nadie supo que estaba sucediendo esto? —le preguntó Horace a su amigo—. Quiero decir que desaparecen cincuenta personas ¿y nadie dice nada?

Pero Will negaba con un gesto.

—Ha dicho que se los llevaron de aldeas por toda Céltica, así que una o dos personas desaparecen y puede que se hable de ello de manera local, pero nadie podía ver el cuadro completo.

—Aun así —dijo Horace—, ¿por qué hacerlo? ¿Y por qué son tan descarados al respecto ahora?

Will se encogió de hombros.

—Puede que obtengamos alguna respuesta sobre eso si echamos un vistazo —dijo.

Dudaron ante la incertidumbre de no saber qué hacer por aquel hombre magullado y apaleado que se encontraba junto a ellos. Mientras esperaban se elevó la luna, se alzó por encima de las colinas e inundó el puente y la orilla con una luz pálida y suave. Rozó el rostro de Glendyss y éste abrió los ojos. Intentó levantar un brazo sin energía para tapar la luz. Will se inclinó hacia delante con amabilidad para protegerle.

—Me muero —dijo el minero con una sensación repentina de claridad y paz.

Will vaciló y a continuación respondió con sencillez:

—Sí.

No habría sido bondadoso mentirle, intentar animarle diciéndole que se pondría bien. Se estaba muriendo y todos ellos lo sabían. Era mejor dejar que se preparase, permitirle afrontar la muerte con dignidad y calma. Su mano se aferró débilmente a la manga de Will y éste la tomó en la suya, la apretó con suavidad y permitió al celta sentir el contacto con otra persona.

—Muchachos —dijo sin fuerzas—, no me dejéis morir aquí fuera... en la luz —de nuevo, Horace y Will intercambiaron miradas—. Quiero la paz del Vacío de Luz —prosiguió en voz baja, y Will lo comprendió.

—Imagino que a los celtas les gusta la oscuridad. Al fin y al cabo, pasan la mayor parte de su vida en túneles y minas. Puede que sea eso lo que quiere.

Horace se inclinó hacia delante.

—¿Glendyss? —dijo—. ¿Quieres que te llevemos dentro del túnel?

El minero había girado la cabeza hacia Horace conforme éste hablaba. Entonces hizo un leve asentimiento, lo suficiente para que ellos lo distinguiesen.

—Por favor —susurró—. Llevadme al Vacío de Luz.

Horace le hizo un gesto afirmativo y a continuación le pasó los brazos por debajo de los hombros y las rodillas para levantarlo. Glendyss era de baja estatura y resultaba obvio que las semanas que había pasado en cautividad habían sido para él una época de hambruna. Para Horace resultaba un peso fácil de levantar.

Al tiempo que el aprendiz de guerrero se ponía en pie con Glendyss acunado entre sus brazos, Will le hacía un gesto para que esperase. Presentía que una vez que Glendyss se hallase en la paz del túnel oscuro, dejaría ir el frágil hilo que lo mantenía unido a la vida, y aún quedaba una pregunta para la que Will necesitaba una

respuesta.

—Glendyss —dijo en voz baja—, ¿cuánto tiempo tenemos?

El minero le miró agotado, desorientado. Will lo intentó de nuevo.

—¿Cuánto falta para que terminen el puente? —preguntó.

Esta vez pudo ver un brillo de comprensión en los ojos del celta. Glendyss pensó durante uno o dos segundos.

—Cinco días —respondió—. Puede que cuatro. Hoy han llegado más obreros... así que quizás sean cuatro.

Cerró los ojos, como si el esfuerzo hubiera sido demasiado. Por un segundo pensaron que había muerto, pero entonces su pecho se hinchó con un temblor fuerte y continuó respirando.

—Vamos a llevarlo dentro del túnel —dijo Will.

Fueron serpenteando a través de la estrecha abertura. Durante los diez primeros metros, las paredes estaban lo bastante cerca como para tocarlas al tiempo. A continuación comenzaban a ensancharse conforme el resultado del trabajo de los celtas se iba haciendo evidente. Se trataba de un lugar confinado y oscuro, iluminado tan sólo por las tenues llamas de las antorchas colocadas sobre soportes cada diez o doce metros. Algunas de ellas ardían con una luz apenas parpadeante e inestable. Horace miró a su alrededor con inquietud. No le gustaban las alturas y, sin ninguna duda, tampoco le gustaban los espacios confinados.

—Aquí está la respuesta —dijo Will—. Morgarath necesitaba a esos primeros cincuenta hombres para hacer este trabajo. Ahora que el túnel está casi terminado, necesita más para tener el puente construido lo antes posible.

Horace asintió.

—Tienes razón —admitió—. Hacer el túnel habrá llevado meses, pero nadie lo ha visto en marcha. Una vez que empezaron a construir el puente, el riesgo de ser descubiertos sería mucho mayor.

Hallaron una pequeña zona arenosa en el tramo más amplio del túnel, casi una gruta, apartada en un lateral. Allí depositaron a Glendyss. Will se dio cuenta de que eso era lo que aquellos dos celtas pretendían hacer por su compatriota cuando sonó el cuerno para que dejaran el trabajo.

Dudó.

—Me pregunto qué pensarán los wargals cuando se lo encuentren aquí mañana.

Horace se encogió de hombros.

—Es posible que piensen que se ha arrastrado él sólo hasta aquí —sugirió.

Will lo pensó, dubitativo, pero entonces miró el rostro lleno de paz del minero moribundo en la luz mortecina y no fue capaz de pensar en llevarle de nuevo al exterior.

—Ponlo un poco más adentro, tan apartado de la vista como puedas —dijo.

Había un pequeño saliente de roca y Horace dejó al minero detrás de él. Ahora sólo era visible si se miraba con atención y Will decidió que aquello estaba bastante



bien. Horace regresó al túnel principal. Will notó que aún miraba inquieto en derredor.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Horace.

Will tomó una decisión.

—Tú puedes esperarme aquí —le dijo—. Yo voy a ver adonde conduce esto.

Horace no discutió. La idea de adentrarse más por aquel túnel oscuro y tortuoso no le atraía en absoluto. Halló un lugar donde sentarse, próximo a una de las antorchas más luminosas.

—Tú solo asegúrate de volver —le dijo a Will—. No quiero tener que ir por ahí a buscarte.



## Dieciséis

**E**l túnel, llano al principio, comenzó a ascender de manera pronunciada conforme Will avanzaba y dejaba a Horace a su espalda. Las paredes y el suelo mostraban las pruebas del paso de los picos y las barrenas de los celtas según habían ido rompiendo y arrancando la piedra para ensanchar la senda.

Will se imaginó que el estrecho túnel original no habría sido nada más que una falla natural en la roca, una simple grieta. Pero, según continuó, contempló lo mucho que se había agrandado, había espacio para que hasta cuatro o cinco hombres pasaran hombro con hombro. Y seguía ascendiendo hacia el corazón de las montañas.

Un círculo de luz le indicó el final del túnel. Calculó que podía haber caminado unos trescientos metros en total y que el final se hallaba a otros cuarenta más de distancia. La luz que podía ver parecía más fuerte que la simple iluminación de la luna y, al emerger con cautela del túnel, vio el porqué.

Allí, las colinas se separaban formando un valle de unos doscientos metros de ancho por medio kilómetro de largo. A un lado, la luz de la luna le dejó ver unas estructuras enormes de madera que se elevaban hasta los tramos más altos de la meseta. Tras unos breves momentos de estudio, se percató de que eran escaleras. El suelo del valle se hallaba iluminado por fogatas y había cientos de siluetas que se movían en la parpadeante luz anaranjada. Will supuso que aquélla sería la zona de reunión del ejército de Morgarath. Por el momento, era el sitio en el que los wargals retenían a los prisioneros celtas durante la noche.

Se detuvo e intentó formarse una imagen global de la situación. La meseta que constituía la mayor parte de los dominios de Morgarath aún se encontraba por lo menos a unos cincuenta metros por encima de aquel lugar, pero las escaleras y la pendiente, no tan tremenda, de las montañas de alrededor proporcionarían un acceso de bajada relativamente sencillo a este valle. El propio valle debía de encontrarse a unos treinta metros por encima del lugar donde se hallaba el puente. El túnel llevaría a las tropas hasta el puente desde aquí. Una vez más, las palabras de Halt resonaron en sus oídos: «Ningún lugar es realmente infranqueable».

Se desplazó hacia la izquierda de la boca del túnel y encontró resguardo en un

revoltijo de rocas y bloques mientras hacía balance de la situación. Había una empalizada irregular en el centro del valle. En el interior del cercado de madera pudo ver un gran número de fuegos pequeños, cada uno con un grupo de siluetas sentadas o por los suelos, a su alrededor. Aquélla debía de ser el área de los prisioneros, supuso.

Fuera de aquella zona, unas fogatas grandes indicaban los lugares donde acampaban los wargals. Podía ver con claridad, contra la luz del fuego, las formas descomunales y desgarbadas que se movían de un lado a otro. Sin embargo, había una fogata cerca de él que tenía una apariencia diferente. Las siluetas tenían un aspecto más erguido, más humanoide en la forma en que se encontraban de pie y se desplazaban. Con curiosidad, se abrió camino para aproximarse, se deslizó a través de la noche sin apenas un ruido, moviéndose con rapidez de un escondite al siguiente, hasta que se encontró justo al borde del último anillo de luz que despedía la fogata: un lugar donde él sabía que la oscuridad, por contraste, le resultaría más intensa a los que estaban sentados alrededor del fuego.

Sobre las llamas se asaba lentamente una pata de algún tipo de carne cuyo aroma le hizo la boca agua. Llevaba días viajando a base de raciones frías y aquella carne llenaba el aire con su deliciosa fragancia. Sintió que el estómago comenzaba a rugirle y el temor le dejó clavado. Sería de una mala suerte increíble verse traicionado por un estómago vacío, pensó. El temor lo arregló, anulando el apetito. Con el aparato digestivo más o menos bajo control, asomó la cara por detrás de un bloque de piedra, a la altura del suelo, para conseguir una visión mejor de las siluetas que comían junto al fuego.

Cuando lo hizo, uno de ellos se inclinó hacia delante para cortar un trozo de carne e hizo algún malabarismo con la carne caliente y grasienta al cogerla con la mano. El movimiento permitió que la luz del fuego incidiera en él de forma clara y Will pudo ver que aquéllos no eran wargals. Por sus bastos chalecos de piel de borrego, polainas de lana atadas con cintas y pesadas botas de piel de foca, los reconoció como skandians.

Una observación más detallada le mostró sus cascos astados, los escudos redondos de madera y las hachas de combate apiladas a un lado del campamento. Se preguntaba qué estarían haciendo allí, tan lejos del océano.

El hombre que se había levantado se terminó la carne y se restregó las manos contra el chaleco de piel de borrego. Escupió y después se acomodó en un lugar más confortable junto al fuego.

—Se va a poner bien la cosa cuando aparezcan por aquí los hombres de Ovlak — dijo con el acento cerrado y casi indescifrable de Skandia.

Will sabía que hablaban la misma lengua del reino de Araluen, aunque al oírles ahora por vez primera apenas fue capaz de reconocerla.

El resto de los carniceros del mar gruñó en señal de asentimiento. Había quizás una docena de ellos alrededor del fuego. Will se asomó un poco para escucharles con

mayor claridad y entonces se quedó inmóvil, aterrado, al ver la inconfundible silueta desgarrada de un wargal que iba directo hacia él desde el otro lado del fuego.

Los skandians le oyeron llegar y levantaron la vista con desgana. Con una inmensa sensación de alivio, Will se dio cuenta de que la criatura no se dirigía hacia él, sino que se aproximaba a la fogata de los skandians.

—Buenas —dijo uno de los skandians con un tono de voz grave—. Aquí viene una de las bellezas de Morgarath.

El wargal se había detenido en la parte más lejana del fuego. Gruñó algo ininteligible a los predadores del mar. El que acababa de hablar se encogió de hombros.

—Lo siento, monada. No te he entendido —dijo.

Había un tono hostil evidente en su voz y el wargal parecía haberlo notado. Repitió su frase, esta vez con un enfado creciente. De nuevo, el círculo de guerreros de Skandia se encogió de hombros.

El wargal volvió a gruñir, más furioso por momentos. Hacía gestos en dirección a la carne que había sobre el fuego y a continuación hacia sí. Después gritó a los skandians haciendo gestos como si comiese.

—Esta bestia parda quiere nuestro venado —dijo uno de los skandians.

Se produjo en el grupo un gruñido bajo de desacuerdo.

—Que se busque el suyo —dijo el primero.

Entonces el wargal se metió en el círculo. Había dejado de gritar. Solamente señaló la carne y a continuación volvió sus ojos rojos y deslumbrantes hacia el que había hablado. En cierto modo, el silencio resultaba más amenazador que sus gritos.

—Cuidado, Erak —advirtió uno de los skandians—. En este momento nos superan en número.

Erak miró al wargal con cara de pocos amigos durante un segundo y después dio la impresión de haber reconocido la sabiduría en el consejo de su amigo. Hizo un gesto de enfado en dirección a la carne.

—Adelante pues. Llévatela —dijo cortante.

El wargal avanzó, quitó del fuego el espetón de madera, le dio un mordisco enorme a la pata de venado y arrancó un trozo grande de carne. Incluso desde el lugar donde estaba tumbado, sin atreverse apenas a respirar, Will pudo ver el desagradable brillo triunfal en los ojos rojos y animalescos. A continuación, el wargal se dio la vuelta de forma repentina y salió del círculo obligando a varios de los skandians a apartarse de prisa para evitar que les pasase por encima. Oyeron su risa gutural conforme se desvanecía en la oscuridad.

—Estos bichos del demonio me ponen los pelos de punta —masculló Erak—. No sé por qué hemos de tener nada que ver con ellos.

—Porque Horth no se fía de Morgarath —le dijo otro—. Si no andamos por aquí, esos malditos hombres-oso se quedarán con todo el botín para sí y lo que nos llevaremos nosotros será la lucha sangrienta en las llanuras de Uthal.

—Y las marchas sangrientas, también —apuntó otro—. Tampoco sería muy divertido andar por ahí con los hombres de Horth, rodeando el bosque del Espino para sorprender al enemigo por la retaguardia. Eso sí que es duro, ya te digo.

Will torció el gesto al oír aquello. Obviamente, Morgarath y Horth, quien, supuso él, era un líder guerrero de los skandians, estaban planeando otra sorpresa traicionera para las fuerzas del reino. Intentó imaginarse un mapa de los campos que rodeaban las llanuras de Uthal, pero su recuerdo era muy vago. Deseó haber prestado más atención a las lecciones de geografía que Halt le había impartido.

«¿Por qué es tan importante la geografía?», recordaba haber preguntado a su maestro. «Porque los mapas son importantes si quieres saber dónde está tu enemigo y hacia dónde se dirige», había sido la respuesta.

Entristecido, Will se daba cuenta ahora de la razón que tenía. En aquel momento Halt le había hecho un gesto negativo con la cabeza, con esa fingida seriedad suya. De pronto, al pensar en su sabio y capacitado maestro, Will se sintió muy solo y algo más que un poco perdido.

—De todas formas —estaba diciendo Erak—, las cosas serán diferentes cuando los hombres de Ovlak vengan por aquí. Aunque parece que se lo están tomando con calma, malditos sean.

—Relájate —le dijo su interlocutor—. Se tarda unos pocos días en subir quinientos hombres por los acantilados del sur. Piensa en cuánto tardamos nosotros.

—Sí —dijo otro—, pero nosotros estábamos abriendo una nueva ruta. Todo lo que tienen que hacer ellos es seguirla.

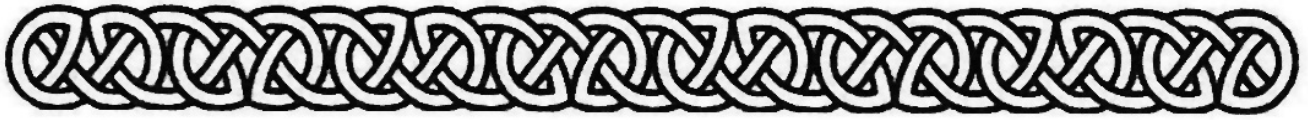
—Mira, en lo que a mí respecta, ya están tardando mucho —dijo Erak mientras se ponía en pie y se estiraba—. Bueno, me voy a dormir, muchachos, en cuanto que haga mis necesidades.

—Vale, pero no las hagas aquí, junto al fuego —dijo irritado otro skandian—. Súbete detrás de aquellas rocas de ahí.

Aterrorizado, Will se percató de que el skandian había hecho un gesto en dirección a las rocas en las que él se escondía, y ahora Erak, que se reía del otro hombre, se daba la vuelta e iba en su dirección. Sin duda, era el momento de irse. Se escabulló hacia atrás unos pocos metros; después, reptando con rapidez, hizo uso de todo su adiestramiento y su habilidad natural para fundirse con el cobijo disponible.

Se había alejado quizás unos veinte metros cuando oyó el sonido de una salpicadura en el lugar donde él había estado escuchando a escondidas. Oyó a continuación un suspiro de alivio y, al darse la vuelta, vio la silueta peluda de Erak recortada contra el brillo de las cerca de cien fogatas que ardían en el valle.

Al notar que el skandian estaba prestando toda su atención a lo que hacía, Will se escapó en la oscuridad y regresó al túnel. Anduvo con cuidado en los primeros metros, dando tiempo a que los ojos se le acostumbraran a la tenue luz de las antorchas. Después empezó a correr sin hacer apenas un solo ruido con sus botas de piel blanda sobre el suelo arenoso.



## Diecisiete

**E**ncontró a Horace esperándole en el túnel, con la mano en guardia sobre la empuñadura de su espada, en el lugar en que le había dejado.  
—¿Has averiguado algo? —susurró el aprendiz de guerrero con la voz ronca.

Will dejó escapar la respiración contenida, cayendo en la cuenta de que la había estado aguantando hasta ese momento.

—De todo —dijo—. Y nada bueno.

Levantó la mano para anticiparse a las siguientes preguntas de Horace.

—Volvamos a cruzar el puente —le dijo—. Te lo contaré entonces.

Miró en el interior del túnel lateral donde habían dejado al minero celta.

—¿Has vuelto a oír a Glendyss? —le preguntó, y Horace se encogió de hombros con tristeza.

—Empezó a quejarse hace una hora, más o menos. Después ya no hizo ruido. Creo que está muerto. Por lo menos, se ha ido de la forma que quería —dijo, y siguió a Will de vuelta hasta el puente a través de la débil luz del túnel.

Cruzaron de nuevo la plataforma y se dirigieron hacia donde Evanlyn esperaba con los caballos, bien retirada del puente y fuera de la vista. Cuando ya se encontraban cerca, Will la llamó en voz baja para evitarle un sobresalto. Horace le había dejado su daga y Will pensó que una Evanlyn armada no era la persona ideal a la que acercarse sin avisar.

Mientras les describía el escenario del otro lado del túnel, garabateó rápidamente un mapa en la arena.

—De alguna forma, vamos a tener que dar con un modo de retrasar a las fuerzas de Morgarath —les dijo.

Los otros dos le miraron con curiosidad. ¿Retrasarles? ¿Cómo podrían dos aprendices y una muchacha retrasar a quinientos skandians y a varios miles de wargals implacables?

—Creí que habías dicho que deberíamos avisar al rey —dijo Evanlyn.

—Ya no tenemos tiempo —dijo simplemente Will—. Mira.

Se inclinaron mientras él alisaba la arena sobre el diagrama que había dibujado y garabateaba otro nuevo. No estaba seguro de que fuese del todo exacto, pero al menos incluía las partes más importantes del reino y también la Meseta Sur, donde Morgarath gobernaba.

—Han dicho que tenían más skandians subiendo por los acantilados de la costa sur, que se unirían con los wargals que ya hemos visto. Cruzarán la Fisura por aquí, donde estamos nosotros, y se dirigirán al norte para atacar a los barones por la retaguardia, mientras éstos esperan a que Morgarath intente irrumpir por el Paso de los Tres Escalones.

—Sí —dijo Horace—. Eso ya lo sabemos. Lo dedujimos en cuanto vimos el puente.

Will levantó la vista hacia Horace y él guardó silencio. Se dio cuenta de que el aprendiz de montaraz tenía algo más que decir.

—Pero —dijo Will con énfasis en la palabra y una breve pausa— también les he oído decir algo sobre que Horth y sus hombres marchan rodeando el bosque del Espino. Eso está aquí, al norte de las llanuras de Uthal.

Evanlyn comprendió el razonamiento de inmediato.

—Lo cual situaría a los skandians al noroeste del ejército del rey. Estarían atrapados entre los wargals y skandians que cruzasen el puente y el otro ejército que viene del norte.

—Exacto —dijo Will buscando su mirada.

Ambos eran capaces de valorar lo peligrosa que sería tal situación para los barones congregados. A la espera de un ataque de los skandians a través de la tierra de los pantanos, hacia el este, les sorprenderían no desde una, sino desde dos direcciones distintas, atrapados entre las pinzas de una tenaza y machacados.

—¡Entonces será mejor que avisemos al rey, seguro! —insistió Horace.

—Horace —dijo Will con paciencia—, nos llevaría cuatro días alcanzar las llanuras.

—Mayor motivo para ponernos en marcha. ¡No tenemos un momento que perder! —dijo el joven guerrero.

—Y después —intervino Evanlyn, que veía los motivos de Will—, a cualquier tipo de ejército le llevaría, por lo menos, otros cuatro días llegar aquí de vuelta y contener el puente. Es posible que más.

—Eso hace un total de ocho días —dijo Will—. ¿Recuerdas lo que dijo el pobre minero? El puente estará listo en cuatro. Los wargals y los skandians tendrán todo el tiempo del mundo para cruzar la Fisura, organizarse en formación de combate y atacar al ejército del rey.

—Pero... —arrancó Horace, aunque Will le interrumpió.

—Horace, aunque avisáramos al rey y los barones, se encontrarían en una inferioridad numérica terrible y atrapados entre dos frentes, sin una vía de retirada. Tendrían las ciénagas a su espalda. Claro que sé que tenemos que llevarles el aviso,

pero también hay algo que podemos hacer aquí para equilibrar las fuerzas.

—Además —intervino Evanlyn, y Horace se giró hacia ella—, si podemos hacer algo para evitar que los wargals y los skandians crucen aquí, el rey tendrá ventaja sobre ese ejército de skandians que viene del norte.

Horace asintió.

—No estarán en inferioridad numérica, supongo —dijo.

Evanlyn le hizo un gesto afirmativo, pero añadió:

—Eso por un lado, porque además los skandians estarán esperando unos refuerzos que ataquen al rey por la retaguardia, unos refuerzos que no llegarían nunca.

El entendimiento comenzó a brillar en los ojos de Horace, que asintió despacio varias veces. A continuación, las arrugas regresaron a su frente.

—¿Y qué podemos hacer para detener aquí a los wargals? —preguntó.

Evanlyn y Will intercambiaron una mirada y vieron que habían llegado a la misma conclusión. Los dos dijeron al tiempo:

—Quemar el puente.





## Dieciocho

**B**laze llevaba la cabeza baja y se acercaba al trote lento a las inmediaciones del campamento del rey en las llanuras de Uthal. Gilan cambió de postura, cansado, sobre la silla de montar. Apenas habían dormido en los últimos tres días, tan sólo durante los breves descansos que hacían cada cuatro horas.

Dos guardias dieron un paso al frente, le interrogaron sobre su destino y el joven montaraz hurgó bajo su camisa en busca del amuleto de plata en forma de hoja de roble: la insignia de servicio de los montaraces. Al verla, los guardias retrocedieron aprisa para dejarle el paso libre. En épocas como aquélla, nadie demoraba a un montaraz; no si sabía lo que le convenía.

Gilan se frotó los ojos.

—¿Dónde está la tienda del Concilio de Guerra?

Uno de los guardias le señaló con su lanza una tienda más grande de lo normal, situada sobre un montículo, dominando el resto del campamento. Allí había más guardias y una gran cantidad de gente entrando y saliendo, tal y como se espera del centro neurálgico de un ejército.

—Allí, señor. En aquella pequeña cuesta.

Gilan asintió. Había recorrido mucha distancia y muy rápido, finalizando un viaje de cuatro días en poco más de tres. Ahora, esos escasos cientos de metros le parecían kilómetros. Se inclinó hacia delante y susurró en la oreja de *Blaze*.

—Queda poco, amiga mía. Un esfuerzo más, por favor.

La yegua, exhausta, levantó las orejas y alzó la cabeza unos centímetros. A un toque suave de Gilan, consiguió acelerar hasta un leve trote y atravesaron el campamento.

Polvo que se levantaba aquí y allá con la brisa, el olor del humo de la leña, ruido y confusión: el campamento era como el de cualquier otro ejército en cualquier parte del mundo. Órdenes a voces. El tañido y el martilleo de las armas en proceso de reparación o de afilamiento. Risas que provenían de las tiendas, donde los hombres se tumbaban relajados sin tareas pendientes hasta que sus sargentos daban con ellos y descubrían nuevas ocupaciones; sargentos que parecían sentir una aversión profunda

por el hecho de ver a sus hombres pasando un rato tranquilo.

*Blaze* se detuvo una vez más y Gilan se dio cuenta, con un sobresalto, de que se había quedado dormido encima de la silla. Ante él, dos guardias más se interponían en el camino al área del Concilio de Guerra. Miró a los dos con ojos de sueño.

—Montaraz del rey —dijo con la voz ronca y la garganta—. Mensaje para el Concilio.

Los guardias dudaron. Aquel hombre cubierto de polvo y medio dormido sobre un caballo zaino empapado en sudor y agotado bien podría ser un montaraz. Ciertamente, vestía como un montaraz, hasta donde ellos sabían. Sin embargo, los guardias conocían a la mayoría de los montaraces veteranos de vista y a este joven no lo habían visto nunca. Y no les mostró identificación alguna.

Es más, se percataron de que llevaba una espada, lo cual no era, sin duda, el arma de un montaraz, de forma que se negaban a dejarle pasar al recinto del Concilio de Guerra, celosamente guardado. Irritado, Gilan advirtió que se le había olvidado dejar la insignia de plata con la hoja de roble colgando por fuera de la camisa. El esfuerzo de encontrarla de nuevo se convirtió en algo inmenso. Rebuscó a ciegas por su escote. Entonces, una voz familiar y que le resultaba muy agradable se abrió paso a través de su consciencia.

—¡Gilan! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Aquella era la voz que había representado para él la seguridad y el bienestar a lo largo de sus cuatro años como aprendiz. La voz del valor, la aptitud y la sabiduría. La voz que sabía con exactitud las acciones que se debían llevar a cabo en todo momento.

—Halt —murmuró, y se dio cuenta de que estaba tambaleándose y cayéndose de la silla.

Halt le cogió antes de que llegara al suelo. Se quedó mirando a los dos centinelas, que permanecían quietos sin saber si ayudar o no.

—¡Echadme una mano! —les ordenó, ellos avanzaron de un salto y dejaron caer sus lanzas al suelo para sostener al joven montaraz semiinconsciente—. Vamos a llevarte a algún sitio para que descanses —dijo Halt—. Estás hecho polvo.

Pero Gilan reunió sus últimas reservas de energía, apartó a los soldados y se sostuvo por su propio pie.

—Noticias importantes —le dijo a Halt—. Debo ver al Concilio. En Céltica no está pasando nada bueno.

Halt tuvo un presentimiento que le heló el corazón. Recorrió los alrededores con la mirada, hacia el sendero por el que había llegado Gilan. Malas noticias de Céltica. Y Gilan, al parecer, solo.

—¿Dónde está Will? —le preguntó enseguida—. ¿Está bien?

El corazón le dio un vuelco cuando Gilan asintió con una sombra de su habitual sonrisa que se mostraba a través del cansancio extremo.

—Está bien —le contó Gilan al montaraz entrecano—. Yo he venido por delante.

Conforme hablaban se habían ido desplazando hacia el pabellón central. Allí había más guardias de servicio, pero se quitaban del paso al ver al veterano montaraz. La suya era una cara familiar por el Concilio de Guerra. Alargó una mano para sostener a su antiguo aprendiz y entraron en la fresca penumbra del pabellón del Concilio.

Un grupo de una media docena de hombres se encontraba reunido alrededor de un mapa de arena: una mesa grande con los principales accidentes geográficos de las llanuras de Uthal y las Montañas de la Lluvia y la Noche modelados en arena. Se giraron al oír el ruido de los recién llegados y uno de ellos avanzó a toda prisa con la preocupación escrita en el rostro.

—¡Gilan! —gritó.

Era un hombre alto y su cabello gris decía de él que se encontraba en los cincuenta y muchos años, pero aún se movía con la rapidez y la gracia de un atleta o un guerrero. Gilan mostró de nuevo esa sonrisa cansada.

—Buenos días, padre —le dijo, pues aquel hombre alto y canoso no era otro que sir David, maestro de combate del feudo de Caraway y comandante de los ejércitos del rey.

El maestro miró enseguida a Halt y recibió un gesto de asentimiento rápido y tranquilizador. Gilan estaba bien, se convenció, sólo agotado. Acto seguido, el sentido del deber se puso a la altura de su reacción de padre.

—Saluda a tu rey como es debido —le dijo en voz baja, y Gilan elevó la mirada en dirección al grupo de hombres, que tenía toda su atención puesta en él.

Reconoció a Crowley, el comandante del Cuerpo de Montaraces, al barón Arald y a otros dos barones con mando en el reino: Thorn de Drayden y Fergus de Caraway. Pero el personaje que estaba en el centro le llamó la atención. Un hombre alto y rubio, camino de los cuarenta años, con una barba corta y unos penetrantes ojos verdes. Era ancho de hombros y musculoso, porque Duncan no era un rey que permitiese que otros librasen sus guerras por él. Había recibido adiestramiento con la espada y la lanza desde que era un crío y se le consideraba uno de los caballeros más aptos de su propio reino.

Gilan intentó postrarse sobre una rodilla. Las articulaciones crujieron a modo de protesta e intentaron bloquearse contra su voluntad. La fuerza de la mano de Halt bajo su brazo fue lo único que le impidió caerse, una vez más.

—Milord... —empezó a disculparse, pero Duncan ya se había dirigido hacia él y tomó su mano para sujetarle.

Gilan escuchó la presentación de Halt.

—Montaraz Gilan, milord, adscrito al feudo de Meric. Con noticias de Céltica.

De pronto, el rey se sintió impulsado por el interés.

—¿Céltica? —repitió, al tiempo que estudiaba a Gilan con mayor atención—. ¿Qué ocurre allí?

Los demás miembros del Concilio se habían trasladado desde la zona del mapa de

arena y se agrupaban en torno a Gilan. Habló el barón Arald.

—Gilan llevaba vuestros mensajes al rey Swyddned, milord —le dijo—, invocando nuestro tratado de mutua defensa y con la solicitud de que Swyddned enviase tropas que se uniesen a nosotros...

—No vendrán —interrumpió Gilan, que veía que debía contarle al rey sus noticias antes de desmayarse de cansancio—. Morgarath los tiene atrapados en la península del Suroeste.

Se produjo un silencio de asombro en la tienda del Concilio. Finalmente, fue el padre de Gilan quien lo rompió.

—¿Morgarath? —dijo con incredulidad—. ¿Cómo? ¿Cómo podría haber llevado cualquier clase de ejército a Céltica?

Gilan hizo un gesto negativo con la cabeza mientras contenía un bostezo.

—Enviaron pequeños grupos que descendieron por los despeñaderos hasta que contaron con las tropas suficientes para coger a los celtas por sorpresa. Como ya saben, Swyddned sólo mantiene un reducido ejército permanente...

El barón Arald asintió. La ira afloraba en su rostro.

—Advertí a Swyddned, milord —intervino—, pero a esos malditos celtas siempre les ha interesado más horadar su tierra que protegerla.

Duncan realizó un leve gesto de calma con una mano.

—No es momento ahora para las recriminaciones, Arald —dijo en voz baja—. Lo hecho, hecho está, me temo.

—Imagino que Morgarath los ha estado vigilando durante años, a la espera de que su codicia superara su buen sentido —dijo el barón Thorn con amargura.

El resto asintió en silencio. La capacidad de Morgarath para mantener una red de espías era demasiado conocida para ellos.

—Entonces, ¿Morgarath ha vencido a los celtas? ¿Es eso lo que nos estás diciendo? —preguntó Duncan.

Esta vez, como Gilan hizo un gesto negativo, hubo cruces de miradas de alivio por la tienda.

—Los celtas están resistiendo en el suroeste, milord. Aún no los han derrotado. Pero lo verdaderamente extraño de todo aquello es que las patrullas de wargals han estado llevándose a los mineros.

—¿Qué? —Ahora era Crowley el que interrumpía—. ¿Y qué necesidad tiene Morgarath de llevarse a los mineros?

Gilan se encogió de hombros en respuesta.

—No tengo ni idea, señor —le dijo a su comandante—, pero pensé que era mejor que llegase hasta aquí con las noticias lo antes posible.

—Así pues, Gilan, ¿tú viste cómo pasaba esto? —preguntó Halt, que adoptaba un gesto de misterio mientras cavilaba sobre lo que acababa de contarles el joven montaraz.

—No exactamente —admitió Gilan—. Vimos las aldeas mineras vacías y los

puestos fronterizos abandonados. Nos dirigíamos al interior de Célitica cuando nos encontramos con una joven que nos habló de los saqueos.

—¿Una joven? —dijo el rey—. ¿Celta?

—No, milord. Era araluense, la doncella de una dama que se encontraba de visita en la corte de Swyddned. Desafortunadamente, se toparon con una partida de wargals. Evanlyn fue la única que escapó.

—¿Evanlyn? —dijo Duncan con una voz que apenas era un suspiro.

Los demás se volvieron hacia él y se quedaron perplejos. El rostro del rey se había puesto lívido y tenía los ojos muy abiertos por el horror.

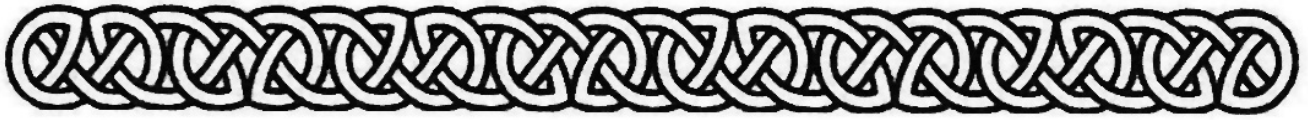
—Ése era su nombre, milord —dijo Gilan, confuso ante la reacción del rey.

Pero Duncan no le estaba escuchando. Se había alejado, caminando a ciegas, hasta una silla de lona situada junto a su pequeña mesa de lectura. Se dejó caer en la silla y hundió la cabeza entre las manos. Los miembros de su Concilio de Guerra fueron junto a él, alarmados por su reacción.

—Milord —dijo sir David de Caraway—. ¿De qué se trata?

Duncan levantó despacio la mirada para encontrarse con los ojos del maestro de combate.

—Evanlyn... —dijo con la voz temblorosa por la emoción—. Evanlyn era la doncella de mi hija.



## Diecinueve

No había tiempo para poner el plan en acción aquella noche, pues el amanecer tendría lugar en menos de una hora. En un momento dado, Will había sugerido a Horace y a Evanlyn que debían dejarle atrás a él para quemar el puente mientras que ellos cabalgaban para llevar las noticias a Araluen, pero Horace se había negado.

—Si nos vamos ahora, no sabremos si lo has conseguido o no, de forma que ¿qué le contamos al rey? ¿Es posible que haya un puente o es posible que no? —dijo, en otro ejemplo del sólido sentido común que se había convertido en una parte de su forma de pensar—. Y, además, destruir un puente de este tamaño podría superar con creces lo que eres capaz de hacer solo, incluso un famoso montaraz como tú.

Sonrió mientras decía las últimas palabras para que Will supiese que no tenía intención de insultarle. Will le dio la razón. Dentro de sí, agradecía que se quedasen con él. Compartía la duda de Horace al respecto de que podría no ser capaz de llevar a cabo la tarea solo.

Durmieron de manera irregular hasta el amanecer, cuando los despertó por fin el sonido de los látigos de los wargals, que conducían a los mineros de vuelta a la tarea de terminar el puente. A lo largo de todo el día observaron alarmados cómo la plataforma terminada se acercaba más y más a la parte del barranco donde se encontraban ellos escondidos. Con una sensación de pesimismo, Will advirtió que la estimación que les había dado el minero moribundo no era fiable. Quizás la razón fuese la cantidad extra de esclavos, pero resultaba obvio que el puente quedaría terminado hacia el final del día siguiente.

—Tenemos que hacerlo esta noche.

Susurró las palabras al oído de Evanlyn. Los dos se encontraban tumbados boca abajo sobre la roca, observando desde arriba la zona de la construcción. Horace se hallaba a unos metros de distancia, dormitando en silencio al frío sol de la mañana. La chica cambió de posición de manera que su boca quedase junto al oído de Will y le devolvió el susurro.

—He estado pensando, ¿cómo vamos a iniciar el fuego? Apenas si hay la

suficiente madera por aquí para una fogata decente.

Will se había estado planteando la misma pregunta toda la noche. Entonces la respuesta le vino a la cabeza. Sonrió en silencio conforme observaba a un grupo de mineros celtas que martilleaba sobre, unas tablas de pino para clavarlas a la estructura y hacer de suelo.

—Hay leña de sobra por aquí —le contestó—. Si sabes dónde buscarla.

Evanlyn le miró, confusa, y luego siguió con la vista la dirección de su mirada. La arruga de su frente desapareció y sonrió despacio.

Según caía la noche, los despiadados wargals arrearon de vuelta por el puente a sus esclavos hambrientos y cansados como si de ganado se tratase y los introdujeron en el túnel. Will vio que, hacia el final de la tarde, el trabajo de agrandar el túnel ya parecía haber concluido. Aguardaron una hora más, hasta que la oscuridad fuese completa. Durante ese tiempo no se había producido señal alguna de movimiento en el túnel. Ahora que sabían dónde buscar, podían ver la claridad ascendente de las hogueras que había en el valle, al otro lado del túnel, reflejada en las nubes bajas y veloces.

—Espero que no llueva —dijo Horace—. Eso sí que echaría por tierra nuestro plan.

Will se quedó paralizado y le miró. Aquella idea tan desagradable no se le había ocurrido a él.

—No va a llover —dijo con firmeza, y confió en tener razón.

Luego siguió guiando a *Tirón* con cuidado hacia la parte inacabada del puente. El pequeño caballo se detuvo allí, irguió las orejas y abrió varias veces los ollares en busca de olores en el aire de la noche.

—Alerta —dijo Will en voz baja al caballo: la palabra en clave que le decía para que le avisase si sentía que el peligro se acercaba.

*Tirón* bajó una vez la testa en señal de comprensión. Acto seguido, Will abrió el camino por la estructura del puente hasta donde llegaba la plataforma terminada, con pisadas ligeras al cruzar las vigas estrechas sobre la vertiginosa caída. Horace y Evanlyn le siguieron con mayor precaución, pero aquella noche, para alivio de Horace, había menos distancia que cubrir antes de alcanzar la firme y reconfortante superficie de la plataforma finalizada del puente. Vio que Will tenía razón: otro día y el puente estaría terminado.

Will se descolgó el arco y el carcaj y los dejó sobre la plataforma. Después extrajo su cuchillo saxe de la vaina y, de rodillas, comenzó a hacer palanca sobre uno de los tablones más cercanos de la plataforma del puente. La madera era de pino blando, estaba serrada de manera irregular, una leña ideal. Horace sacó su daga y comenzó a levantar los tablones de la siguiente hilera. Conforme los aflojaban, Evanlyn los iba poniendo a un lado y los apilaba. Cuando juntó seis tablones de más de un metro de largo, los cogió y corrió con delicadeza hasta la parte más alejada del

puente y los amontonó en la cornisa de la Fisura, cerca de donde las gruesas sogas embadurnadas de brea se encontraban sujetas a unos pilones de madera. Para cuando regresó, Horace y Will ya habían avanzado bastante aflojando otros seis. Éstos se los llevó al otro lado. Will les había explicado su plan con anterioridad aquel día: para asegurarse de que no quedase nada de la estructura en la parte del túnel, tendrían que prender fuego a las dos sogas y los pilones en aquel extremo para que el puente se cayese a las profundidades de la Fisura. Los wargals podrían ser capaces de salvar la Fisura con cuerdas, algo temporal, pero nada con la suficiente consistencia como para permitir que grandes cantidades de tropas la cruzasen en poco tiempo.

Una vez que hubiesen quemado el puente, cabalgarían a toda prisa a alertar al ejército del rey de la amenaza en el sur. Las tropas del reino se encargarían de cualquier grupo reducido de wargals que tuviera la posibilidad de cruzar la Fisura.

Los dos muchachos siguieron levantando los tablones y apartándolos para Evanlyn. Por su parte, ella mantenía su transporte constante arriba y abajo por el puente, hasta que los montones junto a cada pilón alcanzaron altura suficiente. A pesar de la fría noche, los dos chicos sudaban de manera profusa debido al esfuerzo. Finalmente, Evanlyn le puso una mano en el hombro a Will mientras éste levantaba un tablón y pasaba de inmediato al siguiente.

—Creo que es bastante —le dijo sin más, y él se detuvo, se echó hacia atrás sobre los talones y se quitó el sudor de la frente con el reverso de la mano izquierda.

La chica señaló el otro extremo del puente, donde había por lo menos veinte tablones apilados a cada lado del camino. Will soltó la tensión del cuello moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Tienes razón —le dijo—. Eso debe bastar para que prenda el resto.

Con una seña a los otros para que le siguiesen, cogió el arco y el carcaj y los condujo hacia la parte del puente más cercana al túnel. Observó los dos montones de madera con mirada crítica durante un instante.

—Vamos a necesitar algo para que prenda —dijo, buscando a su alrededor algún árbol pequeño o arbusto en las proximidades del que pudiesen obtener ramas finas para iniciar el fuego. Por supuesto, no había ni uno. Horace extendió la mano para pedirle a Will su saxe.

—Déjame eso un momento —le pidió, y Will se lo acercó.

Horace comprobó el equilibrio del arma maciza un instante. Luego tomó un tablón, lo puso de pie y, en una serie de golpes a una velocidad increíble, lo troceó en doce listones finos.

—No es exactamente un entrenamiento con la espada —les sonrió—, pero se parece bastante.

A la vez que Will y Evanlyn comenzaban a colocar las delgadas tiras de madera en dos pequeñas piras, Horace cogió otro tablón, empezó a pasar la hoja con más cuidado y sacó unas volutas finas de pino para que prendiesen con las primeras chispas del pedernal y el acero que emplearían para encender el fuego. Will levantó la



vista una vez para ver qué estaba haciendo Evanlyn. Satisfecho al apreciar que ella sabía lo que se traía entre manos, se centró de nuevo en su propia tarea, tomó las virutas de pino que Horace le pasaba a puñados y las fue amontonando alrededor de la base de los listones finos.

Mientras Will iba hacia el lado en el que se encontraba Evanlyn para hacer lo mismo con su hoguera, Horace partió por la mitad algunos tablones, y de nuevo lo hizo con los listones. Will le miró nervioso.

—No hagas ruido —advirtió al aprendiz de guerrero—. Esos wargals no son precisamente sordos, lo sabes, y el sonido les puede llegar a través del túnel.

Horace se encogió de hombros.

—De todas formas, ya he acabado —dijo.

Will hizo una pausa y examinó ambas piras. Satisfecho con que tuviesen la combinación correcta de yesca y leña para encenderlas, empujó a los otros dos para que cruzasen de vuelta al otro lado.

—Marchaos vosotros dos —les dijo—. Yo encenderé los fuegos y os seguiré.

Horace no necesitaba que se lo dijeran dos veces. No deseaba tener que atravesar corriendo la pasarela de tablas con las llamaradas ascendiendo por las sogas a su espalda. Quería disponer de tiempo de sobra para pasar el tramo. Evanlyn dudó un instante y después vio el sentido de lo que les había dicho Will.

Cruzaron con cuidado, intentando no mirar hacia las angustiosas profundidades bajo el puente, mientras afrontaban los últimos diez metros. El hueco, por supuesto, era más grande ahora, pues habían ido retirando algunos de los tablones que formaban la superficie del suelo. A salvo ya, en el otro lado, se giraron e hicieron un saludo a Will. Le vieron como una figura difusa, agachada en las sombras junto al soporte del puente a mano derecha. Se produjo un destello brillante cuando golpeó el pedernal contra el acero. Después, otro y, esta vez, un pequeño foco amarillo de luz se formó en la base de la madera apilada, cuando las virutas de madera prendieron y la llama creció.

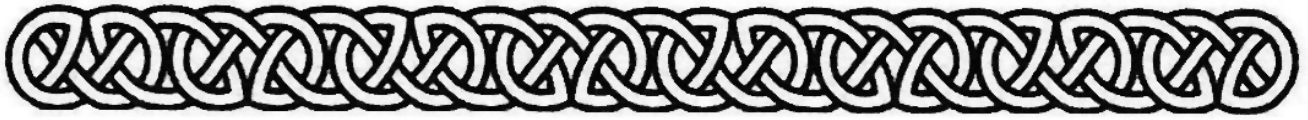
Will sopló sobre ella con delicadeza y vio cómo las pequeñas y ansiosas lenguas de fuego amarillas se extendían, llameaban sobre las tablas de pino alimentándose de la resina inflamable que rebosaba de las vetas de la madera y se hacían más grandes y más voraces por momentos. Observó cómo el primer listón fino comenzaba a arder y a continuación las llamas crecieron muchísimo, se extendieron ávidas por la balaustrada de cuerdas del puente en busca de la pesada soga. La brea comenzó a crepitar. Algunos pegotes se fundían, caían en las llamas y deflagaban con fogonazos de un brillante color azul.

Satisfecho con que el primer fuego ya estuviese en marcha, Will corrió al lado contrario y se puso a darle una vez más al pedernal y al acero. De nuevo, los observadores vieron los destellos brillantes y, después, el pequeño foco amarillo que crecía con rapidez.

Will, ahora silueteado de forma clara por la luz de los dos fuegos, se puso en pie y

retrocedió, vigilante, para asegurarse de que ambos estaban encendidos como era necesario. El pilón de la derecha ya empezaba a echar humo al calor del fuego. Complacido por fin, Will recogió el arco y el carcaj y corrió de vuelta al otro lado del puente, sin frenar casi al alcanzar la parte estrecha de la pasarela.

Al llegar, se volvió para echar un vistazo a su trabajo. La soga de la derecha flameaba ahora con fuerza. Una ráfaga repentina de viento alzó bien alta una nube de pavesas en el aire. El fuego de la izquierda no daba la impresión de arder igual de bien. Quizás era sólo apariencia o tal vez un remolino de viento había evitado que las llamas alcanzasen la cuerda embadurnada de brea en aquel lugar. Quizás la madera que habían utilizado estaba húmeda. En cualquier caso, conforme observaban, el fuego bajo la soga de la izquierda se extinguió lentamente en un brillo rojo de brasas.



## Veinte

**G**ilan bajó la mirada de los ojos torturados de su rey. Todos en la tienda podían ver el dolor en Duncan al darse cuenta de que su hija había sido asesinada por los wargals de Morgarath. Gilan paseó la mirada por el resto de los hombres en busca de algún apoyo, y observó que ninguno de ellos era capaz de mirar a su monarca a los ojos.

Duncan se levantó de la silla y caminó hacia la puerta de la tienda, mirando hacia el suroeste, como si de algún modo pudiera ver a su hija en la distancia.

—Cassandra se marchó a visitar Céltica hace ocho semanas —dijo el rey—. Es buena amiga de la princesa Madelyd. Cuando empezó todo este asunto de Morgarath, pensé que estaría más segura allí. No vi razón alguna para traerla de vuelta —se alejó de la puerta y buscó los ojos de Gilan—. Cuéntamelo. Cuéntame todo lo que sabes.

—Milord... —Gilan se detuvo, haciendo memoria.

Sabía que tenía que contarle al rey todo lo posible, pero también deseaba evitar causarle un dolor innecesario.

—La muchacha nos vio y vino hasta nosotros. Nos reconoció a Will y a mí como montaraces. Al parecer, había conseguido escapar cuando los wargals atacaron a su grupo. Dijo que el resto estaba...

Vaciló. No podía seguir.

—Continúa —dijo Duncan.

Su voz era firme. Había tomado el control de nuevo.

—Dijo que los wargals los habían matado, milord. A todos —Gilan finalizó a toda prisa, pues en cierto modo sentía que así podría ser más fácil—. No nos contó detalles. No estaba para eso, se encontraba exhausta, mental y físicamente.

Duncan asintió.

—Pobre chica, debió de ser un espectáculo terrible. Es una buena sirvienta, de hecho es más bien una amiga para Cassandra —añadió en voz baja.

Gilan sintió la necesidad de seguir hablando al rey para ofrecerle cualquier detalle que pudiese sobre la pérdida de su hija.

—Al principio casi la tomamos por un muchacho —dijo al recordar el instante en

el que Evanlyn entró caminando en el campamento.

Duncan levantó la vista y se mostró confundido.

—¿Un muchacho? —dijo—. ¿Con ese montón de pelo rojizo?

Gilan se encogió de hombros.

—Se lo había cortado mucho, probablemente para ocultar su aspecto. Las estribaciones de las colinas de Célitica se encuentran repletas de ladrones y malhechores en estos momentos, así como de wargals.

Algo no encajaba, tenía esa sensación. Estaba muerto de cansancio, suspiraba por llegar a la cama y el cerebro no le funcionaba como debía, pero el rey había dicho algo que no le cuadraba. Algo que...

Hizo un gesto negativo con la cabeza en un intento por aclararlo y se tambaleó sobre sus pies. Enseguida encontró el brazo de Halt, dispuesto a sostenerle. Al ver su estado, Duncan se disculpó al instante.

—Montaraz Gilan —dijo con un paso al frente y tomando su mano—. Discúlpame, estás agotado y te he retenido aquí por mi propio dolor personal. Por favor, Halt, haz que Gilan obtenga alimento y acomodo.

—*Blaze*... —arrancó Gilan, acordándose de su yegua exhausta y cubierta de polvo en el exterior de la tienda.

Halt le respondió con amabilidad.

—Está bien, yo cuidaré de *Blaze* —miró al rey una vez más, con un gesto de asentimiento hacia Gilan—. Con el permiso de vuestra majestad.

Duncan les hizo un gesto a los dos para que se marchasen.

—Sí, por favor, Halt. Cuida de tu camarada, nos ha servido bien.

Conforme los dos montaraces salían de la tienda, Duncan se volvió hacia sus consejeros restantes.

—Ahora, caballeros, veamos si podemos encontrarle algún sentido a esta última jugada de Morgarath.

El barón Thorn echó un vistazo rápido a los demás en busca de su asentimiento para hacer de portavoz.

—Milord —dijo con torpeza—. Quizás deberíamos dejaros un tiempo para aceptar estas últimas noticias... —el resto de consejeros murmuró su asentimiento respecto de la idea, pero Duncan se negó con firmeza.

—Soy el rey —dijo únicamente—. Y para el rey, los temas privados son lo último. El reino es lo primero.

—¡Se ha apagado! —dijo Horace con un disgusto desesperado.

Miraron los tres con la agónica esperanza de que se estuviese equivocando, de que sus ojos, de algún modo, les estuvieran engañando. Pero tenía razón. El fuego bajo el pilón de la izquierda se había extinguido, reducido al brillo de un pequeño montón de brasas.

En contraste, el otro lado estaba ardiendo a base de bien, el fuego ascendía con virulencia por las cuerdas embreadas hasta la gigantesca sogas que sostenía la parte derecha del puente. Es más, mientras observaban, el fuego alcanzó una de las tres cuerdas que formaban la sogas y el lateral derecho del puente crujió de un modo alarmante.

—Puede que con un lado baste, ¿no? —sugirió Evanlyn, esperanzada, pero Will negó con la cabeza, frustrado y deseando que el segundo fuego ardiese otra vez.

—Hemos dañado el pilón de la derecha, pero es aún utilizable —señaló—. Si el de la izquierda sobrevive, todavía podrán cruzar por ese lado, y si son capaces de hacer tal cosa, podrán reparar todo esto antes de que hayamos avisado al rey Duncan.

Resuelto, se colgó al hombro el arco y el carcaj y empezó a cruzar el puente de nuevo.

—¿Adónde vas? —le preguntó Horace, echándole un ojo desconfiado a la estructura.

El puente se había inclinado de manera definitiva hacia un lado ahora que parte de la sogas de la derecha había ardido. A la vez que Horace le hacía la pregunta a Will, la estructura tembló de nuevo y se asentó un poco más abajo, hacia el abismo.

Will se detuvo en equilibrio sobre la pasarela de tablas estrechas que se extendía sobre el vacío.

—Voy a tener que encenderlo otra vez —dijo—. Debemos asegurarnos de que no queda nada en esa parte que ellos puedan salvar.

Y, diciendo esto, corrió hacia el otro lado. Horace se sintió intranquilo al verle moverse tan rápido por encima de una caída tan brutal, sin nada más bajo sus pies que una simple tabla. Evanlyn y él observaron entonces con febril impaciencia cómo Will se ponía en cuclillas junto a los rescoldos. Comenzó a abanicarlos, se agachó más y sopló sobre ellos hasta que una pequeña llama flameó en el interior del montón de yesca que no había ardido.

—¡Lo ha logrado! —gritó Evanlyn, y a continuación la alegría del rostro se le esfumó al tiempo que la llama se apagaba. De nuevo, Will se agachó y se puso a soplar con delicadeza sobre las brasas. La sogas del lado de la derecha cedió algo más y el puente sufrió una sacudida y se hundió otro poco hacia ese costado.

—¡Vamos! ¡Vamos! —decía Horace una y otra vez para sí, abriendo y cerrando los puños mientras observaba a su amigo.

Entonces *Tirón* relinchó levemente.

Horace y Evanlyn se volvieron para mirar al pequeño caballo. Si hubiera sido cualquiera de sus dos monturas, no habrían reaccionado, pero *Tirón* estaba adiestrado para permanecer en silencio, a menos que...

¡A menos que...! Horace miró hacia donde se encontraba Will, agachado sobre los restos del fuego. Obviamente, él no había oído el aviso de *Tirón*. Evanlyn agarró el brazo de Horace y señaló.

—¡Mira! —le dijo.

Él siguió la dirección de su señal hacia la boca del túnel, donde se asomaba un halo de luz. ¡Se acercaba alguien! *Tirón* pateó el suelo y volvió a relinchar, un poco más alto esta vez, pero Will, cerca del ruido de la soga que ardía en el costado derecho, no lo oyó. Evanlyn tomó una decisión.

—¡Quédate aquí! —le dijo a Horace.

Y se dirigió a cruzar la pasarela de tablas de madera. Avanzó con lentitud y cuidado, con el corazón en la boca mientras la estructura debilitada del puente daba sacudidas y se balanceaba. Bajo ella, la oscuridad y, en el fondo muy lejano, el brillo plateado del río que corría por la base de la Fisura. Se tambaleó, se recobró y continuó. La plataforma estaba ya sólo a ocho metros de distancia. Cinco metros. Tres metros.

El puente se balanceó de nuevo y allí se quedó ella, suspendida por un instante horrible, con los brazos abiertos para mantener el equilibrio al borde de la impresionante caída. Oía los gritos de advertencia de Horace a su espalda. Hizo una aspiración profunda y se lanzó en busca de la seguridad de la plataforma, cayendo en plancha en el irregular suelo de pino del puente.

Se incorporó —su corazón latía con fuerza por lo cerca que había estado de caer — y corrió al otro lado del puente. Cuando ella se acercó, Will sintió el movimiento y levantó la vista. Sin respiración, la chica le señaló la boca del túnel.

—¡Ya vienen! —gritó ella.

En ese momento, el halo de luz que se reflejaba en el interior del túnel se desveló como el brillo de varias antorchas prendidas al aparecer un pequeño grupo de siluetas. Se detuvieron en la boca del túnel, señalando y gritando mientras veían cómo las llamas se elevaban bien alto, por encima del puente. Evanlyn contó hasta seis figuras y, por la torpeza y la falta de garbo de su paso, reconoció que se trataba de wargals.

Las bestias comenzaron a correr hacia el puente. Se hallaban a unos cincuenta metros, pero ganaban terreno con rapidez. Y ella sabía que habría más tras ellos.

—¡Salgamos de aquí! —dijo a Will tirándole de la manga, pero él se sacudió su mano con gesto serio.

Will ya estaba recogiendo el arco y el carcaj. Se colgó este último del hombro y comprobó que la cuerda del arco estaba enganchada con firmeza.

—¡Tú vuélvete! —le dijo a Evanlyn—. Yo me quedo y los contengo.

Casi al tiempo que hablaba, engarzó una flecha en la cuerda y, en apariencia sin apuntar apenas, la envió siseando en dirección al wargal que iba en cabeza. La flecha le alcanzó en el pecho y cayó con un fuerte grito. Después quedó tendido en silencio.

Sus compañeros se detuvieron en seco al ver la flecha. Miraron con cautela a su alrededor intentando ver de dónde procedía. Quizás aquello era una trampa, les decía su intelecto simple. No podían ver aún la pequeña figura al final del puente y, mientras miraban, otras tres flechas salieron siseando de la oscuridad. Las puntas de acero de dos de ellas hicieron que saltaran chispas al chocar contra las rocas, la

tercera alcanzó en el antebrazo a un wargal situado en la retaguardia del grupo y cayó al suelo de rodillas gritando de dolor.

Los wargals vacilaron inseguros. Habían salido a investigar al ver el resplandor y el humo del fuego por encima de la colina que separaba su campamento del área del puente. Unos arqueros ocultos les disparaban ahora. Sin nadie que les ordenase avanzar, tomaron una decisión: se retiraron a toda prisa al resguardo de la boca del túnel.

—¡Se retiran! —le dijo Evanlyn a Will.

Pero él ya había visto el movimiento y se encontraba otra vez de rodillas, en un intento frenético por volver a encender el fuego.

—¡Hemos de volver a montar todo esto! —masculló Will.

Evanlyn se arrodilló junto a él y comenzó a formar una pira cónica con las tiras de madera a medio quemar y los trozos más grandes.

—¡Tú vigila a los wargals! —dijo—. Yo me encargo de esto.

Will dudó. Después de todo, aquél era el fuego que ella había preparado antes. Tuvo un momento de duda cuando se preguntó si la muchacha habría hecho bien el trabajo. Miró entonces a la boca del túnel, de nuevo apreció movimiento allí y se dio cuenta de que ella tenía razón. Cogió el arco y empezó a avanzar hacia el resguardo de unas rocas próximas, pero ella le detuvo.

—¡Tu cuchillo! —le dijo—. Déjame.

Él no preguntó el porqué. Deslizó el saxe fuera de su vaina y lo lanzó al tablón que había junto a ella. A continuación se encaminó hasta las rocas. Según salía del puente, sintió que éste temblaba otra vez al ceder un tanto más la sogas de la derecha. En silencio, maldijo el capricho del viento, que había avivado un fuego y extinguido el otro.

Los cuatro wargals restantes, animados por la ausencia de flechas que les silbasen junto al oído en los últimos minutos, asomaron otra vez por el túnel y avanzaron con cautela. Sin un liderazgo de verdadera inteligencia y con la falsa sensación de su propia superioridad, se mantuvieron agrupados, un blanco fácil. Will disparó tres veces y las tres apuntó con cuidado.

Todas alcanzaron su objetivo. El wargal superviviente miró a sus camaradas caídos y con torpeza se puso a cubierto tras unas rocas. Will, desde la piedra, le lanzó otra flecha justo por encima de la cabeza, para invitarle a quedarse donde estaba.

Comprobó su carcaj. Le quedaban dieciséis flechas, que no eran muchas si los wargals habían enviado a por refuerzos. Miró a Evanlyn. Parecía lenta hasta la exasperación en sus esfuerzos por rearmar la hoguera. Quería gritarle que se apresurase, pero se dio cuenta de que aquello sólo la distraería y ralentizaría. Volvió a mirar al túnel, abriendo y cerrando los dedos sobre el arco.

Asomaron cuatro siluetas más. Corrieron deprisa y se desplegaron para no quedarse agrupados. Will levantó el arco. Apuntó rápido y disparó al que estaba más alejado por la derecha. Dejó escapar un pequeño grito de exasperación conforme la

flecha volaba a la espalda de la silueta a la carrera. Después, quedó oculto por las rocas.

Will, bendiciendo las semanas y meses de práctica en que Halt había puesto tanta insistencia, ya tenía otra flecha fuera del carcaj, engarzada y lista, sin haberla mirado siquiera, pero los otros tres corredores se habían echado también al suelo.

Luego, uno de ellos se levantó y avanzó deprisa. El tiro de Will surcó el aire sobre su cabeza conforme él se agachaba para ponerse a cubierto. Otro se movió entonces a la izquierda y se puso a resguardo antes de que Will pudiese disparar. El corazón le latía con rapidez mientras ellos daban sus rápidas carreras y se obligó a respirar hondo y a pensar con calma. El momento de disparar sería en los últimos treinta metros, donde había menos cobijo y donde las flechas, con una distancia menor que recorrer, volarían más rápido y resultaría más difícil esquivarlas. El corazón de Will le martilleaba dentro de las costillas. Se estaba acordando de la última vez —tan sólo unas semanas atrás—, cuando el temor había hecho que sus flechas pasasen el blanco de largo. Su rostro se endureció y tomó la determinación de que aquello no volvería a pasar.

—Tranquilo —se dijo a sí mismo, en un intento por oír la voz de Halt diciendo esas palabras.

Otra de las siluetas dio una carrera corta y, esta vez, cuando la luz del fuego la iluminó con más claridad, Will contuvo el disparo al tiempo que sus ojos le confirmaban lo que había empezado a sospechar.

Los recién llegados no eran wargals. Eran skandians.





## Veintiuno

**G**ilan durmió como un tronco durante seis horas, totalmente exhausto, en la tienda adonde Halt le había llevado. En todo ese tiempo no se movió ni lo más mínimo. Su cuerpo y su mente se encontraban apagados, recobrando fuerzas en un descanso absoluto.

Después, pasadas esas seis horas, su subconsciente se agitó y comenzó a funcionar. Empezó a soñar. Soñó con Will y Horace, y con la muchacha Evanlyn. Pero el sueño era raro y confuso, y los veía prisioneros de los wargals, atados juntos mientras que los ladrones, Bart y Carney, se encontraban allí en pie y reían.

Gilan se dio media vuelta hacia un lado, musitando en sueños. Halt, que estaba sentado cerca reparando el emplumado de sus flechas, levantó los ojos.

En sus sueños, Gilan veía a la doncella Evanlyn como el rey la había descrito: con su largo pelo, sin cortar, una cascada que caía por su espalda, abundante y lustroso, y rojo.

Y entonces se irguió de golpe y se sentó, totalmente despierto.

—¡Dios mío! —dijo a un atónito Halt—. ¡No es ella!

Halt soltó un juramento al tirar la cola viscosa y espesa que estaba utilizando para adherir las plumas de ganso a la varilla de las flechas. El movimiento repentino de Gilan le había cogido por sorpresa. Comenzó a limpiar el líquido pegajoso y se volvió a su amigo con una cierta irritación.

—¿Te importaría avisar de alguna manera antes de ponerte a gritar de esa forma delante de mí? —le dijo de mal humor.

Pero Gilan ya se encontraba fuera del catre y gritaba en pantalones de montar y camisa.

—¡Tengo que ver al rey! —dijo con urgencia.

Halt se quedó en pie con recelo, no estaba del todo seguro de que Gilan no fuese sonámbulo. El joven montaraz le dio un pequeño empujón al pasar y salió raudo al exterior en mitad de la noche, remetiéndose la camisa en el pantalón por el camino. Halt le siguió a regañadientes.

Se produjo un pequeño retraso cuando llegaron al pabellón del rey; había

cambiado la guardia varias horas antes y los nuevos centinelas no conocían de vista a Gilan. Halt lo solucionó, pero no antes de que Gilan le hubiese convencido de que era vital que viese al rey Duncan, incluso aunque aquello supusiera despertarle de un bien merecido sueño.

Resultó que, a pesar de la tardía hora de la noche, el rey no estaba durmiendo. El comandante supremo de su ejército y él estaban discutiendo las posibles razones de las incursiones en Céltica cuando Gilan, descalzo, despeinado y con la camisa mal abotonada, entró en el pabellón. Sir David levantó la vista alarmado ante la apariencia que presentaba su hijo.

—¡Gilan! ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le inquirió, pero Gilan levantó una mano para detenerle.

—Sólo un momento, padre —dijo, y prosiguió mirando al rey—. Señor, antes, cuando describisteis a la doncella Evanlyn, ¿dijisteis «su pelo rojo»?

Sir David miró a Halt en busca de una explicación. El montaraz mayor se encogió de hombros y sir David se volvió hacia su hijo, con un patente enfado en su rostro.

—¿Y qué importancia tiene eso? —empezó a decir, pero Gilan le interrumpió de nuevo, dirigiéndose aún al rey.

—La muchacha que dijo llamarse Evanlyn era rubia, señor —dijo de forma simple.

Esta vez fue el rey Duncan quien levantó una mano para detener a su enfadado maestro de combate.

—¿Rubia? —preguntó.

—Rubia, señor. Llevaba el pelo muy corto, como os había dicho, pero era rubio, como el vuestro. Y tenía los ojos verdes —le contó Gilan, que observaba a Duncan con atención y percibía la importancia de lo que le estaba contando.

El rey vaciló un instante y se cubrió el rostro con una mano. Entonces habló, con una esperanza creciente en el tono de su voz.

—¿Y su constitución física? Delgada, ¿verdad? ¿De baja estatura?

Gilan asintió con impaciencia.

—Como os conté, señor, por un momento la podíamos haber tomado por un chico. Debe de haber utilizado la identidad de su doncella porque pensaría que era más seguro para ella si permanecía de incógnito.

Entonces comprendió aquellas ligeras dudas que ella mostraba al hablar y por qué tenía unas nociones de política y estrategia más amplias de lo que se espera que tenga la mayoría de sirvientes.

Lentamente, Halt y sir David comenzaron a darse cuenta de la importancia de lo que habían escuchado. El rey desplazó la mirada de Gilan a Halt y a sir David, y volvió de nuevo a Gilan.

—Mi hija está viva —dijo en voz baja.

Se produjo un largo silencio, roto finalmente por sir David.

—Gilan, ¿a qué distancia venían detrás de ti los dos aprendices y la muchacha?

Gilan dudó.

—Es posible que fueran dos días a caballo, padre —calculó, y le siguió hasta la mesa del mapa donde le indicó el punto más lejano al que creía que podían haber llegado hasta entonces. Sir David se hizo cargo al instante y envió mensajeros que despertaran al comandante de la caballería para que preparase una compañía de caballería ligera que partiese de inmediato del campamento.

—Enviaremos una compañía del quinto de lanceros para que los traiga, señor —le dijo al rey—. Si salen en una hora y cabalgan toda la noche, deberían encontrarlos en algún momento alrededor del mediodía de mañana.

—Yo los guiaré —se ofreció Gilan enseguida, y su padre le hizo un gesto de asentimiento.

—Esperaba que dijeras eso.

Tomó el brazo del rey con una sonrisa sincera por el alivio que el hombre de alta estatura mostraba en el rostro.

—No puedo expresaros lo contento que me siento por vos, señor —le dijo.

El rey le miró un tanto desconcertado. Acababa de llorar en su interior la pérdida de su amada hija Cassandra, que ahora, de forma milagrosa, había vuelto a la vida.

—Mi hija está viva —dijo una vez más—. Está a salvo.

Evanlyn se agachó sobre el montón de madera, junto a la barandilla del puente. De vez en cuando oía el zumbido sordo del arco de Will conforme disparaba al enemigo que se aproximaba, pero se obligó a no levantar la vista y a concentrarse en el trabajo que tenía entre manos. Sabía que disponían de una última oportunidad para poner aquel fuego en marcha como era debido. Si lo hacía mal esta vez, sería un desastre para el reino, así que colocó y amontonó la madera con cuidado, y se aseguró de que había el suficiente espacio entre los trozos para que pasase bien el aire. Ya no le quedaban virutas que pudiese usar de yesca, pero sólo a unos metros de distancia tenía un combustible perfecto. La soga de la derecha aún flameaba con virulencia.

Satisfecha con la colocación del montón de madera, cogió el saxe de Will y cortó varias tiras de un metro de largo de la cuerda embreada de la barandilla, que era más delgada, no de la pesada soga en sí. Le habría resultado imposible cortarla a tiempo.

Tomó las tiras de cuerda, se puso en pie y corrió hacia las llamaradas del otro lado del puente. Fue tarea fácil conseguir que ardiesen las tiras, después corrió de vuelta a su montón de madera y colocó la cuerda ardiendo en pliegues alrededor de la base y la pasó por los huecos que había dejado entre los trozos de madera. La llama le quemó los dedos mientras empujaba la cuerda por entre las maderas; se mordió el labio, ignoró el dolor y se aseguró de que el fuego ardía con profusión.

Las llamas alimentadas por la brea crepitaban junto a las maderas, que oscilaron y prendieron. Evanlyn las abanicó durante unos segundos mientras se estabilizaban, hasta que los listones finos empezaron a arder con fuerza, luego también los tablones

más grandes comenzaron a prenderse. La barandilla de cuerda se puso a arder por varios sitios y las llamas se elevaron ya hacia la soga, empezando a acariciarla, alimentándose de la brea y extendiéndose después hasta el punto en el que se unía con la estructura del pilón de madera.

Sólo entonces se tomó un momento para mirar a Will. Sentía los ojos deslumbrados por el fuego y únicamente era capaz de verle como una silueta apagada y borrosa, a cinco metros de distancia, tras unas rocas. Al mismo tiempo que ella le observaba, él se puso en pie y disparó una flecha. Evanlyn escudriñó en la oscuridad que los rodeaba pero no vio ninguna señal de sus atacantes.

El puente dio otra sacudida convulsiva bajo sus pies y la plataforma se inclinó en un grado alarmante cuando la segunda de las tres cuerdas que formaban la soga de la derecha se partió por la acción de fuego y la estructura cayó un poco más hacia ese lado. No dispondrían de mucho tiempo para volver a cruzar hasta donde Horace y *Tirón* esperaban. Debía alertar a Will.

Cuchillo saxe en mano, corrió a toda prisa hasta donde él se encontraba agachado detrás de las rocas, con sus ojos escrutando la oscuridad en busca de movimiento. Él la miró fugazmente cuando llegó.

—El otro lado está ardiendo —le dijo—. Vámonos de aquí.

Serio, le hizo un gesto negativo y a continuación señaló con la barbilla en dirección a un montón de rocas apenas a unos treinta metros del lugar en el que se hallaban ambos agachados.

—No podemos arriesgarnos —le dijo—. Uno de ellos ha llegado detrás de aquellas rocas. Si nos vamos ahora, podría darle tiempo de salvar el puente.

Ella vio un movimiento raudo, veloz, con el rabillo del ojo, hacia su izquierda, y lo señaló con rapidez.

—¡Ahí hay uno! —dijo, y Will asintió.

—Le veo —respondió sin alterarse—. Está intentando distraer mi atención. En cuanto le dispare, el que se encuentra más cerca de nosotros dispondrá de una oportunidad. He de esperar a que se asome para poder dispararle.

Ella le miró, aterrorizada, conforme se daba cuenta de la importancia de lo que le estaba diciendo.

—Pero eso significa que los demás nos pueden rodear —dijo ella.

Esta vez Will no dijo nada. Una tranquila sensación de determinación ocupaba ahora el lugar del pánico incipiente que había sentido. En lo más hondo de su corazón, una parte de él se sentía contenta: contenta por no haber fallado a Halt, contenta por haber respondido a la fe que el veterano montaraz había puesto en él cuando lo escogió como aprendiz.

Miró a Evanlyn durante un momento largo y ella fue consciente de que estaba dispuesto a que le capturasen si aquello mantenía al enemigo alejado del puente sólo unos minutos más.

Que le capturasen o que le matasen, se corrigió ella.

A su espalda se produjo un estruendo quejumbroso y Evanlyn se volvió para ver cómo la primera sogas cedía por fin en una lluvia de llamaradas y chispas. Se llevó con ella la mitad superior del pilón, quemada. Aquél era el resultado que deseaban. Habían discutido la idea de cortar por las buenas las sogas principales, pero eso habría dejado intacta la estructura principal del puente. Había que destruir los pilones. En aquel momento, todo el puente colgaba suspendido de la sogas de la izquierda, y las llamas ya se abrían paso a través de ella. En unos pocos minutos más, supo Evanlyn, el puente habría desaparecido. La Fisura sería infranqueable de nuevo.

Will intentó dedicarle una sonrisa tranquilizadora, pero el intento no tuvo mucho éxito.

—No hay mucho más que puedas hacer aquí —le dijo—. Cruza el puente mientras estés a tiempo de hacerlo.

Ella dudó. Tenía unas ganas desesperadas de marcharse, pero no deseaba dejarle allí solo. Apenas era un muchacho, se percató, pero estaba dispuesto a sacrificarse por ella y por el resto del reino.

—¡Vete! —le dijo volviéndose hacia ella y dándole un empujón.

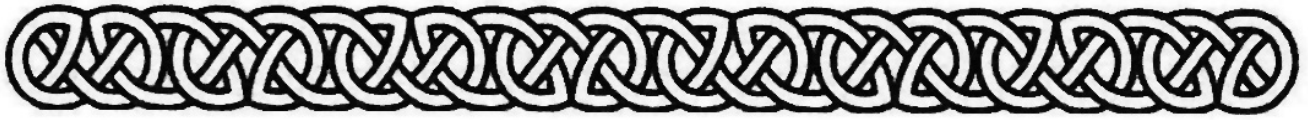
Y entonces ella creyó apreciar el brillo de las lágrimas en sus ojos. Los suyos propios se humedecieron y no pudo verle con claridad. Parpadeó para enjugarse las lágrimas, justo a tiempo para observar cómo una piedra irregular salía de la noche iluminada por el fuego y describía una curva descendente.

—¡Will! —gritó Evanlyn, pero fue demasiado tarde.

La piedra le golpeó en un lado de la cabeza y él gruñó sorprendido, se le pusieron los ojos en blanco y cayó a los pies de la muchacha, con la sangre que ya le manaba, oscura, del cuero cabelludo. Evanlyn oyó un movimiento apresurado de pies proveniente de varias direcciones, tiró el saxe y tanteó el suelo en busca del arco de Will. Lo encontró, y estaba intentando engarzar una flecha cuando unas manos rudas la agarraron, le hicieron soltar el arco de un golpe y le inmovilizaron los brazos en los costados. El skandian la sujetó rodeándola con sus brazos, apretando el rostro de Evanlyn contra la piel de borrego de su chaleco, cuyo olor a grasa, humo y sudor casi la ahoga. Soltó patadas y arremetió con los pies y la cabeza, en un intento por darle un topetazo a aquel hombre, pero fue en vano.

Junto a ella, Will yacía inmóvil en el suelo. Evanlyn comenzó a sollozar por la frustración, la ira y la tristeza, y oyó cómo los skandians reían. En ese momento se produjo otro sonido y las risas cesaron. Los brazos que la sujetaban se aflojaron un poco y pudo ver.

Fue un lamento chirriante y sostenido que procedía del puente. El soporte de la derecha había desaparecido y el de la izquierda, debilitado ya por el fuego, sujetaba toda la estructura. No había sido diseñado para una carga semejante, incluso en perfectas condiciones. Con un restallido nítido final, el pilón se partió por la mitad y, con sogas y todo, el puente se vino abajo poco a poco y cayó a las profundidades de la Fisura dejando tras de sí el rastro de una brillante lluvia de pavesas en la oscuridad.



## Veintidós

**G**ilan observaba con impaciencia mientras la compañía de soldados de caballería montaba de nuevo tras un descanso de quince minutos. Se moría por estar lejos, aunque sabía que tanto hombres como caballos necesitaban descansar si pretendía que continuasen al ritmo devastador que él les había impuesto. Llevaban medio día de camino y estimaba que deberían encontrarse con el grupo de Will en algún momento pasado el mediodía.

Una vez hecha la comprobación de que todos los jinetes habían montado, se volvió al capitán, que estaba junto a él.

—Muy bien, capitán —dijo—. Hagamos que se pongan en marcha.

El capitán ya había tomado aire para vocear su orden cuando el soldado en cabeza gritó:

—¡Jinete a la vista!

Un murmullo de expectación recorrió la compañía. La mayoría no tenía ni idea sobre el propósito de su misión. Los habían sacado de la cama antes del amanecer y les habían ordenado montar y cabalgar. Gilan se levantó sobre los estribos, se protegió los ojos de la claridad del mediodía y miró en la dirección que había señalado el soldado de caballería.

No habían alcanzado aún la frontera con Céltica y el terreno allí consistía en praderas abiertas con macizos ocasionales de arbustos. Gilan podía distinguir una pequeña nube de polvo hacia el suroeste, con una figura que iba al galope delante de ella.

—Quienquiera que sea, tiene prisa —observó el capitán.

El explorador avanzado les gritó más información.

—¡Tres jinetes! —dijo la voz.

Gilan, sin embargo, ya había podido ver que la información no era correcta. Había tres caballos, pero sólo un jinete. Sintió una fuerte desazón en la boca del estómago.

—¿Enviamos una patrulla que lo intercepte, señor? —le preguntó el capitán.

Con los tiempos que corrían, no siempre resultaba inteligente permitir que alguien

llegase hasta un grupo cabalgando a toda prisa. Pero ahora que el jinete se hallaba más cerca, Gilan pudo reconocer uno de los caballos que llevaba: pequeño, lanudo, de ancho pecho. Se trataba del caballo de Will. Pero no lo montaba Will.

El soldado de avanzadilla ya había hecho señas para detener el avance del jinete. Gilan le dijo en voz baja al capitán:

—Dígales que le dejen pasar.

El capitán repitió la orden a un volumen considerablemente mayor y los soldados de caballería se separaron para dejarle camino a Horace. Vio al pequeño grupo alrededor del banderín de la compañía, se dirigió hacia allí e hizo que el poni lanudo de montaraz se detuviera frente a ellos. Los otros dos caballos, que Gilan reconoció entonces como el de Horace y el poni de carga que montaba Evanlyn, iban detrás de *Tirón* atados con una cuerda.

—¡Tienen a Will! —gritó el muchacho con la voz temblorosa al reconocer a Gilan entre el grupo de oficiales—. ¡Tienen a Will y a Evanlyn!

Gilan cerró los ojos un instante al sentir una punzada de dolor en el corazón. Acto seguido, conociendo la respuesta antes de preguntar, dijo:

—Wargals, ¿verdad?

—¡Skandians! —respondió Horace—. Los han apresado en el puente. Ellos...

Gilan dio un respingo de sorpresa ante aquella palabra. Sorpresa y horror.

—¿Puente? —dijo con urgencia—. ¿Qué puente?

Horace respiraba con mucha energía por el esfuerzo. Había ido alternando entre los tres caballos, cambiando de uno al otro, pero sin descansar él en ningún momento. Hizo una pausa para recobrar el aliento y cayó en la cuenta de que debería empezar por el principio.

—A través de la Fisura —dijo—. Ésa es la razón por la que Morgarath se llevó a los celtas. Estaba construyendo un puente enorme para hacer cruzar a su ejército. Ya lo tenían casi terminado cuando nosotros llegamos allí.

El capitán que se encontraba junto a Gilan empalideció.

—¿Quieres decir que hay un puente que cruza la Fisura? —le preguntó.

Las implicaciones de un hecho como ése eran horribles.

—Ya no —respondió Horace con una respiración más estable y más control sobre su propia voz—. Will lo ha quemado. Will y Evanlyn. Pero se quedaron en el otro lado para contener a los skandians y...

—¡Skandians! —dijo Gilan—. ¿Qué demonios están haciendo los skandians en la meseta?

Horace hizo un gesto de impaciencia ante la interrupción de Gilan.

—Eran una partida avanzada de un ejército que está subiendo por los acantilados del sur. Los skandians iban a unir sus fuerzas con los wargals, cruzar el puente y atacar a nuestro ejército por la retaguardia.

El grupo de oficiales de caballería intercambió miradas. Todos ellos soldados profesionales, eran capaces de imaginarse lo desastroso que podría haber sido para el

ejército del rey.

—Menos mal que el puente ha desaparecido, pues —dijo un teniente.

Horace posó su mirada llena de pesadumbre sobre el oficial, un hombre joven, apenas unos años mayor que él.

—¡Pero tienen a Will! —gritó con los ojos cargados de lágrimas mientras pensaba en cómo él había estado allí de pie observando impotente cuando tumbaron a su amigo y después se lo llevaron.

—Y a la chica —añadió Gilan, pero Horace no le dio mucha importancia.

—¡Sí, por supuesto que a ella también! —dijo—. Y siento que la hayan atrapado, ¡pero Will era mi amigo!

—¿Sientes que la hayan atrapado? ¿Sabes quién...? —interrumpió el capitán con indignación, pues él era uno de los pocos que conocían la verdadera naturaleza de su misión, pero Gilan le detuvo antes de que pudiese decir más.

—¡Basta, capitán! —dijo resueltamente.

El capitán le miró con enfado. Gilan se inclinó hacia delante y le habló de manera que sólo él pudiese oírle.

—Cuanta menos gente conozca el nombre de la muchacha, mejor —le dijo.

Si Morgarath se enteraba de que sus hombres mantenían prisionera a la hija del rey, tendría un arma muy poderosa con la que negociar. Gilan volvió a mirar a Horace.

—Horace, ¿hay alguna forma de que puedan ser capaces de reparar ese puente? —le preguntó, y el joven musculoso realizó un vehemente gesto negativo con la cabeza.

Estaba destrozado por la pérdida de su amigo, pero su orgullo por las habilidades de Will era patente conforme las describía.

—No hay forma posible —replicó—. Ha desaparecido del todo. Will se aseguró de que no quedase nada en el otro lado, por eso le cogieron, quería asegurarse —hizo una pausa y añadió—: Siempre podrían tender algún puente pequeño de cuerda, por supuesto.

Aquello hizo que Gilan se decidiese. Se volvió al capitán.

—Capitán, continúe con la compañía y asegúrese de que no se tienda ningún tipo de puente sobre la Fisura. No queremos que las fuerzas de Morgarath, por muy reducidas que sean, crucen a este lado. Que Horace le muestre la situación en un mapa. Mantenga el lado sur de la Fisura hasta que le releven y establezca patrullas que la recorran en ambas direcciones para localizar cualquier otro posible punto de cruce. No habrá muchos —añadió—. Horace, tú te vienes conmigo a informar al rey. Ya —se detuvo en seco al darse cuenta de que el muchacho estaba esperando una oportunidad para decir algo, y le hizo un gesto de asentimiento para que hablase.

—Los skandians —dijo Horace—. No se encuentran sólo en la meseta, también han enviado un ejército al norte del bosque del Espino.

Se produjo otro murmullo entre los oficiales al caer en la cuenta de lo cercano al



desastre que habían estado. Dos ejércitos inesperados que atacasen por la retaguardia habrían puesto a los hombres del rey en verdaderos apuros.

—¿Estás seguro de eso? —le preguntó Gilan, y Horace asintió varias veces.

—Will estaba escondido y les oyó hablar de ello —dijo—. Sus efectivos en la playa y en las ciénagas son un señuelo. El verdadero ataque en todo momento iba a llegar por la espalda.

—En ese caso no tenemos un instante que perder —dijo Gilan—. Ese ejército del noroeste aún puede ser un gran problema si el rey no tiene noticia de él —se volvió entonces hacia el mando de la compañía—. Capitán, ya tiene sus órdenes. Lleve a sus hombres a la Fisura tan rápido como pueda.

El capitán realizó un breve saludo y dio una serie de órdenes resueltas a sus oficiales, que galoparon hacia los jinetes y, tras una rápida conversación en la que Horace les señaló el sitio del puente caído en un mapa de la zona, toda la compañía se puso en movimiento en dirección a la Fisura a un medio galope con brío.

Gilan se volvió a Horace.

—Vámonos —le dijo a secas.

Cansado, el joven guerrero asintió y volvió a montar sobre su propio caballo. *Tirón* dudó y dio unos golpes al suelo con los cascos al ver alejarse a la caballería, que volvía al lugar en el que había visto por última vez a su amo. Dio unos pocos pasos vacilantes detrás de los jinetes del ejército y, a una voz de Gilan, reacio, siguió al espigado montaraz.



## Veintitrés

**A** Will le dolía la cabeza de una manera horrible. Sentía un golpeteo rítmico y constante que le latía en todo el cráneo y hacía que le estallasen fogonazos tras los párpados, cerrados con fuerza.

Se obligó a abrir los ojos y se encontró mirando muy de cerca un chaleco de piel de borrego y unas polainas de lana atadas con cuero. El mundo estaba boca abajo y advirtió que alguien le estaba llevando sobre sus hombros. El golpeteo correspondía a las pisadas del hombre según iba corriendo. Will pensó que ojalá fuese caminando.

Dio un gruñido sonoro y la carrera se detuvo.

—¡Erak! —gritó el hombre que le transportaba—. Se ha despertado.

Y a la vez que lo decía, le dejó en el suelo. Will trató de dar un paso, pero le fallaron las rodillas y acabó sentado de golpe en el suelo. Erak, el líder del grupo, se inclinó y le examinó. Un grueso pulgar se posó en su párpado cerrado y sintió que se lo levantaban y le abrían el ojo. Aquel hombre no estaba siendo rudo, pero tampoco muy amable. Will le reconoció entonces como el tipo que casi le descubre cuando estaba escuchando a hurtadillas junto a su fogata en el valle.

—Mmm —dijo pensativo—. Conmocionado, muy probablemente. Buen tiro el de aquella piedra, Nordel —le dijo a uno de los otros.

El skandian al que se había dirigido sonrió ante la alabanza, un hombre gigantesco con el pelo rubio en dos tensas trenzas que se había endurecido con grasa y que se curvaban apuntando hacia arriba como cuernos.

—Crecí cazando focas y pingüinos así, ya lo creo —dijo con cierta satisfacción.

Erak soltó el párpado de Will y se apartó. Will sintió entonces un tacto más delicado en la cara y al abrir de nuevo los ojos se encontró mirando a los de Evanlyn. Ella le acarició la frente con cuidado, intentando limpiarle la sangre seca que tenía.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

Él asintió y enseguida se dio cuenta de que no había sido buena idea hacerlo.

—Muy bien —consiguió decir al tiempo que contenía una oleada de náuseas—. ¿También te han cogido a ti? —añadió de forma innecesaria, y ella asintió—. ¿Horace? —preguntó en voz baja. Evanlyn se puso un dedo en los labios.

—Escapó —dijo en voz baja—. Le vi correr cuando el puente se vino abajo.

Will dio un suspiro de alivio.

—¿Así que lo conseguimos? ¿Pudimos con el puente?

Llegó entonces el turno de Evanlyn de asentir. Incluso le rozó los labios una sonrisa con el recuerdo del puente cayendo a las profundidades de la Fisura.

—Ha desaparecido —dijo ella—. Del todo.

Erak escuchó aquellas últimas palabras. Les hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Y no creáis que Morgarath os lo va a agradecer —les dijo.

Will sintió un pequeño escalofrío de temor al oír el nombre del señor de las Montañas de la Lluvia y la Noche. Allí, en la meseta, parecía en cierto modo más inquietante, más amenazador, en general más malévolos. El skandian miró al sol.

—Haremos un descanso —dijo—. Puede que nuestro amigo esté listo para caminar en una hora o así.

Los skandians abrieron sus petates y sacaron comida y bebida. Les lanzaron una botella de agua y una pequeña rebanada de pan a Evanlyn y Will, y los dos comieron con ansia. Evanlyn comenzó a decirle algo a Will, pero él levantó una mano para hacerla callar. Estaba escuchando la conversación de los skandians.

—Y entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó el que se llamaba Nordel.

Erak masticaba un trozo de bacalao desecado. Se ayudó a pasarlo con un trago del licor fuerte que llevaba en una cantimplora de cuero y se encogió de hombros.

—Por mí, salíamos de aquí tan rápido como pudiésemos —le dijo—. Vinimos aquí por el botín y de eso va a haber más bien poco ahora que ha desaparecido el puente.

—Si nos largamos, a Morgarath no le va a gustar —le advirtió un miembro del grupo, bajo y fornido.

Erak, simplemente, se encogió de hombros.

—Yo no estoy aquí para ayudar a Morgarath a conquistar Araluen, Horak —le respondió—, y tú tampoco. Luchamos por las ganancias y, si no hay ganancias que obtener, yo digo que nos vayamos.

Horak bajó la vista al suelo entre sus pies y comenzó a hurgar en la arena con los dedos. No levantó la mirada y habló de nuevo.

—¿Y qué pasa con éstos? —dijo, y Will oyó que Evanlyn tomaba aire con fuerza al darse cuenta de que los skandians se referían a ellos dos.

—Nos los llevamos con nosotros —dijo Erak, y esta vez Horak levantó la vista de la arena, donde estaba dibujando formas carentes de sentido.

—¿Para qué nos van a servir? ¿No podemos entregárselos sin más a los wargals? —preguntó.

El resto farfulló en señal de acuerdo. Obviamente, aquélla era una pregunta que habían tenido en la cabeza. Todos ellos habían estado esperando solo a que alguien la hiciese.

—Yo te lo digo —replicó Erak—. Yo te digo para qué nos sirven. Primero y

principal, son rehenes, ¿no?

—¡Rehenes! —bramó el cuarto miembro del grupo, el que no había hablado hasta entonces.

Erak volvió la mirada hacia él.

—Eso es, Svengal —le dijo—. Son rehenes. Mirad, he estado en más incursiones y en más campañas que cualquier de vosotros y no me gusta la marcha que está siguiendo ésta. A mí me parece que Morgarath se ha pasado de listo. Todo aquello de filtrar los planes falsos, construir túneles secretos y preparar ataques por sorpresa con Horth y sus hombres rodeando el bosque del Espino, todo muy complicado. Y la complicación no es la forma de plantarle cara a gente como los araluenses.

—Horth aún puede atacar bordeando el Espino —dijo Svengal con testarudez, pero Erak lo negaba con la cabeza.

—Puede, pero no sabrá que ya no hay puente, ¿verdad? Estará esperando un apoyo que no llegará nunca. Apuesto a que Morgarath no irá corriendo a contárselo. Sabe que Horth lo echaría todo por la borda si se enterase. Dejadme que os diga que se decidirá a cara o cruz el lado hacia el que se decante la batalla. ¡Ése es el problema con estos planes *tan* inteligentes! Le quitas un solo elemento y todo el asunto se te puede venir abajo.

Se produjo un breve silencio mientras que el resto de los skandians meditaba sobre lo que acababa de decir. Algunos asintieron y Erak prosiguió.

—Y os diré, muchachos, que no me gusta cómo se está poniendo la cosa y yo digo que deberíamos aprovechar la oportunidad de llegar hasta los barcos de Horth a través de las ciénagas.

—¿Y por qué no volvemos por donde hemos venido? —preguntó Svengal, pero su jefe se lo negaba de forma insistente con la cabeza.

—¿Y tratar de descender de nuevo esos acantilados, con Morgarath detrás de nosotros? —le preguntó—. No, gracias, no creo que sea muy amable con los desertores. Iremos con él como mucho hasta el Paso de los Tres Escalones y, después, cuando salgamos al espacio abierto, nos dirigiremos al este en busca de la costa —hizo una pausa para dejar que aquello calase—. Y tendremos a estos dos rehenes en caso de que los araluenses intenten detenernos —añadió.

—¡Son unos críos! —dijo Nordel con sorna—. ¿Qué utilidad van a tener como rehenes?

—¿No has visto el amuleto de la hoja de roble que lleva el chico? —preguntó Erak, y Will, de manera instintiva, dirigió las manos a la hoja de roble que colgaba del cordel alrededor de su cuello.

—Es el símbolo de los montaraces —prosiguió Erak—. Él es uno de ellos, puede que algún tipo de alumno. Y éstos cuidan bien de los suyos.

—¿Qué hay de la chica? —dijo Svengal—. Ella no es un montaraz.

—Cierto —dijo Erak—, es sólo una chica, pero no le voy a entregar ninguna chica a los wargals. Ya habéis visto cómo son, peores que animales, menuda panda.

No, ella se viene con nosotros.

Tuvo lugar otro momento de silencio conforme el resto valoraba sus palabras. Entonces habló Horak.

—Está bien —admitió.

Erak miró a los demás, a su alrededor, y vio que Horak hablaba por todos ellos. Los skandians eran guerreros y unos tipos duros, pero no eran absolutamente despiadados.

—Bien —dijo—. Pongámonos de nuevo en camino.

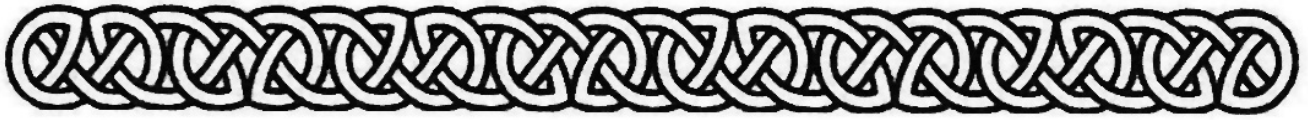
Se levantó y se dirigió hacia Will y Evanlyn mientras que el resto de skandians volvía a empaquetar las sobras del breve almuerzo.

—¿Puedes andar? —le preguntó a Will—. ¿O tiene que llevarte Nordel otra vez?

Will se puso rojo de furia y se levantó de golpe, cosa que al instante deseó no haber hecho. El suelo subía y bajaba y la cabeza le daba vueltas, tropezó y sólo la mano firme de Evanlyn evitó que se cayese. Pero tenía la determinación de no mostrar debilidad frente a sus captores. Se equilibró y, a continuación, lanzó una mirada desafiante a Erak.

—Iré caminando —consiguió decir, y el corpulento skandian le observó un instante, con una mirada de evaluación en los ojos.

—Sí —dijo por fin—. Ya lo creo que lo harás.



## Veinticuatro

**E**l maestro de combate David se mordía las puntas del bigote al tiempo que torcía el gesto ante el plan trazado sobre la mesa de arena.

—No sé, Halt —dijo dubitativo—. Es muy arriesgado. Uno de los principios básicos de la guerra es no dividir nunca tus fuerzas.

Halt asintió. Sabía que las críticas del caballero tenían la intención de ser constructivas y no estaba siendo negativo sin más. El papel de sir David consistía en encontrar cualquier fallo en los planes y sopesarlos frente a sus posibles ventajas.

—Es cierto —replicó el montaraz—, pero también lo es que la sorpresa es un arma poderosa.

El barón Tyler dio un paseo alrededor de la mesa, valorando el plan desde otro punto de vista. Señaló con su daga el macizo verde que representaba el bosque del Espino.

—¿Estás seguro de que Gilan y tú podéis conducir un grupo grande de caballería a través del Espino? Pensaba que nadie era capaz de atravesarlo —preguntó mostrando sus dudas, y Halt le hizo un gesto afirmativo.

—Los montaraces hemos cartografiado y reconocido cada palmo del reino durante años, señor —le dijo al barón—. En especial, las partes que la gente cree que no hay forma de atravesar. Podemos sorprender a ese ejército que viene del norte. Después también le daremos una sorpresa a Morgarath, cuando no aparezca ningún skandian a nuestra espalda.

Tyler siguió caminando alrededor de la mesa, mientras observaba con mucho detenimiento los dibujos que había sobre ella y las marcas situadas sobre el mapa de arena.

—De todas formas —dijo—, nos veremos en un buen apuro si los skandians derrotan a Halt y a la caballería aquí, en el norte. Al fin y al cabo, vais a estar en una inferioridad numérica de casi dos contra uno.

Halt le mostró de nuevo su coincidencia.

—Es verdad, pero los cogemos en campo abierto, así que tendremos ventaja. Y no olvide que llevaremos también con nosotros doscientas unidades de arqueros. Eso

debería equilibrar las fuerzas un poco.

Una unidad de arqueros estaba formada por dos hombres: un arquero y un lancero que le acompañaba, y se apoyaban mutuamente. Constituían una combinación mortal contra la infantería con armaduras ligeras, capaces de abatir un gran número de soldados a distancia y a continuación retirarse antes de que el enemigo se diera cuenta.

—Pero —insistió el barón Tyler— asumamos que los skandians consiguen superarlo. Entonces se habrán vuelto las tornas y nos veremos luchando contra un verdadero enemigo en el noroeste, con la retaguardia expuesta a los wargals de Morgarath que salgan por el Paso.

Arald consiguió contener un suspiro. Como estratega, la precaución de Tyler era notoria.

—Por otro lado —dijo Arald, haciendo todo cuanto estaba en su mano para mantener la impaciencia apartada de su voz—, si Halt tiene éxito, será su ejército lo que Morgarath vea llegar del noroeste. Él dará por sentado que son los skandians que nos atacan desde esa dirección y hará salir sus fuerzas a las llanuras para atacarnos por detrás. Y entonces le tendremos, de una vez por todas.

La perspectiva parecía atraerle.

—Aun así es un riesgo —dijo Tyler con tozudez.

Halt y Arald se miraron y los hombros del barón se elevaron ligeramente en un gesto de impotencia.

Halt dijo en un tono seco:

—Toda guerra conlleva un riesgo, señor. De otro modo resultaría sencillo.

El barón Tyler le miró con cara de enfado y Halt le sostuvo impertérrito la mirada. Al tiempo que el barón abría la boca para decir algo, sir David se le anticipó y con un guantelete, se golpeó la palma de la mano en un claro gesto de decisión.

—Muy bien, Halt —dijo—. Yo le llevaré tu plan al rey.

Ante la mención del rey, el rostro de Halt se relajó ligeramente.

—¿Cómo está llevando Su Majestad las noticias? —preguntó, y sir David se encogió de hombros con tristeza.

—En el plano personal, está destrozado, por supuesto. Recobrar las esperanzas y volver a perderlas ha sido el golpe más cruel posible. Pero de algún modo consigue dejar su vida personal a un lado y continúa llevando a cabo sus obligaciones como rey. Dice que ya guardará luto después, cuando todo esto termine.

—Es posible que no haya necesidad de luto —intervino Arald, y David le sonrió triste.

—Eso ya se lo he dicho, por supuesto. Dice que prefiere no hacerse falsas ilusiones una vez más.

Se produjo un silencio incómodo en la tienda. Tyler, Fergus y sir David sentían un profundo pesar por su rey. Duncan era un monarca justo y popular. Halt y el barón Arald, por otro lado, sentían profundamente la pérdida de Will. En un tiempo

notablemente corto, Will se había convertido en una pieza esencial en el castillo de Redmont. Finalmente, fue sir David quien rompió el silencio.

—Caballeros, quizás deseen comenzar a preparar sus órdenes. Yo presentaré este plan ante el rey.

Y a la vez que él se daba la vuelta en dirección al interior del pabellón, los barones y Halt salieron de la gran tienda. Arald, Fergus y Tyler se alejaron caminando deprisa a preparar las órdenes para los movimientos del ejército. Halt, que vio una figura abatida vestida de verde y gris montaraz que esperaba junto al puesto de guardia, bajó la pequeña colina para hablar con su antiguo aprendiz.

—Solicito permiso para cruzar la Fisura e ir tras ellos —dijo Gilan.

Halt sabía cuán profundamente sentía el joven la herida de la pérdida de Will, Gilan se culpaba por haberle dejado solo en las colinas de Céltica. Daba igual cuántas veces Halt y los demás montaraces le dijeran que había tomado la decisión correcta, él se negaba a aceptarlo. Ahora, sabía Halt, le resultaría aún más doloroso que se lo negaran. Sin embargo, como montaraces, su primer deber era para con el reino. Le hizo un gesto negativo con la cabeza y le respondió de manera cortante:

—Denegado. Eres necesario aquí. Hemos de conducir una tropa a través del Espino para cortarles el paso a los hombres de Horth. Ve a la tienda de Crowley y localiza los mapas que indican los pasos secretos de esta parte del reino.

Gilan vaciló, obstinado.

—Pero... —comenzó a protestar, y entonces algo en los ojos de Halt le detuvo conforme el veterano montaraz se inclinaba hacia delante.

—Gilan, ¿has pensado por un solo momento que yo no desee levantar piedra por piedra cada palmo de esa meseta hasta encontrar a Will? Pero tú y yo hicimos un juramento cuando nos dieron estas hojas de roble de plata y ahora hemos de hacerle honor.

Gilan bajó los ojos y asintió. Sus hombros cayeron de golpe cuando cedió.

—Muy bien —dijo con la voz temblorosa.

Halt creyó ver el rastro de las lágrimas en sus ojos y se giró de manera apresurada antes de que Gilan pudiese ver la humedad en los suyos.

—Coge los mapas —le dijo a secas.





## Veinticinco

Los cuatro skandians y sus prisioneros caminaron con dificultad a través de la inhóspita meseta barrida por el viento durante todo el resto del día y el anochecer. Hasta varias horas después de la puesta del sol, Erak no ordenó parar, y Evanlyn y Will cayeron agradecidos al suelo rocoso. El dolor de cabeza de Will había remitido algo a lo largo del día, pero aún sentía el débil latido de fondo. La sangre seca de la herida que le había producido la piedra angulosa le picaba de un modo terrible, pero sabía que si se rascaba, lo único que iba a conseguir era abrir la herida y que la sangre manase una vez más.

Al menos, pensaba Will, Erak no les había dejado atados o limitados en modo alguno. Como lo expuso el líder de los skandians, los dos prisioneros no tenían ningún sitio al que huir.

—Este altiplano está lleno de wargals —le había dicho con tosquedad—. Podéis probar vuestra suerte con ellos si lo preferís.

Así que mantuvieron su posición en el medio del grupo y se cruzaron con bandas de wargals durante todo el día, mientras se dirigían de manera constante hacia el noreste, al Paso de los Tres Escalones. En aquel momento, los cuatro skandians soltaron sus pesados petates en el suelo y Nordel comenzó a reunir madera para hacer un fuego. Svengal lanzó una cacerola grande de cobre a los pies de Evanlyn y le hizo un gesto hacia un riachuelo que borboteaba por las rocas cercanas.

—Trae agua —le dijo con brusquedad. Por un momento la chica vaciló, pero después cogió la cacerola y se puso en pie con un leve gruñido según invitaba a sus articulaciones y músculos cansados a hacerse cargo de su peso.

—Vamos entonces, Will —dijo como si nada—. Me puedes echar una mano.

Erak estaba rebuscando en su petate abierto. Giró la cabeza de golpe conforme ella hablaba.

—¡No! —dijo de manera tajante, y todo el grupo se volvió para mirarle. Señaló a Evanlyn con un dedo—. No me importa que tú vayas por ahí a dar un paseo —le dijo —, porque sé que vas a volver. Pero en lo que respecta a este montaraz, se le podría meter en la cabeza salir corriendo, a pesar de cómo están las cosas.

Will, que había estado pensando en hacer justo eso, intentó mostrarse sorprendido.

—Yo no soy un montaraz —dijo—. Sólo soy un aprendiz.

Erak soltó una breve carcajada.

—Lo que tú digas —le respondió—, pero tumbaste a los wargals en el puente igual de bien que lo habría hecho un montaraz. Tú te quedas donde yo te pueda echar un ojo.

Will se encogió de hombros, le ofreció una sonrisa lánguida a Evanlyn y se volvió a sentar con un suspiro mientras apoyaba la espalda contra la roca. Sabía que en unos instantes se volvería dura, nudosa e incómoda, pero ahora mismo era una delicia.

Los skandians siguieron adelante montando el campamento. En muy poco tiempo tenían un buen fuego en marcha. Cuando Evanlyn regresó con la cacerola llena de agua, Erak y Svengal sacaron provisiones que echaron en el agua mientras se calentaba para hacer un estofado. La comida era simple y bastante insípida, pero estaba caliente y les llenó la barriga. Will estuvo pensando unos minutos, apesadumbrado, en la comida precocinada que venía de la cocina del maestro Chubb. Con tristeza, fue consciente de que tales pensamientos sobre el maestro Chubb, su cocina y su época en el bosque con Halt ahora no eran más que recuerdos. Imágenes que le venían a la mente de manera involuntaria: de *Tirón*, Gilan y Horace. Del castillo de Redmont visto bajo los últimos rayos del sol, con sus muros de pedernal que se iluminaban con un rojo mate y la apariencia de contener una luz en su interior. Los ojos se le llenaron de lágrimas, que le escocían y le producían dolor para que las dejase salir. A escondidas, intentó quitárselas con el reverso de la mano. De pronto, la comida le pareció más insípida incluso que antes.

Evanlyn parecía notar su profunda tristeza. Él sintió la cálida y pequeña mano de ella sobre la suya y supo que le estaba mirando. Sin embargo, no fue capaz de mirar en esos ojos de color verde intenso, pues sentía las lágrimas brotar de los suyos.

—Todo irá bien —susurró ella.

Él intentó hablar, pero no fue capaz de articular palabra. En silencio, hizo un gesto negativo con la cabeza, la mirada baja, fija sobre el fondo rallado del cuenco de madera que los skandians le habían dado.

Se hallaban acampados a unos metros de la senda, en lo alto de una ligera pendiente. Erak había afirmado que le gustaba ver a todo aquel que decidiese aproximarse. En ese momento, a la vuelta de un recodo del camino a varios cientos de metros de distancia, apareció un grupo grande de jinetes a caballo seguido por una tropa de wargals que corría para mantener el ritmo del trote de las monturas. El sonido del cántico de los wargals llegó hasta ellos con la brisa, una vez más, y Will notó que se le erizaba el vello de la nuca.

Erak se volvió enseguida hacia ellos dos y les hizo un gesto hacia atrás, a la cobertura de las rocas detrás de la acampada.

—¡Rápido, vosotros dos! ¡Detrás de las rocas si apreciáis vuestras vidas! ¡Es

Morgarath en persona, el del caballo blanco! ¡Nordel, Horak, poneos en la luz para cubrirlos!

Will y Evanlyn no necesitaron que se lo dijeran dos veces. Se agacharon y se arrastraron a cubierto tras las rocas. Tal y como había ordenado Erak, los dos skandians se pusieron en pie y se acercaron a la luz del fuego para atraer la atención de los jinetes que se aproximaban y apartarla de las dos pequeñas figuras que se encontraban a media luz.

El cántico se acercaba mezclado con el ruido de los cascos y el tintineo de los arneses y las armas, mientras Will permanecía tumbado sobre su estómago, tapando a Evanlyn con un brazo en la oscuridad. Al igual que había hecho con anterioridad, se puso la capucha de la capa para dejar su rostro en completa oscuridad. Contaba con una abertura minúscula entre dos de las rocas y, a sabiendas de que corría un riesgo terrible pero incapaz de resistirse, allí puso el ojo.

La visión se restringía a un área de unos pocos metros. Erak estaba de pie en la parte más alejada del fuego, de frente hacia los jinetes que se acercaban. Will apreció que, al hacer esto, había situado el resplandor del fuego entre los recién llegados y el punto en el que estaban escondidos Evanlyn y él. Si alguno de los wargals atisbaba en su dirección, se encontraría mirando directamente la luz del fuego. Fue una lección de táctica que se guardó bien para el futuro.

El sonido de los caballos y los jinetes se detuvo. El cántico de los wargals se paró de golpe. Hubo silencio durante un par de segundos. Entonces habló una voz. Una voz grave con un ligero siseo como el sonido de una serpiente.

—Capitán Erak, ¿adónde te diriges?

Will pegó el ojo a la grieta entre las rocas, forzando la vista para ver al que hablaba. Sin ninguna duda, aquella voz fría y malévola tenía que pertenecer a Morgarath. El suyo era el sonido del hielo y el odio. El chirrido de las uñas sobre una baldosa. Al oírlo se helaba la sangre. El vello en la nuca de Will seguía de punta y, bajo su mano, sintió cómo Evanlyn temblaba.

Si tenía un efecto similar sobre Erak, desde luego que no mostraba ni un signo de ello.

—Mi rango exacto es *jarl*, lord Morgarath —dijo impasible—, no *capitán*.

—Bien —respondió la voz fría—, intentaré recordarlo, en caso de que alguna vez resulte del más mínimo interés para mí. Ahora... *capitán* —dijo haciendo énfasis en el rango esta vez—, repito, ¿adónde te diriges?

Se produjo el tintineo de un arnés y, a través de la grieta entre las rocas, Will vio avanzar un caballo blanco. No un caballo blanco de piel satinada y brillante como el que podría montar un noble caballero, sino un caballo pálido sin lustre ni vida en la piel. Era enorme, lívido y tenía los ojos en blanco, salvajes. Will se estiró un poco hacia un lado y consiguió distinguir una mano con un guante negro que sujetaba relajada las riendas. No pudo ver más del jinete.

—Pensábamos unirnos a vuestro ejército en el Paso de los Tres Escalones, milord

—estaba diciendo Erak—. Doy por hecho que vais a continuar con vuestro ataque, aunque el puente se haya venido abajo.

Morgarath soltó un terrible juramento ante la mención del puente. Al notar su furia, el caballo blanco dio unos pocos pasos hacia un lado y entonces Will pudo ver al jinete.

Increíblemente alto, aunque delgado, iba vestido por completo de negro. Estaba encorvado sobre la silla de montar para hablar con los skandians, y sus hombros elevados y la capa negra le proporcionaban la apariencia de un buitre.

El rostro era fino, con nariz ganchuda y los pómulos marcados. Tenía blanca, pálida, la piel de la cara, como el caballo, y su pelo era largo, dispuesto para dejar ver unas entradas crecientes, y de color rubio blanquecino. En contraste, los ojos resultaban pozos negros. No tenía vello en el rostro y la boca era una delgada abertura roja en la palidez del conjunto. Mientras Will le miraba, el señor de las Montañas de la Lluvia y la Noche parecía sentir su presencia. Levantó la vista por encima de Erak y sus tres compañeros y escrutó la oscuridad tras ellos. Will permaneció inmóvil, apenas se atrevía a respirar mientras aquellos ojos negros buscaban en la noche, pero la luz del fuego pudo con Morgarath y éste volvió a mirar a Erak.

—Sí —respondió—, el ataque sigue adelante. Ahora que Duncan tiene sus ejércitos desplegados en lo que él cree que es una posición defensiva fuerte, nos permitirá salir a las llanuras antes de atacarnos.

—Y, llegados a este punto, Horth le sorprenderá por la retaguardia —intervino Erak, riéndose entre dientes.

Morgarath le miró sin parpadear, con la cabeza un poco ladeada, como si le analizase. De nuevo, la postura de pájaro hizo que Will pensase en un buitre.

—Exacto —admitió—. Hubiera sido preferible que fuesen dos los ejércitos que llegasen por los flancos, tal y como había planeado en un principio, pero uno debería bastar.

—Eso pienso yo, milord —asintió Erak, y se produjo un largo silencio.

Era obvio que Morgarath no tenía el menor interés en saber si Erak estaba o no de acuerdo con él.

—Todo sería más fácil si ese otro de los tuyos no nos hubiese abandonado —dijo Morgarath finalmente—. Me han dicho que tu compatriota Ovlak ha puesto rumbo de vuelta a Skandia con sus hombres. Yo había planeado que subiera por los acantilados del sur para reforzarnos.

Erak se encogió de hombros, rechazando toda responsabilidad en cualquier cosa que quedase fuera de su influencia directa.

—Ovlak es un mercenario —le dijo—. No se puede confiar en los mercenarios. Sólo luchan por dinero.

—¿Y tú... no? —dijo la voz monótona con desprecio.

Erak se cuadró.

—Yo haré honor a cualquier compromiso que haya adquirido —dijo con frialdad.

Morgarath le miró fijamente de nuevo, durante un momento largo y silencioso. El skandian le mantuvo la mirada y, por fin, fue Morgarath quien la retiró.

—Chirath me ha dicho que hiciste un prisionero en el puente, un poderoso guerrero, dijo. No lo veo.

De nuevo, Morgarath intentó mirar en la penumbra a través de la luz. Erak soltó una carcajada.

—Si Chirath era el jefe de vuestros wargals, tampoco él lo vio —le respondió de manera sarcástica—. La mayor parte del tiempo que estuvo en el puente la pasó escondido tras una roca y esquivando las flechas.

—¿Y el prisionero? —preguntó Morgarath.

—Muerto —replicó Erak—. Lo matamos y lo arrojamos al vacío.

—Un hecho que me desagrada intensamente —dijo Morgarath, y Will sintió que se le ponía la piel de gallina—. Hubiera preferido hacerle sufrir por haber interferido en mis planes. Deberías habérmelo traído vivo.

—Bueno, nosotros lo hubiésemos preferido si no hubiera estado haciendo silbar las flechas en nuestros oídos. Sabía manejar el arco, desde luego. La única forma de cogerle era matarlo.

Se produjo otro silencio mientras Morgarath valoraba la respuesta. No parecía resultarle satisfactoria.

—Te lo advierto para el futuro, yo no autoricé tus actos.

Esta vez fue Erak quien dejó que se alargase el silencio. Encogió ligeramente los hombros, como si el desagrado de Morgarath fuese un tema que careciese absolutamente de interés para él. Por fin, el señor de las Montañas de la Lluvia y la Noche recogió las riendas, las sacudió y espoleó a su caballo de manera salvaje para alejarse del lugar de la acampada.

—Te veré en el Paso de los Tres Escalones, capitán —dijo, y después, casi como una ocurrencia de último momento, dio la vuelta otra vez a su caballo—. Y, capitán, ni se te ocurra la idea de desertar. Lucharás con nosotros hasta el final.

Erak asintió.

—Ya os lo he dicho, milord. Haré honor a cualquier trato que haya hecho.

Esta vez, Morgarath sonrió con un leve movimiento de los labios rojos en su rostro lívido y sin vida.

—Puedes estar seguro de ello, capitán —dijo en voz baja.

A continuación, sacudió las riendas y su caballo se volvió y partió al galope. Los wargals le siguieron; comenzó su cántico de nuevo y resonó en la noche. Will se dio cuenta de que, tras las rocas, había estado conteniendo la respiración mucho tiempo. Entonces dejó salir el aire y oyó el correspondiente suspiro de alivio de los skandians.

—Por el dios de la guerra —dijo Erak—, ése sí que pone los pelos de punta.

—Parece como si ya estuviera muerto y hubiese vuelto del infierno —intervino Svengal, y el resto asintió.

Erak rodeó el fuego y caminó hasta el lugar donde Will y Evanlyn aún estaban agazapados y escondidos entre las rocas.

—¿Habéis oído eso? —dijo, y Will hizo un gesto afirmativo.

Evanlyn permanecía tumbada boca abajo detrás de la roca. Erak le dio la vuelta con la punta de la bota.

—Y tú, señorita —dijo—, ¿lo has oído también?

Levantó entonces la mirada, con el rastro que le habían dejado las lágrimas de terror en la cara llena de polvo. Sin palabras, asintió. Erak miró en la distancia, en la dirección en que Morgarath y sus wargals se habían marchado.

—Recordadlo entonces si es que planeáis escaparos —les advirtió—. Eso es lo que os espera si huís de nosotros.



## Veintiséis

Las llanuras de Uthal formaban un espacio abierto de praderas continuas y ricas en hierba verde. Los árboles escaseaban, aunque había lomas y colinas bajas ocasionales que rompían la monotonía. A una cierta distancia de la posición que ocupaba el ejército de Araluen, las llanuras comenzaban a elevarse gradualmente, hasta una línea de riscos bajos.

Cerca de las ciénagas, donde los wargals estaban formando, un riachuelo se abría paso serpenteante. Lo que de costumbre era un hilo de agua, había crecido con las lluvias recientes de la primavera, de forma que el suelo que los wargals tenían ante sí se hallaba blando y cenagoso, y descartaba cualquier posible ataque de la caballería pesada de Araluen.

El barón Fergus de Caraway se protegió los ojos del brillante sol del mediodía y oteó las llanuras de Uthal en dirección a la entrada del Paso de los Tres Escalones.

—Hay muchos —dijo a media voz.

—Y más en camino —replicó Arald de Redmont, mientras aflojaba un poco el espadón en el interior de su vaina.

Los dos barones se paseaban despacio sobre sus caballos de combate frente al ejército de Duncan en formación. Era bueno para la moral, pensaba Arald, que los hombres viesan a sus líderes relajados y entretenidos en una conversación informal mientras vigilaban a sus enemigos que emergían del estrecho paso montañoso y se desplegaban por las llanuras. De modo tenue, podían oír el canto rítmico, inquietante, de los wargals conforme corrían a colocarse en posición.

—Ese maldito ruido es enervante —masculló Fergus, y Arald le mostró su acuerdo.

Con una apariencia relajada, echó la vista sobre los hombres que había a su espalda. El ejército se encontraba en posición, pero el maestro de combate David les había dicho que permaneciesen en posición de descanso. En consecuencia, la caballería estaba desmontada y la infantería y los arqueros se hallaban sentados en la hierba de la pendiente.

«No tiene sentido cansarlos en posición de firmes bajo el sol», había dicho David,

y todos habían estado de acuerdo.

Del mismo modo, había encargado a los diversos maestros de cocina que mantuviesen a los hombres provistos de bebida fría y fruta. Los sirvientes vestidos de blanco se desplazaban en ese momento entre los soldados con cestas y odres de agua. Arald miró hacia abajo y sonrió ante la corpulenta figura del maestro Chubb, su jefe de cocina en el castillo de Redmont, que supervisaba a un grupo de desventurados aprendices mientras éstos distribuían manzanas y melocotones entre los hombres. Como siempre, su cucharón subía y bajaba con alarmante frecuencia sobre la cabeza de cualquier aprendiz que él considerase que se movía demasiado lento.

—Dale a ese maestro de cocina tuyo una maza y podría aplastar al ejército de Morgarath con una sola mano —le comentó Fergus.

Arald sonrió pensativo. Los hombres alrededor de Chubb y sus aprendices, distraídos por las patochadas del cocinero gordo, no estaban advirtiendo la presencia del cántico al otro lado de las llanuras. En otras zonas podía ver signos de inquietud y pruebas de que los hombres empezaban a sentirse incómodos.

Arald miró en derredor y sus ojos cayeron sobre un capitán de infantería que estaba sentado con su compañía. Sus mínimas armaduras, capas de tela de cuadros y los mandobles que llevaban, espadones que se manejaban a dos manos, indicaban que pertenecían a uno de los feudos del norte. Le hizo un gesto al hombre para que se acercase y se inclinó desde la silla al tiempo que le saludaba.

—Buenos días, capitán —dijo con soltura.

—Buenos días, señor —respondió el oficial con un fuerte acento del norte que convertía sus palabras en algo casi irreconocible.

—Dígame, capitán, ¿tiene gaiteros entre sus hombres? —preguntó el barón con una sonrisa.

El oficial le respondió de inmediato, con una gran seriedad en sus formas.

—Así es, señor. Tenemos a McDuig y McForn con nosotros, y así es siempre que vamos a la guerra.

—Entonces, quizás pueda convencerlos para que nos dediquen una o dos tonadas, ¿verdad? —le sugirió el barón—. Resultaría sin duda un sonido mucho más agradable que ese gruñido sin melodía de allí lejos.

Inclinó la cabeza hacia el ejército de wargals y en ese instante una sonrisa se extendió por la cara del capitán. Asintió rápidamente.

—Así es, señor. Yo me encargo de ello. ¡No hay nada como el son de una o dos gaitas para hacer que a un hombre le hierva la sangre! —Realizó un saludo apresurado, se volvió hacia sus hombres y gritó mientras corría—: ¡McDuig! ¡McForn! ¡Coged aire y a las gaitas, muchachos! ¡Oigamos cómo tocáis *En mi boina llevo una pluma!*

Mientras los dos barones continuaban a caballo, oyeron a su espalda cómo el quejido preliminar de las gaitas subía de volumen. Fergus hizo una mueca de dolor y Arald le sonrió.



—Nada como el son de las gaitas para hacer que a un hombre le hierva la sangre —citó.

—En mi caso hace que me rechinen los dientes —replicó a su compañero mientras golpeaba disimuladamente con el talón a su caballo para alejarse un poco del terrible sonido de las gaitas.

Pero cuando miró a los hombres que se encontraban detrás de ellos, tuvo que admitir que la idea de Arald había funcionado. Las gaitas estaban consiguiendo ahogar el débil cántico y, dado que los dos gaiteros marchaban en un sentido y en otro frente a las tropas, atraían la atención de todos los hombres en sus proximidades.

—Buena idea —le dijo a Arald, y después añadió—: No puedo evitar preguntarme si aquélla es igualmente buena.

Realizó un gesto en dirección a la llanura por la que los wargals salían del Paso y ocupaban sus posiciones.

—Todos mis instintos me dicen que deberíamos golpearlos antes de que tengan oportunidad de organizarse.

Arald se encogió de hombros. Aquel tema había sido objeto de un acalorado debate en el Concilio de Guerra durante los días previos.

—Si los atacamos conforme salen, simplemente los estaremos conteniendo —dijo—. Si lo que queremos hacer es destruir el poder de Morgarath de una vez por todas, tenemos que dejarle que reúna sus fuerzas en campo abierto.

—Y esperar que Halt haya salido airoso a la hora de detener al ejército de Horth —dijo Fergus—. Me está dando un calambre muy desagradable en el cuello de tanto mirar por encima del hombro para asegurarme de que no viene nadie por detrás.

—Halt no nos ha fallado nunca —dijo Arald en un tono suave.

Fergus lo admitió con tristeza.

—Lo sé. Es un hombre notable, pero hay demasiadas cosas que podrían salir mal. Podría no dar con el ejército de Horth. Podría estar aún luchando para abrirse paso a través del Espino o, lo que es peor, Horth podría haber derrotado a sus arqueros y la caballería.

—No hay nada que podamos hacer al respecto salvo esperar —le indicó Arald.

—Y mantener un ojo puesto en el noroeste, con la esperanza de no ver hachas de combate y cascos astados salir de detrás de esas colinas.

—Al menos tenemos algo a lo que agarrarnos —dijo Arald, en un intento por restarle importancia al momento.

Sin embargo, no pudo resistir la tentación de volverse en su silla y mirar con ansiedad hacia las colinas del norte.

Erak esperó hasta que los últimos centenares de wargals estuvieron descendiendo por el Paso de los Tres Escalones hacia las llanuras y, en ese momento, introdujo a su pequeño grupo a la fuerza en medio de las criaturas al trote. Se produjeron unos

cuantos gruñidos y malas caras cuando los skandians se abrieron paso a empujones en la marea viva que fluía por los estrechos y retorcidos confines del Paso, pero los predadores del mar, armados hasta los dientes, devolvieron los gruñidos y empuñaron sus hachas de combate de doble hoja con tanta confianza que los malhumorados wargals enseguida se echaron atrás y los dejaron tranquilos.

Will y Evanlyn marchaban en el centro del grupo, rodeados por los corpulentos skandians. Habían escondido la capa de montaraz de Will, fácilmente reconocible, en uno de los petates, y tanto él como Evanlyn vestían una media capa de piel de borrego, demasiado grande para ellos. Evanlyn llevaba el pelo corto recogido bajo un gorro de lana. Hasta entonces, ninguno de los wargals había reparado en ellos, habían asumido que se trataba de sirvientes o esclavos del pequeño grupo de marinos.

«¡Lo único que tenéis que hacer es cerrar la boca y mirar al suelo!», les había dicho Erak mientras se introducían entre la multitud de wargals a la carrera. Los estrechos límites del Paso respondían con un eco al cántico sin melodía que utilizaban los wargals para marcar el ritmo. El sonido iba y venía a su alrededor mientras ellos se desplazaban con el río de wargals. El plan de Erak consistía en ir moviéndose hacia el este en cuanto saliesen del Paso, con el claro propósito de situarse en una posición en el flanco derecho del ejército de wargals. Tan pronto como se les presentase una oportunidad, los skandians se apartarían y escaparían por el páramo pantanoso de la tierra de las ciénagas, desplazándose por los tremedales y las isletas de hierba hasta las playas donde estaba anclada la flota de Horth.

Avanzaron arrastrando los pies, retorciéndose y girando con cada circunvolución del Paso. La estrecha senda descendía a través de las escarpadas montañas durante al menos cinco kilómetros, y Will pudo comprender entonces por qué había sido siempre una barrera para ambos bandos. Los hombres de Morgarath no podían salir en gran número a menos que Duncan retrocediese y les permitiese hacerlo. De igual forma, el ejército del rey no podía penetrar por el Paso para atacar a Morgarath en la meseta.

Unos muros negros de roca escarpada y refulgente con la humedad se alzaban sobre ellos a ambos lados; el Paso veía la luz del sol durante menos de una hora al día, justo cuando el astro se encontraba en lo más alto. En cualquier otro momento, se hallaba frío, húmedo y envuelto en un velo de sombras, todo lo cual sirvió para ayudar a ocultar la presencia de los dos jóvenes miembros del grupo a las miradas indiscretas. Will sintió que el suelo comenzaba a nivelarse bajo sus pies y pensó que debían de encontrarse en los últimos tramos del Paso, abajo, al nivel de las llanuras. No había forma alguna de que pudiese ver el suelo que tenía por delante, atrapado en el bullicio y los empellones de la multitud. Doblaron un recodo final y la luz del día, que se clavó en el Paso, le obligó a levantar un brazo para protegerse los ojos. Habían alcanzado la entrada, pensó. Sintió un empujón desde la izquierda.

—¡Cruza a la derecha! —les dijo Erak, y los cuatro skandians formaron una cuña humana que les hizo atravesar la multitud a la fuerza hasta que se encontraron

en el extremo derecho del Paso. Los wargals a los que iban empujando gruñían y rugían enfadados, y muchos de ellos cayeron al suelo y fueron pisoteados antes de que se pudiesen poner de nuevo en pie, si bien los skandians dieron tanto como recibieron en cuanto a insultos y amenazas se refiere.

La luz del sol les golpeaba como una barrera física conforme emergían de la oscuridad del Paso y, por un instante, Will y Evanlyn vacilaron. Erak seguía empujándolos, con mayor ansiedad ahora que podía oír una voz que le resultaba familiar y que daba órdenes para que los wargals se desplegasen.

Allí se encontraba Morgarath, dirigiendo las operaciones.

—¡Maldito sea! —farfulló Erak—. Yo esperaba que estuviese fuera, a la vanguardia del ejército. ¡Vosotros dos, seguid moviándoos!

Empujó a Evanlyn y a Will un poco más rápido. Will echó una mirada hacia atrás. Por encima de las cabezas de los wargals podía ver la figura alta y delgada del señor de las Montañas de la Lluvia y la Noche, ahora vestido entero de negro con una protección de cota de malla y una sobrevesta, aún sentado sobre su caballo blanco y dando instrucciones a los wargals que se arremolinaban con su cántico.

De forma gradual, fueron situándose en formaciones ordenadas para, a continuación, ocupar su posición en el grueso del ejército. Al tiempo que Will miraba hacia atrás, el rostro lívido se volvió en dirección al grupo de apresurados skandians y Morgarath espoleó a su caballo para ir a su encuentro, haciendo caso omiso del hecho de estar pisoteando a sus propios soldados para darles alcance.

—¡Capitán Erak! —gritó.

El volumen de la voz no era muy elevado, pero llegó, nítida y cortante, a través del cántico de los wargals.

—¡No os detengáis! —les ordenó Erak con un tono de voz grave—. ¡Seguid avanzando!

—¡Alto! —Ahora la voz sí se había elevado, y la gélida ira en ella inmovilizó y silenció de golpe a los wargals. En cuanto los de su alrededor se quedaron paralizados, los skandians hicieron lo mismo de mala gana y Erak se volvió para hacer frente a Morgarath.

El señor de las Montañas de la Lluvia y la Noche azuzó a su caballo a través de la multitud. Los wargals se echaban atrás para dejarle vía libre o salían despedidos de un golpe si no lo conseguían. Lentamente, con los ojos fijos sobre los de Erak, Morgarath desmontó. Incluso a pie, era mucho más alto que el corpulento líder de los skandians.

—¿Y adónde podríais estar dirigiándoos hoy tú y tus hombres, capitán? —le preguntó con un tono suave como la seda.

Erak señaló a la derecha.

—Es habitual en mí y en mis hombres luchar en el ala derecha —dijo con toda la normalidad que pudo—. Pero iré allá donde me necesitéis si eso no os parece bien.

—¿Lo harías? —replicó Morgarath con un sarcasmo hiriente—. ¿Lo harías de

verdad? Pero qué terriblemente amable por tu parte. Tú... —se detuvo fijando la mirada en los dos personajes más pequeños, a quienes los demás skandians habían estado tratando de ocultar de su vista, sin éxito—. ¿Quiénes son esos? —inquirió.

Erak se encogió de hombros.

—Celtas —dijo con soltura—. Los cogimos prisioneros en Céltica y tengo pensado vendérselos al oberjarl Ragnak como esclavos.

—Céltica es mía, capitán. Los esclavos de Céltica también son míos, no son para que tú te los lleves y se los vendas al bárbaro de tu rey.

Los skandians que rodeaban a Will y Evanlyn se retorcieron de ira con aquellas palabras. Morgarath dirigió sus ojos hacia ellos y después levantó la vista a los miles de wargals que los rodeaban, todos y cada uno de ellos listos para obedecer cualquier orden suya sin preguntar. El mensaje estaba claro.

Erak intentó embaucarle para salir del apuro.

—Nuestro acuerdo era que lucharíamos por un botín y eso incluye los esclavos —insistió, pero Morgarath le interrumpió.

—¡Si luchabas! —gritó furioso—. ¡Si lo hacías! No si te quedabas mirando y permitías que destruyeran mi puente.

—Era tu hombre, Chirath, quien estaba al mando en el puente —le contestó Erak con rapidez—. Fue él quien decidió que no había que establecer ninguna guardia en él. ¡Y fuimos nosotros quienes intentamos salvarlo mientras que él se escondía tras las rocas!

La mirada de Morgarath se clavó una vez más en la de Erak y entonces su voz adquirió un tono grave, casi inaudible.

—Nadie se dirige a mí con esas formas, capitán Erak —le soltó—. Te disculparás ahora, y después...

Se detuvo a mitad de la frase. Parecía poseer una capacidad de percepción periférica casi antinatural. Aunque había tenido la mirada fija en los ojos de Erak, daba la impresión de haber percibido algo en un lado. Aquellos ojos negros se volvieron y enfocaron a Will. Un dedo blanco y huesudo apuntaba a la garganta del muchacho.

—¿Qué es eso?

Erak miró y sintió una sensación horrible en la boca del estómago.

Había un débil brillo de bronce visible en el cuello abierto de la ropa de Will. Fue entonces Erak el que sintió un empujón hacia un lado a la vez que Morgarath avanzaba a la velocidad de una serpiente y agarraba la cadena alrededor del cuello.

Will se tambaleó hacia atrás, aterrado ante la furia implacable de aquellos ojos sin vida y el leve brillo de color sobre los pómulos. Junto a él, oyó cómo Evanlyn tomaba aire al tiempo que Morgarath clavaba los ojos en la pequeña hoja de roble de bronce que tenía en la mano.

—¡Un montaraz! —aulló—. ¡Es un montaraz! ¡Éste es su símbolo!

—Es un muchacho... —empezó a decir Erak, pero la furia de Morgarath se había

vuelto hacia él y le asestó un golpe de revés con la mano en la mejilla.

—¡No es un muchacho! ¡Es un montaraz!

Los otros tres skandians avanzaron cuando se produjo el golpe, con las armas en guardia. Morgarath ni siquiera tuvo que hablar. Posó sus ojos brillantes sobre ellos y veinte wargals se movieron también con un gruñido gutural de aviso y los garrotes y las picas de hierro en guardia.

Erak hizo una señal a sus hombres para que se calmaran. La marca roja del golpe de Morgarath ya se marcaba en su mejilla.

—Tú lo sabías —le acusó Morgarath—. Tú lo sabías —y entonces cayó en la cuenta—. ¡Es él! ¡Flechas, tú lo dijiste! ¡Mis wargals se escondían de las flechas mientras el puente se quemaba! ¡Son las armas de un montaraz! ¡Éste es el malnacido que destruyó mi puente! —La voz se iba convirtiendo en un chillido de furia conforme hablaba.

Will tenía la garganta seca y el corazón le latía lleno de terror. Sabía del odio legendario de Morgarath hacia los montaraces, todos los miembros del Cuerpo lo conocían. Irónicamente, era el propio Halt quien había desencadenado aquel odio cuando condujo el ataque sorpresa sobre el ejército de Morgarath en el monte Hackham dieciséis años atrás.

Erak permaneció en pie frente al negro lord sin decir nada.

Will sintió una mano cálida y pequeña que llegaba hasta la suya: Evanlyn. Por un instante se maravilló ante el valor de la chica, al unirse a él de esa manera, delante del odio y la furia implacable de Morgarath.

En ese momento, otro caballo se abrió paso entre la multitud. Sobre su grupa montaba uno de los tenientes de los wargals de Morgarath, uno de los que habían aprendido lo más básico del habla de los humanos.

—¡Milord! —gritaba, en el tono peculiar y carente de emotividad de todos los wargals—. ¡El enemigo avanza!

Morgarath se giró de golpe hacia él y el wargal prosiguió.

—Una línea de escaramuza avanza hacia nosotros, milord. ¡Comienza la batalla!

El señor de las Montañas de la Lluvia y la Noche tomó una decisión. Volvió a girarse sobre la silla de su caballo con la furia de sus ojos puesta ahora en Will, no en Erak.

—Acabaremos con esto más tarde —dijo, y se dirigió a un sargento wargal que se encontraba entre los que habían rodeado a los skandians—. Retén a estos prisioneros hasta que yo vuelva. Responderás con tu vida.

El wargal hizo un saludo llevándose el puño a la parte izquierda del pecho. A continuación, gruñó una orden a sus soldados, que rodearon al grupo de skandians. Los cuatro carniceros del mar formaron un pequeño círculo de cara al exterior, con Will y Evanlyn en el centro, y sostuvieron sus armas en guardia. Aquello era un callejón sin salida y ellos, obviamente, estaban preparados para vender muy caras sus vidas.

—Ya arreglaremos esto luego, Erak —dijo Morgarath—. Intenta escapar y mis bestias te cortarán en pedazos.

Y, con un giro de su caballo, salió al galope de nuevo a través de la masa de wargals, dispersó a los soldados que se hallaban en su camino y pasó por encima de los que habían tardado en quitarse. Oyeron la voz aguda, nasal, gritar órdenes a sus tropas mientras desaparecía.



## Veintisiete

**E**l primer choque entre los dos ejércitos no fue concluyente. La línea de escaramuza del rey, que consistía en infantería ligera acompañada de arqueros, avanzó sobre el flanco izquierdo de Morgarath en un movimiento de sondeo y se retiró a gran velocidad cuando un batallón de infantería pesada se situó en formación y salió a su encuentro.

Los participantes en la escaramuza, con armadura ligera, corrieron de vuelta a la seguridad de sus propias líneas frente a la lentitud del paso de los wargals. A continuación, una compañía de caballería pesada avanzó al trote en dirección al flanco izquierdo del batallón de wargals, que variaron su formación de marcha en columna de a cuatro a un cuadrado defensivo y de movimientos más lentos, y se retiraron a sus líneas.

Durante las cuatro horas posteriores, ése fue el patrón que siguió la batalla: pequeños grupos de tropas sondeaban las defensas del oponente, grupos más grandes salían a la contra y el primer ataque se desvanecía. Arald, Fergus y Thorn se encontraban a caballo junto al rey sobre un montículo en el centro del ejército de Araluen. El maestro de combate David se hallaba, con un pequeño grupo de caballeros, realizando una de tantas incursiones hacia el ejército de los wargals.

—Me está cansando ya tanto ir y volver —dijo Arald con amargura.

El rey le sonrió. Poseía una de las cualidades más importantes de un buen comandante: una paciencia casi inagotable.

—Morgarath está esperando —dijo simplemente—. Espera a que el ejército de Horth aparezca a nuestra espalda. Entonces atacará, no lo dudes.

—Empecémoslo nosotros —gruñó Fergus, pero Duncan le hizo un gesto negativo con la cabeza, señalando el terreno que se extendía justo delante de la posición de Morgarath.

—Ahí, la tierra está blanda y cenagosa —dijo—. Eso reduciría la efectividad de nuestra mejor arma: la caballería. Aguardaremos hasta que Morgarath venga a nosotros. Entonces podremos combatirle en un terreno que es mucho más de nuestro gusto.

Se produjo un golpeteo apresurado de cascos por la retaguardia y el grupo del rey se giró para ver a un correo clavarle las espuelas a su caballo y subir la última pendiente hasta el montículo donde ellos esperaban. Tiró de las riendas y miró a su alrededor hasta que vio la figura rubia del rey. Clavó de nuevo sus espuelas y llegó por fin a detener su caballo de un patinazo junto a ellos. Su sobrevesta verde, armadura ligera de cota de malla y espada de hoja delgada decían de él que era un explorador.

—Su Majestad —dijo sin respiración—. Un informe de sir Vincent.

Vincent era la cabeza visible del Cuerpo de Mensajeros. Un grupo de soldados que actuaban como los ojos y oídos del rey durante la contienda, y portaban informes y órdenes a todos los lugares del campo de batalla. Duncan le saludó con un gesto de asentimiento que indicaba que debía proseguir y darle el mensaje.

El jinete tragó saliva varias veces y miró angustiada al rey y a sus tres barones. En ese instante, Arald sintió que no se trataba de buenas noticias.

—Señor —dijo el explorador, nervioso—. Con los respetos de sir Vincent, señor y... parece que tenemos skandians detrás de nosotros.

Hubo exclamaciones de asombro procedentes de varios de los oficiales más jóvenes que rodeaban el grupo de mando. Fergus se volvió hacia ellos con el ceño fruncido.

—¡Silencio! —bramó y, en un instante, el ruido desapareció y los asesores se avergonzaron por su falta de disciplina.

—¿Dónde están exactamente esos skandians y cuántos son? —le preguntó Duncan con calma al explorador.

La serenidad de sus formas pareció contagiar al explorador, que, esta vez, respondió con una confianza mucho mayor.

—Se puede ver al primer grupo sobre los riscos bajos del noroeste. Su Majestad. De momento sólo podemos ver más o menos a cien. Sir Vincent sugiere que el mejor lugar para que aprecie la situación es aquella colina de la izquierda de la retaguardia.

El rey asintió y se volvió a uno de los jóvenes oficiales.

—Ranald, quizás deberías acercarte a avisar a sir David de este nuevo acontecimiento. Dile que estamos trasladando el puesto de mando a la colina que sir Vincent ha sugerido.

—¡Sí, milord! —respondió el joven caballero.

Dio la vuelta a su caballo y partió al galope. Entonces el rey se dirigió a sus compañeros.

—Caballeros, vayamos a ver a esos skandians, ¿les parece?

El barón Arald se protegió los ojos del sol y escrutó el pequeño grupo de hombres que se veía sobre la colina. Incluso a aquella distancia era posible distinguir los cascos astados y los enormes escudos redondos que llevaban los marinos de presa.



Un grupo más pequeño había avanzado ya bajando la ladera más cercana de la colina y resultaba más sencillo distinguirlos.

Igualmente obvio resultaba que hubiesen elegido la típica formación de los skandians, en punta de flecha, conforme avanzaban. Calculó que en ese momento había varios cientos de ellos a la vista y quién sabe cuántos más ocultos al otro lado de la colina. Sintió el peso de una gran tristeza sobre los hombros. El hecho de que los skandians se encontraran allí sólo podía significar una cosa: Halt había fracasado. Y conociendo a Halt como lo conocía, sabía que con toda probabilidad implicaba la muerte del montaraz entrecano en el intento. Sabía que Halt jamás se habría rendido, no cuando la necesidad de evitar que los skandians irrumpiesen por la retaguardia del ejército era tan vital.

Duncan le puso voz a los pensamientos de todos ellos.

—Son skandians, sí señor —miró alrededor de la cima de la colina—. Vamos a tener que librar una batalla a la defensiva, mis caballeros. Sugiero que comencemos a situar a nuestros hombres en un círculo alrededor de esta colina. Es un sitio igual de bueno que cualquier otro para verse luchando en los dos frentes.

Todos sabían que, desde ese momento, sólo era cuestión de tiempo que Morgarath avanzase para aplastarlos entre las fauces de la trampa que había dispuesto.

—¡Un jinete se acerca! —gritó, señalando, uno de los asesores.

Todos se volvieron en la dirección en que él apuntaba. Desde un bosquecillo en la zona de la derecha de los riscos, un jinete solitario apareció de pronto. Varios skandians fueron tras él blandiendo los garrotes y las picas, pero iba bien agachado sobre el cuello de su montura, con una capa verde y gris que ondeaba al viento tras de sí, y muy pronto les cogió distancia en la persecución.

—Ése es Gilan —masculló el barón Arald al reconocer la yegua zaina que montaba. Buscó en vano un segundo montaraz detrás de Gilan, esperando contra todo pronóstico que Halt hubiese podido sobrevivir de algún modo. Pero no sería así. Se le hundieron un poco los hombros cuando asumió que Gilan parecía ser el único superviviente de las tropas que habían partido con tanta audacia al interior del bosque del Espino.

Gilan había llegado ya a la zona llana y seguía cabalgando a pleno galope en dirección a ellos. Vio los estandartes reales ondear sobre la colina y guió las riendas de *Blaze* hacia allá. En unos instantes se encontraba tirando de las riendas junto a ellos, cubierto de polvo, sin una de las mangas de su túnica, arrancada, y un tosco vendaje manchado de sangre en la cabeza.

—¡Señor! —dijo sin respiración y olvidándose de las sutilezas del protocolo al dirigirse a la realeza—. Halt pregunta si puede...

No logró ir más allá: cuatro personas, al menos, le interrumpieron. La voz del barón Fergus, sin embargo, fue la más sonora.

—¿Halt? ¿Halt está vivo?

Gilan le sonrió en respuesta.

—¡Ya lo creo que sí, señor! Vivito y coleando.

—Pero los skandians... —empezó a decir el rey Duncan, señalando las hileras de hombres sobre la cima de los riscos.

La sonrisa de Gilan se hizo aún más amplia.

—Vencidos, señor. Los cogimos totalmente desprevenidos y los hicimos añicos. Aquellos hombres de allí son nuestros arqueros, que llevan puestos los cascos con cuernos y han tomado los escudos del enemigo. Fue idea de Halt...

—¿Con qué propósito? —preguntó Arald con resolución, y Gilan se volvió hacia él, con una reverencia de disculpa al rey.

—Para engañar a Morgarath, milord —le respondió—. Él está esperando ver a los skandians atacarnos por la retaguardia, así que lo verá. Ése es el motivo por el cual los hombres han fingido incluso que estaban intentando detenerme.

»Nuestra caballería se encuentra justo detrás de la cima de los riscos. Lo que propone Halt es avanzar él mismo con los arqueros, obligándoos a daros la vuelta, a hacer frente a la retaguardia, y, con algo de suerte, al tiempo que Morgarath ataque con sus wargals, que tanto los arqueros como el grueso de vuestro ejército penetren por el centro y abran una vía que permita a la caballería atravesar y golpear a Morgarath cuando se encuentre al descubierto.

—¡Por Dios que es una gran idea! —dijo Duncan con entusiasmo—. Seguro que levantaremos tanto polvo y crearemos tal confusión que Morgarath no verá la caballería de Halt hasta que la tenga justo encima.

—En ese momento, milord, podemos desplegar la caballería pesada por ambas alas para golpear a los wargals en los flancos —el que hablaba entonces era sir David, cuya llegada había pasado desapercibida mientras Gilan explicaba el plan de Halt.

El rey Duncan vaciló durante un segundo o dos, tirándose de la corta barba. Luego hizo un gesto afirmativo con decisión.

—¡Hagámoslo! —dijo—. Caballeros, será mejor que pongáis vuestras órdenes en marcha de inmediato. Fergus, Arald, tomad una sección de la caballería pesada, uno al ala derecha y el otro a la izquierda, y estad preparados. Thorn, toma el mando de la infantería en el centro. Haz que griten, chillen bien alto y golpeen las espadas contra sus propios escudos conforme se aproximen esos «skandians». Haremos tanto ruido que parezca como una verdadera batalla. Tenlos preparados para abrirse a los lados a los tres toques de cuerno.

—Tres toques de cuerno. Entendido, milord —dijo Thorn, que clavó las espuelas en las ijadas de su caballo de combate y partió al galope a hacerse cargo de la infantería.

Duncan miró al resto de sus mandos.

—Vamos allá, caballeros, no tenemos mucho tiempo.

A su espalda, uno de sus asesores gritó:

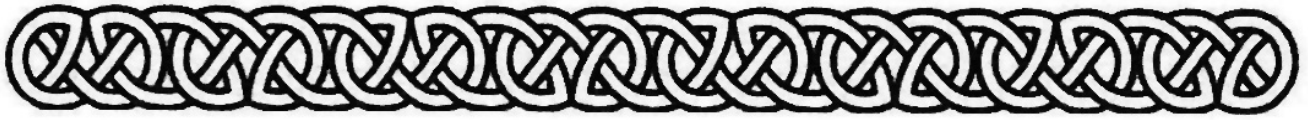
—¡Señor! ¡Los skandians están bajando por la colina!

Un segundo más tarde, otro hombre respondió al grito:

—¡Y los wargals están empezando a avanzar!

Duncan dedicó una sonrisa adusta a sus oficiales y dijo:

—Creo que ya va siendo hora de que le demos a Morgarath una pequeña sorpresa.



## Veintiocho

**D**esde su posición de mando en el centro de su ejército, Morgarath observaba la aparente confusión en las filas del rey. Los caballos galopaban de un lado a otro, los hombres daban vueltas sobre sí mismos y los gritos y chillidos llegaban a través de la llanura hasta el ejército de la Lluvia y la Noche.

Morgarath se irguió sobre los estribos. Podía apreciar el movimiento sobre los riscos en la distancia, al norte de los ejércitos del reino. Los hombres se estaban situando en formación y avanzaban. Aquella era la dirección desde la cual esperaba que apareciese Horth, pero con todo el polvo que estaban levantando los desplazamientos de las tropas le resultaba difícil ver los detalles.

Si bien el grueso del ejército de Morgarath lo formaban los wargals, cuyas mentes y cuyos cuerpos había esclavizado y sometido a su voluntad, el señor de las Montañas de la Lluvia y la Noche se había rodeado de un pequeño círculo de hombres a los que había permitido conservar las capacidades del pensamiento y la decisión. Traidores, criminales y marginados que provenían de todos los lugares del reino. El mal siempre atrae a los suyos, y en el círculo más próximo a Morgarath eran todos, sin excepción, malvados, depravados y de corazón tenebroso. Todos, no obstante, eran guerreros muy capaces y, la mayoría, asesinos despiadados.

En ese momento, uno de ellos llegó cabalgando junto a Morgarath.

—¡Mi señor! —gritó con una sonrisa que se abría paso en su rostro—. ¡Los bárbaros están a la espalda de las tropas de Duncan! ¡Y ya los están atacando!

Morgarath le devolvió la sonrisa al joven con esa mirada cortante de tan extendida fama.

—¿Seguro? —le preguntó con su voz aguda y uniforme.

El teniente vestido de negro asintió con seguridad.

—Se distinguen esos cascos ridículos suyos con cuernos y los escudos redondos, milord. No hay otros guerreros que los lleven.

Y aquello era cierto. Aunque algunos de los ejércitos del reino llevaban broqueles redondos, los escudos de los skandians eran enormes, de madera noble y tachonados con metal. Tenían más de un metro de diámetro y sólo los gigantescos skandians, tan

musculosos por el ejercicio a los remos a través de los mares invernales, podían soportar en la batalla el peso de aquellos escudos durante prolongados periodos de tiempo.

—¡Mirad, milord! —prosiguió el joven—. ¡El enemigo se da la vuelta para hacerles frente!

Y así lo parecía. Las primeras filas del ejército ante ellos se arremolinaban y daban vueltas en ese instante en completa confusión. El ruido y los gritos subieron de volumen. Morgarath miró a su derecha y vio la pequeña colina en la que el estandarte real indicaba que se encontraba el puesto de mando del enemigo. Unas siluetas a caballo señalaban en dirección al norte.

Sonrió una vez más. Su plan sería un éxito incluso sin las tropas que iban a cruzar por el puente sobre la Fisura. Tenía atrapado al ejército de Duncan entre la espada de los skandians y la pared de sus propios wargals.

—Avante —dijo en voz baja.

En ese momento, dado que el heraldo que tenía a su lado no había oído sus palabras, se giró hacia él con su rostro inexpresivo y le azotó en la cara con su fusta de acero recubierta de piel.

—Toca avante —le repitió a un volumen no más alto que el anterior.

El wargal, haciendo caso omiso del profundo dolor del corte del latigazo y de la sangre que le manaba de la herida en la frente y se le introducía en el ojo, levantó un cuerno, se lo llevó a los labios y tocó una escala ascendente de cuatro notas.

A lo largo de las líneas del ejército de wargals, los mandos de las compañías dieron un paso al frente, uno cada cien metros. Alzaron sus espadas curvas y gritaron los primeros rugidos del cántico de los wargals. Como una máquina sin cerebro, todo el ejército se adhirió al sonido de inmediato —esta vez, a un ritmo de trote lento—, y comenzó a avanzar.

Morgarath dejó que la primera docena de filas le adelantase y, a continuación, sus asistentes y él se unieron al avance junto con las tropas.

El señor de las Montañas de la Lluvia y la Noche sintió cómo iba respirando cada vez un poco más rápido y el pulso se le empezaba a acelerar. Éste era el momento que había planeado y esperado durante los últimos quince años. Allí arriba, en su tierra ventosa y barrida por la lluvia, había desarrollado su tropa de wargals hasta dar forma a un ejército que ninguna infantería podía derrotar. Sin una mente propia, prácticamente no podían sentir temor. Eran inexorables. Sufrirían unas bajas que ninguna otra tropa podría soportar y continuarían avanzando.

Sólo tenían una debilidad: hacer frente a la caballería. La elevada meseta no era lugar para los equinos y había sido incapaz de acondicionar sus mentes para que opusieran resistencia a soldados a caballo. Sabía que perdería gran cantidad de sus efectivos a manos de la caballería de Duncan, pero aquello no le importaba mucho. En una confrontación normal, la caballería del rey sería un factor decisivo en la batalla; sin embargo, ahora, dividida entre los wargals y los skandians a la carga, no

contarían con número suficiente para detenerle. Aceptó sin reparo el hecho de que la caballería de Duncan causaría una cantidad inmensa de bajas entre sus tropas. Su ejército no le importaba lo más mínimo, sólo le importaban sus planes y sus deseos.

Los miles de pies en danza levantaban el polvo y el cántico le rodeaba, un ritmo primitivo de odio y un mal implacable. Se echó a reír, en voz baja al principio, y después la risa fue haciéndose cada vez más sonora y más salvaje. Aquél era su día. Aquél era su momento. Aquél era su destino.

Malvado hasta el extremo, despiadado y con el alma envuelta en las tinieblas, era el señor de las Montañas de la Lluvia y la Noche. Y también era, sin lugar a dudas, un insensato.

—¡Más rápido! —gritó al tiempo que deslizaba su espadón fuera de la vaina y lo blandía después en inmensos círculos por encima de su cabeza.

Los wargals no necesitaban oír su orden, se encontraban unidos a él en un nexo mental inquebrantable. La cadencia del cántico aumentó y el ejército negro comenzó a moverse más y más aprisa.

Enfrente todo era confusión. El enemigo, que inicialmente se había vuelto para enfrentarse a los skandians, veía ahora cómo tomaba cuerpo una nueva amenaza a su espalda. Vacilaron y luego, por alguna razón inexplicable, respondieron al sonido de tres toques de un cuerno retirándose a ambos lados y abriendo un espacio en el corazón de sus líneas. Morgarath gritó triunfal. Iba a conducir a su ejército por aquel espacio y a dividir el ejército enemigo en dos, a separar el ala derecha de la izquierda. Una vez que se rompía la línea del frente de un ejército, éste perdía toda su cohesión y su control, y estaba más que medio derrotado. En aquel momento, envuelto en su pánico, el enemigo le estaba regalando la oportunidad perfecta de asestarle un golpe en la profundidad de sus entrañas. Incluso le habían dejado libre el camino hacia el puesto de mando, el pequeño grupo de jinetes que permanecían en lo alto de una colina bajo el estandarte real.

—¡A la derecha! —voceó Morgarath señalando con su espada el estandarte con un águila del rey Duncan.

Al igual que antes, los wargals oyeron la voz en su mente. Su ejército viró en dirección al pasillo libre. Entonces, por encima del cántico, Morgarath oyó el sonido de un leve retumbar. Un sonido inesperado.

Cascos de caballería.

La repentina duda en su mente se transmitió de manera instantánea a las mentes de sus soldados. El avance flaqueó un instante. En ese momento, entre maldiciones contra los wargals, los condujo de nuevo hacia delante. Pero ahí seguía el sonido de los cascos de los caballos, y ahora, observando entre las nubes de polvo que había levantado el ejército enemigo, pudo ver movimiento. Sintió una insoportable ola de temor y su tropa de wargals volvió a vacilar.

Y esta vez, antes de que pudiese azuzarlos para que avanzasen, pareció como si las cortinas de polvo se rasgasen y una cuña de caballería pesada, con toda la

armadura y a pleno galope, irrumpió ante sus ojos, a menos de cien metros de la línea frontal de su ejército.

No había tiempo para formar el tipo de cuadrado defensivo que sería la única esperanza de la infantería frente a un ataque de la caballería. La cuña blindada impactó contra la extensa línea frontal de los wargals, derribó la formación y llegó hasta el corazón de las tropas de Morgarath. Y cuanto más penetraban, más ancho se hacía el espacio que habían abierto, según la cuña dividía y separaba a los wargals, justo como Morgarath había estado planeando hacerle a su enemigo. Entonces Morgarath escuchó un largo y ascendente toque de cuerno en la distancia. Se alzó bien alto sobre los estribos, barrió con la mirada a derecha e izquierda y vio que más caballería se desplegaba partiendo de ambas alas del ejército de Duncan, en dirección a sus flancos, aplastando sus formaciones. Vagamente, advirtió que había expuesto a su ejército a la peor situación posible que podía haberse ingeniado: sorprendidos en campo abierto por toda la potencia de la caballería de Duncan.

Los wargals estaban enfrentándose al único tipo de ejército que podía infundir el temor en sus corazones, y Morgarath presintió el parpadeo de la derrota en las débiles ondas de sus cerebros. Intentó obligarles mentalmente, pero la barrera del miedo se encontraba incrustada en ellos con gran fuerza. Entre gritos de furia, les ordenó la retirada. A continuación, dio media vuelta a su caballo y, junto con sus esbirros, galopó de vuelta entre sus tropas, abriéndose paso con la espada.

En el Paso de los Tres Escalones se había producido una maraña desesperada de miles de wargals de la retaguardia que intentaban abrirse camino a través de la estrecha grieta en la roca. Allí no había vía de escape para él, aunque escapar era el último pensamiento en su cabeza...

Su único deseo en ese preciso momento era la venganza de quienes habían hecho que sus planes se derrumbaran y se hiciesen añicos. Situó sus tropas restantes en una formación defensiva semicircular, con las espaldas contra las rocas escarpadas que bloqueaban el paso hacia la meseta elevada.

Hirviendo de ira y frustración, intentó encontrar el sentido a lo que acababa de suceder. El ataque de los skandians se había desvanecido como si nunca hubiese tenido lugar. Y se dio cuenta de que nunca había sucedido. Los soldados que avanzaban bajando de los riscos llevaban cascos de skandians y escudos de skandians, pero aquello no había sido sino una artimaña para hacerle avanzar. El hecho de que llevasen los cascos y los escudos significaba que, en alguna parte, el ejército de Horth había caído. Eso sólo era posible si alguien había conducido una tropa de interceptación a través de la maraña impenetrable del bosque del Espino.

¿Alguien?

En lo más profundo de su mente, Morgarath sabía quién era ese alguien. No sabía cómo lo sabía. O por qué. Sabía que tenía que haber sido un montaraz y sólo había un montaraz capaz de hacerlo.

Halt.

Un odio amargo y oscuro le inundó el corazón. Por culpa de Halt, su sueño de quince años se estaba desmoronando ante sus ojos. Por culpa de Halt, no menos de la mitad de sus soldados wargals yacían destrozados en el polvo del campo de batalla.

Aquel día había perdido, lo sabía, pero se cobraría su venganza sobre Halt y estaba empezando a vislumbrar cómo.

Se volvió hacia uno de sus capitanes y le dijo:

—Prepara una bandera de tregua.





## Veintinueve

**E**l grueso del ejército del reino avanzó despacio por el caótico campo de batalla. Los apabullantes ataques de la caballería en tres frentes les habían proporcionado una victoria decisiva en el breve espacio de tiempo de unos minutos.

En la segunda línea del grupo de mando, Horace se encontraba a caballo junto a sir Rodney. El maestro de combate había elegido a Horace como acompañante, para que cabalgase a su izquierda, en reconocimiento por sus servicios al reino. Se trataba de un honor poco habitual para alguien que se encontraba en su primera batalla, pero sir Rodney pensó que el muchacho se lo tenía más que merecido.

Horace observó el campo de batalla con emociones encontradas. Por un lado, sentía una cierta decepción porque, hasta el momento, no le habían hecho intervenir. Por otro, en cambio, tenía una profunda sensación de alivio. La realidad de una batalla distaba mucho de los sueños que había albergado en su infancia. Él se imaginaba una batalla como aquélla al estilo de una serie de acciones cuidadosamente coordinadas, casi coreografiadas por parte de unos diestros guerreros que llevaban a cabo valerosos actos de caballería. Ni qué decir tiene que, en aquellos sueños, el guerrero más prominente y caballeroso en el campo de batalla era el propio Horace.

En cambio, había estado observando con cierto terror los mamporros, los tajos y las puñaladas de la reyerta de sangre, polvo y gritos que estaba teniendo lugar ante él. Hombres, wargals y caballos habían muerto y sus cuerpos quedaban desparramados ahora sobre el polvo de las llanuras de Uthal como una gran cantidad de muñecos de trapo esparcidos. Todo había sido rápido, violento y confuso. Miró entonces al maestro de combate. Su rostro serio le decía que aquello era así siempre.

Horace tenía la garganta seca e intentó aliviarla tragando saliva. Sintió una repentina punzada de duda. Se preguntaba, en caso de ser llamado a la lucha, si se quedaría paralizado por el miedo, sin más. Por primera vez en su vida le habían abierto los ojos y le habían hecho ver que la gente moría de verdad en las batallas. Y esta vez, él podía ser uno de ellos. Intentó tragar saliva una vez más, con el mismo resultado infructuoso que la última.

Morgarath y lo que quedaba de sus soldados se hallaban en una formación defensiva en la base de los despeñaderos. El terreno blando mantenía a cierta distancia a la caballería y no quedaba más opción que hacer avanzar a la infantería y terminar el trabajo en un mano a mano sangriento.

Cualquier comandante enemigo ya debería haber visto el inevitable resultado final y se habría rendido para salvar la vida de sus tropas restantes. Pero se trataba de Morgarath y ellos sabían que no habría negociaciones. Se armaron de valor para la desagradable tarea que tenían por delante. Sería una lucha cruenta y sin sentido, pero no había alternativa. De una vez por todas, el poder de Morgarath debía ser aniquilado.

—Sin embargo —dijo Duncan con seriedad conforme su primera línea se detenía a escasos cien metros del semicírculo defensivo de los wargals—, les daremos la oportunidad de rendirse.

Tomó aire, a punto de ordenar a su corneta que tocara un alto para parlamentar, cuando apreció movimiento en la primera línea del ejército wargal.

—¡Señor! —dijo Gilan—. ¡Sacan una bandera de tregua!

Los líderes del reino de Araluen observaron sorprendidos cómo se desplegaba una bandera blanca que portaba un soldado wargal de infantería. Avanzó a terreno abierto y desde la profundidad de las filas del ejército de Morgarath resonó un cuerno, cinco notas ascendentes: la señal universal para solicitar parlamento. El rey Duncan hizo un leve gesto de sorpresa, vaciló y a continuación realizó una indicación a su corneta.

—Supongo que será mejor que escuchemos lo que tiene que decir —opinó—. Responde.

El corneta se humedeció los labios y tocó una respuesta afirmativa: una secuencia de cuatro notas descendentes.

—Será alguna clase de truco —dijo Halt con expresión adusta—. Morgarath enviará a algún heraldo a hablar mientras intenta escapar. Y él...

Su voz decayó mientras volvían a abrirse las filas de los wargals y salía una figura a caballo. Inmensamente alta y delgada, vestida con una armadura negra y un yelmo con la forma del pico de un ave, sin duda alguna era Morgarath en persona. La mano derecha de Halt se dirigió de manera instintiva al carcaj que colgaba de su espalda y, en menos de un segundo, una flecha de gran calibre, para atravesar armaduras, descansaba ya sobre la cuerda de su arco.

El rey Duncan captó su movimiento.

—Halt —dijo bruscamente—, he accedido a una tregua y tú no me obligarás a romper mi palabra, ni siquiera ante Morgarath.

El toque de corneta simbolizaba un compromiso de no agresión, y Halt devolvió de mala gana la flecha al carcaj. Duncan lanzó una mirada fugaz al barón Arald con la indicación de que vigilase muy de cerca al montaraz. Halt no se inmutó. Si decidía atravesar el corazón de Morgarath con una flecha, ni el barón Arald ni nadie sería lo

bastante rápido para detenerle.

Lentamente, la silueta de buitre a lomos del caballo blanco avanzó con el wargal portador del estandarte abriendo camino. Un murmullo grave se extendió por las filas del ejército del reino conforme veían por vez primera al hombre que durante los quince años anteriores había supuesto una amenaza constante para sus vidas y su bienestar. Morgarath se detuvo a unos treinta metros de sus filas. Podía distinguir el grupo del rey en el lugar al que se había desplazado para encontrarse con él. Entrecerró los ojos cuando avistó la pequeña figura encorvada con una capa gris sobre un poni lanudo.

—¡Duncan! —gritó atravesando el silencio repentino con su aguda voz—. ¡Exijo mis derechos!

—No tienes derechos, Morgarath —respondió el rey—. Eres un rebelde, un traidor y un asesino. Ríndete ahora y perdonaremos la vida a tus hombres. Ése es el único derecho que te garantizo.

—¡Exijo el derecho de un juicio en combate singular! —le gritó Morgarath haciendo caso omiso de las palabras del rey, y prosiguió con desprecio—: ¿O es que eres demasiado cobarde para aceptar el desafío, Duncan? ¿Dejarás que mueran miles de tus hombres mientras tú te escondes tras ellos? ¿O dejarás que sea el destino quien decida hoy?

Por un momento, Duncan se vio sorprendido con la guardia baja. Morgarath esperó en silencio, sonriendo para sus adentros. Podía imaginar los pensamientos que pasaban por la cabeza del rey y sus consejeros. Había ofrecido un posible desarrollo de la situación que salvaría la vida de miles de sus soldados.

Arald desplazó su caballo junto al del rey y le dijo con enfado:

—No puede exigiros privilegios de un caballero. Se merece la horca. Nada más.

Algunos murmuraron su acuerdo.

—Y sin embargo... —dijo Halt con calma, y todos volvieron hacia él—, esto podría resolver el problema al que nos enfrentamos. Los wargals están ligados mentalmente a la voluntad de Morgarath. Ahora que no podemos emplear la caballería, seguirán luchando mientras él desee que lo hagan, y con ello matarán a miles de nuestros hombres. Pero si Morgarath cayese derrotado en combate singular...

Duncan, vacilante, torció el gesto.

—No sabemos si... —empezó a decir, pero sir David le interrumpió.

—Sin duda, señor, merece la pena intentarlo. Morgarath se ha pasado de listo con esta maniobra, creo yo. Sabe que no nos podemos negar ante la oportunidad de acabar con esto en combate singular. Hoy se la ha jugado y ha perdido y está claro que pretende retaros a vos: mataros como acto último de venganza.

—¿Dónde quieres ir a parar? —le preguntó Duncan.

—Como real maestro de combate, yo puedo responder a cualquier desafío que os hagan a vos, milord.

Se produjo un breve murmullo ante aquello. Morgarath podía constituir un oponente peligroso, pero sir David era el caballero de justa más destacado del reino. Al igual que su hijo, había recibido el adiestramiento de MacNeil, el mítico maestro de esgrima, y su habilidad en el combate singular era legendaria. Prosiguió con entusiasmo.

—Morgarath está haciendo uso de las normas de la caballería para conseguir una oportunidad de mataros, señor. Obviamente, se le ha pasado por alto el hecho de que, como rey, podéis ser representado por un campeón. Concededle el derecho de desafío y, a continuación, permitidme aceptarlo.

Duncan valoró la idea. Miró a sus consejeros y vio un asentimiento a disgusto. De repente se decidió.

—Muy bien —dijo por fin—. Aceptaré su derecho de desafío, pero nadie, absolutamente nadie, dirá palabra de aceptación alguna, sólo yo. ¿Está claro?

Sus consejeros hicieron gestos afirmativos. Una vez que se procedía a aceptar, la decisión era vinculante. Duncan se irguió sobre los estribos de su silla de montar y levantó la voz dirigiéndose al negro y siniestro personaje.

—Morgarath —dijo Duncan—, aunque pensamos que has perdido cualquier derecho que hayas tenido como caballero, adelante, formula tu desafío. Como tú dices, que sea el destino el que decida.

Una sonrisa recorrió en ese momento el rostro de Morgarath, sin intentar ocultarla de aquellos que le observaban. Sintió una fulgurante ola triunfal en el pecho y, enseguida, una fría corriente de odio le invadió según miraba directamente a la pequeña figura de apariencia insignificante a la espalda del rey.

—Entonces, dado que es mi derecho ante Dios —dijo con cuidado, asegurándose de utilizar la exacta fórmula ancestral del desafío—, y ante todos los aquí presentes, así, para demostrar que mi causa es justa, yo lanzo mi desafío a... —no pudo evitar el suspense y saborear el momento durante un segundo— ¡Halt el montaraz!

Se produjo un silencio de asombro. Luego, al tiempo que Halt espoleaba a su caballo hacia delante para responder, el cortante grito de Duncan le detuvo con un «¡No!». Sus ojos brillaban con ferocidad.

—Me arriesgaré, milord —le dijo con su gesto adusto, pero Duncan extendió un brazo para impedirle que siguiese avanzando.

—Halt no es un caballero. No puedes desafiarle —le gritó con urgencia.

Morgarath se encogió de hombros.

—En realidad, Duncan, puedo desafiar a cualquiera. Y cualquiera me puede desafiar a mí. Como caballero, no tengo la obligación de aceptar ningún desafío, a menos que me lo lance otro caballero, pero puedo hacerlo. Y puedo elegir a quién desafío.

—¡Halt tiene prohibido aceptar! —dijo Duncan, furioso.

Morgarath soltó una risa aguda.

—Entonces, Halt, ¿te sigues escabullendo y escondiendo? —dijo con desdén—.

Como todos los montaraces. Por cierto, ¿he mencionado que tengo prisionero a uno de tus mocosos?

Él sabía que el Cuerpo de Montaraces era un grupo muy unido y albergaba la esperanza de enfurecer a Halt con la noticia de que había capturado a uno de sus aprendices.

—Es tan pequeño que casi lo desechamos —prosiguió Morgarath—. En cambio, he decidido quedármelo para torturarlo. Eso hará que tengamos un espía fisgón y escurridizo menos en el futuro.

Halt sintió que se quedaba lívido. Sólo había una persona de la que podía estar hablando Morgarath. Furioso, hizo que *Abelard* avanzase.

—¿Tienes a Will? —le preguntó con un tono de voz tranquilo aunque cortante.

Morgarath volvió a sentir aquella ola triunfal. ¡Mejor incluso de lo que había pensado! Resultaba obvio que el mocosito montaraz tenía una relación cercana con Halt. Una repentina sensación de euforia se apoderó de él. ¿Sería posible que fuera el aprendiz del mismísimo Halt? De golpe, de algún modo, supo que aquélla era la verdad.

—Sí, Will está con nosotros —le respondió—, pero no por mucho tiempo, claro.

Halt sintió un ataque de ira y odio hacia la figura de buitre que tenía frente a él. Unas manos intentaron detenerle pero él hizo avanzar su caballo para encararse con Morgarath.

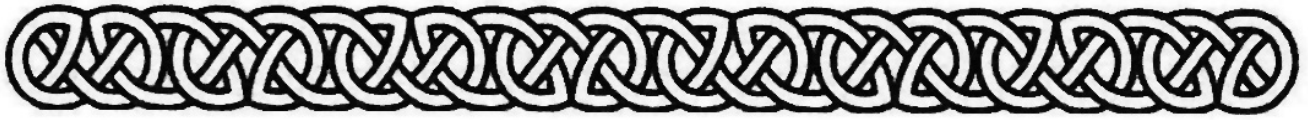
—Entonces, Morgarath, sí...

—¡Halt! ¡Te ordeno que te detengas! —le gritó el rey, ahogando el sonido de la voz de Halt.

Pero en ese instante todas las miradas se centraron en un movimiento repentino que se produjo desde la segunda línea de las tropas. Una figura a caballo irrumpió en el espacio abierto y cubrió la distancia hasta Morgarath en un suspiro. El señor de las Montañas de la Lluvia y la Noche intentó alcanzar su espada, pero se percató de que el recién llegado tenía envainada la suya y no la empuñaba. En cambio, llevó el brazo derecho hacia atrás y arrojó el guante a la delgada cara de Morgarath.

—¡Morgarath! —bramó su voz joven y temblorosa—. ¡Te desafío a un combate singular!

Acto seguido, volviendo su caballo para distanciarse unos pasos, Horace aguardó la respuesta de Morgarath.



## Treinta

**W**ill y Evanlyn nunca supieron qué fue lo que causó la ola de indecisión en los wargals que rodeaban su pequeño grupo. De hecho, se había producido en el momento en que Morgarath se percataba de que había caído en la trampa de exponer su ejército a la caballería de Duncan. El escalofrío súbito de temor que recorrió su mente se había comunicado de inmediato a las de todos sus esclavos.

Los dos cautivos y los cuatro skandians notaron la inquietud repentina y las dudas en la veintena de guerreros wargal que se habían quedado con ellos de guardia. Erak miró con rapidez a sus hombres con la sensación de tener una oportunidad. Hasta ese momento, no les habían desarmado. Las probabilidades de cuatro contra veinte eran demasiado escasas incluso para unos skandians, y a los wargals se les había dicho que los retuviesen, no que les quitasen las armas.

—Está pasando algo —masculló el jarl skandian—. Preparaos. Todos.

Con mucha discreción, el grupo se aseguró de que sus armas quedasen libres y en guardia para la acción. Entonces, el momento de indecisión se convirtió en un temor palpable, auténtico, entre los wargals. Morgarath acababa de ordenar la retirada general y los de la retaguardia no fueron capaces de distinguir entre ellos mismos y las tropas de primera línea del frente, para quienes iba destinada la orden. Más de la mitad de los wargals que custodiaban al grupo salió corriendo sin más. Un sargento al que aún le quedaba un vestigio de pensamiento independiente, sin embargo, lanzó un rugido de aviso a su sección, ocho en total. Mientras sus compañeros se empujaban y se peleaban por abrirse camino hacia el acceso abarrotado al Paso de los Tres Escalones, los ocho soldados restantes mantuvieron su posición.

Pero, aun así, estaban nerviosos y distraídos, y Erak decidió que no se le iba a presentar una oportunidad mejor que aquella.

—¡Ahora, muchachos! —vociferó, y trazó un arco bajo con su hacha de doble hoja contra el sargento wargal. La bestia intentó alzar su pica de hierro en un gesto defensivo, pero fue demasiado lento por una fracción de segundo. El hacha atravesó su armadura y él cayó al suelo.

A la vez que Erak iba en busca de otro oponente, sus hombres se abalanzaron sobre el resto de la tropa de wargals. Escogieron el momento en el que la mente de Morgarath lanzaba otra orden a sus soldados, la de retirarse y formar en una posición defensiva. La confusión de las órdenes en sus cabezas los convirtió en blancos fáciles para los skandians y cayeron uno detrás de otro. El resto a su alrededor, pendiente de escapar a través del Paso de los Tres Escalones, no advirtió la breve y sangrienta escaramuza.

Erak miró en derredor con una cierta satisfacción mientras limpiaba la hoja de su hacha con una prenda que había tomado de uno de los wargals muertos.

—Eso está mejor —dijo con efusividad—. Ya hace unos cuantos días que tenía ganas de hacer esto.

Pero los wargals no habían dejado a su grupo indemne. Mientras él hablaba, Nordel se tambaleó y se apoyó lentamente sobre una rodilla. El brillo de la sangre manchaba la comisura de sus labios y su mirada de impotencia se hallaba fija en su líder. Erak fue a su lado y se dejó caer de rodillas.

—¡Nordel! —gritó—. ¿Dónde te han herido?

Pero Nordel apenas si era capaz de articular palabra. Se agarraba el costado derecho, donde el chaleco de piel de borrego ya dejaba ver una gran mancha de sangre. El espadón que constituía su arma favorita se le había resbalado de las manos. Tenía los ojos muy abiertos, invadidos por el miedo, e intentaba alcanzarlo pero se encontraba fuera de su alcance. Rápidamente, Horak recogió el espadón y lo puso en su mano. Nordel le hizo un gesto de agradecimiento y se dejó caer lentamente hasta quedar sentado. El miedo había desaparecido de sus ojos. Will sabía que los skandians creían que un hombre debe morir empuñando su arma si no quiere que su alma vague atormentada para toda la eternidad. Ahora que tenía su espada sujeta con firmeza, Nordel no tenía miedo a la muerte. Débil, se despidió de ellos.

—Marchaos —dijo recobrando por fin la voz—. Para mí... se acabó... marchaos hacia los barcos.

Erak hizo un gesto afirmativo rápido.

—Tiene razón —dijo mientras se levantaba del suelo junto a su amigo—. No podemos hacer nada por él.

Los demás asintieron y Erak agarró primero a Will y después a Evanlyn y de un empujón los puso a caminar delante de él.

—Vamos, los dos —dijo con brusquedad—, a menos que queráis quedaros aquí hasta que vuelva Morgarath.

Y muy juntos, moviéndose en un grupo compacto, los cinco se abrieron paso a empujones a través del remolino multitudinario de wargals que intentaba desplazarse en sentido contrario.

Morgarath sintió en la cara el escozor causado por el impacto del pesado guante de

cuero. Furioso, se volvió para mirar fijamente al retador que le había estropeado el plan. Entonces permitió de nuevo que esa sutil sonrisa suya volviera a recorrerle el rostro.

Vio que el aspirante a contendiente no era más que un crío. Grandullón, cierto es, y musculoso, pero aquel tierno rostro bajo el sencillo casquete cónico no podía tener más de dieciséis años.

Antes de que los perplejos miembros del consejo real pudieran reaccionar, respondió con prontitud:

—¡Acepto el desafío!

Se adelantó un segundo al furioso grito de Duncan.

—¡No! ¡Lo prohíbo! —exclamó, y consciente de que era demasiado tarde, apeló a Morgarath—: Por lo que más quieras, Morgarath, es sólo un muchacho, ya lo ves. Un aprendiz. ¡No puedes aceptar su desafío!

—Muy al contrario —replicó Morgarath—. Como acabo de señalar, tengo tal derecho y, como bien sabes, una vez que un desafío se lanza y se acepta, no cabe la retirada.

Y se hallaba en lo cierto, por supuesto. Las estrictas reglas de la caballería, a las cuales todos ellos habían jurado solemnemente someterse, decretaban justo eso. Morgarath sonreía en ese instante al muchacho que se encontraba junto a él. Lo haría trizas, y la rápida muerte del crío serviría para enfurecer aún más a Halt.

Éste, mientras tanto, observaba al señor de las Montañas de la Lluvia y la Noche con los ojos entornados.

—Morgarath, considérate hombre muerto —masculló.

Halt sintió una mano firme en su brazo y se volvió para encontrarse con la adusta mirada de sir David. El maestro de combate había desenvainado la espada y la hacía descansar sobre su hombro derecho.

—El muchacho tendrá que aprovechar sus oportunidades, Halt —le dijo.

—¿Sus oportunidades? ¡No tiene ninguna! —respondió Halt.

Sir David reconoció el hecho con tristeza.

—Sea como sea, no puedes interferir en este combate. Te detendré en el momento en que siquiera piense que vas a intentarlo. No me obligues a hacerlo. Hace mucho tiempo que somos amigos.

Sostuvo la furiosa mirada de Halt durante unos segundos y después el montaraz accedió con amargura. Sabía que el caballero no le estaba engañando. La ética de la caballería lo era todo para él.

La acción que se desarrollaba en segundo plano no había pasado desapercibida para Morgarath. Confiaba en que, en el preciso momento en que cayese el chico, Halt aceptaría su desafío original, con órdenes o sin órdenes del rey. Y entonces, al menos, Morgarath conocería la satisfacción de matar a su viejo y odiado enemigo antes de que todo su mundo se viniese abajo.

A continuación se volvió hacia Horace.



—¿Qué armas, chico? —le dijo en un tono insultante—. ¿Cómo prefieres luchar?

El rostro de Horace estaba lívido y tenso por el miedo. Por un instante, la voz se le quedó atrapada en la garganta. No estaba seguro de qué se le había metido en la cabeza cuando salió al galope y lanzó el desafío. Sin duda, no era algo que hubiese planeado. La ira parecía haberse adueñado de él y de pronto se encontraba allí, delante de todo el ejército y lanzándole el guante a la sorprendida cara de Morgarath. Pensó entonces en la amenaza de éste hacia Will y en cómo se había visto él obligado a abandonar a su amigo en el puente, y entonces consiguió por fin hablar.

—Tal como estamos —dijo.

Ambos llevaban espadas. Además, el largo escudo de Morgarath con forma de lágrima colgaba de su silla de montar y Horace cargaba con su escudo redondo atado a la espalda. Pero la espada de Morgarath era un mandoble, unos treinta centímetros más larga que la espada regular de caballería que portaba Horace. Morgarath se volvió para gritar de nuevo a Duncan.

—El mocoso escoge luchar tal y como estamos. Supongo que te atenderás a las reglas de conducta, ¿no, Duncan? —le dijo.

—Lucharéis sin que nadie os moleste —admitió Duncan en un tono amargo, pues aquéllas eran las reglas de un combate singular.

Morgarath asintió y realizó una reverencia de burla en dirección al rey.

—Sólo has de asegurarte de que ese asesino de Halt, el montaraz, lo entiende —dijo prosiguiendo con su plan de poner a Halt furioso—. Me consta que sus conocimientos de las reglas de los caballeros son muy limitados.

—Morgarath —dijo Duncan fríamente—, no intentes hacernos creer que lo que estás haciendo tiene algo que ver con la verdadera caballería. Te pido una vez más que le perdones la vida al muchacho.

Morgarath fingió una expresión de sorpresa.

—¿Perdonarle la vida. Vuestra Majestad? Es todo un muchachote, crecido para su edad. Quién sabe, quizás te equivocarías menos si le pidieses a él que me perdonase la vida a mí, ¿no?

—Si deseas insistir en el asesinato, es tu decisión, Morgarath. Pero ahórranos tu sarcasmo —dijo Duncan.

De nuevo, Morgarath realizó su burlona reverencia y, a continuación, al tiempo que miraba hacia atrás, le dijo a Horace con indiferencia:

—¿Estás listo, chico?

Horace tragó saliva y asintió.

—Sí —dijo.

Fue Gilan quien vio lo que se avecinaba y consiguió dar un grito de advertencia justo a tiempo. El inmenso espadón se había deslizado de su vaina a una velocidad increíble y Morgarath lo lanzó con un golpe de revés hacia el muchacho, que se encontraba junto a él. Avisado por el grito, Horace se agazapó a un costado y la hoja siseó a unos centímetros por encima de su cabeza.

En el mismo movimiento, Morgarath le había clavado las espuelas a su pálido caballo y ya se alejaba galopando, mientras alcanzaba su escudo y se lo colocaba en el brazo izquierdo. Su risa burlona llegó hasta los oídos de Horace conforme se recobraba.

—¡Empecemos entonces! —Rió, y Horace notó cómo se le secaba la garganta mientras tomaba conciencia de que ahora luchaba por su vida.



## Treinta y uno

**M**orgarath azuzaba, a su caballo describiendo un gran círculo para conseguir espacio. Horace sabía que en breve daría la vuelta y se encontraría cargando contra él, y que utilizaría tanto la fuerza de su espada como la inercia de la carga para intentar desmontarle de la silla.

Guió su caballo con las rodillas y tomó la dirección contraria balanceando el escudo de la posición en la que colgaba a su espalda y deslizando el brazo izquierdo a través de las cintas de sujeción. Miró hacia atrás por encima del hombro y vio cómo Morgarath, a unos ochenta metros, espoleaba a su caballo para que avanzase a la carga. Horace clavó las espuelas en las ijadas de su montura e hizo que girase para enfrentarse a la figura vestida de negro.

El sonido de ambos grupos de cascos se solapó, se fundió y después volvió a solaparse conforme los jinetes cargaban el uno contra el otro a gran velocidad. Consciente de que su enemigo tenía la ventaja del alcance, Horace decidió dejarle dar el primer golpe para, a continuación, intentar un contraataque según pasaba. Ya se encontraban prácticamente el uno encima del otro cuando Morgarath se levantó de pronto sobre sus estribos y, desde su altura, soltó un golpe descendente al muchacho. Horace, que se esperaba tal movimiento, levantó su escudo.

La fuerza del golpe de Morgarath fue devastadora. La espada llevaba el peso de la inmensa estatura de Morgarath, la fuerza de su brazo y la inercia del galope de su caballo. Con una sincronización perfecta, había canalizado todas aquellas fuerzas independientes y las había dirigido a su espada al tiempo que ésta hendía el aire. Horace jamás había sentido en su vida una fuerza destructiva semejante. Los espectadores hicieron un gesto de dolor al oír el estrépito del choque de la espada contra el escudo y al ver que Horace se tambaleaba bajo el poderoso golpe, que casi lo arrancó de la silla en la primera pasada.

Toda idea de un contraataque había quedado descartada en ese momento. Todo cuanto pudo hacer fue recobrar su postura en la silla mientras que su caballo patinaba en sentido lateral después de que la montura de Morgarath, adiestrada para la batalla, soltase una cox con los cuartos traseros.

El brazo izquierdo de Horace, el brazo del escudo, se había quedado completamente entumecido por la terrible fuerza del golpe. Lo sacudió varias veces mientras se alejaba a caballo y lo movió en círculos para recuperar algo de sensibilidad. Finalmente, sintió un dolor débil que parecía extenderse a todo lo largo de la extremidad. Ahora sí conocía el verdadero miedo. Ignoraba la forma de contrarrestar la fuerza aplastante de los mandobles de Morgarath. Se dio cuenta de que todo su adiestramiento, toda su práctica, no era nada en comparación con los años de experiencia de Morgarath.

Se volvió para hacerle frente y arrancó de nuevo. En el primer cruce, se habían encontrado escudo contra escudo. Esta vez, vio que su oponente estaba orientándose para pasar por su lado derecho —el brazo de la espada—, y se percató de que el golpe no aterrizaría sobre el escudo. Tendría que bloquearlo con la espada. Sentía la boca seca mientras avanzaba al galope e intentaba recordar desesperadamente lo que Gilan le había enseñado.

Pero Gilan jamás le preparó para enfrentarse a una fuerza tan abrumadora. Era consciente de que no podía correr el riesgo de agarrar la espada con menos fuerza y apretar más en el momento del impacto. Tenía los nudillos blancos en la empuñadura de su arma; de pronto, Morgarath se hallaba encima de él y el espadón describió un arco brillante en dirección a su cabeza. Horace levantó su espada para pararlo, justo a tiempo.

El poderoso choque y el chirrido del acero contra el acero pusieron los nervios de punta a los observadores. Otra vez, Horace se balanceó sobre la silla por la fuerza del golpe. El brazo derecho se le entumeció desde la yema de los dedos hasta el codo. Era consciente de que tenía que salir de ese ciclo de tremendos golpes, pero no se le ocurría cómo.

Oyó el sonido de los cascos muy cerca de él, a su espalda, y al darse la vuelta vio que Morgarath no había continuado ahora para ganar terreno hacia otra carga, sino que, en cambio, había vuelto grupas a su caballo, sacrificando la fuerza adicional que se ganaba en la carga en beneficio de un ataque rápido a continuación. El espadón volvió al ataque.

Horace tiró de las riendas, detuvo su montura sobre los cuartos traseros y giró en redondo para recibir la espada de Morgarath con el escudo. La fuerza que llevaba en esta ocasión era algo menos devastadora, pero no mucho. Horace lanzó su espada un par de veces al señor de los wargals, un golpe directo y un revés. Blandir su espada, más corta y más ligera, era más rápido que hacerlo con el poderoso mandoble, pero aún tenía el brazo derecho entumecido del quite anterior y sus ataques llevaban poco peso. El escudo de Morgarath los desvió con facilidad, casi con desprecio, y volvió a atacar a Horace con otro descendente por encima de la cabeza, levantado sobre los estribos para descargarlo con más potencia.

Una vez más, el escudo de Horace recibió la fuerza del golpe de la espada. Aquel trozo redondo de acero estaba casi doblado por la mitad por el efecto de los dos

terribles golpes que había recibido. Más de lo mismo y quedaría prácticamente inservible, pensó. Aún sobre la silla a duras penas, espoleó a su caballo para alejarse de Morgarath.

Su respiración era rápida y profunda y el sudor le cubría la cara. Sabía que el sudor lo causaban tanto el miedo como el esfuerzo. Sacudió la cabeza con desesperación para despejarse la vista. Morgarath cabalgaba de nuevo hacia él, Horace tiró de la brida de su caballo hacia la izquierda, cambió de dirección en el último momento y se cruzó en el camino de la montura de Morgarath para tratar de evitar el enorme espadón. Morgarath lo vio venir y varió a un golpe de revés que aterrizó contra el borde del escudo de Horace.

El mandoble mordió bien profundo el acero del escudo y se quedó encajado. Horace aprovechó el momento, se levantó en los estribos y descargó un descendente sobre Morgarath. El escudo negro se alzó una fracción de segundo tarde y el golpe de Horace rebotó en el yelmo negro. Sintió el impacto en todo el brazo, pero esta vez le gustó el temblor. Lanzó otro golpe mientras Morgarath tiraba una y otra vez para liberar su espada.

Morgarath recibió este ataque con el escudo, pero, por vez primera, Horace consiguió cargar su golpe con algo de autoridad, y el señor de las Montañas de la Lluvia y la Noche soltó un gruñido al balancearse sobre la silla. El escudo bajó apenas unos centímetros.

En ese momento, Horace aprovechó la hoja más corta de su espada para arremeter por el hueco que se había abierto entre el escudo y el cuerpo y dirigió la punta a las costillas de Morgarath. Por un instante, los espectadores sintieron un fugaz rayo de esperanza, pero la armadura negra aguantó la estocada, que había partido desde una posición demasiado próxima y llevaba poca fuerza. Sin embargo, hirió a Morgarath, le rompió una costilla bajo la cota de malla, y éste maldijo por el dolor y sacudió su espada otra vez.

Y entonces, el desastre.

Debilitado por los aplastantes golpes que Morgarath había asestado sobre él, el escudo cedió sin más. El tremendo espadón quedó por fin libre y, al hacerlo, rajó las tiras de cuero que sujetaban el escudo al brazo de Horace. El acero abollado y maltrecho salió volando y dando vueltas por el aire. Horace volvió a tambalearse sobre la silla, tratando a toda costa mantener el equilibrio. Morgarath, que estaba demasiado cerca para desplegar el brazo y utilizar el filo de la espada, estampó la empuñadura del mandoble en el lateral del casquete del muchacho y los espectadores exclamaron consternados al caer Horace del caballo.

Se le quedó enganchado el pie en el estribo, y el caballo aterrorizado, le arrastró al galope unos veinte metros. Por extraño que parezca, este hecho probablemente le salvó la vida pues le llevó fuera del alcance del mortífero espadón. Consiguió por fin liberar el pie de una patada y rodó por el suelo con la espada aún sujeta en la mano derecha.

Tambaleándose, logró ponerse en pie, con los ojos llenos de sudor y polvo. Entrevió la figura de Morgarath que volvía a la carga contra él. Asió su espada con las dos manos y bloqueó el tajo inferior del mandoble, pero la fuerza que llevaba le hizo caer de rodillas. El vuelo de uno de los cascos traseros del caballo le impactó en las costillas y se fue de nuevo al suelo conforme Morgarath se alejaba al galope.

Un halo de silencio se había apoderado de los asistentes. Los wargals se mostraban impasibles ante el espectáculo mientras que el ejército del reino observaba el desequilibrado combate enmudecido por el pánico. Todos sabían que el final era inevitable.

Lentamente, dolorido, Horace recuperó la verticalidad a una vez más. Morgarath volvió grupas y se preparó para otra pasada. Horace observó cómo se aproximaba, consciente de que aquella contienda sólo tenía un resultado posible. Una idea desesperada iba tomando cuerpo en su cabeza al tiempo que el pálido caballo atronaba en su avance hacia él, y se orientó hacia su derecha con el fin de dejar espacio a Morgarath para atacarle con la espada. Horace no tenía ni idea de si su armadura le protegería de lo que tenía en mente. Podía acabar muerto. Entonces, sin ganas, rió para sus adentros. Iba a acabar muerto de todos modos.

Se puso en tensión, preparado. El caballo se encontraba casi encima de él, escorado a su derecha para permitir el ataque de Morgarath. Justo en los últimos metros, Horace se abalanzó hacia la derecha y se arrojó a propósito bajo las patas delanteras del caballo de combate.

Un fuerte grito se elevó entre los asistentes cuando, por unos instantes, la escena quedó velada por un torbellino de polvo. Horace sintió el golpe de una pezuña en la espalda, entre los omoplatos, y a continuación vio un breve fogonazo rojo cuando otra le impactó en pleno casquete, le rompió la cinta que lo sujetaba y se lo arrancó de la cabeza. Después sintió más golpes de los que fue capaz de contar, y el mundo a su alrededor se transformó en un borrón de dolor, polvo y, sobre todo, ruido.

El animal, que no estaba preparado para una acción suicida como aquella, intentó evitarle a la desesperada. Sus patas delanteras se cruzaron y rodó por el suelo en una maraña de patas y pezuñas. Morgarath, que consiguió soltarse de los estribos a tiempo, salió volando por encima del cuello del animal y aterrizó en el suelo. El mandoble se le cayó de las manos.

Con un relincho de furia y terror, el caballo blanco se puso en pie, pateó de nuevo a la figura tendida boca abajo que había causado su revolcón y se alejó al trote. Horace gruñó de dolor e intentó incorporarse. Se arrodilló y de una forma vaga oyó los crecientes gritos de aliento del ejército que observaba.

Las voces de ánimo se fueron apagando conforme la inmóvil figura de negro que se encontraba a unos metros de distancia comenzó también a moverse.

Morgarath se había quedado sin aire, nada más. Inhaló de golpe una gran bocanada y se incorporó. Miró a su alrededor, divisó el espadón medio enterrado en la arena y fue a recuperarlo. A Horace se le vino el alma a los pies al ver que aquella

espigada silueta negra, recortada entonces contra el sol bajo del atardecer, comenzaba a avanzar hacia él a grandes zancadas. Desesperadamente, Horace agarró su espada y se puso en pie. Morgarath había tirado su escudo negro triangular y ganaba terreno con el mandoble cogido a dos manos. Horace, con un punzante dolor en cada centímetro de su cuerpo, se mantuvo firme para hacerle frente.

Otra vez se produjo aquel enervante chirrido del acero. Morgarath lanzó una lluvia de golpes, uno detrás de otro, sobre la espada del muchacho. Como pudo, el aprendiz desvió y bloqueó a diestro y siniestro. Sin embargo, con cada descarga brutal se resentía la fuerza de sus brazos. Comenzó a retroceder, pero Morgarath continuó golpeando la defensa de Horace mazazo tras mazazo.

Y entonces, mientras Horace dejaba caer la punta de su espada, incapaz de hallar la fuerza para sostenerla por más tiempo, el enorme mandoble de Morgarath descendió con un silbido una vez más, golpeó contra la espada y partió la hoja en dos.

Retrocedió con una sonrisa de crueldad en la cara mientras Horace miraba fijamente, enmudecido, la espada rota que pendía de su mano derecha.

—Creo que ya casi hemos terminado —dijo Morgarath en su voz baja y uniforme.

Horace aún miraba su espada inservible. De forma casi inconsciente, su mano izquierda se deslizó hacia su daga y la extrajo de la vaina. Morgarath vio la jugada y se rió.

—No me parece que eso te vaya a servir de mucho —dijo con sorna.

A continuación, de un modo pausado, levantó su espadón por detrás de la cabeza para asestar un golpe descendente final que partiese a Horace por la mitad.

Fue Gilan quien se dio cuenta de lo que iba a pasar, justo un segundo antes de que sucediera.

—Dios mío, va a... —dijo lentamente, y sintió un ridículo rayo de esperanza.

El mandoble inició su arco descendente, cortaba el aire, y entonces, aunando sus energías en un último esfuerzo, Horace dio un paso al frente y cruzó las dos hojas, levantadas, con la daga haciendo de soporte de la espada rota.

Las hojas entrelazadas recibieron el impacto del poderoso ataque de Morgarath, pero Horace se había acercado al hombre de negro de manera que redujo la inercia del largo mandoble y la fuerza del golpe. La espada de Morgarath resonó contra la cruz que formaban las dos hojas.

Las rodillas flexionadas de Horace aguantaron y, durante un momento, ambos quedaron enganchados, pecho contra pecho. Horace podía distinguir la perplejidad furiosa en el rostro de aquel hombre demente que se preguntaba cómo había llegado hasta esa situación. Luego la furia se tornó sorpresa y Morgarath sintió una ardiente y profunda punzada que se extendía por todo su cuerpo. Horace había liberado la daga y, con todas las fuerzas que le restaban, atravesaba la cota de malla de Morgarath y la guiaba hasta su corazón.

Lentamente, el señor de las Montañas de la Lluvia y la Noche se fue encogiendo

y cayó al suelo hecho un ovillo.

Los espectadores quedaron sobrecogidos en un silencio que duró algunos segundos. Luego, estallaron los vítores.





## Treinta y dos

Lo que unos minutos antes había sido un campo de batalla, se había transformado ahora en confusión. El ejército wargal, liberado de forma automática del control mental de Morgarath, se arremolinaba a ciegas de un lado para otro, a la espera de que alguna fuerza les dijese qué debían hacer a continuación. Toda sensación de agresividad los había abandonado y la mayoría de ellos dejaba caer las armas sin más y vagaba por los alrededores. Otros se sentaban y cantaban para sí, en voz baja. Sin las directrices de Morgarath eran como niños pequeños.

El grupo que intentaba escapar por el Paso de los Tres Escalones ahora permanecía inmóvil y en silencio, aguardando con paciencia a que los de delante dejaran libre el camino.

Duncan contemplaba perplejo el panorama.

—Vamos a necesitar un ejército de perros pastores para reunir a toda esta manada —le dijo al barón Arald, y su consejero le sonrió como respuesta.

—Mejor eso que lo que hemos tenido enfrente, milord —dijo, y Duncan no tuvo más remedio que admitirlo.

El pequeño círculo de lugartenientes de Morgarath era otra historia. Algunos habían sido capturados, pero otros se habían dado a la fuga a través de las tierras yermas de las ciénagas. Crowley, el comandante del Cuerpo de Montaraces, realizó un gesto negativo con la cabeza mientras tomaba conciencia de los largos y duros días que les esperaban a él y a sus hombres sobre la silla de montar después de aquello. Tendría que asignar una partida de montaraces a la tarea de dar caza a los lugartenientes de Morgarath y traerlos de vuelta para enfrentarse a la justicia del rey. Siempre pasaba lo mismo, pensó irónicamente. Mientras que todo el mundo se podía sentar a descansar, el trabajo de los montaraces continuaba, sin pausa.

Horace, magullado, apaleado y sangrando, había sido trasladado a la tienda del rey para que le trataran las lesiones. Había resultado malherido tras su salto insensato bajo los cascos del caballo de combate. Tenía varios huesos fracturados y sangraba por un oído, pero, increíblemente, ninguna de las heridas era crítica y el propio

curandero del rey, que le había examinado de inmediato, confiaba en que se restablecería por completo.

Sir Rodney se había apresurado a llegar junto a la camilla cuando los porteadores estaban a punto de retirar al muchacho del campo de batalla. El bigote se le erizó de furia cuando se plantó frente a su aprendiz.

—¿Qué demonios creías que estabas haciendo? —rugió, y Horace hizo un gesto de dolor—. ¿Quién te dijo que desafiaras a Morgarath? ¡No eres más que un aprendiz, muchacho, y un maldito desobediente, por cierto!

Horace se preguntaba si los gritos durarían mucho más. Si iba a ser así, lo mismo prefería volver a enfrentarse a Morgarath. Estaba aturdido, mareado, la cabeza le daba vueltas, y el iracundo rostro colorado de sir Rodney no dejaba de entrar y salir de su campo de visión. Las palabras del maestro de combate parecían rebotar de un lado a otro en el interior de su cráneo y no estaba seguro de por qué le gritaba tanto. Puede que Morgarath siguiera vivo, pensó medio grogui, y conforme la idea le pasó por la cabeza trató de levantarse.

Al instante, la severidad en los ojos de Rodney se desvaneció y dio paso a una expresión preocupada. Impidió con delicadeza que el aprendiz herido se levantara y después alargó la mano, cogió la del chico y la apretó con firmeza.

—Descansa, muchacho —le dijo—. Ya has hecho bastante por hoy, y lo has hecho bien.

Mientras tanto, Halt se abría camino entre los inofensivos wargals. Le dejaron pasar sin oponer resistencia ni mostrar resentimiento mientras iba en busca de Will a la desesperada.

Pero no había ni rastro del muchacho. Ni tampoco de la hija del rey. Cuando escucharon la pulla de Morgarath, se dieron cuenta de que, si Will estaba vivo, cabía la posibilidad de que Cassandra, que era como Evanlyn se llamaba en realidad, también podía haber sobrevivido. El hecho de que Morgarath no la hubiese mencionado indicaba que su identidad se había mantenido en secreto. Halt sabía, por supuesto, el motivo por el que la muchacha había adoptado la identidad de su doncella. Al hacerlo, evitó que Morgarath fuera consciente del arma potencial que tenía entre sus manos.

Atravesó impaciente otro grupo de wargals y se detuvo al oír un débil lamento a un lado.

Un skandian, medio muerto, se encontraba sentado en el suelo y apoyado contra el tronco de un árbol. Se había desplomado y tenía las piernas extendidas hacia delante. La cabeza se le caía ligeramente hacia un lado por lo débil que estaba. Una gran cantidad de sangre manchaba el costado de su chaleco de piel de borrego. Una espada descansaba a su lado; le faltaban fuerzas en la mano para seguir sujetándola.

Hizo un débil gesto como si escarbase en busca de la empuñadura y con la mirada

rogó a Halt que le ayudase. Nordel, más débil a cada momento, había dejado que se le escapase la espada. Ahora, sin fuerzas y casi ciego, no podía encontrarla y estaba muy próximo a la muerte. Halt se arrodilló junto a él. Era evidente que en aquel hombre no podía haber ningún peligro en potencia. Estaba demasiado mal para cualquier tipo de jugarreta. Tomó la espada, la colocó en el regazo del hombre y le situó las manos sobre la empuñadura envuelta en cuero.

—Gracias... amigo... —jadeó Nordel con dificultad.

Halt hizo un gesto triste de asentimiento. Admiraba a los skandians como guerreros y no le agradaba en absoluto ver a uno tan postrado como aquél, tan débil que no era capaz de sujetar la espada. El montaraz sabía lo que significaba aquello para los saqueadores del mar. Se puso en pie lentamente y comenzó a darse la vuelta, pero entonces se detuvo.

Horace había dicho que había sido un pequeño grupo de skandians el que había hecho prisioneros a Will y Evanlyn. Quizás aquel hombre supiese algo. Volvió a dejarse caer sobre una rodilla, tomó el rostro del skandian con una mano y lo giró hacia sí.

—El chico —dijo con urgencia, consciente de que sólo disponía de unos minutos—. ¿Dónde está?

Nordel frunció el ceño. Aquellas palabras habían hecho que algo se removiese en su memoria, pero todo aquello que le hubiese pasado alguna vez ya le parecía muy distante en el tiempo y, de algún modo, carente de importancia.

—Chico —repitió con torpeza.

Halt no se pudo contener y zarandeó al hombre moribundo.

—¡Will! —dijo, con la cara a escasos centímetros de la suya—. Un montaraz. Un chico. ¿Dónde está?

En los ojos de Nordel se prendió entonces una débil luz de entendimiento y memoria conforme recordaba al muchacho. Había admirado su valor, de eso sí se acordaba. Admiró la forma en que el muchacho los contuvo en el puente. Sin darse cuenta, había dicho en voz alta las tres últimas palabras.

—En el puente... —susurró, y Halt lo zarandeó de nuevo.

—¡Sí, el chico en el puente! ¿Dónde está?

Nordel levantó la vista hacia él. Había algo que tenía que recordar. Sabía que era importante para aquel extraño de rostro adusto y deseaba ayudarle. Al fin y al cabo, el extraño le había ayudado a él a encontrar otra vez su espada. Recordó lo que era.

—... se fue —consiguió decir por fin.

No deseaba que el extraño le zarandease más. No le causaba dolor alguno, porque no podía sentir nada, pero no dejaba de despertarle del cálido y dulce sueño hacia el que se encaminaba a la deriva. El rostro barbudo se encontraba ahora muy lejos de él, al final de un túnel. Su voz retumbaba por el túnel hasta llegar a él.

—¿Se fue? ¿Adónde?

Oía el eco. Le gustaba el eco. Le recordaba a... algo de su infancia.

«¿Dónde-dónde-dónde?», volvió el eco, y entonces se acordó.

—Las ciénagas —dijo—. A través de las ciénagas hacia los barcos.

Sonrió cuando lo dijo. Deseaba ayudar al extraño y lo había hecho. Y aquella vez, mientras la dulzura cálida se apoderaba de él, el extraño no le zarandeó. Se sintió complacido por ello.

Halt dejó el cuerpo de Nordel y se levantó.

—Gracias, amigo —le dijo sin más.

Acto seguido salió corriendo hacia el lugar en el que había dejado a *Abelard* pastando tranquilo y saltó sobre la silla.

Las ciénagas eran una maraña de hierbas altas, pantanos y serpenteantes pasillos de agua clara. Para la mayoría de la gente resultaban infranqueables. Un paso imprudente podía causar que una persona se hundiese rápidamente en las arenas movedizas que rezumaban lodo y que acechaban por todos lados. Una vez que se alcanzaban las marismas sin relieve, era sencillo perderse por completo y vagar hasta que el agotamiento le vencía a uno, o las serpientes acuáticas venenosas que allí medraban te cogían desprevenido.

La gente sensata evitaba las ciénagas. Sólo dos grupos conocían las sendas secretas para atravesarlas: los montaraces y los skandians, que llevaban haciendo incursiones de saqueo a lo largo de aquella costa más tiempo del que Halt era capaz de recordar.

Por muy firme y seguro que los caballos de los montaraces tuvieran el paso, una vez que Halt hubo llegado a la verdadera maraña de hierbas altas y tierras pantanosas, desmontó y guió a *Abelard*. Las señales de un camino seguro eran diminutas, resultaba sencillo pasarlas por alto y necesitaba estar más cerca del suelo para seguir las. No llevaba demasiado terreno recorrido cuando vio signos del paso previo de un grupo por delante de él y se le levantó el ánimo. Debía tratarse del resto de los skandians con Evanlyn y Will.

Aceleró el ritmo y muy pronto pagó las consecuencias, pues pasó por alto una señal indicadora del camino y acabó hundido hasta el pecho en una espesa poza de barro sin fondo. Afortunadamente, aún tenía agarradas con firmeza las riendas de *Abelard* y, a una orden suya, el caballo bajo y fornido tiró de él y le sacó del peligro.

Se dio cuenta de que ésa era otra buena razón para continuar él delante del caballo.

Volvió sobre sus pasos hasta recuperar las marcas del camino y prosiguió. Pese a sentir que bullía de impaciencia, se obligó a ir con precaución. Las marcas que había dejado el grupo que le precedía eran cada vez más y más recientes. Sabía que les estaba dando alcance. La cuestión era si lo haría a tiempo.

Los mosquitos y las moscas de los pantanos zumbaban y silbaban a su alrededor. Sin un soplo de brisa, el calor en las marismas era sofocante y sudaba con profusión. Su ropa estaba empapada, llena de un barro fétido, y había perdido una bota *cuando Abelard le sacó de las arenas movedizas*. Sin embargo, siguió avanzando y

acercándose más y más a su presa con cada paso empapado de agua.

Era consciente de que, al mismo tiempo, cada vez estaba más cerca del final de las ciénagas, y aquello equivalía a las playas donde los barcos de los skandians se hallaban anclados. Tenía que dar con Will antes de que los skandians alcanzaran la playa. Una vez que Will se encontrase a bordo de uno de sus barcos, se habría ido para siempre, a través del mar de la Ventiscablanca, hacia la fría tierra de los skandians, cubierta por la nieve, donde sería vendido como esclavo y llevaría una vida de trabajo y penalidades sin fin.

En ese momento, por encima del hedor putrefacto de las ciénagas captó el fresco aroma del salitre en el aire. ¡Estaba cerca del mar! Redobló sus esfuerzos, abandonó toda precaución y lo arriesgó todo para alcanzar a los skandians antes de que llegasen al mar.

Ante él la hierba se iba haciendo menos densa y el suelo bajo sus pies se volvía más firme a cada paso. Ya corría con su caballo al trote detrás de él y de pronto salió al espacio abierto de la extensa playa barrida por el viento.

Por delante, una pequeña cresta en las dunas le bloqueaba la visión directa del mar. Se montó a la carrera en la silla de *Abelard* y lo puso al galope. Saltaron por encima de la cresta, el montaraz inclinado hacia delante, tumbado sobre el cuello del animal, espoleándolo para que alcanzase mayor velocidad.

Había un barco anclado a cierta distancia de la playa. En la orilla, un grupo de gente estaba subiendo a un bote pequeño e, incluso a esa distancia, Halt reconoció en el medio la menuda figura de su aprendiz.

—¡Will! —gritó.

Pero la brisa marina se llevó sus palabras. Urgió a *Abelard* con manos y rodillas para que avanzase.

Fue el sonido de los cascos lo que los alertó. Erak, metido en el agua hasta la cintura, miró hacia atrás por encima del hombro mientras él y Horak empujaban el bote a aguas más profundas y divisó la silueta vestida de gris y verde a lomos del poni lanudo.

—¡Por las barbas de Hergel! —vociferó—. ¡Moveos!

Will, sentado en el centro del bote, se volvió al oír a Erak y vio a Halt, apenas a doscientos metros de distancia. Se puso en pie e intentó a duras penas mantener el equilibrio en el bote que se balanceaba.

—¡Halt! —gritó, y al instante, Svengal le asestó un golpe con el revés de la mano que le envió despatarrado al fondo de la pequeña embarcación.

—¡Agáchate! —le ordenó justo en el momento en que Erak y Horak saltaban al interior de la barca; los remeros lo hicieron avanzar a través de la primera línea del oleaje.

El mismo viento que había impedido que oyesen el grito de Halt transportó el agudo chillido del muchacho a los oídos del montaraz. *Abelard* lo oyó también y consiguió aumentar un poco el ritmo con todos sus músculos contrayéndose bajo su

piel y enviándolo hacia delante a enormes saltos. Halt montaba ahora sin coger las riendas, descolgaba el arco y apoyaba una flecha en la cuerda.

A pleno galope, apuntó y disparó.

El remero de proa lanzó un gruñido de sorpresa y cayó sobre la borda del bote al recibir el impacto de una de las flechas de Halt, que le atravesó el brazo. La barca comenzó a escorarse y Erak se lanzó hacia delante, apartó al remero y se hizo cargo del remo.

—¡Remad como bestias! —les ordenó—. Si consigue acercarse lo suficiente, estamos todos muertos.

Halt guiaba a *Abelard* con las rodillas. Lo metió en el agua y avanzó para intentar alcanzar el bote. Disparó de nuevo pero la distancia era larguísima y el blanco se balanceaba y subía y bajaba sobre las olas, a lo que había que añadir que Halt no podía disparar cerca del centro de la barca por miedo a herir a Will o a Evanlyn. Lo mejor que podía hacer era aproximarse lo bastante para conseguir un tiro fácil e ir liquidando a los remeros uno a uno.

Disparó otra flecha que se incrustó en los tablones del bote, apenas a un centímetro de la mano de Horak, en el timón. La retiró de golpe como si se hubiese quemado.

—¡Por los colmillos de Gorlog! —aulló sorprendido, y se estremeció al tiempo que una tercera flecha siseaba y caía al agua tras el bote, a menos de medio metro.

Sin embargo, éste ya tomaba distancia mientras que *Abelard*, con el agua a la altura del peto, no era capaz de mantener la velocidad. El pequeño caballo empujaba contra las olas, pero el bote ya se encontraba junto al barco y aún les separaban unos cien metros. Halt azuzó a su montura para que se acercase unos metros más y se detuvo, derrotado, al ver cómo subían las siluetas a la nave.

Condujeron a los dos pasajeros más pequeños a la posición del timón. La tripulación de skandians se asomó en fila por ambas bordas del barco, de pie sobre las barandillas, y lanzó a voces sus desafíos a la pequeña silueta que quedaba prácticamente oculta por el paso de las olas grises.

A bordo de la nave, Erak les gritó mientras buscaba cobijo tras el sólido parapeto de la borda.

—¡Agachaos, idiotas! ¡Es un montaraz!

Había visto cómo se alzaba el arco de Halt y, a continuación, cómo sus manos se movían a una velocidad de vértigo. Sus nueve flechas restantes describieron un gran arco en el aire antes de que la primera impactara.

En el espacio de tiempo de dos segundos, tres de los skandians que se hallaban sobre la borda cayeron bajo la lluvia de flechas. Dos gruñían de dolor. El tercero, inmóvil, tenía muy mal aspecto. El resto de la tripulación se lanzó sobre la cubierta mientras la flechas silbaban y se clavaban a su alrededor.

Erak, con precaución, levantó la cabeza por encima del parapeto y se aseguró de que se le habían acabado las flechas.

—En marcha —ordenó, y se puso al timón.

Will, de quien se habían olvidado temporalmente, se dirigió a la borda. Sólo se encontraba a un par de cientos de metros y no le veía nadie. Sabía perfectamente que era capaz de nadar hasta allí y comenzó a subirse a la barandilla. Entonces dudó: pensó en Evanlyn. No podía abandonarla. Y al mismo tiempo que pensaba en todo aquello, la manaza de Horak le agarró por el cuello de la chaqueta y la oportunidad se esfumó.

El barco empezaba a alejarse y Will se quedó mirando sin apartar la vista de la figura a caballo entre la espuma, cubierta por las olas. Halt se hallaba muy cerca y al mismo tiempo totalmente fuera de alcance. Las lágrimas le escocieron en los ojos y oyó la lejana voz del montaraz.

—¡Will! ¡Aguanta con vida! ¡No te rindas! ¡No importa dónde estés, te encontraré!

El muchacho se ahogaba entre lágrimas. Levantó un brazo en señal de despedida a su amigo y mentor.

—¡Halt! —dijo con la voz ronca.

Pero sabía que el montaraz no le oiría. Escuchó de nuevo su voz, que llegaba sobre el ruido del viento y el mar.

—¡Te encontraré, Will!

El viento llenó entonces la gran vela cuadrada del barco y la nave se alejó de la costa, surcando las aguas más y más rápido rumbo al noreste.

Durante un buen rato después de que desapareciese en el horizonte, la figura empapada permaneció con la mirada fija en la trayectoria de la nave, sobre su caballo, que estaba metido en el agua hasta el cuello en el vaivén de las olas.

Y sus labios aún se movieron una vez más, en una silenciosa promesa que sólo él pudo escuchar.



JOHN FLANAGAN nació en 1944 en Sídney, Australia. Comenzó su vida laboral en la publicidad antes de cambiar para dedicarse por cuenta propia a escribir y editar guiones. Ha escrito eslóganes publicitarios, folletos, vídeos corporativos y series para la televisión, y es uno de los guionistas australianos más prolíficos de este medio.

John escribió el primer libro de la serie *Montaraces* para animar a su hijo de doce años a disfrutar de la lectura. Michael era un muchacho bajo y todos sus amigos eran más altos y más fuertes que él. John quería mostrarle que leer es divertido y que los héroes no eran necesariamente altos y musculosos. Ahora, a sus veintitantos años, Michael mide un metro ochenta, es ancho de hombros y muy fuerte, pero aún le encanta leer los libros de *Montaraces*.

John vive en Manly, zona residencial costera a las afueras de Sídney, y actualmente está escribiendo tres títulos más de la serie *Montaraces*.